

VECA GRACE

**CORVUS
LEGATUM I
HERENCIA SOMBRÍA**



CORVUS LEGATUM 1

HERENCIA SOMBRÍA

Título original: Corvus Legatum 1: Herencia sombría

Autora: Veca Grace

ISBN: 978-84-128196-3-2

Editorial: Ediciones Alas Negras - Sello Colibrí

Edición, corrección y maquetación: Ediciones Alas negras

Diseño de portada: Veca Grace

Imágenes interior: Veca Grace, Amaya Álvarez, Alex Conchillos, Bas Masseus, Klub Boks, Kseniya Kopna, Oleksandr P, Moenin Moradi, Francesco Paggiaro, Tetyana Kovyryna, Cottonbro Studio, RDNE Stock project, Pixabay, George Sharvashidze, Andre Moura, Anugrah Lohiya, Johathan Lajoie, Saulo Leite, Peter de Vink, Dom Le Roy, Alexios Katsarakis, Robert So, Chris F, Evie Shaffer, Fidan Nazim qizi, Batuhan Alper Bilginer.

©Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso expreso del titular de los derechos.

El contenido de esta obra es ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas, eventos o locales, es pura coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

*En las sombras del tiempo, donde el pasado
se entreteje con el presente y los susurros de los cuervos
revelan un legado enterrado en la oscuridad,
comienza nuestra historia...*

Prólogo

Escrito por Kress Watson

La casualidad, el destino, la suerte... llamadlo como queráis, pero un día apareció ante mí la señorita Veca Grace. Organizaba un libro viajero de su novela de vampiros (una edición anterior a la que tiene ahora) y decidí anotarme a leerla. ¿Quién me iba a decir que, unos años después, esa pequeña decisión, en apariencia intrascendental, me llevaría a estar escribiendo el prólogo de una de las mejores personas que he conocido en mi vida?

Desde pequeña he sido una obsesa de las novelas de fantasía. Ha sido lo que siempre me ha llamado más la atención a la hora de leer y de escribir, así que ¿cómo no lanzarme a la aventura de leer una historia de vampiros en la época victoriana?

Pues, os cuento.

Veca no solo escribe historias de vampiros. Escribe historias de amor, de aventuras, de acción. Escribe sobre personajes que se te meten bajo la piel y se quedan contigo después de cerrar el libro. Escribe historias que te cortan la respiración, que te hacen suspirar, que te hacen soñar.

Después de *Vampiros Errantes*, tuve el placer de poder leerla en su versión más terrorífica cuando se atrevió a dar rienda suelta a su imaginación para participar en la antología de *Relatos cortos de terror: Para leer a medianoche*, antología que escribimos entre varias compañeras.

Tras eso, llegó *Navidad cuquiterorrífica* (que por cierto, el título se le ocurrió a ella).

Y lo que no sabéis vosotros, que yo sí, es que hay otra historia en la que he tenido no el orgullo de leer sus relatos sino de formar parte de su historia, y que nuevamente me sorprendió. Hablo de *Elegidas: La marca*. Una novela de fantasía escrita a catorce manos. Sí, catorce, habéis leído bien.

Trabajar con Veca es placentero. Es una persona entusiasta que no le teme a nada, que siempre busca qué ofrecer, con qué ayudar. A pesar de tener su tiempo limitado y trabajar de manera incansable, siempre siempre tiene tiempo para sus compañeras y amigas, y eso no es algo que todo el mundo haga.

Escribir junto a ella la novela de *Elegidas* (bueno, y junto a las demás, pero hablamos de mi Veca ahora) ha sido todo un reto. Uno, que nos ha llevado hasta el límite en determinados momentos. Porque ha sido difícil, pero muy inspirador. Y los lazos que ya teníamos se han estrechado aún más.

Pero es que Veca no solo escribe y lo hace de maravilla, como comprobaréis muy pronto en esta novela que estáis por leer.

Es que Veca diseña, y diseña con un amor y una devoción absoluta. Es de estas personas que no se rinde hasta que consigue lo que tienes en tu mente, no le vale con que se le acerque, no; quiere la imagen perfecta para ti. Así es que no solo ha ilustrado varios de mis libros (y seguirá haciéndolo), sino que además es la portadista del libro de *Elegidas*, de sus propias novelas y de esta maravillosa portada de *Herencia Sombría*.

Poco más me queda que decir que espero de verdad que sepáis apreciar el talento que tiene esta escritora. A mí me tiene encandilada desde que la conocí y sé que llegará muy lejos. No dudo de ella.

En este libro, el primero de la saga *Corvus Legatum* (me has robado el nombre de Corvus,

esta te la guardo), su desarrollo ha sido brutal. Se nota el largo camino de aprendizaje que ha llevado a cabo, el cambio en su narrativa, en su estilo, en sus descripciones, en lo acertado de los diálogos y las interacciones, de las batallas.

Veca no ha hecho más que crecer y evolucionar, y no puedo más que halagarla por esa sed de sabiduría que tiene.

Así que os dejo con esta maravillosa historia, segura de que os dejo en buenas manos, de que vais a disfrutarla, de que vais a flipar con el mundo tan ricamente construido y la cantidad de magia que se respira a través de sus páginas. Yo lo he hecho. Y si sois fans de cierta saga de fantasía con la que he crecido, vais a sentir os que volvéis a vuestra infancia y a vuestra adolescencia y revivir eso es precioso.

Gracias por darme la oportunidad de dedicarte en el inicio de tu libro unas palabras.

Mucha suerte con esta nueva aventura que comienzas, preciosa.

Alea jacta est,

Kress

En el inicio...

El orfanato de las Hermanas de la Luz estaba situado a las afueras del pueblo de Laudil. A su alrededor, el sitio estaba descuidado por el paso del tiempo y el abandono. Casi nadie se aventuraba hasta allí, a no ser que tuviera un niño del cual deshacerse. La mayoría de las veces eran bebés que dejaban en la puerta y, en otras ocasiones, era la misma familia la que se acercaba y les hacía entrega del niño o niña para que se ocuparan de este, ya que, o no lo querían o no podían hacerse cargo debido a la precaria situación de los habitantes del pueblo. Desde que el edificio era un orfanato, nunca había estado vacío; siempre había abandonos. Sus muros corroídos por la humedad, la vegetación y el musgo, daban cobijo a esos pobres marginados que, aunque con pocos recursos, encontraban un espacio donde malvivir hasta la mayoría de edad; en ese momento, debían abandonar el orfanato y buscarse la vida. Los recursos eran muy limitados y, aunque algunas buenas personas de Laudil más pudientes les hacían llegar algo de comida, mantas y ropa, no era suficiente y siempre tenían carencias. Se daban casos en que los niños enfermaban y, al no tener acceso a medicamentos o ungüentos curativos, acababan muriendo; el ambiente del interior los hacía empeorar rápidamente.

Entre sus paredes, el viento aullaba por las noches y se contaban historias de fantasmas entre las gentes del pueblo. Un lugar al que no acercarse si no era estrictamente necesario. Nada más alejado de la realidad: las religiosas que lo dirigían y regentaban se afanaban por atender a los niños. A pesar de su estricto itinerario, donde les hacían trabajar llevando a cabo las diferentes tareas que requería el mantenimiento de una edificación tan grande y antigua, eran felices. Aprendían a leer, algo que fuera de allí no les hubiera sido posible. También se les inculcaba la fe y se les educaba en la práctica del cristianismo.

Fue precisamente su ubicación y el escaso paso de visitantes y transeúntes lo que llevó a la madre de Mérula allí. Necesitaba un sitio donde su hija pudiera crecer alejada de la magia y del peligro que suponía permanecer a su lado. No le quedaba mucho tiempo; la perseguían y no tardarían en encontrarla. Su final estaba cerca, pero no permitiría que su bebé corriera la misma suerte. Había dejado todo atado para que cuando Mérula fuera mayor de edad supiera quién era y fuese consciente del porqué de su abandono. Consiguió ocultarse y esconder su magia, pero el nacimiento de la pequeña había desencadenado un evento mágico, igual que ocurría con cualquier alumbramiento de una nueva bruja, algo que solo pasaba con las niñas, las únicas que eran brujas puras. Así lograron encontrarla; esa niña era fruto de un amor prohibido entre ella y un miembro del aquelarre rival y tenía que ser destruida ya que portaba en su sangre el poder de los dos progenitores. Pero su amor también desencadenó eventos que aumentaron la rivalidad y el odio entre los aquelarres. Eventos que Mérula conocería una vez aceptara lo que era y decidiera buscar respuestas. Ahora la prioridad era ponerla a salvo.

En medio de la oscuridad de la noche, la madre de Mérula llegó al umbral del orfanato. La luna apenas emitía una débil claridad que se filtraba entre las nubes, como si el propio cielo quisiera mantener en secreto el acto que estaba a punto de ocurrir. Con lágrimas en los ojos, sostenía a su hija en brazos, acunándola con ternura por última vez antes de entregarla a las hermanas de la luz. Sabía que nunca más volvería a verla, pero que jamás dejaría de amarla. Su destino estaba ya sentenciado, aunque aún podía salvar el de su hija. La niña agarró un mechón de pelo con su pequeña manita, no quería separarse de ella, aunque de poco le sirvió. Finalmente, y con el dolor que le suponía a una madre abandonar a su única hija por obligación, la depositó

en el cestón de mimbre sobre el frío y húmedo suelo frente a la puerta del orfanato. De forma inmediata, la pequeña empezó a llorar, sabiendo instintivamente que se había ido dejándola allí. Gisele corrió lo más rápido que pudo; los gritos de su hija le desgarraban el alma y si se quedaba para asegurarse de que una de las monjas la recogía, terminaría llevándosela de nuevo. Y eso solo la pondría en peligro.

Todo estaba en silencio esa mañana, y los gritos de la niña no tardaron en alertar a una de las novicias. Se había levantado antes de hora y se encontraba limpiando el patio central del hospicio, a la espera de que las demás despertaran. Ese sonido ya le era de sobra conocido y sabía perfectamente lo que significaba: alguien había dejado otro niño en la puerta esperando a ser recogido. Cada vez eran más frecuentes los abandonos y en el orfanato cada vez quedaban menos huecos. Suspiró y, tras dejar el trapo mojado en el cubo, corrió hacia la entrada.

Abrió la puerta y, efectivamente, un pequeño canasto de mimbre se encontraba sobre el escalón. La monja lo agarró y vio al delicado bebé de apenas dos meses en su interior, colorado de tanto gritar y llorar. Sobre el pequeño cuerpecito se encontraba una nota. La joven escudriñó a su alrededor con la esperanza de ver quién la había dejado allí, algo sin sentido, ya que nadie quería ser visto mientras abandonaba a un ser inocente. Se sentían a salvo sabiendo que nunca se conocería su identidad, aunque esta vez se habían molestado en dejar una nota. Al abrirla encontró un colgante en su interior, era sencillo, hecho con una cuerda de cuero de la que colgaba una piedra de color azul. La nota rezaba lo siguiente:

«Os hago entrega de Mérula, mi hija y bien máspreciado. Su vida corre peligro a mi lado. Junto a ella dejo un colgante que, por favor, ruego le entreguéis al cumplir la mayoría de edad. Es el único legado que puedo dejarle y un recuerdo de que tuvo una madre que la quiso.»

La joven novicia sintió un pellizco en el pecho y la certeza de que ese bebé sí le importaba a su madre, y que no había tenido más remedio que dejarla allí. Guardaría ese colgante y, llegado el momento, ella misma se lo entregaría como pedía la nota.

Agarró suavemente el rostro de la pequeña y vio unos ojos negros y profundos que la miraban fijamente. Acarició su cabecita y esta dejó de llorar. Esa niña tenía algo especial; su sonrisa era como un rayo de sol entre el frío y oscuro invierno. De forma inmediata, quedó prendada de ella.

Desde muy pequeña, Mérula demostró ser una niña muy inteligente a la par que curiosa. No dudaba en preguntar sobre todo lo que la rodeaba, y enseguida aprendió a realizar sus tareas. Las monjas no tardaron en darse cuenta de que era diferente a los otros niños. Prefería quedarse con ellas y que le leyeran historias a jugar con ellos. A diario, las veía leer la Biblia con tanta devoción que ella también quiso aprender a hacerlo y descubrir qué les causaba tanto interés. Su inteligencia era superior a la de la mayoría, por lo que necesitaba enriquecer su mente. Jugar le parecía algo demasiado simple, y se aburría con facilidad.

Ser diferente enseguida llamó la atención de los otros huérfanos, lo que la convirtió en la «rara» del grupo y le acarreó bastantes problemas. Uno de esos sucesos sirvió para dejar claro de forma contundente que Mérula no era como los demás niños. Una mañana, cuando aún estaba dormida, la agarraron y la arrastraron por el pasillo para después encerrarla dentro de un armario. Mérula pataleó y chilló para que la sacaran de allí, pero las risas de sus compañeros consiguieron silenciar sus gritos. Al verse atrapada y sin manera de salir, su rabia fue en aumento, elevando sus alaridos de tal forma que los otros niños enmudecieron con el sonido agudo de su voz. Instantes después, la puerta del armario estalló en pedazos; incluso uno de los trozos golpeó a un par de ellos, hiriéndolos. Estos recularon varios pasos hacia atrás al ver que Mérula se encontraba acurrucada dentro, pero ya no lloraba ni gritaba. Su mirada había cambiado, estaba

llena de odio y era tan profunda como un pozo. Todos echaron a correr aterrados. Desde ese día, no volvieron a molestarla y la llamaban bruja. Pasado un tiempo, dejó de preguntarse cómo la puerta había volado literalmente por los aires. En su mente racional no existía la posibilidad de que ella hubiese sido la causante.

Con la llegada de la pubertad, Mérula se convirtió en una joven hermosa. Su pálida piel contrastaba con sus iris oscuros y melena negra, que nunca había querido cortar. Mirar sus ojos era como caer en lo más hondo del abismo, tan profundos que podías perderte en ellos. Pasado un tiempo, algunos de sus compañeros de la infancia habían sido adoptados y otros tantos que ya habían cumplido la mayoría de edad vivían en la calle, donde ya se les consideraba capaces de sobrevivir por sí mismos. Ella, sin embargo, decidió quedarse en el orfanato, pero no como una huérfana. Vivía allí a cambio de ayudar a las monjas con otros niños y enseñarles a leer. Su vida había sido dura, sola y marginada por los demás, que nunca la aceptaron y que, tras el suceso del armario, la temían. En los momentos de soledad, se preguntaba quiénes serían sus padres y por qué la habían abandonado a su suerte en aquel lugar. Preguntas a las que nadie podía responder y que la atormentaban.

Esa se convirtió en su rutina habitual: cuidar de los pequeños y ayudar en las tareas.

CAPÍTULO 1

Mérula acunó entre sus brazos a la pequeña niña abandonada esa misma mañana a las puertas del hospicio. Al igual que ella, su madre se había deshecho del bebé como si de un objeto se tratase. Ya fuese porque no podía mantenerla o no la quería cuidar. Una de las monjas la observaba desde la puerta. Aún se sorprendía de que tuviese tanta mano con los bebés y daba las gracias a Dios por tenerla con ella allí, pues gran parte de sus hermanas eran ya mayores, y la joven siempre estaba dispuesta a ayudar en todo lo que fuese necesario: limpiaba, preparaba comidas, enseñaba a leer a los pequeños y siempre estaba atenta a todo. Pero ese no era el futuro que querían para la joven. Era demasiado inteligente y dispuesta como para pasar su vida en ese lugar. Tenía mucho que ofrecer y merecía tener sus propios hijos, no cuidar a los de otros. Se acercó a ella, le quitó a la niña de los brazos y, tras dejarla en una destartalada cuna de madera vieja y corroída por el tiempo, le pidió que la acompañara.

Salieron de la estancia que albergaba a los bebés más pequeños y la condujo al pasillo principal del hospicio. Al fondo se encontraba una ventana abierta por la que entraba el aire frío de esa mañana invernal. Se sentaron en el banco de madera situado a la mitad del corredor.

—No puedes estar todo el día pendiente de todos. Siéntate —le indicó, rogándole con la mirada.

—No me importa hacerlo, soy feliz ocupándome de ellos —le respondió con una sonrisa. Sus palabras eran sinceras; se sentía realmente plena dando su amor a todos esos pequeños. Hacerlo le daba paz a su mente.

—Lo sé, pero si no te dedicas tiempo a ti misma, acabarás cayendo enferma. ¿Pensaste en lo que te dijimos? —preguntó, recordándole la propuesta que le habían hecho de marcharse de allí y buscar un trabajo.

—Sí, pero no sabría dónde ir. Esto es todo lo que tengo —afirmó con pesadumbre.

—Debes aprender a valerte por ti misma, buscar tu destino. Sé que te gusta estar aquí, pero falta poco para que cumplas la mayoría de edad y no puedes negarte la oportunidad de ser feliz, encontrar un marido o tener hijos —la regañó con cariño. Mérula se sentó junto a ella.

En el fondo sabía que sor Eleonor tenía razón, pero le daba mucho miedo lo que pudiese encontrar ahí fuera. Dentro, todos la consideraban diferente. ¿Quién le aseguraba que no la tratarían de igual forma tras los muros del orfanato? La monja la rodeó con el brazo.

—Esta mañana, cuando fui al mercado, escuché a una mujer comentar que buscaban una niñera en casa de su señor, y le hablé de ti —le dijo con reticencia, no sabía cómo se podía tomar que hubiese tenido esa iniciativa en su nombre.

En ese momento, Mérula sintió una angustia que le presionó el pecho. Aquel lugar era todo lo que conocía. Enfrentarse al mundo real le ponía muy nerviosa.

—No sé si estoy preparada —admitió al fin.

Su niñez en el hospicio no había sido fácil. Todos la llamaban bruja, negándole su amistad. Creció sola, con la única compañía de las monjas y sus libros. Le aterraba que una vez fuera, todos la rechazasen por algún motivo o que sucediese algo a lo que no pudiese dar explicación, porque ni ella misma sabía dársela. En algunas ocasiones, cuando se enfadaba, los objetos que tenía cerca salían despedidos de su lugar. Una vez incluso hirió a sor Eleonor en la mano, aunque ella nunca hablaba de lo ocurrido, se limitaba a ignorarlos e intentaba tranquilizarla. Sabía que si

otra religiosa era testigo de unos sucesos como aquellos, la hubiesen echado del orfanato o algo peor, y sor Eleonor la apreciaba demasiado. Pese a saber que alguna clase de poder extraño latía en el interior de Mérula e iba en contra de sus creencias, no podía ni quería dejarla marchar. Pensaba que si tenía un don especial, era porque Dios se lo había otorgado por alguna razón.

—Estoy segura de que serías una niñera estupenda, Mérula. Los niños te adoran. —Eleonor le sonrió con dulzura. Sus profundos y oscuros ojos, poco comunes, contrastaban con la luz de su alma.

—No sé si podré ser feliz fuera. Aquí ya lo soy —aseguró con amargura y las lágrimas a punto de escapar de sus ojos.

—Llevas demasiados años aquí. Ya es hora de que salgas y te enfrentes al mundo real. Si no lo haces por ti misma, nos veremos obligadas a echarte —le amenazó, esperando que eso la hiciese reaccionar—. Comprendo tus temores, querida, pero debes tener fe en ti misma.

Su amenaza era en serio. Si ella misma no quería buscar su camino por propia voluntad, ellas la obligarían a hacerlo. Su destino no era estar en un orfanato. Ella era un ser único.

—Sé que tienes razón y que solo quieres que sea feliz. Al menos déjame que lo piense. —Le rogó con la mirada.

—Si decides aceptar, la casa no está muy lejos y podrás venir cuando quieras. Este lugar siempre estará abierto para ti, Mérula. —La monja acunó su rostro entre sus manos. Seguía teniendo ese halo especial que la hacía diferente a los demás, igual que el día que la recogió en la puerta—. Pensaba darte esto cuando cumplieses la mayoría de edad.

La monja rebuscó en el bolsillo de su hábito y sacó el colgante junto con la nota que su madre había dejado el día que la abandonó, y se lo entregó a la joven.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras observaba con atención la piedra azul; esta pareció emitir una leve vibración al entrar en contacto con su mano, algo que le hizo sentir escalofríos.

—Estaba en tu cestón cuando te abandonaron, junto con esa nota —le explicó—. Ábrela para que puedas leer su contenido —la alentó.

Con manos temblorosas, Mérula abrió el viejo papel que se encontraba doblado por la mitad. Tras leer su contenido, lo arrugó y lo lanzó con furia contra la pared mientras las lágrimas brotaban sin control de sus ojos.

—Si tanto me quería, ¿por qué me abandonó? —sollozó con rabia en su voz.

Aquella nota solo le pareció una excusa barata para deshacerse de ella. La monja intentó consolarla, pero sabía que nada podría justificar que la abandonasen y, menos aún, el hecho de crecer sola en un lugar donde nadie podría reemplazar el calor y el amor de una madre.

—No sabemos cuál era la situación de tu madre, pero creo que no te abandonó por voluntad propia. Quizás una vez fuera puedas intentar buscarla —sugirió con la esperanza de que la idea de encontrarla la reconfortase.

—No necesito buscar a nadie ni tampoco ir a ningún sitio —sentenció furiosa.

En ese momento, la mano empezó a quemarle como si estuviera sujetando una brasa candente entre los dedos. De forma instintiva, la abrió y soltó la piedra, que parecía tener un halo luminoso a su alrededor. Al caer al suelo, el brillo se apagó. Se miró la palma, pero no había ningún signo de quemadura, tan solo la sensación de que algo extraño había ocurrido.

El graznido de un cuervo retumbó en el pasillo, captando su atención. El animal de porte elegante tenía una peculiar mancha blanca en el pecho y la observaba desde la ventana con mirada perspicaz e inteligente. No era la primera vez que lo veía; llevaba varios días siguiéndola por el lugar. Parecía vigilarla cuando estaba en el huerto, yendo donde ella fuese y llamando su atención con sus graznidos.

—¡Otra vez tú! —exclamó Mérula sorprendida.

—¿Ya lo habías visto antes? —preguntó con curiosidad la monja.

—Lleva días rondando por aquí. Cuando salgo fuera, siempre parece estar esperándome y me sigue allá donde voy —comentó, observando con atención al animal, que la miró fijamente a los ojos, algo que no había hecho antes.

La sor Eleonor se acercó a la ventana y ahuyentó al cuervo moviendo sus brazos. El ave comenzó a aletear con fuerza y le picó en la mano antes de alejarse de allí volando.

—No sé qué le ve a este lugar —manifestó Mérula frunciendo el ceño—. No es común que los cuervos sean tan persistentes.

—Es cierto, algo debe haber llamado su atención —respondió la monja mientras examinaba su mano para asegurarse de que no hubiera ninguna herida grave.

La joven se acercó también a la ventana y observó cómo el cuervo se alejaba, trazando círculos sobre el orfanato. La sor Eleonor regresó al banco de madera.

—¿Por qué lo has tirado? —preguntó la monja, que recogió el colgante y volvió a entregárselo.

Mérula fue reticente y se lo pensó unos segundos antes de cogerlo por miedo a quemarse otra vez. Finalmente, lo agarró, pero ya no estaba caliente.

—Será mejor que te deje a solas. No guardes rencor a la mujer que te dio a luz. Ella te trajo hasta nosotras, Dios así lo quiso. —Tras esas palabras, apretó su hombro y se alejó por el pasillo.

Pese a los años que había pasado en el orfanato rodeada de religiosas y donde se le había inculcado la fe cristiana, Mérula no era devota. No creía que existiese un Dios que permitiera todos los males de este mundo y el abandono de unos inocentes. Contempló la piedra con atención, pero el halo ya no estaba. Era ovalada, de un tono de azul intenso que no había visto nunca. Se sentía atraída por ella, por su belleza y por el aura de misterio que emanaba.

Agarró el papel arrugado que había lanzado contra la pared y volvió a leer su contenido. Las lágrimas brotaron de sus ojos como un torrente, dejando salir su rabia y su resentimiento.

En el fondo, sabía que no había tenido más remedio que abandonarla, y que un suceso muy grave debió ocurrir para que su madre tomara esa decisión. La nota parecía más que una despedida; daba la sensación de que estuviese anunciando su inminente muerte. Alguien o algo la perseguía cuando la dejó allí.

Un mar de sentimientos se agolparon en su pecho. Ahora, ya más tranquila, comprendió que su madre no había tenido más opción que abandonarla y quería saber qué había sido de ella. No sabía si seguiría viva o, por el contrario, estaría muerta. Quizás algún familiar pudiera darle alguna información sobre su suerte, pero dudaba de que por sí sola pudiera encontrarlos, si es que los había.

Aunque el miedo a lo desconocido la abrumaba, debía enfrentarse a la vida y descubrir quién era. Solo ella podía averiguar cuál era su destino. Guardó el colgante y la nota en el bolsillo del delantal y volvió a sus tareas diarias. Más tarde pensaría qué hacer.

CAPÍTULO 2

El resto del día transcurrió como de costumbre. Mérula se encargó de alimentar a los bebés, quienes estaban separados de los demás en una habitación apartada donde la humedad y el frío eran algo menores que en otras estancias de la enorme edificación. Antiguamente, ese lugar fue un convento y más tarde se convertiría en el orfanato que todos conocían en la actualidad. Su fundadora había fallecido hacía muchos años.

La joven era un torbellino de pensamientos; los sentimientos se agolpaban en su pecho y la golpeaban, como un torrente de agua desbocado que irrumpe por sorpresa en el río, furioso y dañino. No podía ignorar la sensación de que algo se había despertado en su interior al tomar el colgante. La nota de su madre la hacía pensar que el peligro del que huía también la acechaba de alguna manera.

Dejó al bebé, que se había quedado dormido, en su cuna y salió hacia el arcaico jardín trasero, donde cultivaban zanahorias, acelgas y otras hortalizas. Una de las religiosas estaba allí arrancando algunas.

—Hola, Mérula —la saludó—, estaba recogiendo unas zanahorias para el caldo de esta noche.

—Buenas tardes, sor Joane —le devolvió el saludo con una sonrisa.

—Mi espalda no es lo que era; pronto no podré ni cuidar del huerto —se quejó sor Joane.

Ya era casi una anciana; le apenaba ver cómo los años habían afectado a la mujer. Aún recordaba cuando era una niña y la regañaba por coger un libro de la biblioteca sin permiso. Era muy aburrido solo leer la Biblia.

—Otras tendrían que hacer ese trabajo por usted —manifestó Mérula.

—Quedamos pocas aquí; nadie quiere venir a este lugar. Cuando todas seamos mayores y vayamos desapareciendo una tras otra, me temo que nadie se hará cargo de este sitio ni de los niños —admitió con tristeza. Le partía el corazón pensar en ello.

—Aún quedan muchos años para eso, no lo piense. Quién sabe, quizás en el futuro la situación del pueblo mejore y no haya tantos abandonos —comentó Mérula intentando consolarla.

—Sé que lo dices para animarme, y te lo agradezco, pero la realidad es la realidad —sentenció la religiosa mientras se alejaba con sus zanahorias en el cesto.

La joven caminó por el jardín sin un rumbo fijo; el frío en la cara le resultó reconfortante. Tras sentarse en uno de los bancos, sacó el colgante del bolsillo y lo contempló. La piedra parecía atraparla, y cuanto más la miraba, mayor era la sensación de arraigo que le producía.

El sonido de un pájaro aleteando la sorprendió; una suave brisa acarició su rostro, acompañada de una sombra que se cruzó por su lado. Se dio la vuelta pensando que podía ser una paloma, pero un graznido la paralizó. Frente a ella y sobre una fuente que hacía años había dejado de funcionar, vio un elegante cuervo negro. Este no tenía la curiosa mancha blanca en el pecho, por lo que no era el mismo que la había estado visitando esos días. El animal parecía hablarle con sus gestos y, poco a poco, se acercó hasta detenerse a apenas medio metro. Extendió sus alas mostrando toda su oscura belleza y bajó la cabeza haciendo un grácil y elegante gesto parecido a una reverencia, invitándola a tocarle. Mérula alargó la mano hasta establecer contacto con él; una corriente eléctrica la traspasó y de repente unas imágenes pasaron fugazmente por su

cabeza: una joven muy parecida a ella gritando, luces y sombras colisionando en medio de un bosque y finalmente el dolor de la pérdida... Tras despertar del trance, el cuervo alzó el vuelo y se dirigió directamente hacia Mérula; temiendo un ataque, se agachó tapándose la cara, pero el ave la sobrevoló y se marchó.

Después del encuentro, estaba inquieta, turbada por lo que acababa de suceder. Aún podía sentir al animal batiendo las alas a su alrededor. Parecía que esos pájaros la estuvieran persiguiendo, que quisieran contarle algo de su pasado. La mujer que había visto se parecía tanto a ella... En ese momento se sintió perdida y confundida. ¿Quién era ella realmente? ¿Por qué le estaban sucediendo esas cosas tan extrañas que parecían ser provocadas por ella misma? Eran preguntas para las que no tenía respuesta; quizás nunca sabría quién era realmente.

—¿Qué queréis de mí? —gritó al viento al escuchar de nuevo los graznidos de los cuervos.

Al darse la vuelta, los vio posados en el árbol seco y roto que se encontraba detrás del banco. Eran dos: el mismo que le había visitado días atrás y el nuevo que acababa de ver. Empezaba a enfadarse y eso nunca solía terminar bien. Agarró con fuerza la piedra del colgante y esta comenzó a vibrar. La joven se apresuró a abrir la mano y una intensa luz azulada emanó de ella. Parecía palpar, disminuyendo y aumentando su intensidad. Asustada, lo lanzó contra los pájaros; el de la mancha blanca lo agarró cuando aún estaba en el aire y lo soltó a sus pies. Ya no emitía ninguna luz; volvía a ser la piedra fría y lisa que había contemplado hacía unos momentos.

—¡Marchaos de aquí! —les ordenó; por el contrario, empezaron a revolotear a su alrededor.

Mérula manoteó para quitárselos de encima. Poco a poco, y al ver que los animales no cesaban en su empeño, empezó a agacharse hasta quedar hecha un ovillo en el suelo. Parecían estar castigándola por haberles lanzado el colgante. La joven, al verse acorralada, gritó tan fuerte que los cuervos salieron despedidos e impactaron con la pared de piedra. La joya volvía a brillar, y pensó que era ella la que causaba esa respuesta. Se incorporó y vio a las aves tiradas en el suelo. Se acercó a ellas creyendo que las había matado. No fue su intención hacerles daño; ni siquiera sabía cómo lo había hecho. Cuando se enfadaba, algunas veces los objetos salían volando, pero nunca había provocado algo como aquello. De inmediato lo relacionó con la piedra que su madre le había legado; cuando la cogía, sentía un poder, una vibración que le recorría todo el cuerpo. Se agachó para comprobar el estado de los cuervos, pero no le dio tiempo a tocarlos; tras un espasmo, salieron volando como si nada hubiese pasado.

Sor Eleanor irrumpió en el jardín preocupada; había oído a Mérula gritar.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras la observaba, intentando averiguar qué le había pasado.

—Sí, el cuervo volvió a aparecer y me atacó —le contó sin entrar en detalles. Pese a la confianza que se tenían, no creyó prudente relatarle todo lo sucedido.

—¿Te hizo algo? —preguntó angustiada mientras le agarraba la cara y comprobaba que no la hubiese herido.

—Por suerte, no —dijo sin más.

—Mi niña, volvamos dentro; te prepararé una infusión —le indicó con dulzura.

—Sí, me vendrá bien ese té —respondió con una sonrisa—. Espera, cuando me atacó se me cayó el colgante del bolsillo; no me gustaría perderlo.

Volvió y lo recogió del suelo. Sor Eleanor no pudo evitar sonreír al ver que la joven parecía aceptar el regalo de su madre. Una vez sentadas en la antigua pero bien conservada cocina, le sirvió la infusión.

—¿Pensaste en el trabajo que te comenté? —preguntó mientras le daba un sorbo a la bebida

caliente.

—A decir verdad, no. Con todo lo que ha sucedido hoy, no he reparado en ello. La nota me dejó muy confundida —respondió un poco a la defensiva; seguía muy inquieta por lo que había pasado fuera—. Además, no creo que sea buena idea aceptarlo.

—¿Por qué dices eso?

—No hace falta que disimule, sor Eleanor. Ya ha visto lo que suele pasar cuando me enfado. Sé que intenta hacer como si no sucediese nada, pero sabe tan bien como yo que no es algo que pueda controlar. Imagínese que me ocurre mientras trabajo —planteó.

Ir a un lugar extraño a trabajar, donde todas sus emociones estarían a flor de piel, no era buena idea, y menos ahora que parecía que los sucesos extraños habían aumentado de un tiempo a esta parte. La religiosa no supo qué responder; en el fondo, tenía razón.

—Nunca habíamos hablado de ello —fue lo único que alcanzó a decir.

—Tengo miedo —confesó—. No sé qué me pasa ni por qué, y creo que mi madre está muerta. No me pregunte cómo lo sé, pero lo sé.

—Aquí tampoco estás a salvo, mi niña —le advirtió cogiéndole la mano con cariño; Mérula la miró con sus grandes y profundos ojos negros.

Eso fue lo primero que llamó su atención cuando la recogió; nunca había visto una niña con unos ojos como los suyos, tan oscuros que parecían estar vacíos de toda emoción y tan profundos que te atrapaban en su embrujo si los contemplabas durante mucho tiempo.

—Lo sé; quedan dos días para cumplir la mayoría de edad y creo que lo mejor será que después abandone el orfanato —admitió, pronunciando las palabras que sor Eleanor no se atrevía.

—¿A dónde irás? —preguntó con los ojos anegados en lágrimas.

—No lo sé, pero al menos intentaré descubrir qué ocurrió con mi madre y averiguar qué me está pasando, qué soy —respondió, limpiándole las lágrimas que ya se habían desparramado por su rostro.

—Prométeme que vendrás a buscarme si algo va mal —le rogó.

—Lo haré —le prometió aún sin saber qué se encontraría fuera. Si, como temía, a su madre la habían matado, podrían estar esperando a que ella saliese de allí y correr la misma suerte, conjeturó.

—Deberíamos empezar a preparar la cena —sugirió la monja.

—Claro, sor Joane estaba recogiendo zanahorias y algunas hortalizas para hacer un caldo cuando salí —le informó.

—Sí, empezaremos con eso.

CAPÍTULO 3

Mientras cocinaban, recordaron los buenos momentos que habían compartido entre aquellas paredes. Las lecciones para que aprendiera a leer, coser y cuidar de los niños fueron fundamentales. Pero, sobre todo, recibió el amor que su madre nunca pudo brindarle. Durante esas horas, Mérula se olvidó por completo de todo lo sucedido a lo largo del día y, finalmente, pudo relajarse. Más tarde, se unieron varias monjas para servir el caldo a los niños. Después de la cena y los rezos, todos fueron enviados a las toscas camas donde solían dormir.

El hospicio quedó en silencio, y Mérula decidió retirarse a su pequeña habitación, compuesta por un catre, una mesilla de noche antigua y un mueble carcomido con una pila de agua para asearse. Tras ponerse el camisón, guardó la nota y el colgante en el cajón de la mesilla. Esta vez no hubo ninguna reacción en la piedra al tocarla, quizás porque se encontraba más relajada.

Agarró el libro que estaba leyendo y, tras encender el quinqué, recogió su larga melena rizada en una trenza. Se tumbó en la cama dispuesta a sumergirse en sus páginas. No quería pensar en nada, únicamente deseaba entregarse al sueño después de un rato de lectura y ver qué sucedía por la mañana. Solo quedaba un día para cumplir la mayoría de edad, momento en el cual abandonaría todo lo que amaba y conocía para aventurarse en lo desconocido. Ni siquiera sabía por dónde empezar a buscar algún vestigio de su madre o si le quedaba algún familiar vivo.

De repente, una sensación de letargo parecida al sueño llegó a ella como un suave susurro, alejando sus pensamientos y llevándola a un lugar desconocido. Ya no estaba en su cama, sino en un frondoso y extenso bosque. Varias hileras de árboles se extendían frente a ella, formando un camino en el centro. Aunque las hojas no se movían, una extraña brisa acarició su rostro. El ambiente era húmedo y apenas se filtraban unos tímidos rayos de sol a través de las ramas, produciendo en Mérula una sensación de desazón. Se frotó los brazos en un vano intento por calmar el frío.

Se sentía paralizada en medio de aquel lugar, sin saber qué hacer ni por qué estaba allí. Recordaba haberse tumbado en la cama, pero no haberse dormido realmente. Sin embargo, eso solo podía ser un sueño, uno que se le antojaba demasiado real. A lo lejos, escuchó a varios cuervos graznar y, por instinto, decidió seguir el sonido. Ningún otro ruido emergía del bosque, solo el de los animales. Echó a andar por el inquietante camino entre los árboles. Cada cierto tiempo, escuchaba a las aves, pero su graznido sonaba cada vez más cercano.

Tras un buen rato andando, se detuvo. En el punto donde finalizaba la senda, vio una figura vestida de negro de espaldas a ella. Los cuervos revoloteaban a su alrededor formando extraños círculos, cruzándose unos con otros y orquestando una danza siniestra. La figura alzó el brazo y dos cuervos se posaron en él; eran los mismos que le habían visitado esa tarde, lo supo por la mancha blanca en el pecho de uno de ellos. Poco a poco, la silueta se dio la vuelta, pero su rostro no era visible, oculto por una capucha. Mérula intentó verlo, aunque en esa parte, el sol no atravesaba las densas copas de los árboles. A pesar de no distinguir ningún rasgo de su rostro, pudo notar que la observaba minuciosamente, esperando su reacción. No tenía miedo, pero podía sentir su poder, un aura que se extendía de forma invisible entre la vegetación hasta llegar a ella, deslizándose suavemente bajo sus ropas y produciéndole escalofríos.

La sombra movió su brazo, haciendo que los dos cuervos se reunieran con los demás, que seguían revoloteando a su alrededor sin separarse. Sintió una gran curiosidad por saber quién se

ocultaba bajo esos ropajes negros. Mérula empezó a caminar en su dirección, dispuesta a descubrirlo. A pocos metros de lograr su objetivo, la figura comenzó a alejarse, y los cuervos, a gran velocidad, se dirigieron en su dirección. Se cubrió la cara con el brazo y estos impactaron contra ella, haciéndola caer. Las aves comenzaron a revolotear alrededor de su cabeza y el sonido era insoportable y molesto, tanto que le zumbaban los oídos. Desesperada, profirió un grito y, de repente, volvió a estar en la cama.

Se incorporó visiblemente alterada y aterrada. Con torpes movimientos, buscó la lámpara de aceite y la encendió. La habitación se iluminó suavemente, desvaneciendo la oscuridad que la rodeaba. Con la manga del vestido, se secó la frente bañada en sudor. Había sido tan real que aún dudaba de que fuese un mal sueño. No podía dejar de pensar en la figura misteriosa y en la relación que esos cuervos parecían mantener con ella. Varios mechones de pelo se habían desprendido de la trenza y le caían en la cara. Los recogió con cuidado y los volvió a poner en su sitio. Al bajar la mano, algo se desprendió del pelo y cayó al suelo. Mérula se agachó para recogerlo, y lo que vio le produjo escalofríos. No podía creer lo que sus ojos observaban. Tirada en el suelo se encontraba una pluma negra como la noche. Se arrodilló frente a ella, la cogió entre sus dedos temblorosos y la contempló sin dar crédito. No podía ser real; la minúscula ventana de la habitación estaba cerrada. Tenía que estar alucinando o aún afectada por la pesadilla. Con un rápido movimiento, la soltó como si le quemara en las manos o fuera un objeto maldito del cual tenía que deshacerse. Cuando entró en contacto con el suelo de piedra, desapareció como por arte de magia. Asustada, decidió actuar de forma normal e ignorar lo sucedido. Aún tenía la cara empapada en sudor y tuvo que lavársela en la pila. Al contemplar su imagen en el espejo, vio que su pelo estaba bastante alborotado debido a lo sucedido. No quería seguir pensando en ello o acabaría volviéndose loca. No comprendía qué había ocurrido y dudaba que llegase a entenderlo. Resignada, se soltó el pelo y regresó a la cama. Era tarde y un nuevo día de trabajo llegaría en pocas horas. No apagó la lamparilla, no quería estar a oscuras.

Adormecida por las escasas horas de sueño, Mérula observó el pequeño reloj con el cristal resquebrajado sobre la mesilla. Eran las siete de la mañana; en una hora despertarían a los niños para que se vistieran y, tras los rezos matutinos, servirían el desayuno. Afortunadamente, contaban con algunas cabras en el viejo establo, lo que les permitía ofrecerles en la primera comida del día.

Mérula se aseó y vistió con su atuendo diario: un vestido marrón de tela gruesa y un mandil blanco para evitar mancharlo. Era más práctico lavar o reponer un delantal que un vestido completo. Recogió su melena en un moño y salió de la habitación, preparada para enfrentar su penúltimo día en el orfanato.

Después de limpiar los utensilios y el comedor, sor Joane la envió a lavar las sábanas. Utilizaban un jabón que ellas mismas preparaban, al que añadían hojas de menta y otras hierbas aromáticas del huerto, proporcionando un agradable aroma a la ropa y a quien la lavaba. Con la colada ya limpia, salió al patio trasero, donde algunas cuerdas amarradas entre postes de madera servían como tendedero. Extendió las sábanas con cuidado, absorbiendo el fresco aroma a menta, algo que la hizo sentir en paz. Echaría de menos todos esos detalles.

sor Eleonor hizo acto de presencia cuando estaba tendiendo la última sábana.

—Mérula, alguien quiere verte —anunció.

—¿A mí? —se sorprendió, ya que nadie la conocía y mucho menos sabían dónde vivía.

—Un abogado pregunta por ti, parece ser importante. Le dije que te esperara en el despacho de la antigua madre superiora —informó, aquel era el lugar donde solía recibir clases de lectura

cuando era niña.

—Qué extraño —comentó para sí misma.

—¡Vamos! No le hagas esperar —le apremió.

La joven volvió dentro y se dirigió al despacho situado en el pasillo principal. Al entrar, vio a un hombre de unos cuarenta años sentado en una de las sillas de madera junto a la mesa. Este alzó la mirada al escuchar la puerta. Era alto, llevaba un elegante traje marrón oscuro de buena calidad y el cabello, también oscuro, peinado hacia atrás con cuidado. Sobre la silla a su derecha descansaba un bonito maletín de piel. En ese momento, entró sor Eleanor.

—Aquí tiene su té —indicó, posándolo sobre la mesa—. Les dejaré para que puedan hablar.

Segundos después, abandonó la estancia cerrando la puerta. Sintió la tentación de escuchar, pero prefirió no hacerlo y regresó a la cocina.

—Usted debe ser Mérula —la saludó con educación—. Mi nombre es Eduard Smith, abogado —Sacó una tarjeta del bolsillo interior de la chaqueta y se la entregó. Mérula la observó, leyendo su contenido: Smith y asociados. Eduard Smith Harris, abogado, y la dirección del bufete.

—Encantada, Eduard. —Mérula le estrechó la mano amablemente, aunque aún no comprendía qué podría querer de ella un abogado con aparentemente altos honorarios, que solo alguien con dinero podría pagar.

—Seguro que se está preguntando por qué he venido. Siéntese, creo que se va a sorprender mucho —aseguró Eduard mientras la joven tomaba asiento al otro lado de la mesa y él colocaba el maletín en su regazo.

—Por favor, dígame de qué se trata. No tengo a nadie que sepa de mí y ningún asunto pendiente que requiera de un abogado —le informó, asegurándose de que no se equivocara de persona.

—Sé que es usted huérfana, pero precisamente por eso estoy aquí. Un familiar suyo me encargó la tarea de encontrarla —respondió Eduard con una sonrisa un tanto nostálgica que Mérula no logró descifrar, al igual que no entendía a qué se refería.

—¿Un familiar? Me abandonaron al nacer, no tengo familia —Estaba confusa y sorprendida—. Y si la tuviese, ha tenido muchos años para venir a buscarme y no lo ha hecho.

—Déjeme decirle que este familiar no sabía de su existencia hasta hace poco —aseguró Eduard, consciente de que debía ser un «*shock*» para ella recibir la noticia.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Vayamos por partes. —Abrió el maletín y sacó un sobre de gran tamaño.

—Explíquese —le exigió ella, sin entender nada y preguntándose por qué estaba siendo tan misterioso.

—Su abuela se puso en contacto conmigo hace un mes para pedirme que la encontrara —aseguró—. Sabía que la habían abandonado en el orfanato de la ciudad, me proporcionó su nombre y algunos datos que, según ella, su madre le había dado. Con esa información, no me fue difícil dar con su paradero. —Eduard hablaba con calma y cautela, como si hubiera un trasfondo que aún no quisiera mencionar.

—¿Mi abuela? —preguntó sorprendida—. ¿Mi madre no le dijo que había tenido una hija?

—Así es, su abuela no sabía que su hija había tenido una niña. Se lo ocultó durante todos estos años —prosiguió, midiendo las palabras para no abrumarla.

—Y mi madre, ¿dónde está? Ha dicho que ella le proporcionó información sobre mí a mi abuela. —El abogado hablaba en pasado, lo cual la estaba confundiendo.

—Su madre falleció —le confesó—, pero antes le encargó a su abuela que la buscara.

Mérula finalmente confirmó sus sospechas sobre la posible muerte de su madre. Ahora nunca la conocería y, aunque le hubiera gustado hacerlo, no pudo evitar no sentir realmente su muerte. La lamentaba como lo haría con la de cualquier otra persona; sin embargo, seguía sin entender por qué la abandonó y por qué, después de tanto tiempo, quería encontrarla. Realmente ya no importaba. Al menos podría conocer a su abuela, a la que no culpaba de nada, ya que tampoco sabía de su existencia.

—Vaya... —fue lo único que alcanzó a decir mientras agarraba un pellizco de tela de la falda y la arrugaba entre sus dedos—. ¿Y mi abuela?

El abogado tardó unos segundos en responder a la pregunta, sabía que la respuesta sería muy dura de asimilar.

—Falleció poco después de venir a verme y contratar mis servicios, solo estoy cumpliendo sus deseos —le confesó con todo el tacto que se podía tener al contarle a una joven que su única familia había fallecido y nunca podría conocerla.

Mérula sintió que su mundo se venía de nuevo abajo. La idea de encontrarse con su abuela realmente le había dado esperanzas, y un segundo después volvía a estar tan sola como antes, pero con la pena de saber que ya no tendría ninguna expectativa de averiguar quién era realmente.

—Lo siento —se disculpó por no decir nada; realmente no sabía qué debía decirle al abogado.

—Entiendo que esto supone un duro golpe para usted, pero tenía que saberlo. Para eso me contrató su abuela.

—No se preocupe, lo entiendo. Es su trabajo —admitió con un nudo en la garganta que no era capaz de deshacer.

—No solo he venido a traerle malas noticias. —Eduard cogió el sobre que guardaba encima del maletín y se lo entregó—. No sé cuál es su contenido, pero su abuela se aseguró muy bien de que se lo hiciera llegar. Quizás en su interior encuentre alguna información que pueda ayudarla.

—Gracias. —Mérula lo agarró y vio que era bastante abultado. Observó que no había nada escrito en él.

—Mi trabajo aquí ha terminado —anunció el abogado poniéndose en pie. Mérula le imitó, dispuesta a despedirse—. He de marcharme; tengo otros asuntos que atender.

—Gracias de nuevo. Al menos ahora sé que alguien quiso encontrarme. —Observó el sobre con tristeza; se refería a su abuela, a quien nunca conocería y con la cual le hubiese gustado hablar.

—Siento mucho haber sido portador de malas noticias, pero piense que quizás en ese sobre encuentre las respuestas que busca. —Eduard esperaba tener razón y que lo que quisiera que hubiese en su interior le sirviera de ayuda.

—Eso espero —comentó con una sonrisa melancólica en los labios.

—Buenos días —se despidió Eduard saliendo del despacho. Ni siquiera esperó a que alguien apareciera; agarró el sombrero, la chaqueta y se marchó.

El señor Eleanor escuchó el sonido de la puerta al cerrarse y acudió rápidamente. Al entrar, vio a Mérula ensimismada mientras observaba el sobre.

Estaba tan confundida... Los sucesos se arremolinaban como un torbellino en su mente. Su familia, a la que jamás conoció, estaba muerta, lo que hacía que se sintiese más sola que nunca. Le hubiese gustado ver a su madre antes de morir para pedirle explicaciones sobre su abandono, pero, sobre todo, conocer a su abuela, la única persona que había intentado buscarla y que quizás tuviese alguna respuesta sobre los fenómenos que provocaba y que le aterrorizaban tanto.

CAPÍTULO 4

—¿Estás bien? —Se preocupó la religiosa al verla sumida en ese estado.

—Creo que sí. —Apartó el sobre de su pecho y lo miró una vez más; eso era lo único que le quedaba de su familia.

—¿Qué quería ese abogado? —preguntó, observando con curiosidad el paquete que tenía entre sus manos.

—Vino a entregármelo; lo contrató mi abuela —respondió de forma escueta.

—Eso es maravilloso, mi niña —afirmó mientras se le iluminaban los ojos.

—Lo sería si estuviese viva... —comentó desolada.

—¿Y tu madre? ¿Te dijo algo sobre ella? —preguntó con cautela.

—Muerta también —respondió como ausente; aún no lo había empezado a asimilar.

—Lo siento tanto —manifestó sor Eleonor, realmente consternada al conocer la triste realidad.

Mérula permaneció en silencio unos minutos hasta que finalmente estalló en un llanto descontrolado, sollozando como una niña. La monja corrió a consolarla, y con cada lágrima que derramaba la joven, se le partía un poco más el alma.

Ella daba por hecho que estaba sola en el mundo, pero en lo más profundo de su ser albergaba un resquicio de esperanza de que hubiese alguien a quien encontrar, alguien a quien conocer y pedir explicaciones. Ahora su corazón se había terminado de romper, dejándola desolada y sola en el mundo.

—Ahora ya tengo la certeza de que está muerta. Al leer la nota pensé que había fallecido hace años, pero no; hace solo un mes que contactó con mi abuela. ¿Por qué no vino a verme en todo este tiempo si tanto me quería? ¿Por qué me dejó aquí durante todos estos años sin siquiera mandar una mísera carta? ¿Cómo alguien puede abandonar a un hijo a su suerte en este lugar? —Mérula no podía dejar de derramar lágrimas; lloraba como solo podía hacerlo un ser destrozado, abatido y desesperado.

El dolor se le hizo insoportable, tanto que su llanto se fue transformando en un grito de rabia, de impotencia; el clamor de un alma partida en cientos de pedazos.

La taza de té situada en la mesa empezó a temblar. sor Eleonor la observó con asombro, recordando los incidentes que ocurrían cuando se enfadaba. Mérula la miró fijamente con sus ojos oscuros y profundos, produciéndole escalofríos. Sabía que algo estaba a punto de suceder, y así fue. La taza con el té caliente voló y pasó a escasos centímetros de su rostro, impactando en una de las estanterías. La mujer sintió que el corazón le latía tan rápido que creyó que estaba a punto de darle un infarto; podría haberle quemado la cara. Sin embargo, no se amilanó y se acercó a la muchacha para tranquilizarla; sabía que no era ella misma cuando hacía esas cosas. En ese momento, tan solo era una niña aterrada y perdida.

—Mérula, debes reponerte; el abogado no ha dicho nada sobre tu padre. Aún te queda una oportunidad de saber quién eres. Sal de este lugar y búscale —la incitó—. Tienes algo dentro de ti que jamás había visto en ninguna otra persona. Sé valiente y abre ese sobre que te han dado; estoy segura de que lo que hay dentro resolverá algunas de tus preguntas.

Aquellas palabras parecieron surtir efecto y dejó de sollozar.

—Tienes razón —admitió, ya más serena—. Todo este tiempo solo he pensado en mi madre

sin reparar en que ahí fuera también podría estar mi padre. Puede que él tampoco sepa que tiene una hija.

—Has de salir de aquí y buscarle. Quizás en ese sobre puedas encontrar algo que te dé una pista de por dónde empezar.

En ese momento, Mérula reparó en que el té había salpicado a sor Eleonor en la cara y tenía pequeñas marcas rojas en la mejilla.

—¿Te duele? —le preguntó con expresión seria, tocándolas con los dedos.

—No te preocupes, no es nada —respondió quitando importancia a lo sucedido con una sonrisa.

—Sí que lo es, podría haberte quemado la cara —manifestó, sintiéndose terriblemente culpable—. Me iré esta misma tarde. No es seguro que abra el sobre aquí. No sé qué voy a encontrar y qué podría ocasionar.

Observó la taza de té rota en pequeños pedazos junto a la estantería. Era peligroso; su poder o lo que quisiera que fuese estaba fuera de control y cada vez se descontrolaba más. No podía poner a sor Eleonor y a los niños en peligro.

—Puedes abrirlo en tu habitación; nadie te molestará. Le diré a las demás que estás enferma —sugirió. No era necesario que se fuese de esa forma tan repentina.

—No, me marcharé esta tarde. No me arriesgaré ni os expondré a más arrebatos sin control.

—¿Pero a dónde irás? —Esa opción no acababa de convencerla; estar sola y sin rumbo por el pueblo no era una buena idea.

—No lo sé, caminaré hasta encontrar un sitio seguro donde pasar la noche.

—Laudil no es seguro por la noche. ¿Por qué no te marchas por la mañana, cuando ya hayas abierto ese sobre y tengas alguna pista de a dónde ir? —volvió a insistir con preocupación.

—No insista, he tomado una decisión.

—Veo que será imposible convencerte; eres muy testaruda —la regañó con resignación—. Al menos deja que te dé esto.

La mujer se colocó junto a ella y extrajo del cajón contiguo una pequeña caja de madera. Al abrirla, Mérula vio que había algo de dinero dentro y varias baratijas. Cogió un par de monedas, agarró su mano y se las entregó.

—No puedo aceptarlas —se quejó intentando devolvérselas; allí no sobraba el dinero, no podría llevarse parte de lo poco que tenían.

—Cógelas, son mías. Fue lo único que traje cuando llegué aquí. La madre superiora, que en paz descansa, me obligó a dejarlas en este cajón, al igual que a las demás. Según ella, para llegar hasta Dios, había que desprenderse de lo material y abrazar la fe y la espiritualidad —le contó, rememorando aquel día como si hubiese sido ayer—. Si no lo haces, no permitiré que te vayas. Al menos deja que tenga la seguridad de que estarás bien —le rogó con la mirada—. En el pueblo hay un hostel que se llama «*La estrella*»; con esto, tendrás para un par de noches. O eso espero.

Mérula cerró la mano, guardando en su interior las monedas que con tanto amor le estaba dando la única persona que la había querido de verdad. Le partía el corazón dejarla allí, pero volvería cuando hallase las respuestas que buscaba y consiguiese controlar su extraño poder.

—Está bien, pero te prometo que volveré —aseguró, abrazándose a ella con fuerza—. Gracias por todo, gracias por cuidarme y no dejarme de lado pese a todo lo sucedido.

—Siempre serás mi niña especial, y ahora vete antes de que me arrepienta —le advirtió, apartándola y secándose las lágrimas de los ojos.

Si ya de por sí era muy duro verla marchar, más lo era pensar en que quizás jamás se

encontrarían de nuevo. Eso la destrozó por dentro. Mérula salió del despacho sin volver la vista atrás; en ese estado, mirarla sería lo único que impediría que se fuera de allí. No podía permitírselo, tenía que encontrar su destino y a sí misma; quedarse ahí tan solo alargaría su búsqueda.

CAPÍTULO 5

Decidida a marcharse, Mérula se dirigió a la que había sido su habitación y su refugio durante los últimos cuatro años, desde que tomó la decisión de quedarse y ayudar a las monjas a cuidar a otros niños que, como ella, habían sido abandonados en aquel lugar. Recogió sus escasas pertenencias, incluido el colgante que su madre había dejado junto a ella aquel día de invierno. Ahora que tenía la certeza de que estaba muerta, quería mantenerlo cerca, llevando consigo lo único que le había regalado y descubriendo así el poder que parecía esconder en su interior y que solo se activaba con su contacto. La piedra volvió a vibrar al cogerla, y la guardó en el bolsillo junto con la nota arrugada que comenzaba a deshacerse por el paso del tiempo.

Así, cuando ya estaba empezando a anochecer y con todo lo necesario dentro de un improvisado hatillo, Mérula abandonó el único hogar que conocía para adentrarse en lo desconocido y buscar las respuestas que tanto ansiaba encontrar. Contó el dinero que sor Eleonor le había entregado con todo su cariño; era suficiente para alquilar una habitación en algún hostel durante un par de días mientras pensaba qué hacer. Al menos podría revisar con calma el contenido del sobre.

Se aseguró de que no hubiera nadie por los pasillos y abandonó de forma furtiva el lugar. Lo último que le apetecía era despedirse de todos y que le hicieran preguntas; no sabía qué decirles. Seguramente, sor Eleonor inventaría una excusa más razonable para explicar su desaparición.

Una vez en el exterior, dio un último vistazo a las paredes enmohecidas del orfanato y, sin mirar atrás, se alejó corriendo. La noche era fría y el aire le golpeaba en la cara sin piedad y con furia, embravecido por el invierno implacable de Laudil. Una vez dentro del pueblo, todo parecía en calma; la mayoría de la gente ya se había refugiado en sus humildes casas. Nadie la conocía, y no quería llamar la atención, así que siguió corriendo varias calles más hasta encontrar el hostel que sor Eleonor le había mencionado. Frente a ella se alzaba una casa de dos pisos con bonitas decoraciones en su exterior y ventanas; sobre la puerta, reposaba un gran cartel con el nombre «*La estrella*». Respiró profundamente antes de entrar.

Ya en el interior, se encontró con un pequeño mostrador de madera; detrás, colgaban de viejos clavos las llaves de las habitaciones. Mérula se acercó con cautela al hombre que se encontraba tras él. Este llevaba una ropa un tanto desgastada pero limpia. El hombre sonrió al ver a la muchacha, le pareció muy guapa, aunque un poco pálida y delgada para su gusto; en realidad, lo único que le importaba era que podía dejarle un poco de dinero. Eran escasos los huéspedes que habían pasado por allí esa semana. Sonrió de forma amable, dejando ver sus dientes amarillos, seguramente debido al tabaco y la poca higiene, algo que a Mérula le desagradó y la repelió en cierta forma.

—Buenas noches, señorita, ¿en qué puedo ayudarla? —la saludó de manera cordial mientras se agarraba la solapa de la chaqueta marrón.

—Buenas noches, me gustaría alquilar una habitación para pasar la noche —respondió Mérula aún no muy segura de si quería quedarse ahí, pero estaba muy cansada y dudaba que hubiese otro hostel en Laudil; además, le sería imposible pagar cualquier otro lugar mejor que ese. No conocía bien el pueblo.

—El pago debe hacerlo por adelantado —le advirtió—, ya he tenido problemas con algún caradura que se ha marchado sin pagar.

—No tengo problema con eso. ¿Cuánto cuesta una noche? —preguntó, esperando tener suficiente dinero.

El dueño del hostel fijó el precio, una cantidad razonable que costó a Mérula casi todo lo que le había dado la religiosa; tan solo le sobraron unos centavos.

—Aquí tiene —le dijo depositando sobre el mostrador las monedas, que el hombre recogió rápidamente.

—Bienvenida —agradeció entregándole una de las viejas llaves que tenía colgadas detrás—. Tiene la habitación diez, suba las escaleras y diríjase al final del pasillo —le indicó—. A las doce de mañana debe abandonar el hostel. Mi nombre es Carl, si necesita algo, venga a verme.

—Gracias, pero no creo que salga de la habitación hasta mañana —le aclaró para que supiese que no debía molestarla.

Subió las escaleras bajo la atenta mirada de Carl, que la observó con lascivia, y se dirigió al final del pasillo apenas iluminado por una triste lámpara de aceite colgada en la pared. Como le había indicado el dueño del hostel, llegó a una puerta vieja con madera roída y el número diez pintado de forma descuidada con pintura roja. Con cuidado, introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Ese hombre no terminaba de gustarle y no se fiaba.

La habitación estaba limpia, a excepción del polvo que se acumulaba sobre los muebles. En el centro se encontraba una cama individual cubierta con una manta azul y, a los lados de esta, dos mesillas de noche destartadas. Justo en la pared frente a la cama había un pequeño baúl para guardar sus cosas y sobre este, una pila con agua para su aseo. Observó la ventana, cubierta por una gruesa cortina que apenas permitía pasar la luz exterior. Dejó sus pertenencias en la cama y se acercó a esta, apartó un poco la tela y la abrió para ventilar la habitación. Se aseguró de que nadie podía verla desde fuera y volvió dispuesta a descubrir el contenido del sobre misterioso.

Antes de abrirlo, algunos mechones de pelo le cayeron por la cara, por lo que soltó su larga melena negra y volvió a recogerla en un nuevo moño. Sus ojos oscuros miraron fijamente el sobre; por un lado, quería saber qué se ocultaba dentro, pero por otro tenía miedo de descubrir quién era realmente. Una vez viese su contenido, no habría vuelta atrás y tendría que aceptar cuál era su verdadera identidad, pasar de ser tan solo Mérula a tener unos apellidos y un pasado, algo que sin duda afectaría a su futuro; aunque lo que realmente la asustaba era descubrir por qué era capaz de provocar esos fenómenos. Con sumo cuidado, lo abrió y vació su contenido sobre la cama poniéndolo boca abajo. De su interior cayó un papel color crema doblado por la mitad, una carpeta de cartón con documentos y una pequeña caja de madera con un símbolo grabado en la tapa. Observó por unos segundos los objetos y decidió empezar por el papel doblado en el cual se transparentaban las letras de una carta manuscrita. Tras un suspiro, la abrió para leer su contenido. La caligrafía era clara y con trazos elegantes, la fecha que figuraba era de hacía algo más de un mes. Sin más dilación, comenzó su lectura, temerosa por lo que pudiese encontrar en sus líneas.

«Mi querida Mérula, mi nombre es Roselyn Ewart, y soy tu abuela. Si estás leyendo estas líneas significa que lo inevitable ha sucedido: yo también he muerto. Siento en el alma que hayas estado sola todos estos años, pero no tenía conocimiento de tu existencia; tu madre se ocupó de ello. Yo hubiese hecho lo mismo de encontrarme en su situación. Imagino que ha debido ser muy duro no saber quién eres o si tenías familia. Deja que empiece por lo primero que has de conocer: de dónde provienes. Tu madre era Gisele Becket Ewart y digo era porque, como mi abogado ya te habrá contado, murió hace poco. Ya estabas en peligro antes de nacer y

tu madre no tuvo otra opción que ponerte a salvo dejándote en un orfanato donde nadie pudiese encontrarte. Para entender quién eres, antes debes saber la verdad, pero lo que estás a punto de descubrir no es fácil de asimilar».

Mérula se detuvo un momento y tomó aire; en el fondo, sabía que la verdad guardaba relación con los sucesos que había provocado y tenía miedo; sin embargo, ya estaba cansada de no ser nadie.

«Estoy casi segura de que durante tu vida has experimentado fenómenos a los que no puedes dar explicación, pero que tienen una muy sencilla y que, para llegar a entender, debes estar abierta a otros horizontes que se alejan de lo racional. Empezaré desde el principio. Nuestra familia descende de un linaje de brujos que se remonta al albor de los tiempos, poseedores de algo invisible llamado magia y que sus descendientes hemos ido heredando nacimiento tras nacimiento hasta llegar a ti, Mérula: la última bruja viva de nuestro linaje. Sé que esto que te estoy contando es muy difícil de asimilar e incluso podrías pensar que soy una vieja loca, aunque si has experimentado los fenómenos a los que me refiero, sabrás que, en el fondo, te estoy diciendo la verdad».

La palabra bruja resonó en su mente, pero no pensó que su abuela estuviera loca. Mientras leía esas líneas, sintió que finalmente todo lo que le había sucedido tenía sentido. No era rara; simplemente había algo que no entendía y que escapaba a la comprensión de cualquier ser racional, algo que la hacía diferente, algo totalmente desconocido.

«Junto a esta carta encontrarás las escrituras de mi vieja casa, la cual he puesto a tu nombre y de la que puedes conocer su ubicación gracias al mapa que también adjunto. Ve cuanto antes; es el único lugar donde puedes estar segura. La casa está protegida y nadie, excepto tú o alguien de tu total confianza a quien quieras invitar, podrá entrar en ella. Mérula, aún no conoces el alcance de tus poderes, pero lo sabrás muy pronto. Debido a la amenaza que representa para tu existencia, tu magia fue ocultada en el colgante de tu madre, el cual ahora te pertenece. Tus poderes están encerrados en su interior, y debes saber que, cuando te lo pongas, se activarán y ya no podrás deshacerte de ellos. Son tu legado, para lo que has nacido. Mi querida nieta, estás en peligro, y tu magia es lo único que tienes para protegerte. Ni yo ni tu madre estamos ya para hacerlo, aunque no estás sola; otros velan por ti».

No pudo evitar pensar en los cuervos y si alguien los había enviado para vigilarla. Era una locura, pero habían aparecido en su sueño e interactuado con ella en el patio. No podía ser solo una coincidencia, ya no.

«Ten por seguro que tu madre te amaba y antepuso tu seguridad ante todo. Por favor, no le guardes rencor. Yo también la perdí a ella. Mi querida nieta, no me permitieron conocerte, pero sé que al menos, gracias a mi muerte, ahora tendrás un pasado y quizás un futuro si aceptas tus dones para protegerte a ti misma. Cuando descubran tu existencia, estarás en peligro. Márchate cuanto antes del pueblo; pronto vendrán a buscarte. Mi pequeña niña, ahora ya sabes quién eres: una bruja, la última de nuestro linaje.

Te quiere: Rosaline»

Cuando pronunció las últimas palabras del escrito, las lágrimas brotaron sin control de sus ojos. Aunque seguía estando sola en el mundo, al menos ahora sabía quién era y todo tenía sentido para ella. La última frase, «*márchate cuanto antes del pueblo*», no dejaba de resonar en su cabeza. Incluso imaginó la voz de su abuela pronunciándola. Apartó la carta y agarró la caja de madera con el extraño símbolo en la tapa. Al sostenerla entre las manos, emitió un sonido metálico y se abrió por sí sola, algo que la sorprendió. Dentro, encontró un papel enrollado. Al abrirlo, se topó con que estaba vacío. Miró ambas caras, pero no vio nada escrito. Solo al pasar la mano sobre él comenzó a mostrarse lo que parecía ser un mapa dibujado con esmero.

En ese momento, entendió que solo ella podía abrir la caja y que su abuela había puesto un hechizo sobre los objetos para que nadie más tuviera acceso a su contenido. Observó el mapa con detenimiento: la casa se encontraba en lo más profundo del bosque, alejada de Laudil. Llegar hasta allí sería complicado, ya que si su abuela había tomado tantas precauciones para que solo ella pudiera saber su ubicación, era porque debía llegar por su propio pie sin involucrar a nadie más. Aún conmovida, le costaba asimilar todo lo que acababa de descubrir; sin embargo, decidió emprender su viaje al amanecer. Llegar quizás le llevaría más de un día, pero era el único lugar seguro al que podía dirigirse. En la casa encontraría más información sobre su familia y quizás sobre su padre, ya que en la carta no decía nada al respecto. Aunque lo más importante era recuperar la magia que su madre le arrebató al nacer y que se encontraba guardada en el colgante. Por el momento, era mejor que no se lo pusiera; lo haría al llegar. Sentía que era la única forma de protegerse de aquello que tanto temía su abuela que la encontrara. Una vez recuperada, ¿sabría cómo usarla? ¿Podría controlarla?

CAPÍTULO 6

Mérula volvió a leer el contenido de la carta varias veces para convencerse a sí misma de que era una bruja; ahora, todo empezaba a tener sentido y se sintió abrumada debido a su nueva identidad. Se preguntaba quiénes eran los que velaban por ella, y si eran ellos los que enviaban a los cuervos para asegurarse de que se encontraba a salvo. ¿Vivirían también en el bosque? Revisó por encima las escrituras que, efectivamente, estaban a su nombre; ahora, incluso tenía su propia casa, y aunque estuviera alejada del pueblo, no le importaba. Allí estaría segura y podría practicar con sus poderes una vez los recuperara, sin hacer daño a nadie. Se le hacía tan raro hablar de ello como si fuese algo normal...

Todo su cuerpo era un mar de nervios por el viaje que debía emprender al amanecer; se dirigiría hasta el bosque y se adentraría en sus entrañas completamente sola. Mientras lo atravesaba, podía encontrarse con animales salvajes o perderse en él, por ello tenía que reponer fuerzas si pretendía recorrer la máxima distancia posible en un día. Llevaba sin comer desde la mañana, y su cuerpo tampoco tenía la intención de hacerlo; un nudo en el estómago se lo impedía. Sin embargo, si quería aguantar durante el largo viaje a pie, no tenía más remedio que comer algo. Decidió bajar y abandonar por un momento la habitación para ir a comprar algo con el poco dinero que le quedaba a una pequeña tienda que había visto cerca del hostel. Al contarle, no pudo evitar acordarse de sor Eleonor; quizás una vez dominase sus poderes podría hacer algo por ella y los niños. Lo tendría en cuenta llegado el momento.

Cerró la puerta con llave y bajó a la calle; Carl no se encontraba en el mostrador de la entrada, algo que la alivió, ya que no le gustaba su forma de mirarla. Caminó unos metros calle abajo hasta encontrar la tienda; era un pequeño establecimiento con un cartel destartado. El interior era de madera y desprendía un desagradable olor a humedad que le revolvió el estómago. Ya dentro, compró un par de dulces y una botella de vidrio con agua; instantes después, volvió al hostel.

La carta decía que estaba en peligro; no podía fiarse de nadie. Una vez de vuelta en la habitación, cerró la puerta y se tumbó en la cama; más tarde comería. Agarró la caja y pasó la mano sobre el símbolo tallado en el centro; se trataba de una luna llena con otra menguante a un lado y, al otro, una creciente. Debía tener algún significado mágico que no conocía, pero que podría averiguar una vez estuviese en la casa. Se la imaginaba acogedora, aunque no muy grande, construida en madera y llena de libros que podría revisar y estudiar. Sus poderes estaban a buen recaudo dentro de la piedra, ponérsela sería lo primero que haría al llegar y así recuperarlos; al día siguiente cumpliría la mayoría de edad.

La noche cerrada llegó pronto y, pese al cansancio, no la llegaba el sueño. Tenía demasiado en lo que pensar y muchas preguntas para las que aún no había respuesta. Temía cerrar los ojos y volver a tener la misma pesadilla. Corrió las cortinas y se comió uno de los dulces que había comprado en la tienda. Al día siguiente estaría atravesando el bosque sola, sin ropa de abrigo ni nadie que le hiciese compañía. Únicamente se tenía a ella misma y su determinación por encontrar la casa. En su interior estarían todas las respuestas que buscaba y su futuro; o eso esperaba.

Ya bien entrada la madrugada, sus ojos se cerraron; había llegado al límite y su cuerpo se rindió al cansancio. Esa noche no tuvo ningún sueño y se quedó dormida profundamente, tanto

que casi estaba amaneciendo cuando unos golpecitos continuos acabaron por despertarla, un sonido que se repetía una y otra vez y que provenía de la ventana. Aún algo aletargada, se levantó dando tumbos y apartó la cortina. Para su sorpresa, vio a un majestuoso cuervo aporreando con su pico el cristal; este dejó de hacerlo cuando vio que ya se había despertado. Mérula la abrió, y sus ojos se encontraron con los del ave. Estos eran tan oscuros como los suyos y demasiado expresivos para ser los de un simple pájaro. Alargó la mano para intentar tocarlo.

—¿Por qué me sigues? —El cuervo graznó y alzó el vuelo sin permitir que Mérula lo acariciara.

Observó cómo se alejaba y se perdía en el horizonte. Ya empezaba a amanecer y debía marcharse antes de que fuera más tarde; creía firmemente que el cuervo había venido a despertarla. Si no hubiese aparecido, aún seguiría dormida. Se aseó rápidamente en la pila y guardó dentro del hatillo el sobre, la caja de madera, el dulce que le quedaba y el agua. Tras bajar las escaleras que conducían a la entrada, vio que Carl ya se encontraba allí.

—¿Ya se marcha? Es muy temprano —preguntó con curiosidad.

—Sí, gracias por la habitación —respondió dejando las llaves sobre el mostrador de madera, pero él le cogió la mano antes de que pudiera apartarla.

—Es una pena que no pasen muchas señoritas tan guapas como usted a menudo —le insinuó mientras la sujetaba con fuerza; llevaba mucho tiempo sin estar tan cerca de una mujer y no pensaba desaprovechar la oportunidad.

—No me extraña, con alguien como usted a cargo —intentó soltarse, pero sin éxito—. Le ruego que me suelte por su bien —le amenazó, estaba empezando a enfadarse, y eso no solía traer nada bueno.

—Vamos, señorita, tan solo quiero disfrutar un rato más de su compañía. —Le apretó con más fuerza y tiró de ella hacia él.

—Suélteme —le exigió mirándole fijamente a los ojos, pero sin éxito.

Desesperada, entró en cólera y gritó, haciendo que el hombre volara hasta impactar con el expositor de las llaves situado tras él y cayera al suelo. Sintió que le ardía todo el cuerpo. Cuando volvió en sí y vio que se encontraba aturdido, aprovechó para salir corriendo. Carl seguía mareado y no fue capaz de levantarse.

Mérula corrió hasta detenerse en un callejón a varias manzanas del hostal; su respiración era agitada y sentía que el corazón se le iba a salir del pecho. Estaba asustada por lo sucedido, pero le asustaba aún más pensar que había podido hacerle daño a ese indeseable. Aún no tenía sus poderes y ya era capaz de lanzar por los aires a una persona; ¿qué podría hacer una vez los hubiese recuperado? ¿Y si no podía controlarlos? Quizás haber cumplido la mayoría de edad y llevar en el bolsillo el colgante había magnificado lo sucedido. Respiró profundamente hasta que logró tranquilizarse y abrió el mapa que llevaba en la mano para comprobar cuál era el camino que tenía que seguir hasta las afueras de la ciudad. Cuando desenrolló el pergamino, estaba vacío; de forma instintiva pasó la mano por su superficie y volvió a aparecer, pero esta vez también surgió una cruz que señalaba su ubicación. El mapa había cambiado y mostraba solo el pueblo, e imaginaba que volvería a cambiar una vez lo abandonase; era increíble que un simple papel pudiese ser algo mágico con vida propia. Se sintió aliviada, ya no se perdería en el bosque como creía, tan solo tenía que seguir el camino que le indicase el mapa.

Empezó a caminar a paso ligero y volvió a comprobar que el trayecto a seguir se dibujaba mágicamente en el mapa. En una hora ya se encontraba a las afueras de Laudil. Antes de proseguir, se dio la vuelta para contemplar por una última vez el pueblo; no sabía cuándo podría volver, y le apenaba no haberse despedido como era debido de sor Eleonor y las demás monjas

que tanto la cuidaron de pequeña y que tanto le habían enseñado mientras estuvo allí. Estarían intrigadas por saber qué quería el abogado, y pronto recibirían la noticia de que se había marchado. Cuando supiese quién era, se sintiese preparada y estuviese segura de que su presencia no representaba un peligro para nadie, volvería y les haría saber que estaba bien.

CAPÍTULO 7

El día había amanecido frío y húmedo, algo que sus huesos notaron de inmediato. Llevaba puesto un vestido marrón y, aunque la tela no era del todo fina, no aislaba su frágil y delgado cuerpo del clima. Esperaba que, conforme avanzara la mañana hacia el mediodía, la temperatura subiera y con ella desapareciera el malestar. Observó el camino de tierra que se extendía frente a ella, una senda utilizada para viajar de un lugar a otro. El bosque aún se encontraba algo alejado. Decidió ir bordeando el camino por detrás de los árboles, donde sería más complicado notar su presencia y así evitar la posibilidad de encontrarse con alguien que pudiera increparla y dar lugar a otro suceso como el de esa mañana. Lo último que quería era hacer daño a nadie.

Después de varias horas caminando y ya avanzado el día, la temperatura finalmente subió algunos grados; sin embargo, la humedad seguía siendo elevada. Mérula ya había dejado atrás Laudil, y gracias al mapa mágico, le resultaba relativamente fácil seguir el camino. Su vestido y botines roídos estaban mojados debido a la tierra lienta y la vegetación que hallaba a su paso. Durante la mañana, solo un carruaje había pasado, y cada vez se encontraba más alejada de cualquier lugar habitado. A lo lejos, ya se podía ver el enorme bosque al que debía adentrarse para llegar a su destino, y no pudo evitar sentirse más desamparada que nunca, vulnerable y con la sensación de estar continuamente en peligro. El silencio era palpable, solo alterado por el sonido de los pájaros y algunos ruidos entre los matorrales producidos por algún pequeño animal. Continuó avanzando, decidida a arribar a su destino.

Caminó un buen trecho hasta que finalmente llegó al bosque. Fue entonces cuando volvió a escuchar ese sonido que ya le resultaba familiar y que la había acompañado en los últimos días, un graznido cuyo eco resonó en la lejanía. Volvió a comprobar el mapa y vio que había cambiado: ahora mostraba el interior del bosque. Este dibujó una nueva línea indicándole por dónde seguir; parecía ser una ruta sin muchos desvíos, literalmente debía atravesar la espesura hasta la parte central, en lo más profundo.

Al pasar entre los matorrales, el paisaje cambió de repente. A su alrededor se alzaban enormes secuoyas hasta donde alcanzaba su vista, formando filas ordenadas de manera natural. Y tal como se mostró en su sueño, creaban una especie de camino en el centro. La iluminación era apenas existente y el olor a tierra mojada, a plantas y, en resumen, a naturaleza, llenaban el lugar y su olfato. Aspiró profundamente esos aromas que la reconfortaron, haciéndola sentir protegida en cierto modo. El cuervo volvió a graznar, pero esta vez se encontraba posado en la rama de una de las secuoyas situada a unos metros de ella.

—¿También me vas a acompañar en el bosque? —preguntó—. «*Como si pudiera entender lo que le digo*» —se dijo a sí misma, amasándose la frente.

Volvió a escuchar al animal, que se marchó volando en la dirección que marcaba el mapa. Empezaba a pensar que quizás no estaba loca y realmente el ave la acompañaba. «*Si existe la magia, también podría tratarse de un cuervo mágico*», pensó. Tenía que seguir y llegar cuanto antes a su destino. Conforme avanzaba, parecía que el día se había convertido en noche; apenas entraba un fino hilo de luz a través de los enormes árboles. Los cuervos se seguían escuchando en el interior del bosque, haciendo notar su presencia. Ningún animal se había cruzado en su camino, a excepción de algunos pájaros e insectos revoloteando a su alrededor.

Cuando era pequeña, las monjas solían contar historias sobre aquel bosque. Pocas personas

se atrevían a adentrarse; había muchas leyendas referentes a lo que escondía. Hablaban de ruidos durante la noche que provenían de lo más profundo, y de gente que afirmaba haber visto criaturas que parecían salidas del infierno y que mantenían alejado a cualquier curioso.

Mérula decidió descansar un rato; estaba agotada y hambrienta. Sacó el dulce que llevaba en el hatillo y empezó a comérselo con avidez. Tras devorarlo, se acomodó sobre la gruesa raíz de uno de los árboles y volvió a mirar el mapa, en el cual aún no se dibujaba la silueta de ninguna casa, algo que empezaba a ponerla nerviosa. La oscuridad estaba cada vez más presente y comenzaba a sentirse intranquila. El ambiente frío y el relente le pasaban factura; le dolían todos los huesos del cuerpo y pronto no sabría diferenciar si seguía siendo de día o si, por el contrario, la noche ya había hecho acto de presencia. Se apoyó durante unos segundos en el enorme tronco y cerró los ojos.

—Solo un par de minutos —comentó en voz alta. Tras unos instantes, un aullido la sacó de su ensoñación, poniéndola en alerta.

Tras el primero se escucharon más, lo que significaba que había lobos en el bosque y no había tiempo para el descanso. El sonido era claro y parecía no muy lejano. De nuevo, el brillante cuervo hizo acto de presencia dirigiéndose a ella a toda velocidad. De forma inconsciente, se puso las manos cubriéndose la cara; había escuchado que podían sacarte los ojos. El animal paró sobre su cabeza y empezó a picotearle el pelo; no tuvo más remedio que levantarse y manotear para quitárselo de encima. Una vez en pie, este se alejó y se posó sobre la raíz donde se había sentado. Bajó las manos y vio que la observaba desde su posición; cuando sus ojos se encontraron, este alzó el vuelo.

—Está bien —espetó tras un suspiro colocándose el cabello; ahora sí que parecía una bruja, pero como la de los cuentos infantiles: desgañada y con una pinta horrible.

Ella misma se sorprendió respondiendo a un pájaro; sabía de alguna forma que no quería que se detuviese. Arrastrando su delgado y helado cuerpo, volvió a mirar el mapa y siguió avanzando con la esperanza de encontrar la casa pronto. En poco tiempo, la oscuridad la engulliría y le sería imposible orientarse bien.

Los enormes árboles formaban sinuosas siluetas alargadas que se extendían sobre la tierra mojada, y las ramas se mecían con la brisa, provocando que crujiesen e invocando un macabro sonido con cada movimiento. Tenía la sensación como si, de un momento a otro, fuesen a atraparla y levantarla del suelo. A lo lejos aún podían oírse los aullidos de los lobos. Era la primera vez que Mérula escuchaba a uno aullar y, por alguna razón que desconocía, sentía la imperiosa necesidad de avanzar más rápido; la sensación de peligro era palpable y se cernía a su cuerpo como un velo invisible. El cuervo graznó más fuerte y aleteó sobre ella, obligándola casi a correr. Ni siquiera había podido volver a mirar el mapa.

Después de un rato andando a paso ligero y bajo la vigilancia incesante del ave, que no se alejó de ella ni por un segundo, empezó a sentirse agotada; tendría que parar si no daba con la casa o desfallecería. Empezaba a creer que no existía.

—¡Tengo que parar! —gritó deteniéndose un segundo, pero el cuervo volvió a picarle en la cabeza—. ¡Déjame en paz, maldito pájaro! —Sacudió las manos para quitárselo de encima.

Su respiración era agitada y estaba temblando; sin embargo, el animal insistió e insistió hasta que Mérula alzó la vista. Esta miró a su alrededor, pero todo le pareció igual; los mismos árboles y el sonido lejano de los lobos que parecía perseguirla. El ave alzó el vuelo dirigiéndose hacia dos grandes árboles situados a varios metros de ella. La distancia que los separaba estaba cubierta de ramas y enredaderas. El córido graznó una vez más, posándose sobre las ramas desordenadas y enrolladas unas con otras y que formaban nudos imposibles entre sí. Tras

agudizar la vista, al fin vio lo que parecía ser una puerta de madera; el resto de la estructura apenas era visible, camuflada entre los tallos enlazados y anudados. Nerviosa, sacó el mapa para confirmar que era cierto, que no estaba teniendo alguna clase de alucinación debido al agotamiento. Desenrolló el papel de forma torpe y confirmó lo que tanto deseaba; una cruz púrpura se dibujó junto a ella. De repente, el mapa se prendió fuego por sí solo, convirtiéndose en ceniza entre sus manos. Aún algo incrédula, avanzó en dirección a la puerta, iluminada por la luz mortecina de la luna que se filtraba tímidamente entre los árboles y que de forma casi mágica le indicaba dónde estaba la casa de su abuela, el lugar que a partir de ahora sería su hogar.

De repente, el aullido de un lobo la sobresaltó. Se dio la vuelta y frente a ella vio a un enorme cánido de pelaje gris oscuro con los ojos amarillentos que la observaba con las fauces abiertas. Su mirada era fiera, la mirada de un cazador acechando a su presa. Este se dispuso a atacarla y la joven echó a correr con las pocas fuerzas que aún le quedaban, sabiendo que la atraparía y seguramente la mataría. Estaba sola frente al animal, de poco serviría que su extraño compañero de viaje intentase ayudarla. Corrió en dirección a la casa, pero el lobo lo hacía más rápido que sus pies. Consiguió morder la tela de su raído y mojado vestido arrancando un trozo, sin embargo, a tan solo un par de metros de la entrada a la casa, salió despedido hacia atrás, cayendo a varios metros de distancia bajo la sorpresa de Mérula. El animal volvió sobre sus pasos, pero se detuvo antes de llegar a ella. La joven alargó su mano y esta quedó a medio metro de las fauces. Una extraña pero agradable corriente fluyó a través de la palma de la mano y atravesó su cuerpo. En ese momento, supo que los alrededores de la casa estaban protegidos por magia y recordó las palabras que su abuela le escribió en la carta: *«es el único sitio donde puedes estar segura; la casa está protegida y nadie, excepto tú o alguien de tu total confianza que quieras invitar, podrá entrar en ella»*. El cuervo empezó a revolotear varios metros por encima del lobo, emitiendo unos sonidos diferentes a su habitual graznido; incluso parecía una risa si lo escuchabas detenidamente. El lobo chasqueó la mandíbula mientras miraba con rabia al ave, después aulló y se dirigió al interior del bosque, donde al menos dos pares de ojos brillantes le esperaban.

CAPÍTULO 8

Mérula, aún con el corazón encogido y la respiración agitada, se dirigió hacia la casa, escondida bajo las retorcidas ramas. No tenía ninguna clase de cerradura o pomo para acceder al interior, algo que no la sorprendió, puesto que todo allí parecía estar controlado por la magia. Tenía la sensación de que, al abrirla, se encontraría con un mundo totalmente diferente, uno fantástico que jamás imaginó que existiese. Todo aquello era abrumador para ella, pero a la vez sentía que ese era su destino, su lugar....

No había ninguna estructura visible que revelase que allí se encontraba una casa; lo único que podía verse con claridad era la puerta, lo demás quedaba perfectamente oculto por las ramas que parecían envolverla. Colocó su mano congelada por el frío sobre ella, y esta se abrió sin ni siquiera hacer ruido, como si se deslizara en el aire de forma mágica, al igual que todo lo demás que descubría. Una extraña luz proveniente del interior iluminó de manera tenue la entrada. Le llamó la atención que hubiese luz si la casa estaba vacía. El graznido de su compañero de viaje, el cuervo, la asustó. Mérula alzó la vista y vio alejarse al animal; se sintió extrañamente sola cuando desapareció.

Tardó un minuto en reunir el coraje para entrar y, después de soltar un suspiro, se adentró en la luz de su nuevo hogar. La puerta se cerró sola tras de sí. Se encontraba en una pequeña casita antigua de madera, con una chimenea de piedra situada en la pared de la derecha y de la que colgaban algunos utensilios para cocinar. Junto a esta se encontraba un caldero de hierro y en el interior unos troncos que no habían sido utilizados. Una mesa rectangular de madera se encontraba frente a esta, llena de cuencos, botes de cristal con hierbas y un libro que ojeó por encima; parecía de recetas, pero con dibujos de flores y plantas. Quizás fuesen ungüentos curativos o pociones? En la pared de enfrente había dos ventanas de estilo gótico que dejaban pasar la luz nocturna a través de sus cristales decorados con unas líneas, y en cuyo extremo superior formaban el dibujo de una roseta. Al observar de nuevo la estancia descubrió de dónde provenía la claridad que la iluminaba; una extraña y pequeña bola de luz flotaba cerca de la chimenea. Esta se movía de arriba a abajo de forma suave, con un baile casi hipnotizador. Una gran alfombra de pelo marrón daba calidez al lugar. El sitio era realmente acogedor, y se sintió a salvo en su interior; por primera vez en su vida, tenía un hogar.

Al fondo vio un pequeño pasillo y otra estancia; se dirigió a ella suponiendo que sería una habitación, y Mérula no se equivocó. Dentro se encontró con una cama de tamaño doble, un pequeño armario decorado con flores y una estantería repleta de libros. A los pies del lecho había un antiguo baúl de madera. En la pared se abría una pequeña ventana redonda por la que entraba directamente la luz lunar e incidía en un gran barreño de madera que supuso sería para bañarse. El único almacenaje del que disponía la casa se encontraba a los lados del pasillo, en dos pequeñas despensas encastradas en la pared. Lo pensó por un segundo y, a pesar de no ser una vivienda grande, realmente no necesitaba más. Si su abuela vivió allí, ella también lo haría. En ese momento se preguntó dónde habría residido su madre, ya que estaba claro que en la vivienda solo vivían sus abuelos. Volvió a la estancia principal, observó de cerca la bola de luz flotante y pensó que era realmente hermosa. Alargó la mano para tocarla, y su dedo atravesó la luz; era algo sin cuerpo, una especie de energía luminosa que la envolvió y le produjo un agradable cosquilleo. No pudo evitar sonreír maravillada. Observó de nuevo todo lo que la rodeaba; uno de

sus sueños se había cumplido: ser la dueña de su propio hogar, sin depender de nadie.

Durante el día podría salir a tomar el sol, y quizás sembrar algunas plantas y verduras en la tierra, estudiar cada libro y descubrir más cosas sobre quién era y quiénes eran su madre y su abuela. Además tenía la certeza de que, mientras se mantuviese cerca de la casa, nadie que quisiese hacerle daño podría pasar; si lo intentase, saldría despedido al chocar con la barrera invisible que la protegía.

—«*Mérula*» —una voz que parecía susurrar su nombre la hizo girarse, aunque no le prestó demasiada atención, estaba exhausta.

Se sentó en una silla desvencijada junto a la mesa; necesitaba descansar, agotada por el viaje y el encuentro con el lobo que intentó atacarla. Se dio cuenta de que todo parecía haber sido abandonado tal como estaba, como si hubieran salido corriendo dejando todo allí.

—«*Mérula*» —volvió a escuchar la voz susurrante, era femenina y dulce.

Aquello ya no podían ser imaginaciones suyas; se levantó y caminó nerviosa. Alguien la llamaba.

—¿Quién eres? —preguntó temerosa de obtener una respuesta.

—«*Mérula, ven*». —Esta vez la voz se oyó lejana, en dirección al pasillo.

Empezó a sentir escalofríos; solo su madre y su abuela conocían su nombre en aquel lugar, y ambas habían fallecido. La voz le resultaba fantasmal, como un susurro de otro mundo.

Siguió el sonido hasta la habitación y le pareció ver una neblina blanca que pasó frente a ella y se desvaneció tras el baúl. Era de noche y la escasa luz que entraba por la ventana era insuficiente. En ese instante pensó en lo útil que sería que la esfera luminosa estuviera allí para ver mejor. Su deseo se hizo realidad: la pequeña bola de luz se desplazó desde su posición hasta quedar flotando a su lado.

—«*Mérula, búscame*». —La voz era insistente; había algo escondido que ansiaba ser encontrado.

Avanzó hacia el baúl donde la neblina había desaparecido y lo abrió; la pequeña luz la siguió. Estaba ligada a la casa y atendía los deseos de su propietaria; ahora *Mérula* era la dueña. Dentro solo había mantas y sábanas; sacó todo esperando hallar algo más en el fondo, pero no encontró nada. Una ráfaga de aire la atravesó, produciéndole un intenso escalofrío, y la temperatura de la habitación descendió bruscamente. Alguien estaba con ella, podía sentirlo, pero no vio a nadie.

Una aparición incorpórea apenas visible la observaba desde un rincón de la estancia; no quería ser vista, solo escuchada.

La respuesta se hallaba frente a ella, pero estaba buscando en el lugar equivocado. El espíritu de su abuela seguía observando, esperando a que encontrara lo que había dejado para ella. Una vez lo hiciera, su tiempo en este mundo acabaría. Si en algún momento necesitaba verla, averiguaría cómo hacerlo. Por ahora, solo disponía de un tiempo limitado que pronto acabaría.

Mérula empujó el baúl vacío y se agachó para tocar las tablas de madera del suelo; si algo estaba escondido bajo una de ellas, estaría suelto. Dio algunos golpes sobre la madera hasta que una cedió, levantándose de forma leve por un lado. Presionó en una de las esquinas y esta se

desprendió por completo. La apartó y vio una pequeña caja de madera en su interior. Cuando su mano entró en contacto con ella, una leve descarga eléctrica la sorprendió. Aquel objeto emanaba un gran poder y le pertenecía, podía sentirlo. Allí estaba lo que debía encontrar.

La volvió a tocar, pero no se produjo ninguna descarga de energía. La sacó con cuidado y la observó por un momento, temerosa de abrirla y ver su contenido. El espíritu de su abuela salió de su escondite en las sombras y se acercó con cuidado a su preciosa nieta; era todo lo que había imaginado. Mérula se sobresaltó cuando vio aproximarse la figura incorpórea de una mujer, aunque no estaba asustada. Observó que se trataba de una anciana y que iluminaba todo con su luz. No era una luz visible, sino una interior que emanaba de ella, llenando todo con su bondad. Inmediatamente supo quién era.

—¿Abuela? —preguntó, esperando no equivocarse.

—Mi querida Mérula —fue lo único que dijo; su tiempo estaba a punto de acabarse y su energía era débil. Esas eran las únicas palabras que podría pronunciar. Sentía que desaparecería de un momento a otro, la llamaban del otro lado.

Acercó sus manos a las de su nieta, que seguían sujetando la caja de madera; su frío tacto la sorprendió, pero no la asustó. La joven bruja sintió que esas manos poseían las suyas y la obligaban a retirar la tapa; no opuso resistencia. Esta se abrió emanando un haz de luz que la cegó por unos segundos y, por mucho que intentó despegar los párpados para ver a su abuela, le fue imposible. En ese trance, sintió que el frío se desvanecía a su alrededor y un vacío lo invadía todo...

—¡Abuela! —la llamó con desesperación, necesitaba hablar con ella, pero no obtuvo ninguna respuesta. Una terrible pena la asoló en ese momento.

Cuando al fin pudo ver con claridad, la buscó por toda la casa llamándola; sin embargo, ya no pertenecía a este mundo, se había marchado. Volvió a la habitación en busca de la caja. Estaba abierta y tirada en el suelo. La agarró dispuesta a ver qué contenía. Una extraña bola azul luminosa flotaba dentro. La contempló colocando sus manos bajo ella, sujetándola en el aire; pensó que era realmente hermosa. Observó con más detenimiento la luz y vio que en su interior había otra más pequeña que palpitaba al igual que un corazón. Si sus poderes estaban encerrados en el colgante, entonces, ¿a quién pertenecían? ¿Acaso era un regalo de su abuela? Quitó las manos, y la esfera siguió flotando. El colgante del bolsillo empezó a vibrar de forma intensa, por lo que lo sacó fuera y vio que palpitaba al igual que la pequeña luz alojada en el centro de la bola. En ese momento, supo que tenía que ponérselo para que esa esfera de poder se fusionase con él.

Lo sostuvo durante un minuto en la mano; cuando se lo pusiese, ya no habría vuelta atrás, sus poderes volverían a ella y con ellos su verdadera identidad. Aún dudaba de que pudiese utilizarlos o controlarlos, pero su abuela lo decía bien claro en su carta; los necesitaba para protegerse, estaba en peligro, y de alguna forma, ella la había obligado a abrir esa caja valiéndose de sus manos como herramienta al poseerla. Era su destino y tenía que aceptarlo si quería saber quién era en realidad y hasta dónde podían llegar sus poderes. Era lo único que le quedaba de su familia; aquella era su herencia.

Con cuidado, lo colocó alrededor de su cuello; el cordón era largo y pudo pasarlo por la cabeza de forma fácil. Al tocar la piedra, la esfera azulada que flotaba frente a ella voló hasta contactar con su piel, produciéndose una explosión de energía que lo iluminó todo a su alrededor. En ese instante, sintió un enorme poder extenderse por sus extremidades, haciendo que todo su cuerpo ardiese. El resplandor azulado brilló a través de su piel mientras recorría todas las venas de su anatomía: brazos, piernas, cara... Ella en sí misma era un haz de luz que

refulgía en la oscuridad de la noche. Y con esa fusión de energías, le sobrevino una visión. Era su abuela con el pelo cano suelto y alborotado, lloraba desconsoladamente mientras la esfera azul surgía entre sus manos y la guardaba en la caja que acababa de encontrar. Su lamento pasó a formar parte de ella, al igual que sus lágrimas que ahora derramaban sus propios ojos...

Tras la visión, cayó inconsciente mientras la energía latía en su interior, haciendo que su cuerpo resplandeciese como una luciérnaga.

Ahora, parte de la magia de su abuela también estaba en su interior. Un último regalo.

CAPÍTULO 9

Mérula permaneció inconsciente hasta por la mañana; su cuerpo dejó de emanar energía pasadas unas horas. Sus poderes y los de su abuela ya estaban en simbiosis con su alma y su cuerpo.

La luz del día que se filtraba tímidamente a través de la pequeña ventana iluminó la estancia y provocó su despertar. Tras incorporarse, se masajeó la frente; se sentía aletargada y le dolía la cabeza. Su cuerpo ya se encontraba débil de por sí, y el haber ingerido solo un par de dulces desde la noche anterior le estaba pasando factura. Miró sus manos para comprobar que las venas ya no emanaban la extraña luz de la noche anterior. Todo parecía normal, excepto por el ardor que experimentaba en toda la piel. Aunque se seguía sintiendo en parte la misma, algo había cambiado en su interior después de obtener sus poderes.

No pudo evitar recordar, por un momento, el rostro y la voz de su abuela. Sabía que quien aparecía en esa visión era ella y sentía que la quería aun sin conocerla. Encontraría el modo de volver a verla, a ella y a su madre. La cabeza empezó a darle vueltas una vez que consiguió ponerse en pie, así que cerró los ojos e intentó mantener el equilibrio. Las tripas le rugían; estaba hambrienta. Se dirigió con pasos torpes hasta las alacenas situadas en el pasillo. Después de rebuscar en su interior, encontró un queso y algunos alimentos más en conserva. Le extrañó hallarlos, pero imaginaba que su abuela los había dejado allí porque sabía que los necesitaría al llegar. Tenía que pensar en cómo conseguir comida para sobrevivir.

Agarró los alimentos e hizo un hueco en la mesa llena de hierbas ya secas por el paso del tiempo. Al hacerlo, se dio cuenta de que también había algunos tarros pequeños de cristal que contenían semillas. Más tarde averiguaría qué eran y las plantaría fuera. Hacía bastante frío esa mañana, o al menos ella estaba helada. Desvió su mirada hacia la chimenea y pensó en encender la leña para calentar la casa. Imaginó el fuego crepitando en su interior, cálido y acogedor, entonces, una pequeña chispa prendió los troncos. sorprendida, Mérula dio un respingo en la silla. Había olvidado por un segundo que ahora tenía su magia, de hecho, ignoraba lo que podía hacer con ella. De momento, sabía que era capaz de invocar fuego para encender la chimenea e imaginaba que su poder iba más allá de prender un montón de leña, algo que la aterró. Si no tenía cuidado, prendería fuego a otras cosas, y eso era peligroso.

Devoró un gran trozo de queso acompañado por un poco de vino que también estaba en la despensa; no le gustaba demasiado, pero no tenía otra cosa para beber. Mientras comía, ojeó el libro que se encontraba sobre la mesa. En sus páginas, halló algunos remedios naturales para dolencias realizados con plantas. Casi a la mitad del grueso tomo, encontró la receta para elaborar algunas pócimas. Había una llamada «poción de la verdad» y, según decía en su descripción, quien la tomase no podía mentir mientras estuviese bajo sus efectos. Le llamó la atención uno de sus ingredientes: «*lengua de serpiente*», algo que realmente le repugnó. Había algunas más que despertaron su interés: «poción de suplantación», que permitía a quien la tomaba convertirse en otra persona durante una hora. Para ello, se necesitaban algunos cabellos del individuo en quien queríamos transformarnos. Eso le pareció algo siniestro.

La casa ya se había calentado gracias al fuego de la chimenea. Cerró el libro y observó su tapa fabricada con piel; en la cubierta, vio el mismo dibujo que tenía la caja de madera que le entregó el abogado. Se levantó y la buscó en el hatillo de tela que había traído para compararlos.

Efectivamente, coincidían. Buscaría su significado en alguno de los libros de la habitación. Lo que necesitaba en ese momento era un baño, pero antes debía encontrar agua para poder calentarla.

Se dirigió a la puerta principal y, tras colocar su mano sobre ella, esta se abrió de forma mágica al igual que la noche anterior. Fuera, la luz del sol inundaba el claro donde se situaba la cabaña; su calidez la reconfortó de inmediato. Del interior del bosque provenía el trino de múltiples pájaros que, con su canto, la hicieron esbozar una pequeña sonrisa de satisfacción. Estaba en casa. Rodeó los enormes árboles que cubrían la vivienda y que formaban una estructura con sus ramas sobre ella, tan solo la puerta principal era visible; el resto quedaba oculto gracias a un hechizo lanzado por su abuela. Al llegar a la parte trasera, sintió que traspasaba una barrera invisible y detrás de los árboles apareció un pozo que hasta ese momento había estado escondido tras ella. Cada vez que Mérula descubría algo nuevo, se sentía más fascinada.

Deslizó el cubo hacia el interior del agujero y lo introdujo en el agua. Esta le serviría para regar cuando plantara las semillas que había encontrado. Sacó el cubo lleno y lo vació en otro de madera que se encontraba junto al pozo; necesitaría varios si quería tener lista la improvisada bañera de la habitación. Agarró el balde dispuesta a volver al interior de la casa, pero tuvo que soltarlo, ya que pesaba demasiado para dar toda la vuelta. Se acercó a la estructura de ramas con la esperanza de encontrar alguna otra entrada en la parte trasera, pero no halló ninguna puerta al uso ni nada que indicase que la hubiera. Fue al colocar sus manos sobre los ramajes cuando apareció ante ella una extraña estructura acuosa del tamaño de una persona y cuyo interior se movía haciendo pequeñas ondas que invitaban a tocarla. Empujó su mano sobre su superficie y esta la traspasó envolviendo su brazo; tras este introdujo la pierna y después todo el cuerpo.

De repente, apareció dentro de la habitación, justo al lado del armario. No pudo evitar reír divertida. Intentó salir colocando su mano en la pared, pero nada sucedió; solo era de entrada. Una vez fuera, descubrió que ese portal mágico se abría en cualquier parte que tocara alrededor de la casa oculta. La vivienda estaba blindada por un hechizo que, tras la muerte de su abuela, solo podía ser activado por Mérula; una medida para protegerla de cualquier peligro del exterior.

Volvió a salir por la puerta principal en dirección al pozo. Necesitó al menos seis cubos repletos de agua para llenar tres tercios de la tosca bañera, algo que la dejó agotada. No la había calentado, pues su intención era poner a prueba una vez más sus poderes, recientemente adquiridos. Extendió el brazo abriendo la mano, como si así le fuese más fácil que la energía fluyese. Se concentró en el agua del interior deseando en su fuero interno que humeara y que desprendiese calidez. Tras unos segundos, una agradable vibración se extendió desde el brazo hasta la palma de su mano, y el agua empezó a desprender humo y a borbotear con tanta fuerza que comenzó a salirse por fuera de la tina. Asustada, apartó la mano y se echó hacia atrás; *«genial, ahora está demasiado caliente para meterse dentro»*, pensó. No tuvo más remedio que ir a por dos cubos más para templarla; quizás eso se pudiese hacer con magia, pero de momento lo desconocía.

Tras despojarse de su raído vestido marrón, destrozado por su viaje a través del bosque, se introdujo en el enorme barreño de madera. De inmediato, el agua caliente la relajó y desentumeció su cuerpo; había perdido peso en los últimos días. Se hundió hasta que el líquido le llegó al cuello. La casa estaba en silencio, y el sol se colaba por la pequeña ventana redonda de la pared incidiendo justo sobre ella. Se relajó de tal forma que se durmió por un rato, durante el cual tuvo varios sueños extraños. Vio de nuevo a los cuervos revoloteando sobre ella, graznando todos a la vez, haciendo tanto ruido que creyó que iba a enloquecer.

Despertó sobresaltada. Esos cuervos eran más que simples pájaros y debía averiguar qué querían de ella. La habían seguido desde que abandonó el orfanato, guiado y escoltado hasta llegar a la casa; su comportamiento casi humanizado le producía escalofríos. En ese momento se sintió perdida, no sabía ni cómo manejar su poder ni tampoco qué hacer con él. Estaba sola en aquel lugar, y los únicos que podrían arrojar algo de luz eran los libros que se encontraban en la casa. Quizás, si descifraba qué significaban los cuervos, hallase más respuestas. Entre pensamiento y pensamiento, el agua ya se había enfriado, por lo que decidió salir.

No podía volver a ponerse esa ropa sucia y destrozada. Una vez fuera y después de secar su cuerpo con una de las sábanas que había sacado del baúl, decidió mirar dentro del armario, donde su abuela también le había dejado algunos vestidos sabiendo que los necesitaría. Abrió la puerta y vio cinco de diferentes colores con su respectiva ropa interior doblada sobre la madera, algo que la alivió y le agradeció en voz alta a la anciana. Nunca había tenido ropajes como aquellos. En el orfanato solo disponía de dos vestidos en tonos marrones que iba intercambiando mientras lavaba uno y otro. Los observó colgados con atención: había uno en color burdeos, otro en tono azul noche, otro verde oscuro y los dos últimos eran uno morado y otro lavanda. Todos le parecieron preciosos. Finalmente, optó por el de color azul noche.

Tras ponérselo, se acercó al espejo situado a un lado de la cama, ovalado y decorado con un marco dorado de madera tallada. Le gustó el reflejo que le devolvía, aquella ropa le daba un aspecto más adulto. El escote acababa justo en el pecho, dejando ver parte de las clavículas y el cuello. El pelo negro azabache le caía en bucles sobre los hombros hasta la cintura. Sus ojos grandes y profundos, del mismo color que el cabello, brillaron al girarse para contemplar el resto del atuendo. Mérula era hermosa a pesar de las facciones demasiado marcadas debido a su delgadez. Su aspecto llamaba la atención, poseía una belleza diferente a lo habitual.

Tras volver a introducir en el baúl las sábanas y mantas que había sacado la noche anterior, recoger la caja de madera que seguía tirada en el suelo y deshacerse del vestido viejo, se dirigió a la mesa junto a la chimenea para ojear las semillas de los botes. Mérula las conocía, en el orfanato tenían el huerto donde plantaban sus propios alimentos, algo que les ahorra costos a la hora de dar de comer a tantos niños. Comprobó que había semillas para plantar calabaza, zanahoria y otras verduras. También, separadas en otros botes y etiquetadas, había algunas plantas y flores que aparecían en el libro: caléndula, melisa, romero, lavanda, mandrágora y belladona.

Tanto que sembrar la abrumó; tenía el espacio suficiente, pero no los conocimientos para saber cómo plantar y cuidar tantas hierbas y flores diferentes. Ni siquiera sabía qué era la mandrágora o la belladona. Intentó imaginar cómo serían en su mente, y las páginas del libro empezaron a pasarse solas hasta detenerse en la que hablaba de la mandrágora. Mérula posó su atención en la página; no le sorprendió que el libro hubiese interactuado de esa forma. Empezaba a acostumbrarse a que se produjese magia a su alrededor.

Había un dibujo de la susodicha planta y le pareció un tanto extraña, nunca la había visto. Sus raíces gruesas y largas se dividían en varias ramificaciones, recordando a una figura humana. Las hojas parecían rugosas, y del centro salían algunas flores. Según la descripción, crecía en zonas sombrías y húmedas donde no daba mucho el sol. Aquel bosque era un lugar idóneo para eso. «*Seguro que las habrá en los alrededores*» (pensó). El fruto crecía en otoño y tenía color amarillo o naranja. Al final de la página ponía sus usos: propiedades sedantes, trataba la infertilidad y aumentaba el deseo sexual. Su consumo en exceso podía producir alucinaciones, envenenamiento e incluso la muerte. Quedó sorprendida al saber que podía matar a la vez que

trataba otras dolencias. Continuó descubriendo los diferentes usos de las plantas y flores cuyas semillas tenía en la mesa.

Sin darse cuenta, había pasado la tarde enfrascada en el libro y ya estaba anocheciendo. Apenas entraba luz por las ventanas de la estancia; la esfera luminosa apareció de repente junto a la chimenea ya apagada, volviendo a llenar de luz el lugar. La observó durante unos segundos y le pareció incluso más bonita que la noche anterior. Flotaba y se movía con suavidad de arriba abajo en leves movimientos, captando su atención. De repente, el graznido de varios cuervos en el exterior la sacó de su pequeño entretenimiento.

Su corazón se aceleró; en el fondo, sabía que venían por ella... y así era.

CAPÍTULO 10

El sonido de los graznidos se acercaba y alejaba de forma intermitente mientras sobrevolaban los alrededores de la casa, intentando llamar su atención para que saliera a recibirles. Eran cuatro cuervos negros de gran tamaño y belleza.

Mérula no estaba segura de que salir fuese la mejor opción. No sabía si intentarían atacarla o cuáles eran sus intenciones. Sin embargo, si no lo hacía, nunca sabría qué querían de ella o quién los enviaba. Era algo que tenía que averiguar. Con cierto temor, se levantó de la silla y se dirigió a la puerta, acompañada por la pequeña luz que parecía seguirla a donde fuera.

Decidida, abrió y salió al exterior. Al fondo, el bosque estaba sumido en la oscuridad. Los cuervos empezaron a volar más bajo, casi revoloteando sobre su cabeza, cruzándose unos con otros, danzando en la noche y atrayendo la atención de Mérula, quien no podía dejar de observarlos, fascinada por su belleza. Su compañera luminosa brilló con más intensidad, permitiéndole ver unos metros más allá.

—¿Qué queréis de mí?! —gritó en el silencio de la noche, tan solo alterado por el aleteo de las aves, que habían dejado de graznar.

Pasado un minuto, se posaron sobre la tierra, tras la barrera mágica que protegía la casa. Nadie podía traspasarla a menos que ella les invitara. Sus nervios se calmaron un poco después de ese pensamiento, aunque el comportamiento de los cuervos seguía siendo extraño. Estos la observaron con atención, esperando el momento preciso para revelar su verdadera forma. La habían vigilado y mantenido a salvo hasta llegar a su destino; ahora podían pasar al siguiente encargo.

—¿No os vais a mover de ahí en toda la noche? —volvió a preguntar, empezando a impacientarse.

Mérula observó la escena, aguardando qué sucedería, aunque desde su posición le costaba ver de nítidamente. Uno a uno, fueron perdiendo su forma de cuervo, dando paso a figuras humanas de carne y hueso, algo que la sorprendió e intrigó a la vez. Sabía que era magia, pero a un nivel que ni siquiera había imaginado. Desde allí, parecían sombras acechantes entre la penumbra del bosque.

—Hemos venido a buscarte —indicó una de las figuras con voz femenina; no parecía haber hostilidad en su tono.

—Acércate, Mérula. No podemos traspasar la barrera que protege este lugar en nuestra forma humana —afirmó otra voz de mujer, más grave y profunda.

Pese al miedo que atenazaba su cuerpo, tomó la decisión de acercarse y conocer la identidad de las figuras. ¿Qué podría pasar? No le harían daño si se mantenía tras la barrera.

Con cautela, se aproximó. El camino se iluminó a su paso hasta que, al fin, pudo ver de forma clara el rostro de los cuatro individuos.

Frente a sus ojos se encontraban dos mujeres idénticas, algo más mayores que ella. Lo único que las diferenciaba era el color del cabello. Una era rubia y la otra morena. Poseían los ojos de dos colores: la primera tenía el derecho azul y el izquierdo verde, y la segunda, a la inversa. Eran hermanas gemelas. Su rostro era hermoso, con labios voluptuosos y marcados pómulos, emanando seguridad y poder. Mérula no pudo evitar quedar cautivada por aquellos ojos tan raros. Las acompañaban dos hombres; el primero de ellos era muy alto, con el cabello castaño

hasta los hombros y profundos iris azules. El otro, por su parte, parecía mayor, unos cuarenta años, con el pelo moreno recogido hacia atrás en una cola y barba; su mirada color miel tenía un reflejo amarillento poco común.

—¿Quiénes sois y qué queréis de mí? —preguntó sin rodeos, intentando aparentar seguridad.

—Tranquilízate, señorita —le advirtió el muchacho más joven—. No hemos venido a hacerte daño, tan solo queremos que nos acompañes.

—Ella es mi hermana, Elora, y yo soy Caylin —se presentó la joven morena—. El más alto es Caleb, y él es Seth —dijo señalando al más mayor.

—Mi nombre es Mérula, pero imagino que eso ya lo sabréis. Me habéis estado siguiendo desde hace días —respondió sin andarse por las ramas; estaba cansada de tanto secretismo. Esa actitud gustó a Caleb, lo que le provocó una sonrisa, algo que poca gente conseguía.

—No hace falta que seas tan tosca —le recriminó Caylin, cruzándose de brazos.

—Nos envían a buscarte —intervino Seth, el de más edad, que empezaba a impacientarse—. Mi madre solicita verte.

—No sé quién es tu madre ni tampoco quiénes sois vosotros. ¿Por qué debería acompañaros?

—No pretendía sonar tan brusca, pero no sabía qué intenciones tenían o si eran una amenaza—. Comprenderéis mi posición; no puedo fiarme de cualquiera.

—Nos ha salido protestona —afirmó Elora divertida.

—Veo que tu abuela no te ha contado nada de nosotros —añadió Seth con una mueca de desaprobación en su rostro; ahora tendría que explicarle todo si quería que les siguiese.

—¿Qué tiene que ver mi abuela con todo esto? —preguntó Mérula sin entender.

—Te haré un breve resumen; si quieres saber más, tendrás que acompañarnos —anunció Seth.

—Te escucho. —Cada vez estaba más intrigada.

—Tu abuela, al igual que tu madre, pertenecían al mismo aquelarre que nosotros.

—Imagino que tampoco sabrá qué es un aquelarre... —añadió Caleb, el más joven de los hombres, que estaba apoyado en uno de los árboles.

—Todo a su tiempo, Caleb —le increpó el otro, a lo que él reaccionó con un suspiro mientras observaba a Mérula entre las sombras—. Un aquelarre, para que lo entiendas, es un grupo de brujas y brujos que practican la magia. Nosotros somos del «Aquelarre del Cuervo», del que formaron parte tu madre y tu abuela, y al que ahora tú perteneces.

—Pero yo no he jurado lealtad a ningún aquelarre —le interrumpió Mérula, que aún estaba asimilando lo que acababa de escuchar.

—Perteneces a él desde que naciste; no es una elección. Así lo decidieron tus antepasados, que han sido cuervos desde su origen —aseguró sin titubear.

—¿Y como sé que todo esto no es una trampa? —Seth parecía sincero y, en el fondo, sabía que decía la verdad, pero no estaba dispuesta a ceder tan pronto; no quería parecer débil ante ellos.

—Si quisiéramos hacerte daño, ya lo habríamos hecho. Es más, te hemos estado guiando y protegiendo desde que supimos de tu existencia —aseguró—. Ahora no estás sola, Mérula; tienes un aquelarre del cual formas parte —prosiguió Seth, esperando que esas palabras dejaran a un lado sus miedos.

—Te protegí del lobo, ¿no? —añadió Caleb, algo molesto. Llevaba vigilándola hace días, una tarea que le resultó tediosa y aburrida—. Si no te hubiera picoteado la cabeza, habrías parado a descansar y ese lobo te habría atrapado.

—Y te lo agradezco —aseguró Mérula, algo más tranquila. Ese tal Caleb intentaba

provocarla con cada comentario.

—Tienes que venir con nosotros; no somos los únicos que te buscan —continuó Elora, la del cabello claro que tenía una voz dulce y melódica que le gustaba. Parecía agradable.

—¿Lo dices por esos lobos del bosque? —preguntó con un deje de preocupación en su voz.

—Sí, son parte de otro aquelarre —respondió Caleb.

—Si quieres saber más, tendrás que acompañarnos —sentenció Seth—. El tiempo apremia; si seguimos aquí, aparecerán en cualquier momento.

—¿Y por qué me buscan?, ¿qué tengo que ver con ellos? —Cada vez surgían más preguntas en su cabeza para las que no tenía respuesta. No tendría más remedio que seguirlos.

—Bien, no perdamos más tiempo. Katya nos espera —apremió Elora, que tras pronunciar unas palabras que no llegó a entender, pasó a ser un cuervo de nuevo.

—Dudo que sepa transformarse —comentó Caleb a Seth mientras también se metamorfoseaba y se marchaba.

—Y por lo que veo, no vas a enseñarme —le recriminó Mérula, molesta por la forma en que la había tratado el brujo durante todo el encuentro. Parecía incomodarle su presencia.

—No le hagas caso; tiene un carácter un tanto irascible —aseguró Caylin—. El pobre es bastante solitario y no sabe disimular cuando no le apetece hacer algo, pero siempre está ahí si se le necesita. Te acostumbrarás.

—Me da igual, no pienso dedicarle ni un minuto de mi tiempo si no sabe comportarse. Tengo mejores cosas de las que preocuparme —respondió Mérula indiferente. Bastante tenía con sobrevivir y asimilar todo lo que estaba por venir.

—Me gusta tu actitud —afirmó la bruja con una sonrisa.

—Bien, te enseñaré cómo transformarte y volaremos contigo hasta que aprendas a manejar tu forma de cuervo —aseguró Seth, dándole seguridad.

Seth imaginaba lo que estaría sintiendo la joven, lo abrumada que se sentiría por todo lo que le estaba sucediendo en tan corto período de tiempo, con unos poderes que no controlaba y sin conocer de dónde venía ni quién era su familia.

Mérula estaba cada vez más nerviosa. No sabía si podría dominar el vuelo o si se estamparía contra un árbol mientras lo hacía. Todo aquello se le antojaba como un mal sueño del que despertaría de un momento a otro. Ahora entendía qué eran esos cuervos, pero lo que nunca imaginó es que fuesen brujas y brujos como ella y, mucho menos, que perteneciesen a un grupo llamado «Aquelarre del Cuervo», del que, según ellos, ella también formaba parte. Y al parecer, la única que tenía las respuestas que ansiaba era la tal Katya.

—Ahora dirás las mismas palabras que yo y los dos nos transformaremos en cuervo —aseguró Seth con una sonrisa misteriosa en sus labios, al recordar la primera vez que lo hizo él, y lo perturbador que resultó. Aunque, una vez en el cielo, la sensación de libertad fue indescriptible.

CAPÍTULO 11

—No sé si estoy preparada para hacer esto. Aún no domino mis poderes —confesó con consternación, y el miedo se aferró a sus huesos, tanto, que casi empezó a temblar.

—Lo llevas en la sangre, forma parte de ti. No tienes nada que temer —le aseguró Seth para tranquilizarla—. De lo único que debes preocuparte es de no chocar contra los árboles —añadió divertido.

Era toda una novedad tener una bruja nueva en el aquelarre. Hacía mucho que no enseñaba a nadie a transformarse o a manejar sus poderes; los demás miembros que quedaban aprendieron desde niños, orientados por Katya e instruidos por Enzo, su marido, después de que el abuelo de Mérula falleciese.

—Yo no estaría tan seguro de que pueda hacerlo —manifestó, confesando a aquel desconocido su miedo. Los ojos color ámbar de Seth contemplaron los iris negros como la noche de la joven, intentando ver alguna emoción en ellos, pero tan solo vio oscuridad y algo que le hizo estremecer.

Recordaba a su madre y, a decir verdad, Mérula se parecía mucho a ella; el rostro fino y alargado, los labios voluminosos, los pómulos huesudos y marcados..., pero esos ojos eran muy diferentes a los de Gisela, oscuros y llenos de misterio. No pudo evitar recordar lo sucedido aquel fatídico día donde los dos aquelarres se enfrentaron y desataron la guerra entre ellos para siempre.

—Presta atención y repite las mismas palabras que yo. Te estaré esperando con Caleb para guiarte —le aseguró; Caleb graznó a lo lejos, quizás para confirmar las palabras de Seth.— Será divertido ver cómo alzas el vuelo por primera vez. Te aseguro que nunca olvidarás este momento.

Seth muchas veces se sentía mucho más cuervo que humano; amaba la libertad que le otorgaba ser un simple ave surcando los cielos. Volar sin más pretensión que la de sentir el viento, tan solo él y el infinito. Esa sensación podía ser tan adictiva como la magia, sobre todo cuando deseaba irse y no volver, desaparecer para siempre y no tocar tierra nunca más.

—Quizás sea divertido para ti, pero todo mi cuerpo tiembla ante la idea. —Todo era tan desconocido y nuevo para ella que aún no creía en sí misma ni en el poder que albergaba en su interior.

—Vamos, no seas cobarde, Mérula. Deja de resistirte a la magia que corre por tus venas. Eres una bruja, acéptalo de una vez y para de compadecerte de ti misma —la regañó algo molesto; el tiempo apremiaba, y Katya estaba esperando; y no le gustaba esperar.

—Para ti es muy fácil, ni siquiera se ve el cielo desde aquí. —Era de noche y la penumbra les rodeaba; parecían estar en la boca del lobo. Aquellos árboles enormes no dejaban pasar ni un ápice de luz.

Katya, por su parte, no deseaba aleccionar a más brujas y menos a Mérula; sabía que les traería problemas, pero se lo había prometido a su abuela y cumpliría con su palabra. No iba a ser fácil, menos aún sabiendo quién era su padre y que lo sucedido en el pasado podía volver a repetirse.

—Voy a transformarme, repite las palabras después de mí.

—Está bien —aceptó Mérula con resignación; si ese era su destino, se entregaría a él.

—Te veré sobre los árboles, eleva hasta dejarlos debajo. Tan solo debes pensarlo y tus alas seguirán tus pensamientos —le aseguró, dándole las últimas indicaciones antes de pronunciar las palabras precisas que obrarían la transformación—. ¡*Corvus corpus!* Tras el juego de vocablos, una pequeña nube de humo dio paso a un precioso y enorme cuervo negro que desapareció en dirección al cielo nocturno, dejando sola a Mérula. Los brujos graznaron y empezaron a dar vueltas en círculos, ansiosos por volver a la mansión y nerviosos por ver la primera transformación de la joven bruja.

«Ahora o nunca» —se dijo a sí misma antes de pronunciar las palabras mágicas—. «¡*Corvus corpus!*»

De repente, sintió que todo se movía a su alrededor; el bosque pareció cambiar y agrandarse, y una sensación de vértigo atenazó su cuerpo. Tras el mareo inicial, su alrededor se volvió oscuro para después ver el mundo con otros ojos. Levantó los brazos, que ahora eran alas cubiertas de brillantes plumas negras con reflejos azulados. Intentó llamar a Seth, pero de su boca salió un agudo graznido que resonó entre los árboles. Seth respondió desde su posición y, de forma instintiva, con sus nuevos sentidos, supo exactamente dónde encontrarle.

«Mueve las alas arriba y abajo y enseguida levantarás el vuelo» —la voz de Caleb se materializó en su mente de repente, sorprendiéndola.

«¿Podemos comunicarnos con el pensamiento?» —preguntó Mérula, realmente abrumada.

«Así es, pero solo cuando somos cuervos y únicamente entre los miembros del aquelarre. Créeme, es realmente útil cuando estamos distanciados unos de otros» —aseguró.

Mérula empezó a mover lentamente sus nuevos miembros emplumados para poco a poco ir aumentando la velocidad y observar cómo su pequeño cuerpo se elevaba un poco más con cada nuevo aleteo. Si ya era increíble haberse transformado en un cuervo, más asombroso le pareció el hecho de estar surcando el firmamento. Poco a poco, la casa se fue alejando y el vértigo aumentó.

«No mires abajo, Mérula, te espera el cielo» —le dijo Seth, viendo que empezaba a revolotear de un lado a otro sin control.

Hizo caso de sus palabras y alzó la mirada. Tras superar los primeros minutos de angustia y empezar a controlar el vuelo, comenzó a ascender sintiéndose cada vez más lejos del suelo y más libre que nunca.

Dos minutos más y Caleb se habría marchado sin ellos; no tenía paciencia ni ganas de seguir esperando.

«La paciencia no es una de mis virtudes, no sé por qué siempre acabo haciendo los encargos más tediosos» —espetó sin reparos mentalmente a Seth.

«Si dejaras de quejarte todo el día, quizás Katya te encomendaría otro tipo de tareas. Ahora ella forma parte del aquelarre y es importante que aprenda rápido» —le recriminó el más mayor, cansado de su comportamiento; a Caleb parecía no importarle nada, ni siquiera el hecho de que pronto vendrían a por la joven para matarla, igual que hicieron con Gisela y su abuela, y eso también les afectaba porque se verían en la obligación de luchar.— «Dejemos las quejas para otro momento, debemos irnos ¡ya!» —ordenó Seth; ahí estaban en peligro.

Cuando por fin consiguió salir al espacio abierto, Mérula quedó maravillada con lo que vieron sus ojos: un cielo estrellado la esperaba para contemplar su primer vuelo como cuervo. La luna estaba llena y derramaba su luz plateada sobre el bosque. En ese momento se sintió plena y libre y empezó a orquestar su danza. Comenzó a planear, a subir y a bajar por el inmenso firmamento. Al fin sentía que pertenecía a algún sitio y que quizás entre aquellos brujos encontraría la familia que nunca tuvo. Tan solo ansiaba respuestas, hablar con Katya para

averiguar más sobre su madre y los motivos que la empujaron a abandonarla en aquel orfanato, y quizás también conocer quién era su padre. A lo lejos pudieron oír a los lobos aullar; estaban vigilando y pendientes de los movimientos de Mérula. Tras saber de su existencia, ansiaban venganza, anhelaban acabar con el último miembro vivo del linaje de Gisela y hacer justicia.

Seth concedió unos minutos a la joven para que terminase de adaptarse a su nueva forma y controlase el ascenso; lo cierto era que no se le daba nada mal. Después, Caleb y él emprendieron el vuelo hacia la mansión en la que convivían con el resto de los miembros del aquelarre; esta se encontraba oculta en lo más profundo del bosque, donde ninguna persona con cabeza se atrevería a adentrarse.

«Síguenos» —le indicó Caleb.

Mérula observó cómo se alejaban y de inmediato los siguió. No conocía aquel lugar ni a dónde tenía que dirigirse, y mucho menos cómo volver a convertirse en humana.

«Por cierto, bienvenida a Infris —añadió de forma socarrona—, disfruta del paseo».

«¿Gracias?» —Respondió sin saber muy bien qué decir; la ironía no era algo a lo que estuviese acostumbrada.

CAPÍTULO 12

Sobrevolaron el bosque hasta llegar a la parte más profunda, donde el día se hacía noche y la oscuridad era perpetua. Estaba sorprendida por lo fácil que le había resultado acostumbrarse a ser un ave y poder seguir sin problemas el ritmo de Seth y Caleb. Seth estaba igual o más sorprendido que ella; no todos conseguían adaptarse tan rápido. Muchos necesitaban varios días para dominar el vuelo e incluso sufrían mareos y accidentes al chocar contra los árboles, algo que les provocaba heridas que tenían que curar después.

«Es aquí abajo, vamos a descender» —le indicó Seth, pero Mérula no vio ninguna sombra semejante a una edificación, parecía simplemente una parte más del bosque.

«No veo nada» —respondió desconcertada, agudizando su visión de cuervo. Según Seth, se trataba de una mansión, y por sus dimensiones tendría que poder verse entre la vegetación.

«Que no la veas no quiere decir que no esté, ahí reside el misterio de la magia. Está a nuestro alrededor, pero es intangible». —En ese momento, Seth pensó que le quedaba mucho por aprender y que era una pena que su madre hubiese decidido arrebatárle su magia y desaprovechar su potencial.

Bajo la tutela de Katya, sería una bruja muy poderosa; estaba seguro de que no tardaría en dar salida a todo ese poder contenido durante años. Podía verlo en sus ojos, su ser lo emanaba, y ni siquiera ella sabía que lo albergaba en su interior.

Mérula se sintió un tanto idiota por hacer ese comentario. Si podía convertirse en cuervo, se podría ocultar de igual forma una mansión con algún hechizo. Ella misma había visto puertas creadas con magia en casa de su abuela que le permitían entrar al interior, pero no salir. Por un momento, se sintió realmente abrumada por el nuevo mundo que acababa de descubrir y se preguntó a dónde la llevaría todo aquello. ¿Sería diferente esta vez? ¿Dejaría de ser un bicho raro del que los demás sentían la imperiosa necesidad de apartarse? Su cabeza era un torrente de preguntas sin respuesta. ¿Realmente podía confiar en el aquelarre del que hablaba Seth? ¿Fiarle de Katya? Tendría que averiguarlo por sí misma.

Los tres cuervos descendieron hasta el húmedo y mullido suelo. Mérula sintió la vegetación mojada bajo sus patitas y le resultó agradable; el plumaje parecía impermeable y le impedía mojarse. Observó todo a su alrededor y se sintió muy pequeña en medio de aquel enorme lugar. Uno de ellos graznó, y el sonido resonó a través del bosque, anunciando su presencia. Mérula comprobó que se trataba de Caleb, su plumaje tenía una marca blanca característica en el pecho que pudo apreciar al transformarse.

«Gracias a Caleb, ya saben que estamos aquí» —le informó Seth. Caleb estaba deseoso por volver a la mansión, hacer de niñera no era lo suyo. Había cumplido su misión: traer a la bruja. —Una vez te invitemos a entrar, no podrás revelar a nadie dónde se encuentra ni cómo acceder a la mansión. Recuerda que ahora perteneces al Aquelarre del Cuervo, y si infringes esta norma primordial, las consecuencias podrían ser nefastas para ti. Para Katya, mantener oculta nuestra residencia es algo esencial».

«No es mi intención traicionar vuestra confianza, y menos ahora que estoy tan cerca de las respuestas que necesito encontrar» —le aseguró. Nunca había sentido que perteneciese a ningún sitio, y ahora que parecía tener un destino, que sabía que no estaba sola, no pensaba dejarlo escapar.

«Sé que no mientes, no hagas que me arrepienta de haberte traído hasta aquí. La mansión siempre permanece oculta; una vez escuches las palabras que hacen desaparecer el velo que la protege, ya nunca más volverá a estar escondida para ti. Solo los miembros del aquelarre y quienes conocen las palabras tienen permitida la entrada» —le informó, aunque intuía que sus ganas de saber y ser aceptada eran más poderosas que la idea de traicionarlos.

—«Pronuncia estas palabras y volverás a ser humana: *Anima Corvus*» —después de decirlas y tras una espesa bruma, Seth volvió a ser él mismo, con sus ojos ámbar y su cabello moreno recogido en una coleta. Después, Caleb hizo lo propio y clavó sus iris azules y fríos como el hielo en la joven, esperando su transformación. Mérula le desconcertaba; dudaba de ella y de sus verdaderas intenciones, pero la encargada de juzgarla sería Katya; ese, por suerte, no era su trabajo.

Mérula pronunció el hechizo y una sensación de vértigo la invadió; sintió su cuerpo agrandarse y todo disminuir a su alrededor. Sus sentidos se nublaron por unos segundos y se encontró tendida en la maleza húmeda. Seth le ofreció la mano para que se levantara.

—Lo siento —se disculpó Mérula, y se arrepintió de forma inmediata de pronunciar esas palabras. No quería parecer débil ante ellos, no quería sentirse frágil ni despreciada nunca más.

—Es normal no controlar la transformación las primeras veces —le aseguró.

—Ahora que estamos todos, ¿qué tal si entramos de una vez? —sugirió Caleb tras un suspiro, cruzándose de brazos.

—Tienes menos tacto que un cactus, Caleb —le recriminó Seth; a veces ponía las cosas muy difíciles con su conducta osada y socarrona.

—No importa, estoy acostumbrada a tratar con gente como él —respondió Mérula de forma despectiva, mirando fijamente al brujo.

Aún no le conocía y ya le odiaba. Las hojas y ramas secas esparcidas por el terreno empezaron a revolotear a su alrededor; estaba furiosa y, cuando eso pasaba, no controlaba lo que sucedía después. Las hojas salieron proyectadas a gran velocidad hacia Caleb, que se tapó la cara de forma automática para que estas no le impactaran en los ojos.

—Vale vale, mensaje recibido. Tienes que aprender a controlarlo o te traerá problemas —espetó el atacado con una media sonrisa en su rostro.

Algo había sorprendido a Caleb justo en el punto donde el poder empezó a desatarse; sus ojos negros le habían parecido aún más oscuros de lo que ya eran, y como un imán atrajeron su atención. Ya no le quedaba duda de la magia oscura que corría por sus venas, evidentemente heredada de su padre. Aunque no lo conoció, sí escuchó a su madre contar la historia de lo sucedido en más de una ocasión, y solía decir que mirar los ojos de aquel brujo de gran poder podía hacer que te perdieras para siempre.

Caleb miró a Seth, y este supo que el brujo la había puesto a prueba para ver con qué facilidad podían desatarse sus poderes y así saber si era una amenaza.

De igual forma que se había iniciado, el episodio de magia incontrolada se detuvo. Mérula se sentía turbada y mareada, tenía que aprender a dominarse. Le daba miedo hacer daño a alguien y notaba que no era ella misma cuando su ira desencadenaba esos sucesos. Avanzó furibunda hacia Caleb y se encaró a él.

—Me has provocado, llevas haciéndolo desde que nos conocemos —le increpó—. ¿Qué problema tienes?

—No tiene ninguno, solo te estaba probando —respondió Seth, apartando a Caleb asiendo su brazo—. Entremos de una vez, dejemos las discusiones para otro momento. —Ya se había cansado de tanto jueguecito por parte de su compañero—. Katya nos está esperando —sentenció.

—Tranquilo, no es mi intención dar más protagonismo a este asunto —aseguró levantando las manos a modo de rendición. En realidad, solo la estaba probando una vez más antes de permitir que entrara en nuestras vidas y lo pusiera todo del revés.

En parte, Seth entendía el recelo de Caleb ante la llegada de Mérula y lo que podría conllevar. Él aún no había nacido cuando el gran enfrentamiento ocurrió, y no vivió aquel suceso que dejó diezmados a los dos aquelarres con pérdidas irreparables, todo en nombre del amor y la venganza. A partir de aquel fatídico suceso, llevaban ya unos años tranquilos, desde que la madre y la abuela de Mérula desaparecieron transportando consigo el fin de los enfrentamientos entre los aquelarres. Aunque intuía que esa paz pronto acabaría. Todos, en el fondo, lo presentían.

—Mérula, pronuncia las palabras «*ipsum velum*» y el velo que mantiene oculta la mansión desaparecerá, haciéndose visible ante tus ojos —aseguró Seth—. Y recuerda que revelar las palabras a otros brujos sin permiso del aquelarre será considerado alta traición. Mantener oculto nuestro lugar de residencia nos protege de posibles ataques.

—Como prometí, podéis confiar en mi palabra —se reafirmó: «sería una estupidez por mi parte», pensó.

—Adelante, pues.

—*Ipsum velum* —las palabras salieron con fuerza de su boca y deseó con todo su ser poder verla.

Un cosquilleo atravesó veloz su cuerpo y la mansión fue apareciendo lentamente ante sus ojos, enorme e inexpugnable en el tiempo. Mérula quedó maravillada al advertir la envergadura de la construcción; nunca había contemplado nada igual. Era una mansión de tres plantas de altura y una buhardilla. La fachada estaba pintada en color morado y las columnas que presidían la entrada, en negro. El caserón desprendía un halo mágico que salía de la misma tierra e impregnaba el bosque con olor a especias, y una vibración invisible llegaba hasta ella como largos tentáculos que abrazaban su cuerpo. En ese mismo instante, sintió que pertenecía a aquel lugar, que aquella casa la llamaba.

—Es increíblemente hermosa —fue lo único que alcanzó a decir.

—Bienvenida a la «Casa nido», así es como la llamamos. Construida por nuestros antepasados, su ubicación es estratégica; aquí convergen las energías del bosque. Es un lugar de canalización. —Quería que entendiera la importancia de proteger el emplazamiento de la casa, ese emplazamiento era codiciado por los demás aquelarres, donde la magia se hacía más poderosa.

Una ubicación estratégica para un enfrentamiento o para potenciar un hechizo podía, en manos equivocadas, utilizarse para sembrar el caos. Mérula aún no entendía la magnitud de las palabras de Seth, pero podía notar esa energía y lo fuerte que la hacía sentir.

Una luz tintineante apareció en medio de la oscuridad, iluminando de manera tenue a la figura que la acompañaba. Flotaba dando vueltas a su alrededor, en tono dorado, similar a cuando el atardecer arroja su resplandor ámbar en el horizonte. Se trataba de una mujer alta y de porte distinguido que llevaba el pelo canoso recogido en un moño estirado. Las sombras producidas por la pequeña luminaria hacían resaltar las arrugas de un rostro que acababa de entrar en esa edad en la que empiezas a ser mayor, pero sin ser vieja. Mérula no pudo evitar fijarse en el elegante vestido verde botella que llevaba, nunca había visto uno tan bonito como aquel.

—Veo que al fin habéis llegado —dijo con una voz grave y profunda visiblemente molesta, llevaba un buen rato esperando su presencia.

Inmediatamente, la joven captó la atención de Katya. A primera vista, le dio la impresión de

estar ante alguien desvalido que ansiaba encontrar su lugar en el mundo y que se parecía mucho a su madre Gisela y a su abuela, pero esos ojos... Esos ojos, sin duda, los había heredado de su padre. La luz y la oscuridad estaban unidas en su interior con hilos invisibles, pugnando por salir.

En ese instante, supo que su presencia traería problemas, pero ¿qué podía hacer? Era su obligación ampararla y hacerle saber quién era realmente, darle todas las herramientas a su alcance para protegerse y protegerlos. No podían perder el tiempo, si se producía un enfrentamiento, tenía que ser capaz de mantenerse a salvo por sus propios medios.

Mérula observó a la mujer, su mirada era sabia e intimidante, y su expresión solemne. No consiguió averiguar qué impresión le había causado, pero sintió cómo hurgaba en su interior, rebuscando el contenido de su alma, evaluando su poder y las intenciones de su corazón.

—Yo no he tenido nada que ver —se excusó Caleb levantando las manos y entrando en la casa después. Lo que menos deseaba en ese momento era tener que dar explicaciones a Katya; Seth tendría que hacerlo en nombre de los dos.

Seth, iracundo, observó cómo Caleb se desentendía del tema, a lo que este respondió con una media sonrisa triunfal antes de adentrarse en la mansión. Mérula observó la situación y, por un momento, no pudo evitar sonreír disimuladamente ante la escena.

—Ya habrá tiempo de explicaciones. Mérula, acompáñame, debes estar cansada. No todos los días descubres que eres una bruja. Seguro que tendrás muchas preguntas a las que yo puedo dar respuesta; no hay por qué dilatar más este momento —sentenció Katya, dando la vuelta sobre sí misma y volviendo al interior.

—Sígueme —le indicó Seth.

La joven, aún temerosa, caminó a cierta distancia del brujo; una vez dentro, ya no habría marcha atrás. Además, conocía uno de sus mayores secretos: la ubicación de la mansión. Le asustaba lo que pudiese encontrar, enterarse de cosas que la marcasen para siempre, saber que el poder que aún no controlaba era maligno, que esa oscuridad formase parte de ella y no fuese capaz de hacer nada para mantenerla bajo control.

Pero, en ese momento, la curiosidad era más poderosa que el miedo, y quería saber, ansiaba conocer quién era. Llevaba demasiado tiempo siendo otra persona.

Una enorme puerta de madera maciza con bonitas ornamentaciones talladas a mano la recibió. Se detuvo en las escaleras intentando ver el interior.

—No temas, Mérula, aquí estarás segura —le prometió Seth tendiéndole la mano. Ella la aferró decidida y se sumergió de lleno en la oscuridad. La puerta se cerró sola tras ellos.

CAPÍTULO 13

Al entrar la recibió un enorme *hall*; aquella casa era inmensa. Mérula observó con sus grandes ojos negros todo lo que la rodeaba. Las velas de los candelabros prendieron su llama de forma mágica y arrojaron su cálida luz sobre las sombras, iluminando todo a su alrededor.

Del techo colgaba una lámpara de araña que caía justo en el centro del *hall*. Una enorme escalera de madera enmoquetada estaba situada junto a la pared de la izquierda, donde amplios ventanales dejaban pasar un leve destello plateado. Estas conducían a la parte superior y continuaban en una barandilla que bordeaba todo el piso de arriba. Sobre las columnas de madera exquisitamente talladas y situadas al comienzo de la escalera, reposaban unos candelabros con las velas encendidas. Justo a la derecha, podía verse una enorme chimenea que en ese momento estaba apagada, y sobre una pequeña mesita, un bote repleto de lucecitas diminutas que resplandecían en su interior. Dos enormes puertas de madera se encontraban al otro lado del *hall*.

—Bienvenida a tu nuevo hogar, Mérula —dijo Katya de forma amable. Aún sabiendo que no era la mejor de las decisiones, no faltaría a su promesa.

Mérula no supo qué decir. Desde fuera le había parecido una casa preciosa, pero una vez dentro, le dio la impresión de que era demasiado grande, demasiado oscura y tétrica como para considerarse un hogar. Tampoco tenía pensado alojarse allí, volvería a su cabaña cuando hablara con Katya y conociera al resto del aquelarre. Todavía era una extraña para ellos, al igual que ellos lo eran para ella.

Junto a la chimenea, una pequeña niebla blanquecina llamó su atención. Esta se movió a gran velocidad por un lateral hasta llegar a su lado. Su roce fue como una ráfaga de aire frío en una mañana de invierno. Se deslizó entre sus piernas para después detenerse frente a ella y adquirir la forma de un gato. Su cuerpo era casi transparente, pero se podían apreciar unas rayas mortecinas que formaron parte de su pelaje cuando aún estaba vivo. Una mirada verde la observó, lo único que aún recordaba que alguna vez fue un ser de carne y hueso. Los ojos de Mérula establecieron contacto con los del animal y se produjo entre ellos una conexión mágica; por unos segundos se sintió en paz. Su mente se abstraigo de todo lo que la rodeaba, y sus almas conectaron de una forma que no pudo explicar. En ese preciso momento, supo que ese gato fantasma siempre la estuvo esperando.

—Veo que ya conoces a Neo, el miembro más antiguo de esta casa —le informó Seth.

De forma instintiva, alargó el brazo para tocarlo, y este frotó su fantasmal cabeza con la mano, traspasándola.

—Hola, pequeño —lo saludó de forma cariñosa.

—Veo que le has caído bien, Neo es muy selectivo. No se le aparece a todo el mundo la primera vez —aseguró el brujo, sorprendido por la conexión que Mérula parecía tener con él.

—Ya está bien, Neo —le regañó Katya mientras agitaba la mano en su dirección para que se fuera, a lo que el animal respondió esfumándose—. No podemos estar aquí toda la noche, ya tendrás más ocasiones de verlo merodeando por la casa. Acompáñame, te presentaré al resto del aquelarre.

Mérula la siguió y no pudo evitar detenerse para observar fascinada el bote situado sobre la mesita lleno de diminutos puntos luminosos que revoloteaban de un lado a otro. Se agachó para verles de cerca y se dio cuenta de que eran insectos, y que la luz emanaba de sus pequeños

cuerpos.

—¿Qué son? —preguntó con curiosidad.

—Luciérnagas —la voz de Caleb resonó tras ellos—. ¿Nunca habías visto una? —se sorprendió.

—No, es la primera vez —respondió de forma escueta.

—No todo lo que se ilumina es mágico —afirmó con autosuficiencia; en el fondo, le gustaba provocarla.

«Ni todo el mundo te soporta», pensó Mérula apretando los puños con fuerza. Esta vez no cedería ante sus provocaciones. Al menos no allí dentro.

—¡Ya basta, Caleb! Si no estás dispuesto a tratar con respeto a Mérula, deberías retirarte —le sugirió Katya fulminándolo con la mirada.

—Perdón, tan solo me ha sorprendido que no sepa qué es una luciérnaga.

—Cuando creces en un orfanato, no hay tiempo para luciérnagas —sentenció irguiéndose.

—Si estás dispuesto a comportarte, puedes quedarte, si no, márchate —le propuso Seth, cansado de sus tonterías de brujo egocéntrico.

—¡Sois como niños! —bramó Katya visiblemente incómoda. Caleb era incorregible y la sacaba de sus casillas, pero lo que más le molestaba era que su hijo Seth entrara en su juego.

—No discutáis por mí, solo soy una invitada, aunque no permitiré que vuelvas a atacarme, Caleb —le advirtió Mérula desafiándolo con la mirada. No estaba dispuesta a dejarse amedrentar por alguien que había dejado claro que no deseaba tenerla allí y que, además, acaparaba la atención de todos.

Las dos puertas de madera que antes estaban cerradas se abrieron tras un movimiento de la mano de Katya. Las voces del interior se silenciaron.

—Adelante —la invitó a pasar.

La joven se detuvo en el umbral, y del interior emanó una luz anaranjada y cálida que dibujó algunas sombras a su alrededor, algo que la hizo sentir vulnerable. Dentro, todos la juzgarían y evaluarían todos sus movimientos, y cada uno sacaría sus conclusiones sin conocerla. Se sentía aterrada, algo que Katya captó de inmediato.

Caleb y Seth tomaron la delantera y entraron primero tras un movimiento de cabeza de su líder, que así se lo indicó, algo de lo que Mérula no se percató.

—Acompáñame, no tienes nada que temer. Todos están deseando conocerte —le aseguró, algo de lo que la joven no estaba muy segura viendo la actitud de Caleb.

La bruja la agarró del brazo para tranquilizarla mientras contemplaba su rostro compungido, lo que Mérula agradeció con una sonrisa. Aquella mujer provocaba en ella un sentimiento maternal, algo que hizo que se sintiera más segura en aquel lugar. Cogió aire y entró con decisión agarrada a Katya.

Una vez en el interior, la recibió una enorme estancia presidida por una gran chimenea de piedra situada al fondo. Se erguía majestuosa rodeada por un arco de estilo gótico. Sobre ella se encontraba la delicada figura de la diosa Magnalis, sujetando una antorcha en cada mano y, talladas en la misma piedra bajo ella, se podían apreciar las figuras de tres mujeres con su mismo rostro, representando la transición del ser humano por la tierra: nacimiento, juventud y vejez. Estaban cogidas de la mano, unidas por la magia, imbuidas en el poder de la feminidad. Bajo ellas, el símbolo lunar que las representaba: las fases lunares, Luna menguante, Luna llena y Luna Creciente. El mismo símbolo que ocupaba la tapa de la caja que recibió Mérula.

El hogar estaba encendido, de ahí la cálida luz que emanaba de la estancia. En las paredes había colgados múltiples cuadros de rostros diferentes, hombres y mujeres de aspecto solemne,

pintados con maestría. Sus ojos parecían observarla. Situada en medio de la habitación se encontraba una gran mesa ovalada, y sentadas a su alrededor, las gemelas de ojos bicolor que ya conocía y otros a los que no.

Al otro extremo de la sala, presidiéndola, se hallaba un hombre de edad aproximada a la de Katya, con ojos verdes esmeralda y cabello negro y corto. Su porte era distinguido y llevaba un elegante traje hecho a mano en tono burdeos. La observó con atención, y su cuerpo se estremeció. Le pareció estar viendo a la mismísima Gisela de aspecto frágil, con el rostro pálido y marcados pómulos... Aunque había algo muy diferente en ella: contempló sus ojos y estos le devolvieron la mirada, oscuros y profundos como un mar de tinieblas. A su derecha, Seth había tomado asiento. A su izquierda, en las sillas contiguas, se encontraba una mujer de mediana edad de gran belleza y porte altivo. Tenía el pelo rubio entreverado con canas, peinado hacia atrás de forma pulcra en una coleta, las vetas plateadas contrastaban con el rubio emitiendo sutiles reflejos del mismo tono. Sus ojos color miel la escrutaron con atención. De inmediato, supo que era la madre de Caleb, la misma mirada, la misma actitud de autosuficiencia. Estaba claro que su hijo había heredado sus "cualidades". Enseguida notó que no era de su agrado. A Adalyn, estar bajo el mismo techo que la descendiente de Gisela le desagradaba sobremanera, y más después de perder a su marido aquel fatídico día.

Una joven de la edad de Mérula irrumpió en la estancia y se dirigió a toda prisa hasta donde todos estaban sentados.

—Perdón por el retraso, me entretuve en el bosque —se disculpó y tomó asiento junto a Elora, la gemela con el ojo izquierdo verde y el derecho azul—. Qué maleducado por mi parte —volvió a excusarse, posando sus ojos en la joven que tenía delante, que le pareció hermosa y tan pálida como la nieve—. Bienvenida al aquelarre, mi nombre es Malory.

—Gracias, Malory —respondió Mérula devolviéndole la sonrisa.

—¿Algún contratiempo? —preguntó el hombre del cabello negro situado junto a Seth.

—Todo estaba tranquilo, aunque los lobos están inquietos —le informó, compartiendo una extraña mirada que implicaba más de lo que en un principio pudiera parecer.

—Aquelarre, os presento a Mérula, la única descendiente viva que queda del linaje de Rosalyn y que ahora forma parte de la familia por derecho —anunció Katya presentando a la joven ante el resto del aquelarre.

—Tú lo has dicho, Katya. Le pertenece por derecho, no porque todos estemos de acuerdo. No pretendas que la recibamos con los brazos abiertos. Acepto que se una al aquelarre, pero no lo apruebo —se pronunció Adalyn, la madre de Caleb, con evidente desagrado en su voz—. Ya sabes cuáles son mis razones, no esperes que cambie de opinión.

Tras esas palabras, se levantó de su elegante silla y se dispuso a marcharse, no sin antes dedicarle una mirada de rechazo que la traspasó.

Acababa de llegar y ya había sido repudiada por un miembro del aquelarre en el que se suponía que debía sentirse protegida y a salvo. Uno de sus mayores temores volvía a hacerse realidad: ser rechazada. Observó con ojos escrutadores al resto de los miembros reunidos a la mesa, pero no encontró más miradas de aversión, exceptuando a Caleb, que se recostó sobre el respaldo de la silla mientras observaba a su madre. A él también le desagradaba la presencia de la bruja, y sintió el deseo de correr tras ella. Hacía tiempo que no la veía tan molesta.

Al pasar por su lado, Adalyn rozó su mano de forma sutil con la de Mérula, que vio unas sombras envolviendo su brazo para después deslizarse hasta situarse alrededor de su cuello, acariciándolo, sintiendo su abrazo oscuro sobre la piel.

—¡Adalyn, ya basta! —le ordenó Katya, que empezaba a cansarse de su juego.

Las sombras se desvanecieron cuando Adalyn apartó la mirada, y Mérula quedó liberada del embrujo. Verla entrar por esa puerta le había hecho revivir todo el dolor, fue como encontrarse cara a cara con Gisela, la que una vez fue su amiga y eligió traicionarlos. Al menos le consolaba la idea de que no vio crecer a su hija, y que ahora estaba muerta. No le debía nada a esa joven. Ojo por ojo.

Caleb observó la escena y, aunque le hubiese gustado ir tras su madre, prefirió quedarse en su sitio y ver cuáles eran los planes de Katya. Seguro que después querría enterarse.

Mérula acarició su cuello, aún sintiendo el frío sobrenatural de las sombras sobre su piel, sin entender por qué la odiaba. Estaba claro que un suceso del pasado había provocado todo y no se iría de allí sin que Katya se lo contase. ¿Qué hizo su madre para que todos parecieran odiarla?

CAPÍTULO 14

La líder del aquelarre tiró de ella sacándola de sus pensamientos, y la condujo hasta el sillón situado al otro extremo de la mesa, quedando frente al hombre moreno. Katya permaneció en pie a su lado.

—¡Ignis! —pronunció Malory contemplando el candelabro, las velas se encendieron de forma suave—. No hagas caso a Adalyn, siempre está amargada —manifestó, restando importancia al suceso.

—Como todos sabéis, Mérula pertenece a nuestro aquelarre, algo que le corresponde por derecho de sangre al ser hija de Gisela y nieta de Roselyn, nuestra antigua líder, a la que los más jóvenes no conocisteis —se pronunció Katya a modo de presentación—. Prometí que la orientaría, protegería e instruiría. La mismísima Roselyn vino a pedírmelo hace unas semanas; poco después, falleció, al igual que Gisela. Sospecho que a manos del Aquelarre del Lobo.

Katya guardó silencio para cederle la palabra a ella.

—Es un honor formar parte de vuestro aquelarre. Hasta hace muy poco, ni siquiera imaginaba que existiera la magia, y menos aún que yo fuese una bruja. Aunque debo admitir que esta se manifestó en varias ocasiones a pesar de no haberla recuperado —expuso. Llevaba callada mucho rato, y era el momento de declarar sus intenciones, de hacerles saber que no pretendía traicionar su confianza, y menos ahora que parecía encajar en un sitio que en sí era una rareza—. Confío en ser de ayuda y aprender a usar mi poder para ponerlo al servicio del aquelarre.

Enzo, satisfecho por las palabras de la joven, se puso en pie dispuesto a dar su opinión. Respetaba la decisión de su líder y esposa, Katya, la chica no tenía por qué pagar el precio de lo sucedido cuando ni siquiera había nacido.

—Te doy la bienvenida al Aquelarre del Cuervo. Ahora ya no estás sola, y te ayudaremos a controlar y utilizar tu poder. —La joven observó con atención a Enzo, sus movimientos y su manera de hablar. Parecía sincero en sus palabras.

Enzo, por su parte, la observaba de igual forma, contemplando la oscuridad de su mirada, sintiendo un enorme poder emanar de todo su cuerpo.

—Caleb, espero que Adalyn recapacite y entre en razón, y que tú te encargues de ello —le ordenó Katya, a lo que el brujo respondió con un profundo suspiro y un chasquido con la lengua.

—Si piensas que mi madre me hará caso... es que realmente no la conoces —aseguró, encogiéndose de hombros.

No le apetecía nada mediar en aquella situación. Él no conoció a su padre, pero sabía que la madre de Mérula tuvo que ver con su muerte. En el fondo, no podía odiar a la joven; ella ni siquiera había nacido cuando pasó. Aunque una cosa sí tenía clara: defendería a su madre a toda costa.

—La conozco mejor de lo que piensas, por eso sé que el único que puede hacerla entrar en razón eres tú. O, al menos, a que se abstenga de utilizar su magia contra ella —sentenció, dando por zanjado ese tema.

—¡Bienvenida, Mérula! —exclamaron las dos gemelas al unísono con una sonrisa. La joven no pudo evitar sonreír al ver lo compenetradas que estaban. Le caían bien.

—Soy Malory, la bruja más alocada de este aquelarre. Encantada —se presentó la joven

pelirroja ofreciéndole la mano; Mérula la agarró. La bruja la sujetó durante unos segundos antes de soltarla, mientras la miraba fijamente a los ojos. Sintió que la estaba evaluando—. Ya nos iremos conociendo —le aseguró, liberándola y sonriendo de forma misteriosa después, rompiendo así la conexión mágica que habían establecido.

—Gracias —respondió Mérula devolviéndole la sonrisa, pero sin segundas intenciones. Aún no sabía si Malory le caía bien o mal. Daba la impresión de ser alguien alegre y alocada, pero seguro que había más por descubrir.

Durante toda la reunión, pudo sentir la mirada juiciosa de Caleb sobre ella. No le gustaba, ni él a ella. El joven nunca había visto a su madre utilizar el poder de las sombras contra un miembro de su propio aquelarre ni tampoco el odio que rezumaban sus ojos al mirar a Mérula.

—Si me disculpáis, iré a ver cómo se encuentra mi madre —anunció Caleb, levantándose de la silla y deslizándola hacia atrás de forma ruidosa. Después, se marchó sin más, con el aire altivo que lo caracterizaba. Estaba preocupado por el estado de Adalyn, pero no les daría la satisfacción de verlo.

—Dejadnos —exigió Katya—. Tengo bastantes cosas que hablar con Mérula, y estoy segura de que ella también tiene muchas preguntas que hacer.

Un segundo después, todos abandonaron la estancia, cerrando las puertas tras ellos y dejando a las dos brujas a solas. Las llamas de la chimenea crepitaban con el viento que se produjo al cerrar, arrojando diminutas sombras a su alrededor; incluso eso se le antojó como algo mágico. En esa casa, todo parecía desprender magia. Katya caminó en dirección a los múltiples cuadros colgados en la pared situada a su izquierda bajo la atenta mirada de Mérula, que estaba ansiosa por obtener las respuestas que tanto necesitaba conocer. La bruja se detuvo frente al retrato que estaba colgado más arriba de la fila. En él se retrataba a una mujer mayor de mirada afable pese a su rictus serio: su abuela. Por un momento, le dio la impresión de que la miraba y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. El retrato desprendía una poderosa aura que captó enseguida. Katya lo observó durante un momento, luego empezó a hablar.

—Esta era tu abuela, nuestra anterior líder antes de cederme ese título a mí —comentó, pasando la mano por el marco de madera oscura, evocando viejos recuerdos. Ella había sido su líder, tutora, amiga y compañera de batallas. La echaba terriblemente de menos.

Mérula contempló el retrato sin que Katya supiese que ella ya la había visto. Observó con más detenimiento la imagen y una enorme desazón le atenazó el corazón al recordar lo diferente que estaba en su visión, abatida y sollozando, el mismo rostro del espíritu que le había ayudado a encontrar la magia escondida en la caja. Agarró el colgante entre sus manos y lo apretó con fuerza; la quería sin tan siquiera conocerla. Era sangre de su sangre y la única que se había preocupado por encontrarla y conducirla hasta su destino.

—Veo que la tenías en gran estima —manifestó Mérula, compungida.

—Así es. Fue una pena que renunciase a sus dones. Era muy poderosa, tanto como lo eres tú —aseguró, volviendo junto a ella y acomodándose en el asiento contiguo—. Solo que aún no lo sabes.

—Ni siquiera sé quién soy, únicamente voy obteniendo pequeñas pistas —aseveró.

—Eres Mérula, hija de Gisela y nieta de Roselyn, y ahora miembro de este aquelarre, como lo fueron ellas —comentó con orgullo—. Estaba escrito cuando naciste. Con eso debería bastarte, pero entiendo que necesites saber más.

—¿Quién era mi padre? —preguntó sin dilación. Todo el mundo parecía evitar hablar de él, y estaba claro que había tenido mucho que ver en su situación y en el hecho de que todo el mundo pareciese odiarla o mirarla con recelo.

—Veo que no te andas por las ramas —respondió Katya con una sonrisa. Le gustaba el arrojito de la joven, sin duda heredado de su madre, aunque cada vez que la miraba a los ojos veía el poder oscuro que habitaba en su interior, sin duda proveniente de su padre.

La luz y la oscuridad formaban parte de ella de igual manera, pero su lado oscuro pugnaba por salir mientras que la luz que albergaba su alma luchaba por ser su principal fuente de magia. Katya podía leer a las personas, saber qué sentimientos albergaban y sentir la energía que estas desprendían. El poder de una bruja residía en el alma y en la sangre. Corromper el alma de un brujo o de una bruja significaba envilecerlo y, si la oscuridad vencía a la luz, los transformaba en seres que solo ansiaban más poder, capaces de todo por obtenerlo. Ella mejor que nadie sabía de qué era capaz un brujo que usaba como fuente principal la magia oscura: muerte, destrucción y corrupción.

—Para eso tenemos que remontarnos al pasado y a nuestra historia —aseguró—. ¿Qué tal si empezamos por ahí?

—Me parece perfecto, quiero saberlo todo —respondió, ansiosa de conocimiento. Por fin iba a descubrir de dónde venía y quiénes eran sus familiares y, sobre todo, lo que había sucedido en el pasado para que su madre tuviese que abandonarla a su suerte.

—Para conocer el origen de la magia y de sus portadores, debemos remontarnos al albor de los tiempos. La magia ha existido desde siempre; los primeros hombres y mujeres con raciocinio descubrieron su existencia. Aunque no fue hasta más adelante que se empezaron a documentar los primeros casos conocidos de brujos. En el pasado, ni siquiera existía esa palabra. Esta fue creada por el hombre. En aquel entonces, éramos personas elegidas por los dioses para llevar a cabo sus designios; nos respetaban.

»El primer caso de brujería que tenemos nos lleva a un milenio atrás en el tiempo, aunque, como te he contado, la magia existe desde que se creó el mundo, aunque no se documentó hasta que tuvimos los conocimientos suficientes. Estamos seguros de que la primera en poseer el don de la magia fue una mujer, y que sus descendientes hombres la heredaron a través de su sangre, creando así al primer brujo. La joven nació con el don que seguramente le confirió su madre, y luego ella lo traspasó a sus hijos e hijas. Y creemos en la firme idea de que esa primera mujer fue la que más tarde sería la diosa Magnalis y que puedes ver tallada sobre la chimenea. —Merula se giró para volver a contemplar las imágenes que tanto le habían llamado la atención al entrar en la estancia. De acuerdo con eso, «la mujer en sí era el origen de toda magia».

—Entonces, según tu historia, ¿nuestro poder descende de una diosa? —preguntó aún algo incrédula.

—Creemos que Magnalis descende de la primera mujer sobre la tierra que nació con magia, y que más tarde se la consideró una diosa —se reafirmó—. Magnalis fue la elegida para ser imbuida con ese poder antes de nacer. Quizás la mujer que la concibió no sabía que tenía ese don, y su hija fue la primera en manifestarlo —expuso—. Ahora que ya conoces parte de nuestra historia, quizás sea hora de responder algunas preguntas antes de seguir.

Merula rebuscó en su mente las cuestiones que quería formular a Katya sobre lo que le había contado. Katya permaneció a la espera, dándole tiempo para pensar. Seguramente esa joven aún no se conocía a sí misma, ni sabía quién era esa mujer que aparecía en su historia. Proveniendo de un orfanato regentado por monjas, la Biblia habría sido una lectura obligada entre los niños, y conocería algunos sucesos en los que la magia estaba presente, pero que se atribuían a supuestos milagros de un Dios que quizás ni existiera. O incluso ese Dios en el que todos creían era un ser mágico que había otorgado a la primera mujer su poder. En realidad, nadie sabía con certeza cómo pasó.

—Según lo que has contado, antes nos respetaban —puntualizó Mérula.— Eso quiere decir que, en algún momento de la historia, eso cambió.

—Hubo una época en que la caza de brujas era algo habitual. Nos persiguieron, nos cazaron y nos masacraron sin compasión. Nos arrojaron a las llamas para ser destruidas y purificadas, como si fuésemos algo que hubiese que erradicar de este mundo, pese a haber utilizado nuestros conocimientos para curar a sus familiares y usado nuestra magia para sus propósitos. —Mérula pudo sentir el horror en sus palabras y ver la rabia de Katya arder en sus ojos.

—¿Y qué pasó después? —preguntó, consternada.

—Después de aquella masacre, nuestro número se vio reducido considerablemente, sobre todo el de las mujeres, que fueron las principales perseguidas. Esto hizo que, durante un tiempo, descendieran los nacimientos de nuevas brujas y brujos. Como ya supondrás y te he contado, la mujer es la que transmite la magia a través de su sangre. Un brujo hombre no puede transmitir el poder por sí solo, debe tener descendientes con otra bruja, sin embargo, los hijos también heredarán el poder único del padre. Los brujos pueden transmitir el don familiar, pero la magia debe ser imbuida por la mujer a través de su sangre. —Katya hablaba despacio, con voz clara y pausada. Quería que Mérula entendiese la importancia que tenía ser una bruja, pero sobre todo ser una mujer, la única capaz de transmitirla. Si un día desaparecieran, la magia acabaría desapareciendo—. Si un brujo elige unirse a una mujer sin magia, sus hijos nacerán sin ella; en cambio, si una bruja elige a un hombre mundano, sus hijos nacerán con magia; forma parte de su sangre y, por lo tanto, de su hijo.

—Pero mi abuela renunció a su magia —puntualizó Méerula sin contarle que ahora parte del poder de su abuela estaba en ella.

—Renunció a utilizarla, pero seguía formando parte de ella. Igual que tus poderes fueron transferidos y guardados en un objeto, y aun así se manifestaron porque formaban parte de ti desde que tu madre te concibió.

Aquellas revelaciones dejaron sorprendida a Mérula, que no supo qué decir a toda esa información que salía como un torrente de los labios de Katya y la arrastraba a un nuevo mundo donde nada tenía que ver con la realidad que conocía.

—¿Mi padre tiene algo que ver con que todos parezcan odiarme? —preguntó sin rodeos, dispuesta a saber la respuesta, fuese cual fuese.

Katya cogió entre sus manos la que la joven tenía apoyada en la mesa, con la que no dejaba de repiquetear con los dedos sobre la madera de forma nerviosa.

—Tu padre era un brujo llamado Blake Akers —respondió, observando a la joven. No quería ser ella la portadora de más malas noticias.

—Hablas en pasado —replicó con un nudo en la garganta.

—Así es —admitió.

—Entonces... Está muerto —concluyó para sí misma, desviando la mirada hacia la chimenea.

Albergaba en su corazón la posibilidad de que al menos él siguiese vivo, y quizás algún día poder conocerlo, pero de nuevo el destino le negaba la oportunidad. Toda su familia estaba muerta.

—Ya no estás sola, Mérula. Ahora me tienes a mí y al resto del aquelarre —aseguró, adivinando sus pensamientos. Katya podía indagar en tu corazón y saber cómo te sentías, percibir si algo lo atormentaba o apesadumbraba. Pudo notarlo al estrechar su mano con la suya.

—¿Aunque la mayoría parezcan no quererme aquí? —Había visto la forma en que Caleb la observaba, casi con odio. Aborrecía su presencia, y su madre, Adalyn, estaba claro que

directamente no la quería cerca.

—Tienes que entender que no es fácil olvidar los sucesos del pasado. Tu madre causó mucho dolor a este aquelarre con su impulsividad y malas decisiones —intentó disculparse Katya.

Pero eso solo hizo aumentar la curiosidad de la joven, que ardía en deseos por saber de una vez qué es lo que sucedió con su madre y que todos parecían conocerr. Estaba perdiendo la paciencia. El candelabro de la mesa comenzó a temblar, al principio de manera suave, para después aumentar el movimiento de forma violenta, haciendo que las velas encendidas cayeran al suelo.

—¡Basta! —le ordenó Katya. Mérula pareció volver en sí al escucharla, y el candelabro dejó de tambalearse.

Una de las velas cayó al suelo prendiendo la alfombra por una esquina.

—¡Ventus! —gritó Katya. De repente, las llamas de la chimenea parecieron reducirse y una pequeña ráfaga de viento apagó el fuego de la alfombra antes de que fuese a más—. Tienes que aprender a controlar tu ira o acabarás destruyendo algo o a alguien —le recriminó. Debían empezar las clases y ejercicios cuanto antes. Mérula apartó la mirada con vergüenza.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó.

—Invoqué el poder del viento. El viento es el elemento que domino, es mi poder afín.

—Lo siento, no sé controlarlo —se disculpó, agarrando un mechón de su pelo, estirándolo con nerviosismo, un gesto que enterneció a Katya; aún tenía la inocencia de una niña—. Por favor, cuéntame qué ocurrió aquel día y qué lo provocó —le rogó con la mirada, con esos ojos oscuros y profundos que te hacían caer en un abismo infinito, y que doblegaban la voluntad de aquellos que los contemplaban durante el tiempo suficiente. Por suerte, Katya conocía que deshaciendo el contacto visual su influencia desaparecería. Ni siquiera ella misma sabía que tenía ese don. En su momento se lo contaría.

—Hubo un tiempo en que los aquelarres del bosque de *Ifrit* convivíamos de forma pacífica —comenzó a relatar, dispuesta a contarle todo lo que ocurrió—. Nuestro aquelarre y el del lobo nos reuníamos una vez al año para confraternizar y garantizar que nuestro acuerdo de convivencia se seguía cumpliendo. Fue en una de esas reuniones donde apareció por primera vez tu padre, Blake Akers. Este se había comprometido con la hija de Ada, la líder del Aquelarre del Lobo, para así seguir con su línea de sangre y que no se perdiese el poder único de Blake. Él era el único que quedaba vivo de su familia y, como te he contado, para transmitir su don debía tener un hijo o hija con otra bruja, por lo que el compromiso beneficiaba a las dos partes. El linaje de tu padre seguiría vivo y el aquelarre obtenía el don de Blake.

»En esa reunión conoció a tu madre y enseguida hubo una conexión entre ellos. Nunca supimos que se veían a espaldas de los aquelarres hasta que su prometida le siguió una noche, sorprendiéndolo con tu madre. Pocos días después, Ada y su hija Lavina concertaron una reunión en el bosque con tu abuela Roselyn y tu madre para exigir explicaciones. Prohibieron a Gisela que volviese a ver a tu padre y nos amenazaron con tomar medidas si se repetía.

»El matrimonio concertado estaba próximo a celebrarse, no obstante, tu madre decidió buscar a Blake por su cuenta, desobedeciendo así la prohibición de tu abuela. Esta última era consciente de que un enfrentamiento entre los dos aquelarres tendría consecuencias catastróficas para todos los involucrados. Ada, anticipando los posibles eventos futuros, vigiló a Blake de cerca. Una noche, lo sorprendió saliendo sigilosamente de su lugar y decidió seguirlo. Así, los descubrió juntos, yaciendo en el bosque.

»Lavina, quien había salido tras su madre en secreto, presencié toda la escena. Impulsada por la ira, se delató y desató todo su poder contra Gisela, amenazándola con erradicar su linaje de la

faz de la tierra. Convocó una tormenta y un rayo descendió del cielo. Ada trató de intervenir, pero Blake contrarrestó el hechizo al detener el tiempo y modificar la trayectoria del rayo. Este último impactó en Lavina, provocándole la muerte.

»Aprovechando que Blake había utilizado su habilidad única, escaparon antes de que el tiempo volviera a su curso habitual. Gisela suplicó a tu abuela que les ayudara; estaban enamorados. El aquelarre no tuvo otra opción que intervenir, ya que Ada se unió con los brujos de su aquelarre dispuesta a vengar la muerte de su hija. Fue debido a ese suceso que decidimos ocultar nuestra mansión con magia —puntualizó— para que ningún brujo ajeno a nuestro grupo pudiera encontrarnos. Nuestros aquelarres se enfrentaron en una cruenta lucha, donde ambos tuvimos grandes pérdidas. Velma, la hermana de Ada, tu padre, el padre de Caleb y tu abuelo fallecieron ese día intentando protegernos. Lavina también fue víctima del romance entre tus padres.

»Desde esa noche, nuestros aquelarres han estado enfrentados. Poco después, tu madre tuvo que marcharse. Ada seguía clamando por su venganza y no descansaría hasta acabar con ella y con tu abuela. De hecho, casi lo consigue. Afortunadamente, Gisela fue astuta al encerrar tu poder y llevarte al orfanato. Tu abuela, como ya sabes, decidió renunciar a sus poderes y no tuvo conocimiento de tu existencia, al igual que nosotros, hasta que tu madre fue a verla poco antes de ser asesinada y le contó todo. Ella, sabiendo que pronto la encontrarían, también vino a vernos y nos puso al corriente, encargándonos protegerte.

»Por eso mandé a que te vigilaran hasta que supieras la verdad y decidieras venir al bosque. Como era de esperar, descubrieron que Gisela había tenido una hija, y el resto es historia. Aquí estás, y Ada no se detendrá hasta matarte a ti también. Debes comenzar tu entrenamiento mañana mismo y dominar tu poder, o no podrás defenderte. Ada también sabe que has heredado el poder de tu padre, por lo que no estoy segura si su intención es simplemente matarte o robártelo antes.

—Según lo que acabas de contarme, el don de mi padre consistía en parar el tiempo; yo nunca lo he hecho —afirmó algo confundida.

—Poco a poco, querida.

La historia que Katya le contó superaba lo que había imaginado. Mérula quedó absorta en sus pensamientos, intentando asimilar lo ocurrido. Ahora entendía por qué Caleb y su madre la odiaban, él tampoco conoció a su padre, y Adalyn había tenido que criar sola a su hijo. Ella tan solo era un recuerdo de su desgracia. Ni siquiera sabía qué sentir en ese momento, su cabeza era un hervidero de emociones.

CAPÍTULO 15

Katya pudo percibir la desesperación y el dolor de Mérula, pero ahora que conocía la verdad, podrían ponerse a trabajar. La vigilaría de cerca, ya que era peligrosa cuando sus sentimientos se magnificaban.

—No debes preocuparte, aprenderás a usar tu magia. Me encargaré personalmente de instruirte y entrenarte, Mérula. Se lo prometí a tu abuela —aseguró, acariciando su rostro con dulzura.

—Estoy preparada —afirmó Mérula, con la rabia recorriendo todo su cuerpo. Quería vengarse y demostrar al aquelarre que sus sacrificios no habían sido en vano. No permitiría que se repitiera la historia.

Ada perdió a su hija, pero ella lo había perdido todo ese día.

—Empezaremos al amanecer —declaró. —Acompáñame. Debo darte algo que te pertenece por derecho. —Tras ponerse en pie, se dirigió a la puerta, indicándole que la acompañase.

La joven siguió a Katya a través del *hall* y no pudo evitar volver a reparar en el bote lleno de luciérnagas. Se agitaban y revoloteaban en su interior, atrapadas. Igual que estaba ella entre las paredes de aquella casa donde no se sentía bienvenida. El fantasma del gato pasó a toda velocidad frente a ellas y desapareció escaleras arriba, como un pequeño halo luminoso y borroso, sobresaltándola.

—Neo sigue siendo muy juguetón pese a no estar vivo. Le gusta asustarnos —comentó Katya con una sonrisa. Amaba a ese gato fantasma, era parte de la casa.

Pasaron frente a las escaleras y la condujo hasta la zona más alejada de la planta baja, situándose delante de una puerta ornamentada con florituras. Tras un movimiento con la mano, esta se abrió.

Al traspasar la puerta, se encontró con una gran biblioteca. Justo en el centro, dentro de un hueco circular tallado en el suelo, se alzaba un atril en el que reposaba un gran libro encuadernado con gruesas tapas de cuero y un extraño símbolo, que parecía bastante antiguo. Al final de la estancia, dos puertas acristaladas daban paso a un invernadero repleto de exuberantes plantas y flores. Mérula observó sorprendida las enormes estanterías llenas de tomos.

—Bienvenida a la biblioteca invernadero. Aquí guardamos todos los grimorios, libros de magia y botánica que hemos ido recopilando a lo largo de los siglos y que contienen todo el saber del aquelarre —le informó Katya a la joven.

—¿Qué es un grimorio? —preguntó Mérula, ya que nunca había oído esa palabra.

—Es un libro donde cada bruja va recopilando todos sus conocimientos, conjuros, pociones y saber mágico —le aclaró Katya.

—¿Todas las brujas tienen uno?

—Así es. Cada linaje familiar posee uno que pasa de madres a hijas o hijos.

—Y supongo que me has traído aquí para entregarme el de mi familia —manifestó, contenta por la idea de tener algo que había sido de sus antepasados, después de su abuela, de su madre y que ahora le pertenecía a ella. Un pedacito de su gente.

—Supones bien. Te será muy útil para empezar a aprender a usar tu magia, gracias a los hechizos que contiene.

—¿Y cuál es de todos ellos? —preguntó señalando las enormes estanterías situadas alrededor

de toda la estancia.

—Hay una forma sencilla de saberlo. Tan solo tendrás que llamarlo —aseguró Katya, divertida.

—¿Lamarlo?

—Sí, extiende tu mano y desea con todo tu ser que venga a ti, y así sucederá —le indicó.

Mérula siguió las orientaciones de la bruja y, tras extender el brazo, pidió mentalmente que el libro acudiera hasta ella, que todo su conocimiento la encontrara para que las palabras de su interior fueran pronunciadas de nuevo y se obrara la magia.

Un cosquilleo viajó desde la punta de sus dedos hasta el pecho, la estantería situada a su derecha comenzó a temblar como si un pequeño terremoto hubiese estallado y, tras unos segundos, un grueso tomo salió despedido hasta aterrizar en su palma extendida. Después, el cosquilleo cesó y Mérula agarró el libro con ambas manos. Tras observarlo detenidamente, sintió que un pedacito de su familia le pertenecía y con él, todo el conocimiento mágico que podría enseñarle. Sus páginas envejecidas emanaban un aroma antiguo que, en cierta forma, la reconfortó.

—Ahora te pertenece, y gracias a él podrás aprender mucho.

—En cuanto llegue a casa, lo leeré —manifestó de forma inocente, pensando que tal vez podría llevárselo.

—Me temo que eso no será posible, los grimorios están ligados a la casa. Es algo que se acordó para proteger su contenido y evitar que caigan en manos equivocadas. Si quieres consultar sus páginas, tendrás que hacerlo aquí —puntualizó Katya. En ese aspecto, no podía hacer ninguna excepción; todos debían seguir las normas establecidas.

—Pero me gustaría volver a mi casa. —Esa enorme mansión no era su hogar, no quería estar en un sitio donde algunas personas no la tenían en estima.

—Lo siento mucho, pero el grimorio no puede abandonar este lugar. En cambio, siempre podrás venir y utilizarlo mientras estés aquí —le aseguró. —Aunque lo más sensato sería que te quedaras el tiempo suficiente para entrenar y aprender a dominar tu magia.

—Lo haré durante el día, pero al caer la noche volveré a casa de mi abuela —sentenció.

—Me preocupa que no estés segura allí. Esos brujos del Aquelarre del Lobo merodean por el bosque esperando cualquier oportunidad para atacar.

—La casa está protegida con magia. Ya intentaron atacarme y fueron repelidos por la barrera —aseguró, intentando tranquilizarla. —Además, haré el trayecto transformada en cuervo, esos lobos no podrán atraparme.

—Olvidas que pueden utilizar su magia contra ti si te descubren en el bosque —le advirtió, intentando hacerla entrar en razón y que se quedase allí bajo su protección.

—Lo sé —admitió algo contrariada.

—Mañana empezará tu entrenamiento, quédate al menos esta noche —insistió.

—Está bien —claudicó. No quería ofenderla; después de todo, ahora también formaba parte del aquelarre.

—Vaya, veo que ya has encontrado tu grimorio —comentó Caleb, que acababa de llegar y se había apoyado en el umbral de la puerta.

Mérula se dio la vuelta y contempló al brujo, desafiante.

—¿Qué quieres, Caleb? —preguntó Katya.

—Solo he venido a decirte que mi madre está más tranquila.

—Bien, espero que no se repita un episodio como el anterior —le advirtió. La joven no tenía la culpa de los errores de su madre, y no permitiría tal comportamiento.

—Yo también. No me gustaría tener que posicionarme de su lado —respondió, desafiando a Katya con sus ojos azules como el hielo.

Mérula los observó durante un momento. Estaban vacíos, carentes de sentimientos. Caleb era alguien atormentado, y por un segundo algo pareció removerse dentro de la joven. Sintió pena por él. En ese sentido ella, al menos, pese a no tener a nadie, había recibido el cariño de las monjas y, en cierta forma, fue feliz en el orfanato.

—¿Se puede saber qué estás mirando? —le preguntó, odiando que se compadeciesen de él.

—Nada —respondió sin más. Era cierto; no miraba nada porque ese brujo insoportable no tenía nada dentro que valiese la pena.

—Deja de ser tan insolente y acompaña a Mérula a la habitación contigua a la tuya. Hoy pasará la noche aquí y mañana empezará sus prácticas —le ordenó Katya, harta de su actitud. Si no le caía bien, le obligaría a pasar más tiempo con ella y así conocerla mejor.

—¿De verdad tengo que hacerlo? —preguntó, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, y además, mañana te encargarás de llevarla a la sala de prácticas.

—Si me indicas dónde está la habitación, podré llegar por mí misma. No quiero molestar —dijo mirando al brujo con desdén. No iría a ningún sitio con alguien que la odiaba.

—Ves, ni siquiera ella quiere que le acompañe. Será mejor que me vaya y le indiques dónde está la habitación. Estoy seguro de que podrá encontrarla sola —comentó mientras se daba la vuelta, dispuesto a marcharse.

—Pues claro que puede llegar ella sola, pero tú la acompañarás como se te ha ordenado —respondió Katya visiblemente enfadada—. Deja de comportarte como un niño y haz lo que se te ha mandado. Te recuerdo que soy la líder de este aquelarre. No oses desafiarme.

Mérula se sentía cada vez más incómoda, y no tenía dudas de que su presencia en aquella casa era un error.

—No era mi intención —se disculpó con resignación.

En el fondo, Caleb sabía que se estaba comportando como un cretino, pero esa joven le alteraba. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, la odiaba por lo que provocaba en su madre y, por otro, le atraía el misterio que representaba en sí misma. El poder que albergaba en su interior, esos ojos negros como la noche, su delgada figura que la hacía parecer tan frágil. Y que se sintiese tan perdida como él en el mundo. Estas emociones lo hacían sentir débil, y no pensaba darle el gusto.

—Si no hay más remedio... —protestó Mérula.

—Te quedarás en la habitación que fue de tu madre cuando vivía aquí. Está igual que la dejó. Sus cosas siguen dentro —le informó, esperando que dormir en la misma habitación que perteneció a Gisela fuese de su agrado.

La idea le gustó. Tocar sus cosas, acostarse en su misma cama. Sin quererlo, sus ojos se encontraron con el azul lapislázuli de los de Caleb. Esta vez no vio odio, sino curiosidad. De inmediato, los dos apartaron la mirada.

—Vamos, no tengo toda la noche —la increpó Caleb, abandonando la estancia en dirección a las escaleras. Quería acabar cuanto antes con su tarea.

—Descansa, lo necesitarás para mañana —se despidió Katya.

—Lo intentaré. —Su cabeza era un hervidero de información que asimilar y de incertidumbre por lo que sería su vida a partir de ese día.

CAPÍTULO 16

Mérula apretó el grimorio contra su pecho y siguió a Caleb hasta el segundo piso, sin intercambiar una palabra.

Recorrieron el pasillo de la izquierda hasta llegar a las dos últimas habitaciones de la planta.

—Esta es la mía, la tuya está justo al lado —le indicó señalando la de la derecha—. Mañana al amanecer tocaré la puerta. No me hagas esperar, lo odio —le advirtió de mala gana.

Estaba deseando acabar con todo aquello de una vez, se sentía incómodo y no podía parar de pensar en su madre, a la que había dejado bastante afligida. Lo obligó a marcharse, quería estar sola. Aquella joven había reabierto la herida.

—Tranquilo, no tendrás que esperarme —le aseguró—. Sé que no te caigo bien, pero déjame decirte que tú a mí tampoco —manifestó, retándole con la mirada, cansada de sus desprecios—. La diferencia está en que no soy tan arrogante como tú —sentenció—. Buenas noches, espero que no te envenenes durmiendo.

Tras esas palabras, entró en la habitación, cerrándole con un sonoro golpe en las narices. El brujo contempló la puerta cerrada y no pudo evitar esbozar una media sonrisa; esa bruja no se amilanaba ante nadie. Después entró en su cuarto, dispuesto a descansar; se avecinaba un día largo.

Mérula se dejó caer sobre la cama soltando el grimorio a un lado; estaba agotada. Observó el techo de la habitación: era de madera con ornamentaciones y de él colgaba una bonita lámpara de araña que quedaba justo sobre el lecho; no había ninguna vela encendida y estaba sumida en la penumbra. Observó las velas y les ordenó que se prendieran, pronunciando la misma palabra que Malory había usado para encender el candelabro: ¡Ignis!. Tras un segundo, se fueron iluminando una a una, arrojando su suave luz en la estancia. La joven no pudo evitar sonreír, a cada minuto que pasaba se sentía más cómoda con su magia. Se levantó y observó el resto de la estancia. Había un bonito ropero negro frente a la cama, a cada lado de esta se encontraban unas mesillas de noche con dos cajones y un candelabro sobre ellas. Un gran ventanal con una fina cortina dejaba pasar la luz de la luna a través de esta. En la esquina más alejada, una cómoda con una silla y un espejo daban por finalizado el mobiliario. Era una habitación elegante pero sencilla.

La bruja quería mirar en todos los rincones, tocar y ver todas las cosas que pertenecieron a su madre. Empezó por el armario. Lo abrió con cuidado y las bisagras chirriaron en medio del silencio. Se notaba que llevaban muchos años sin abrirse. Dentro había algunos vestidos y varios zapatos colocados sobre el suelo del mismo. Observó los trajes y vio que eran muy sencillos, sin florituras ni encajes ostentosos. Agarró el primero y lo estrechó entre sus brazos para sentir su aroma; olía a jazmines y especias que no supo descifrar. Era de color verde oscuro excepto por el cuello, que era blanco; estaba confeccionado con tela de calidad. Lo apartó para verlo bien y apostó a que tenían la misma talla. Volvió a colgarlo; ni se le pasaba por la cabeza probárselo y menos aún ponérselo. La madre de Caleb entraría en cólera y la odiaría aún más si eso era posible si la viese con él puesto. Lo que sí necesitaba eran unos zapatos, los suyos estaban destrozados. Se agachó y revisó los que se hallaban dentro del armario. Había tres pares de botines, así que cogió los negros del medio y, al levantarlos, vio una pequeña caja metálica detrás. Dejó el calzado en el suelo y la agarró dispuesta a descubrir qué contenía.

Se sentó sobre la alfombra y, tras ponerla sobre su regazo, la abrió. Se encontró con algunas

fotos y, en el fondo, algunas cartas colocadas con cuidado y atadas con una cuerda morada. Agarró las imágenes y las empezó a mirar una a una. En la primera salía una chica muy guapa con pelo moreno junto con otra mujer más mayor que ella; se parecían mucho y la más joven tenía sus rasgos, por lo que dedujo que debían de ser su madre y su abuela. No le hacía falta que nadie se lo corroborara, lo sabía, y así lo confirmaron las lágrimas que empezaron a resbalar sin control por sus mejillas. Acarició la foto con sus dedos temblorosos y sintió que su corazón se partía en pedazos. Una corriente fría la sobresaltó, y al darse la vuelta vio al pequeño gato fantasma sobre la cama. Él había acudido al sentir su tristeza, pues la joven le recordaba a su última propietaria: su madre. Él siempre buscaba un dueño nuevo cuando el anterior fallecía y la había elegido a ella.

La joven sonrió al verlo. Le hubiera gustado tocarlo y colocarlo en su regazo, pero su mano lo atravesó. El gato profirió un maullido fantasmal y se tumbó en la cama. Le haría compañía. Mérula siguió ojeando las fotos. En una de ellas aparecía su madre junto con otra joven de su edad. Era la madre de Caleb embarazada, estaban abrazadas y Gisela tenía la mano puesta sobre la incipiente barriga. Sonreían, por lo que dedujo que eran buenas amigas. Se veían tan felices en esa imagen... Entendía que Adalyn estuviera tan resentida, su madre traicionó no solo al aquelarre, sino también su amistad. Sus actos provocaron que el padre de Caleb nunca conociera a su hijo. Debió ser horrible tener que criarlo sola, y estaba segura de que verlo cada día le recordaba lo sucedido. El brujo solo era una víctima más. Por un segundo sintió compasión por él, algo que desechó al momento de su corazón. Ella también lo era, había crecido sola sin saber quién era, no merecía su desprecio. Al menos él había tenido a su madre.

Dejó las fotos a un lado con cuidado, ya que eran las únicas que tenía de ellas. Después cogió las cartas que se encontraban en el fondo de la caja y desató el cordel morado que las mantenía unidas. Tras abrir la primera, descubrió que eran misivas de su padre dirigidas a su madre.

Leyó con atención cada una de ellas, sintiendo una mezcla de emociones mientras se sumergía en las palabras que su padre había escrito. Las cartas eran un tesoro de su pasado, una conexión con una parte de su historia que había estado oculta durante mucho tiempo. A medida que avanzaba en la lectura, sintió la intensidad de los sentimientos que este había tenido por su madre. Palabras de amor, nostalgia y promesas llenaban las hojas, revelando una historia de amor que había sido interrumpida abruptamente. Una en particular llamó su atención. En ella, su padre hablaba sobre un lugar especial al que solían ir juntos, un rincón secreto donde compartían momentos de felicidad y complicidad. Leyendo esas palabras, pudo sentir el vínculo que ambos habían compartido, una conexión que trascendía el tiempo y el espacio. Las lágrimas volvieron a emerger mientras continuaba leyendo. Era una mezcla de dolor por la pérdida de su madre, nostalgia por lo que pudo haber sido y una extraña sensación de cercanía con su padre, a pesar de no haberlo conocido. Las cartas eran como un puente que unía su pasado con el presente. Al llegar a la última, sintió un nudo en la garganta. Su padre expresaba el deseo de reunirse de nuevo con su madre en el claro del bosque y escapar juntos. Dejar atrás a todos y a todo.

«Mi querida Gisela. Ya no aguanto más esta situación, las cosas se están complicando. Ada me está presionando constantemente para que adelantemos la boda. Me tienen vigilado todo el día. Escapemos juntos, donde no puedan encontrarnos. Si deseas huir conmigo, te espero la próxima luna llena en el lago, junto al árbol muerto donde dejamos las cartas. Si no vienes, lo entenderé, huir conmigo significaría alejarte de tus padres y de tu aquelarre. Te esperaré. Si no apareces, volveré con mi aquelarre para cumplir mi palabra y casarme con Lavina. Con amor: Blake».

Las palabras finales de la carta resonaron en su cabeza. Cerró los ojos por un momento, imaginando a sus padres juntos en ese lugar especial que habían compartido. Tras un suspiro, volvió a atarlas con el cordel morado y las colocó con cuidado en la caja junto a las fotos. Miró el conjunto con cariño y gratitud, sintiendo que había descubierto un capítulo importante de su historia. A pesar de las preguntas sin respuesta y los sentimientos encontrados, sabía que esas misivas y fotografías eran un legado de amor que siempre llevaría consigo.

Volvió a la cama junto a Neo, que se acurrucó a su lado como lo había hecho cientos de veces con su madre en esa misma habitación. Agarró el grimorio familiar, un antiguo libro lleno de secretos y hechizos transmitidos a lo largo de generaciones. La cubierta estaba gastada por el tiempo, y sus páginas amarillentas contenían la sabiduría mágica acumulada por sus ancestros. Acarició el cuero envejecido con la mano, repasando con los dedos las grietas y el símbolo de las lunas en relieve. Lo abrió con cuidado y empezó a pasar sus antiguas y descoloridas páginas, todas ellas llenas de diagramas y símbolos que jamás había visto. Se detuvo en una donde se podían apreciar algunas figuras fantasmales dibujadas; estas empezaron a moverse de forma mágica por los bordes de la hoja. Desaparecían y volvían a aparecer. Aquello la fascinó; el grimorio parecía estar vivo, como si las palabras y los hechizos contenidos en él fueran entidades propias que buscaran ser descubiertas. Leyó con atención el texto, y el corazón le dio un vuelco al ver que se trataba de un conjuro ancestral, un hechizo para invocar a una persona fallecida y poder hablar con ella durante unos minutos. Una oleada de emociones la recorrió mientras su mente intentaba asimilar la magnitud de lo que tenía en sus manos. La posibilidad de reencontrarse con su madre, aunque fuera por unos breves instantes, era abrumadora. El hechizo no aseguraba que el invocado apareciera. Si el alma de la persona fallecida ya no estaba en este mundo o si, por alguna razón, no deseaba responder a la llamada, no se materializaría. Había un equilibrio delicado entre el mundo de los vivos y el de los muertos, y el conjuro actuaba como un puente efímero entre ambas dimensiones. La incertidumbre y el respeto por lo desconocido eran parte integral de esta práctica. Invocar a los difuntos no era algo que debiera tomarse a la ligera. Releyó varias veces el texto del hechizo y lo memorizó. Siguiendo las instrucciones, reunió los ingredientes necesarios y se situó frente al espejo. Volvió a abrir la caja del armario y cogió la fotografía donde aparecían su madre y su abuela, colocándola sobre el tocador; ahora solo tenía que encender la vela. Fijó su mirada en ella y pronunció la palabra mágica, tras lo cual, de forma inmediata, se encendió arrojando su tímida luz en la habitación. Era el momento de probar el conjuro. Siguió las indicaciones y puso la mano sobre la foto, plasmando la imagen de su madre en su mente. Solo quería verla y decirle que ahora comprendía por qué la había abandonado, y que no le guardaba rencor. Pese a no conocerla, la quería y deseaba que lo supiese. Si no acudía a su llamada, entendería que estaba en paz.

—Gisela Becket, yo te invoco. Permite que te vea a través del velo que separa los dos mundos, acude a mí en paz y oye lo que tengo que decirte —recitó la frase que llamaba al espíritu con voz temblorosa y, antes de pronunciar las palabras que activaban el hechizo, un escalofrío recorrió su cuerpo—. ¡Invocum spiritum!

Inmediatamente, Neo se puso en alerta, pues como un fantasma que era, notó que algo sucedía; la fina línea entre los vivos y los muertos se había debilitado. Una ráfaga de aire apagó la vela y la temperatura de la habitación descendió drásticamente. Todo quedó sumido de nuevo en la penumbra, y Mérula vio una sombra reflejada en el espejo pasar velozmente por detrás. Asustada, corrió hasta la cama para colocarse junto al gato, que emitió unos sonidos extraños parecidos a un bufido. Estaba viendo algo frente a la cama. Alguien había acudido a la llamada.

—Mi querido Neo, sigues recordándome —manifestó la figura escondida en las sombras con voz dulce. Era Gisela, pero no quería que su hija la viera en el estado en que falleció: quemada.

—¿Eres tú, madre? —preguntó, con el miedo amenazando con paralizarla.

—Así es, mi querida niña. He acudido a tu llamada —su voz parecía ir y venir—. Veo que Katya ha cumplido su palabra.

—¿Puedo verte? —le pidió.

—Prefiero que no lo hagas. Mi muerte fue traumática y mi aspecto deja mucho que desear. Quiero que me recuerdes como en la foto —comentó—. Y ahora dime, ¿por qué me has llamado?

—Solo quería decirte que te perdono y que entiendo por qué lo hiciste.

—No tuve elección.

—Por favor, acércate. Prometo no asustarme. Me da igual tu aspecto —y era cierto; no le importaba. Tan solo quería sentirla cerca.

La sombra fue levitando hasta encontrarse frente a la ventana; su cuerpo era translúcido y se podía ver a través de él. Mérula observó a la figura etérea: su rostro estaba quemado y no tenía pelo. Neo corrió hasta situarse a su lado. La habría reconocido aunque fuese una masa deforme; su aura seguía siendo la misma y sus espíritus siempre serían afines. Mérula se levantó de la cama y se acercó a ella, extendiendo sus manos e invitándola a tocarla. Gisela quedó fascinada al ver a su hija tan mayor y darse cuenta de lo mucho que se parecían. Un cosquilleo las envolvió a ambas; un sentimiento de amor infinito las unió para siempre. De forma mágica, el aspecto de Gisela empezó a cambiar hasta volver a ser el mismo que el de la foto. Así era como la joven quería recordarla; era realmente hermosa. Una sonrisa se formó en los labios de las dos y el alma de su madre se liberó de toda culpa y dolor.

—Debes tener cuidado, hija. No pararán hasta matarte. Desconfía de todo y de todos —le advirtió.

—Lo tendré en cuenta, madre —respondió, contemplándola como si esa fuese la imagen más hermosa que había visto nunca.

Una luz blanca e intensa empezó a formarse detrás de Mérula.

—Es la hora, mi niña. Me has liberado y ahora puedo marchar en paz.

—¡Espera, mamá! ¿Cómo podré enfrentar a aquellos que te hicieron daño?

Gisela extendió la mano hacia su hija y, con un gesto suave, acarició su mejilla. La sensación fue cálida y reconfortante, como un abrazo etéreo.

—Querida, no estás sola en esto —susurró con ternura—. Tu poder es grande, y aunque en ocasiones pueda ser abrumador, aprenderás a controlarlo. Confía siempre en tus instintos.

Ni siquiera le dio tiempo a despedirse. Gisela se dirigió hacia la luz, donde la esperaba la figura de alguien que conocía bien: su abuela. Las dos sonrieron a Mérula, y la luz se hizo más intensa, llevándoselas con ella y dejándola sola, de pie, experimentando una mezcla de tristeza y determinación. De repente, se sintió liberada, como si un gran peso hubiese abandonado su cuerpo.

Se acercó a la ventana y contempló la oscuridad del bosque; entre sus árboles se encontraba el lugar donde sus padres se veían a escondidas. ¿Cómo podía traer tras de sí tanto dolor el amar a alguien? Por culpa de ese amor, había muerto mucha gente. Sin embargo, ella no había pedido venir a este mundo y no era responsable de sus consecuencias en el pasado ni de las que ocurrían en el presente, aunque sí de las que tendrían lugar en el futuro. Vengaría la muerte de sus padres y, con ella, la de todas las personas que habían perecido por ese amor prohibido. Había nacido para ello, para enfrentarse a los que habían iniciado esa guerra sin sentido donde su cabeza era el

trofeo más deseado.

CAPÍTULO 17

Tras colocar la caja con las fotos y las cartas en su lugar y practicar algunos hechizos sencillos del grimorio, Mérula decidió intentar dormir, ya que en unas horas Caleb llamaría a su puerta para comenzar su entrenamiento. Estaba deseando empezar y ver hasta dónde llegaba su poder. Además, también quería reunirse con Katya para contarle que había hablado con su madre esa noche, y que la invocó con un hechizo del libro.

Entre pensamiento y pensamiento, Morfeo la asaltó sumiéndola en un profundo sueño. Las pesadillas no se hicieron esperar. El fuego lo consumía todo, la noche pareció convertirse en día y pudo escuchar los gritos de la gente que ardía y se revolcaba ansiando apagar sus cuerpos. Su madre intentaba detener a los brujos dirigiendo todo su poder contra ellos, pero eran tres y de nada sirvió su arrojo. No vio sus rostros, aunque sí distinguió que se trataba de una mujer y dos hombres, uno de ellos muy alto. El brujo más grande empezó a crear en su mano una bola de fuego mientras el otro lanzaba una niebla oscura que envolvió a Gisela y la dejó cegada y desorientada, oportunidad que aprovechó el primero para lanzarle la esfera ardiente que había creado. De inmediato, su vestido se prendió dando lugar a que las llamas se extendieran rápidamente por todo el cuerpo. Gisela no gritó, no quería darles esa satisfacción, pese a que un dolor atroz y sin fin la estaba devorando.

—Tu hija será la siguiente, muere sabiendo que ella también lo hará —Tras esas amenazas, Gisela rio tan fuerte que incluso los brujos se estremecieron; después se desplomó sin vida sobre la tierra.

Mérula despertó sudorosa y gritando. Caleb la escuchó y se dirigió a la habitación pensando que su madre había enloquecido y quería hacer daño a la chica mientras dormía. Era inestable y no la había visto nunca tan alterada como después del encuentro con la joven.

Sin ni siquiera llamar, irrumpió de forma brusca en el cuarto. Mérula tenía la cara desencajada y tal era su expresión de horror que no supo cómo actuar. Su madre no estaba allí, algo que de alguna forma le tranquilizó. La bruja no se había percatado de la presencia de Caleb, estaba demasiado conmocionada y horrorizada por lo que acababa de ver. La muerte de su madre había sido sádica y despiadada. Ahora más que nunca la palabra venganza resonaba en su cabeza como la única solución.

—¿Se puede saber a qué vienen esos gritos? ¿Te das cuenta de que hay gente que está intentando dormir? —la increpó el brujo, que se encontraba frente a la cama observando la escena; había perdido la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —preguntó aún con la respiración agitada.

—Estabas gritando como una loca y vine a ver qué pasaba —respondió con indiferencia, jamás admitiría que fue un alivio no encontrar a su madre allí tal como había imaginado.

—He visto cómo murió mi madre —admitió sin pensar.

Caleb observó el grimorio que estaba abierto en el suelo, la vela apagada y la foto sobre el antiguo tocador que había olvidado guardar y supo qué era exactamente lo que había pasado aun sin formular su siguiente pregunta.

—¿Has hecho un hechizo de invocación?

—¿Cómo lo sabes? —respondió con otra pregunta.

—Los hechizos de invocación tienen consecuencias, insensata —le recriminó con mirada

altiva.

—¿Y qué consecuencias son esas, sabelotodo? —preguntó de mala gana, no tenía por qué aguantar sus constantes salidas de tono.

—Tales como pesadillas y visiones acerca del difunto, sobre todo si su muerte fue traumática. Da igual si era tu madre —la regañó—. Por eso nunca he intentado ver a mi padre. Su fin fue trágico, no quiero rememorar y ver cómo falleció una y otra vez; bastante tengo con ver a mi madre llorar su recuerdo cada día. —Sin querer, había confesado que no se sentía querido por esta.

Y así era, el recuerdo de su padre estaba tan presente que siempre se había sentido relegado a un segundo plano. De lo único que se había preocupado su progenitora era de que entrenase su poder sin descanso para que fuera un brujo poderoso, quizás por si se volvía a producir otro enfrentamiento no corriese la misma suerte. Mérula no supo qué decir, aquella confesión le había pillado por sorpresa y no era una persona que disfrutase con el sufrimiento ajeno, por lo que sintió verdadera compasión por él.

—No lo sabía —fue lo único que supo decir.

—Es normal, en realidad no sabes nada de nuestro mundo —manifestó de forma despectiva cruzándose de brazos para sentirse más seguro, volviendo a ser el mismo Caleb cruel y huraño de siempre—. De aquí en adelante no vuelvas a hacer un hechizo de esa índole sin que alguno de nosotros esté contigo. Quién sabe lo que podrías invocar.

—Quizás invoque algo para que te lleve con él y dejes de ser tan idiota —le respondió, visiblemente enfadada—. Y ahora vete de aquí, quiero dormir.

—Dudo que sepas hacer eso —puntualizó mientras se dirigía a la puerta—. Y por supuesto que me marchó, pero no porque me lo hayas dicho. No sé ni para qué he venido.

—Eso mismo me pregunto yo, si tanto recelo me tienes será mejor que no lo vuelvas a intentar o volveré a darte con la puerta en las narices. —Estaba furiosa, de repente los candelabros empezaron a temblar y salieron disparados en su dirección. Por suerte, Caleb tuvo suficientes reflejos y cerró antes de que impactaran en su cara.

—¡Estás loca! —le gritó desde el pasillo.

Viendo el estado de Mérula, el pequeño gato se acercó a la joven y maulló de manera lastimera. Ella lo contempló y su frustración explotó en forma de torrente de lágrimas. No lo soportaba, ni él a ella. Se juró que cuando supiese controlar y utilizar sus poderes tendrían un enfrentamiento, a ver quién reía el último.

La risa histérica de su madre volvió a resonar en su cabeza como si estuviese ahí mismo, sobresaltándola. Nunca podría olvidar la imagen de su cuerpo envuelto en llamas y, si no lo evitaba, la próxima sería ella. Eran despiadados y querían vengar la muerte de Lavina, la única hija de Ada, la líder del Aquelarre del Lobo. Su padre ni siquiera llegó a saber que su madre estaba embarazada. Ella era el único recuerdo vivo de su existencia.

Agarró la almohada, hundió la cabeza en ella y volvió a gritar, pero esta vez de forma consciente. Gritó de rabia, de dolor por el amor que nunca pudo recibir y que le habían arrebatado. Tenía que aprender a controlar su poder y entonces contar con todas las posibilidades a su alcance por si intentaban atacarla.

CAPÍTULO 18

Despertó antes de que Caleb fuese a buscarla, por lo que tuvo tiempo para asearse y recoger su largo cabello negro en un improvisado moño; cada vez le costaba más manejarlo. No se había quitado el vestido, así que eso le ahorró tiempo. Varios golpes en la puerta la asustaron.

—Vamos, bruja loca, Katya quiere desayunar contigo antes de empezar tus clases —apremió el brujo desde fuera.

—Tú sí que sabes dar los buenos días —comentó con ironía.

No obtuvo respuesta, era muy temprano para empezar otra discusión y le rugían las tripas. Lo único que quería era tomar un café caliente, ya habría tiempo para eso en el entrenamiento.

Se despidió del gato fantasma que seguía en la cama y agarró el grimorio. Tras salir de la habitación, Neo se materializó a su lado.

—Vamos, Katya te está esperando en el invernadero —anunció.

Caleb iba vestido de forma impecable con un bonito traje burdeos y el cabello perfectamente peinado. Mérula lo observó mientras caminaba delante, era apuesto y tenía buena planta, nada que ver con su carácter.

—No te oí gritar más —comentó con una sonrisa socarrona que Mérula no vio.

—Imagino que si no escuchaste nada es algo obvio —respondió de forma seca, era muy pronto para aguantar su sarcasmo.

—Casi me desfiguras con el candelabro —añadió.

—Hubiese sido una lástima, es lo único que tienes bonito —respondió con tono burlón.

—Vaya, gracias, tu cara tampoco está mal —y era cierto, a pesar de no soportarla le parecía hermosa.

Sin volver a dirigirse la palabra, bajaron las escaleras y atravesaron el *hall* hasta llegar a la biblioteca, la cual tenían que cruzar para acceder al invernadero. Caleb se detuvo en la puerta.

—Creo que ya sabes el camino, tengo otros asuntos que atender —le dijo sin más, después introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y se marchó sin ni siquiera mirarla.

—Adiós a ti también —comentó por lo bajini.

Atravesó la estancia y entró en el invernadero. El día anterior solo había visto las puertas acristaladas que lo separaban de la biblioteca, y no imaginó que fuese tan grande. De hecho, toda su robusta estructura de madera estaba cubierta de cristal por el cual entraba la suave luz del amanecer. Había toda clase de vegetación: exuberantes flores que no había visto nunca y que emanaban multitud de perfumes; otras con largos tallos que parecían resplandecer de forma mágica; enormes macetas con plantas diferentes, como manzanilla, hinojo y hierbas de todo tipo. Justo en el medio de toda esa frondosidad se encontraba Katya, acomodada en un sillón de mimbre junto a una mesita con dos tazas humeantes de café y unos bollos que parecían apetitosos.

—Acércate, Mérula —le indicó invitándola a sentarse en el sillón vacío situado frente a ella.

No fue hasta que estuvo sentada que vio a la madre de Caleb al final del invernadero recogiendo algunas plantas, algo que la hizo sentir muy incómoda.

—No te preocupes por Adalyn, no osará volver a atacarte —le aseguró con una sonrisa al ver su expresión.

—Eso espero, no quiero causar problemas —declaró.

—Lo sé, querida. —Sabía que era sincera, podía verlo en su corazón.

—Caleb me ha comentado que anoche utilizaste tu grimorio para invocar a tu madre —soltó directamente para pillarla por sorpresa, no pretendía regañarla, únicamente quería que le contase qué vio.

Mérula no supo qué decir, tan solo le pudo increpar mentalmente al brujo por ser un chivato.

—Veo que Caleb no ha perdido el tiempo esta mañana —comentó molesta.

—Bueno, yo le dije que te vigilase y me contase si algo sucedía —la informó—. Imaginé que usarías el grimorio, es muy tentador tenerlo cerca y no probar alguno de sus hechizos —señaló mientras daba un sorbo a la taza de café.

—Entonces, también te habrá dicho que tuve pesadillas —le aclaró, sin saber exactamente cuáles eran las intenciones de la mujer.

—Por supuesto —afirmó sin inmutarse, manteniendo esa sonrisa calmada que la caracterizaba—. Y también que por poco lo matas con un candelabro.

—Veo que no se ha dejado ningún detalle —comentó tras con un largo suspiro de resignación—. ¿Y qué quieres saber?

—Cómo fue la experiencia y qué viste en tu pesadilla. —Nadie sabía de qué forma había muerto Gisela, ni qué ocurrió, y ahora, gracias a Mérula, podría descubrirlo.

—Fue mejor de lo que pensaba, pude despedirme de mi madre y ella descansar en paz —confesó esbozando una leve sonrisa al recordarlo.

—Para hacer la invocación imagino que usaste una fotografía —matizó Katya.

—Sí, encontré un par en el cajón de la mesilla —respondió sin decirle qué había hallado en la caja del armario—. En una de las imágenes también aparecía Adalyn embarazada —comentó en voz baja para que no la oyese, ya que tenía la impresión de que la aludida intentaba escuchar algo disimuladamente.

—Ellas eran muy buenas amigas —comentó recordando lo unidas que estaban y lo que supuso para ella todo lo sucedido; desde esa día no había vuelto a ser la misma, su razón quedó afectada y siempre parecía estar triste, e incluso ida.

—Lo siento mucho, y sé lo difícil que debe ser para ella que yo esté aquí —afirmó apenada.

—Se acostumbrará —aseguró, aunque Mérula no lo tenía tan claro—. Y ahora cuéntame qué viste en tu pesadilla.

—Vi cómo la mataron, tres brujos asaltaron la aldea donde se escondía —explicó cerrando los ojos y recordando la atroz escena.

—¿Viste sus caras?

—No, solo sé que eran una mujer y dos hombres; uno de ellos muy alto. Iban encapuchados —expuso.

—¿Recuerdas qué magia utilizaron? —Katya sabía que habían sido brujos del Aquelarre del Lobo, pero quería saber exactamente quién lo había hecho.

—El brujo más alto invocó entre sus manos una bola de fuego, el otro lanzó una extraña niebla oscura que la dejó desorientada y paralizada —prosiguió recordando algunos detalles más ahora que tenía la mente clara.

Katya notó como el dolor atravesaba el corazón de la joven. No había sido prudente usar ese hechizo, ahora esa pesadilla la perseguiría para siempre, avivando sus deseos de vengarse. Y también se confirmaban sus sospechas: Ada había llevado a cabo el asesinato de Gisela con la ayuda de sus sobrinos, Owen y Malkom.

—Siento haberte hecho revivirla, pero quería confirmar mis conjeturas —confesó la bruja con un evidente rictus de pesadumbre.

—¿Y bien? ¿Quiénes fueron los responsables? —exigió saber.

8es que regular tu respiración y pensar en algo que te calme.

—No sé si seré capaz —confesó empezando a perder el control.

—Sí que puedes, cierra los ojos y piensa en algo o alguien que signifique algo para ti y que te traiga recuerdos agradables.

En ese instante supo exactamente en quién pensar: sor Eleonor, la única que podía serenarla, y en el amor que se tenían. Sonrió al recordar sus abrazos y sus consejos.

—Eso es, ya casi lo tienes —la alentó, los latidos de su corazón disminuyeron y pudo ver como la oscuridad desaparecía.

—Es la primera vez que puedo controlarlo —manifestó.

—No sé en qué pensaste, pero ya sabes qué hacer cuando vuelva a ocurrir. Sin darte cuenta acabas de recibir tu primera lección del día, y creo que una de las más importantes —aseguró cogiendo su mano—. Ese pronto podría causarte problemas si no lo mantienes bajo control; la oscuridad forma parte de ti y siempre pugnaré por salir y ennegrecer tu luz.

—Ya me he calmado, ahora quiero que me digas quiénes fueron los responsables de la muerte de mi madre y mi abuela; sé que también lo hicieron brujos del Aquelarre del Lobo —exigió.

—Está bien —claudicó, tenía derecho a saberlo—. Fue su líder, Ada, la madre de Lavina. Y sus dos sobrinos, Owen y Malkom.

—Es lo lógico, querían vengar la muerte de Lavina —lamentó—. En parte entiendo su reacción, por culpa de la relación de mis padres se desencadenó todo esto, y también sé que la siguiente seré yo. No pararán hasta destruirme, solo así volverá la paz —expuso resignándose a su destino. Por más poder que tuviese, ellos eran muchos contra una sola bruja inexperta y sin control.

—Eso no ocurrirá —aseguró Katya—. Si vienen a por ti se encontrarán también con nosotros. Ahora formas parte de este aquelarre por derecho, Mérula, y aunque al principio tu presencia me pareciese un problema, he comprendido que no podemos dejarte de lado, le estaría fallando a tu abuela y a todos nosotros. No debemos actuar como ellos ni permitir que más de los nuestros mueran.

En ese momento, Adalyn dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ellas, su rostro estaba desenchajado y mostraba claramente su enfado y desacuerdo.

—¿Cómo puedes ponerte de su parte, Katya? —preguntó con voz ronca, una sombra se deslizó fuera de la mesa y reptó hasta introducirse por el oído de la bruja.

—¿Has usado magia para escuchar nuestra conversación? —rugió Katya visiblemente molesta.

—Quería enterarme de la sarta de mentiras que te contaba esa maldita traidora —clamó observando con odio visceral a la joven, que no supo cómo actuar.

—Estás sacando las cosas de contexto, Adalyn, Mérula ahora es un miembro de nuestro aquelarre. No estás en tus cabales.

—No pienses que voy a mover un dedo si esos brujos vienen a por ella —aseguró manteniendo su mirada desafiante ante Mérula.

—No quiero que mi presencia aquí sea motivo de enfrentamientos entre vosotros —manifestó intentando calmarla—. Creo que con la muerte de mi madre, su deuda con respecto a ti, si alguna vez la hubo, ya está saldada. Murió asesinada y sufriendo al igual que tu marido, debería ser suficiente.

—No oses poner en tu boca a mi marido, nada podrá compensar mi dolor y el hecho de que

mi hijo haya crecido sin su padre. ¡Nada! —gritó fuera de sí.

Tras esa última palabra, extendió sus dedos y de ellos empezaron a brotar hilos de sombra que se enrollaron en el cuerpo de Mérula y comenzaron a asfixiarla.

—¡Basta Adalyn!, es una orden —pero hizo caso omiso, su parte oscura la estaba dominando y su único objetivo en ese momento era matarla.

Mérula sintió como su garganta se cerraba y el aire dejaba de llegar a sus pulmones. Intentó agarrar de forma instintiva los filamentos que la mantenían apresada, pero eran intangibles y sus manos los traspasaban. Un ardor empezó a circular desde sus pies hacia el resto de su cuerpo, y la penumbra que la rodeaba fue fusionándose con su piel formando pequeñas venas negras que se extendieron por su anatomía. Adalyn, sorprendida, invocó más sombras contra ella, pero desaparecían antes de alcanzarla. La joven extendió su mano derecha y los hilos oscuros que recorrían su rostro y sus brazos se agolparon en la punta de sus dedos, brotando otros, luminosos y brillantes. Los dirigió hacia la bruja y, ante su sorpresa, fueron destruyendo los que ella iba lanzando hasta alcanzarla y expulsarla varios metros atrás.

Katya observó sorprendida la escena: la joven había absorbido la oscuridad, transformándola en luz para combatir el ataque de Adalyn; era la primera vez que veía a alguien con ese tipo de poder.

—Lo siento —dijo nerviosa, contemplando sus dedos aún sin creerse que ella hubiese hecho eso.

Se acercó a Adalyn e intentó ayudarla a incorporarse.

—No era mi intención hacerte daño —le aseguró compungida. Adalyn rehusó su gesto y se levantó con dificultad.

—Yo empecé, no tienes que disculparte, pero tampoco necesito ni quiero tu ayuda —declaró mirándola con recelo, nunca le daría la satisfacción de reconocerlo.

Tras sacudirse el vestido, Adalyn se marchó del invernadero con porte altivo como si nada hubiese pasado, aunque en ese enfrentamiento se percató, al igual que Katya, de que la joven tenía un poder único que nunca había visto.

CAPÍTULO 19

Mérula observó a Adalyn marcharse. No había sido su intención hacerle daño, aunque tampoco iba a permitir que la atacase de aquella forma. Entendía que necesitaba volcar todo el dolor reprimido en alguien, pero ella no era ese alguien. No tenía la culpa de lo que hicieron sus padres. Quien acabó con toda esa gente fue el Aquelarre del Lobo, y Mérula, al menos, no iba a dejar que salieran impunes. Debían pagar el daño infligido de un modo u otro.

—Vuelve aquí, querida, deja que se vaya, hablaré con ella más tarde —le pidió Katya de forma amable. La llegada de la joven había alterado la aparente tranquilidad de Adalyn, abriendo la caja de Pandora que llevaba en su interior; una vez liberase parte de esa rabia, las aguas se apaciguarían.

—Lo siento, no quería que esto sucediese —se disculpó con voz trémula, aún le temblaba todo el cuerpo.

—Tranquila, no tuviste otra elección —la calmó—. Lograste algo que nunca había visto hacer a nadie.

—Ni siquiera yo sé cómo sucedió —aseguró mientras observaba sus manos.

—Exponernos a situaciones extremas suele potenciar nuestros dones, tan solo estabas protegiéndote a ti misma. Más tarde probaremos hasta dónde puede llegar tu habilidad única —expuso, deseosa por terminar la reunión y llevarla a la zona en la que solían practicar.

—Estoy deseando empezar, quiero utilizar mi poder sin temor a herir a nadie y controlarlo. —Su mirada ansiaba conocer más, ponerse a prueba.

—Toma un poco de café y come algo antes, es importante tener fuerzas para practicar. Mientras, te contaré por qué quería reunirme contigo.

—¿No era para hablar de lo sucedido anoche con el grimorio? —preguntó curiosa mientras daba un bocado al bollo de leche.

—Dentro de una semana tendrá lugar la festividad de Cáligo, a la que acudirán miembros del Aquelarre del Cuervo repartidos por todo el mundo y otros hermanados que también veneran a la diosa. Tiene lugar durante la noche más oscura del invierno, cuando la luna está en su punto más bajo y las estrellas brillan con intensidad en el cielo.

—¿Y dónde se celebra? —se interesó.

—Cuando los dos aquelarres convivíamos en armonía, nos reuníamos en el bosque, pero tras los sucesos de aquella noche empezamos a celebrarlo aquí, ocultos de cualquier mirada indiscreta. —Aún sentía mucha nostalgia al recordar las hogueras, las velas, los aromas del bosque...

—Veo que lo sucedido lo cambió todo para todos —comentó apenada, bebiendo el último sorbo de café y sujetando después la taza entre sus manos, pensativa.

—Pero dejemos de hablar de cosas tristes, Cáligo es un día de alegría, reencuentros y festividad.

—¿Qué se celebra ese día? —preguntó emocionada.

—Honramos tanto la luz como la oscuridad, y la manera en que ambas coexisten en armonía en el mundo mágico. En el gran salón que pronto te enseñaré, colocamos el altar a la diosa Magnalis y las mujeres recitan hechizos de protección y sabiduría, comparten historias sobre los antiguos linajes de brujas que han mantenido vivo el conocimiento mágico aprendido a lo largo

de los siglos. Más tarde, se realiza la danza de Cáligo —relató con un brillo especial en los ojos; esa festividad era la más importante del año.

—¿Un baile? —Aquello terminó de convencerla, nunca había asistido a uno y, menos donde hubiesen brujas y brujos. Se puso colorada al pensarlo, y Katya no pudo evitar reírse. hubiese

—Sí, pero es una danza especial. Las brujas sostienen un farol iluminado por un cristal mágico que va arrojando sombras y dibujando formas que parecen tener vida propia, después se dejan junto a la diosa a modo de ofrenda y, conforme avanza la noche, comienzan a destellar en sincronía con sus risas y cantos, creando un espectáculo de luces y sombras.

—Debe ser fascinante —admitió, imaginándose a ella misma danzando y riendo, olvidando por una noche todo lo demás.

—Lo es, así honramos a nuestros ancestros y a nuestra diosa, la que dio origen a toda magia.

—¿Lleváis vestidos elegantes en esa noche tan especial?

—Esa noche todos vamos con el traje ceremonial, que consiste en una túnica negra que cubre el cuerpo entero y está adornada con destellos dorados que brillan con la luz de las velas.

Katya vio como la expresión de alegría que hacía un momento alumbraba el rostro de la joven se ensombrecía de repente.

—¿Qué te preocupa?

—Yo no tengo una túnica como esa ni tampoco sé si estoy invitada. Creo que me he emocionado demasiado rápido.

—Ay, niña, para qué te lo iba a estar contando si no. Pues claro que estás invitada; es más, aprovecharemos esa noche para presentarte a la sociedad mágica —le dijo, aliviada. Seguía siendo tan inocente..., un alma sin corromper, algo que era complicado encontrar hoy en día.

—¿Y la túnica?

—Usarás la de tu madre. La guardé por si decidía volver, pero ahora que no está, te pertenece.

—¿De verdad? Sería todo un honor llevarla —afirmó, visiblemente conmovida. Un par de lágrimas brotaron sin querer de sus ojos.

—Ni tu madre ni tu abuela lo hubiesen querido de otra forma —le aseguró mientras le limpiaba las gotas—. Y ahora que ya has desayunado, comenzaremos tu entrenamiento. Tenemos que poner a prueba tu poder, quiero ver si mis sospechas son ciertas.

—No sé qué sospechas son esas, pero estoy deseando empezar.

Y así era. Lo sucedido con Adalyn la había dejado totalmente descolocada, ni siquiera sabía cómo logró transformar la oscuridad en luz. Tan solo sintió un calor abrasador que se extendió por todo su cuerpo y que deseó sacar de su interior. Se había sentido poderosa y estaba ansiosa por averiguar qué más podía hacer.

Katya, por su parte, tenía la teoría de que quizás pudiese realizarlo también a la inversa, convertir la luz en sombra y, si llevaba razón, estarían ante una capacidad singular que jamás habían visto y de la que solo había algunos datos en un viejo pergamino que tendría que consultar en la biblioteca. Un poder llamado Lucidumbría. Alguno de sus progenitores se lo transmitió con su sangre. Su madre no lo tenía, así que solo existían dos posibilidades: o había sido su padre, o ese don se había saltado alguna generación volviendo a activarse en Mérula.

En realidad, apenas se conocía nada de la familia de Blake. Quizás Ada sí lo sabía y por eso tenía tanta prisa por adelantar la boda y que su aquelarre tuviese la habilidad única de Blake. Hasta ese entonces, pensaba que su don era el de parar el tiempo, pero quizás simplemente ese era uno de ellos. Ahora dudaba... Era muy joven, de la edad de Mérula, y pudiera ser que aún no lo controlase o no supiese lo atípico que era. De lo que sí estaba segura era de que la noche en

que los dos aquelarres se enfrentaron, en la que Blake se puso de parte de Gisela y desplegó toda su energía, no utilizó esa capacidad para repeler los ataques de sombra de Ada y su familia. Tampoco vio que invocase ningún tipo de magia luminosa, por lo que cobraba más sentido que ese poder se hubiese saltado varias generaciones.

Más tarde revisaría los antiguos manuscritos y las líneas de sangre en busca de alguna pista que arrojase luz a sus conjeturas.

CAPÍTULO 20

Katya se levantó de la butaca. Llevaba un bonito vestido azul oscuro y el pelo suelto con un par de mechones sujetos con un pasador que parecía de plata. Mérula la observó con atención, tenía algo que atraía su mirada. Rebosaba elegancia y se movía de forma grácil. Se la veía llena de sabiduría y la hacía sentir segura.

—¿Qué estás mirando, querida? Sígueme, no tenemos todo el día —apremió—. Te llevaré al lugar donde practicamos con nuestra magia.

—Sí, perdón —se disculpó de forma torpe, agarró de nuevo el libro de hechizos familiar y la acompañó.

Salieron del invernadero y la condujo a un lateral de la pared, junto a una de las estanterías de la biblioteca. A simple vista no había nada que indicase que allí se encontraba una puerta.

—Tranquila, está oculta, como ya habrás deducido —la informó con una sonrisa tras ver sus ojos ir de un lado a otro de la pared.

—Debí imaginarlo, estoy nerviosa y aún alterada por lo de antes —admitió sintiéndose algo mareada.

—No tienes de qué preocuparte, Mérula, te ayudaremos.

La joven apretó la piedra del colgante con la mano y esta vibró con su contacto, cosa que la tranquilizó.

—¡Apertio! —tras pronunciar la palabra, una parte de la pared desapareció mostrando unas viejas escaleras de piedra que se perdían en la oscuridad.

—¿A dónde llevan? —preguntó asomando la cabeza para intentar ver algo más.

—A las antiguas mazmorras, la mansión se construyó sobre ellas. Este es un lugar donde fluye la magia y converge la energía del bosque —la informó.

—Seth me lo contó cuando llegamos —recordó—, pero no me dijo que hubiese unas mazmorras bajo la edificación.

—Poco a poco irás descubriendo qué secretos esconde este lugar —comentó con una sonrisa misteriosa. Ya no recordaba lo sorprendente que podía ser aquello para los recién llegados, pues hacía muchos años que no había nadie nuevo entre sus paredes.

De repente, Neo se materializó junto a Mérula profiriendo un maullido fantasmal.

—Hola, Neo —lo saludó Katya—. Él ya se encontraba aquí cuando solo existían las mazmorras, en aquel entonces aún estaba vivo.

—Entonces le gustará bajar —supuso la joven observando sus ojos espectrales, que la contemplaron con cariño.

—Eso no lo sabemos, pero muchas veces aparece mientras estamos practicando y se queda a observarnos. Creo que piensa que le pertenecen y nos vigila —comentó pronunciando la última frase en un susurro—. Bajemos, te esperan.

—Estoy preparada —aseguró, de fondo se escuchaban ruidos y voces.

—¡Luminé! —Una esfera de luz se materializó junto a Katya iluminando el hueco de la escalera y empezó a bajar.

Estas se extendían varios metros hacia el interior, y las paredes desprendían un olor peculiar que nunca había olfateado. Pasó la mano por la de su derecha y se dio cuenta de que no era la típica de una mazmorra, sino que estaba formada por muchos fragmentos de una piedra negra

con rugosidades en la superficie y que alguna clase de energía.

—¿De qué están hechas? —preguntó sorprendida, apartando la mano.

—Estaba esperando a que te dieras cuenta por ti misma —confesó complacida—. Están recubiertas por turmalina negra.

—Nunca he oído hablar de ese tipo de mineral.

—Bueno, en sí no es una piedra al uso. Tiene propiedades mágicas —la informó mientras continuaban bajando y se oían cada vez más cercanas las voces y sonidos que anunciaban que estaban utilizando magia—. Se hizo después de construir la mansión.

—¿Y qué propiedades tiene?

—Nos ayuda a concentrarnos y a desarrollar nuestras habilidades mágicas mientras practicamos, aleja las malas vibraciones de la casa y lo más importante: canaliza la energía del bosque, la cual aprovechamos en beneficio propio, de igual forma que nuestra fuerza, al impactar en el mineral, alimenta su poder ancestral.

Mérula quedó impresionada, ya que nunca pensó que el bosque albergase tanto poder en su interior. En realidad, jamás imaginó que todo a su alrededor tuviese magia. Era realmente impresionante que ese mundo existiese ajeno a los demás, que vivían en su propia realidad, ignorantes de cuanto ocurría. Realmente era lo mejor, dudaba que lo aceptasen y seguiría sucediendo igual que en el pasado. Las perseguirían, temerosos de lo que no conocían, incapaces de admitir la existencia de la magia y ansiosos por destruir aquello a lo que no podían enfrentarse ni entender.

Avanzaron un poco hasta llegar al interior de la mazmorra. Era una estancia enorme iluminada por cientos de velas, algunas ya a punto de apagarse y que derramaban su cera por el suelo. La parte central estaba cubierta por el mismo bosque, no había piedra. Las columnas que rodeaban el lugar abovedado estaban llenas de enredaderas, y la hojarasca cubría su base y parte de los escalones que separaban la zona central de otra más elevada. Allí, situados en el medio, se encontraban Caleb y Malory entrenando, mientras que las gemelas de ojos bicolor, Elora y Cailyn, fabricaban alguna clase de poción en una mesa grande de madera situada entre dos columnas, repleta de frascos, plantas y ungüentos. Una corriente eléctrica parecida a un rayo salió disparada de las manos de Malory en dirección a Caleb, refulgió en la pared de turmalina y el brujo lo contrarrestó con un rápido movimiento congelando el rayo, que cayó al suelo haciéndose añicos.

—Veo que has mejorado la rapidez, brujo engreído —comentó divertida, remangándose el vestido. Su actitud era más bien masculina, algo que gustó a Mérula; no todas tenían que ser mujeres remilgadas, y ella no lo era en absoluto—. Vaya, mirad a quién tenemos aquí.

—Ha sido impresionante —comentó Mérula con un brillo especial en los ojos.

—Tú también lo harás en un momento —le aseguró la bruja pelirroja acercándose y dándole un pequeño codazo en el brazo.

—Hola, Mérula. —Desde su posición, las gemelas la saludaron a la vez con una sonrisa.

—Al fin has llegado —le reprochó Caleb cruzándose de brazos con expresión agria; la observaba con sus ojos azules y fríos como el hielo.

—Caleb, me temo que hoy no entrenarás con nosotras —dijo Katya de forma autoritaria.

—¿Y puedo saber a qué se debe? —preguntó, desafiante.

—Tu madre ha atacado a Mérula durante el desayuno. Envío una de sus sombras para espiar nuestra conversación y, acto seguido, arremetió contra ella con su magia de sombras —le aclaró para que bajara los humos de inmediato, no consentiría más desaires por su parte.

Todos prestaron atención a las palabras de Katya. Caleb no supo qué decir para justificar los

actos de su madre y no tuvo más remedio que agachar la cabeza.

—¿Estás bien, Mérula? —preguntaron preocupadas las gemelas, acercándose a ella.

—Sí, por suerte consiguió contrarrestar el ataque —respondió Katya con orgullo en la voz.

—¿A qué te refieres con «contrarrestó»? —preguntó Caleb pensando en que su madre pudiese estar herida, algo que lo extrañó. Adalyn era muy poderosa y Mérula solo una bruja que estaba comenzando a usar sus poderes.

—Cuéntaselo tú misma —la animó Katya, tenía que empezar a hacerse un lugar entre aquellos brujos más experimentados.

—No me preguntéis cómo, pero absorbí sus sombras y las transformé en luz para devolverle su ataque. Supongo que estar a punto de asfixiarme tuvo algo que ver y mi subconsciente supo qué hacer —les explicó un tanto cohibida, pues ni sabía cómo lo había logrado ni cómo repetirlo.

Todos enmudecieron ante aquella declaración. Nunca habían visto un poder así, pero sí se lo explicaron en sus clases teóricas, donde leían escritos arcaicos, estudiaban libros antiguos de magia y repasaban las líneas familiares y sus dones. Y, desde luego, nadie de su aquelarre poseyó el poder de transmutar un elemento para convertirlo en otro.

—¿Y podría hacerlo a la inversa? —preguntó Caleb con curiosidad.

—Es algo que habrá que probar y que hoy no tendrás la oportunidad de ver. Ve con tu madre, creo que necesitará tu ayuda —le ordenó—. De momento, empezaremos con cosas sencillas —anunció.

Caleb cambió su expresión curiosa a otra de ira, y aunque esta ardía en su interior, no podía desafiar a su líder; además, Adalyn había desobedecido las normas de la casa atacando a un miembro del aquelarre. Su mente se iba deteriorando con el discurrir del tiempo, dejando paso a la locura, que poco a poco se iba apoderando de ella. Si seguía así, pronto perdería la razón por completo y, la presencia de Mérula solo lo empeoraba.

Con resignación, abandonó la mazmorra sin decir una palabra. Tampoco podía añadir nada, así que para qué molestarse.

CAPÍTULO 21

—Bien, empezaremos por utilizar los diferentes elementos de la naturaleza con los que se compone la magia —manifestó Katya—. Elora y Cailyn, traed de la mesa una pócima cualquiera, un par de velas apagadas y un puñado de tierra —les indicó, y ambas se levantaron a por ello de inmediato.

Las gemelas nunca se separaban, iban juntas a todas partes. De niñas fueron entregadas a Katya por su tía, ya que su madre murió en el parto y ella decía que eran muy raras. No podían alejarlas, pues lloraban y berreaban con tal fuerza que incluso la casa temblaba bajo sus pies. Una vez, su otro tío intentó llevarse a Elora para aliviar la carga que le suponían las pequeñas a su hermana, y tuvo consecuencias nefastas. Las dos niñas enfermaron hasta el punto de estar al borde de la muerte, por lo que llegaron a la conclusión de que nunca podrían distanciarlas. Debido a la responsabilidad que suponía criarlas a las dos juntas, decidieron llevárselas a Katya y que un miembro más preparado del aquelarre se ocupase de su educación. Lo mismo pasaba con su magia: solo eran capaces de utilizar sus poderes si estaban juntas, si no, ninguna de las dos podía.

Volvieron enseguida con lo que Katya les había pedido.

—Colocadlos frente a Mérula, en uno de aquellos escalones —les indicó, señalándolos.

—¿Qué debo hacer con esos objetos? —preguntó la joven con mirada perspicaz.

—Toda bruja puede evocar los cuatro elementos básicos de la naturaleza, fuego, agua, tierra y aire, pero cada una solo es afín a uno, del cual puede aprovechar todo su potencial —le explicó—. Podrá usar el resto, pero de forma básica, solo para hacer cosas sencillas.

—Entiendo. Entonces, ¿cada una de vosotras domina un elemento? —preguntó Mérula observándolas.

—Así es —prosiguió Katya mientras las demás permanecían en silencio—. Dentro de estos hay otros, como la electricidad, que podrás utilizar si tu elemento es el viento; el hielo, si es el agua, y el de las plantas y los animales si es el de tierra. En cambio, si tu poder afín es el de las sombras o el de la luz, solo serás capaz de usar los cuatro elementos, pero de forma básica.

—Entonces, imagino que lo que quieres hacer con esos objetos es probar si alguno está en sintonía conmigo.

—Según lo que habéis contado, ella utilizó el poder de la luz para contrarrestar el de las sombras de Adalyn, por lo que deduzco que no lo estarán —observó Cailyn.

—Es hora de probarlo —sugirió Mérula poniéndose frente a los objetos.

—Muy bien. Intenta que el líquido de la pócima dé vueltas; concéntrate en él y transmite con tu mente el deseo de que se mueva —indicó Katya colocándose detrás de la joven.

Mérula obedeció las indicaciones de la líder y se concentró en el líquido, imaginándolo como si lo revolviesen con una cuchara. Tras unos segundos, empezó a moverse en círculos.

—¡Lo conseguí! —celebró con una sonrisa. Las demás rieron, no por el hecho de que hubiese llevado a cabo algo tan sencillo, sino por su alegría.

Para ellos la magia era tan normal que realmente no se daban cuenta de lo que significaba para Mérula realizar cualquier acción con ella. Katya siguió dándole indicaciones: encendió la vela, consiguió esparcir la arena con el poder del viento y volver a juntarla en un montón invocando el de la tierra.

—Lo has hecho bien, Mérula —la felicitó la líder—. Ahora sabes que puedes actuar sobre los elementos con hechizos y deseos sencillos. Veamos si eres capaz de crear tú misma alguno con tus manos. Solo lo podrás hacer con aquel que sea afín a ti.

—Estoy lista.

Tras las nuevas directrices de la bruja, intentó en primer lugar invocar una esfera de agua, pero nada ocurrió; tan solo pudo interactuar de forma simple con la poción. Después, intentó crear una llama entre sus dedos, y tampoco obtuvo ningún resultado, aunque pudo prender fuego a algunas hojas secas de las que se encontraban esparcidas por el suelo. Se concentró en invocar un remolino a su alrededor, sin embargo, tan solo levantó un poco de brisa que la despeinó. Por último, llamó al poder de la tierra y consiguió que esta temblara bajo sus pies; no obstante, tampoco recibió la respuesta que esperaba. Su ánimo se vino abajo, parecía no tener ningún tipo de poder importante.

—Bien, como sospechaba, tu poder no está ligado a ningún elemento básico —comentó Katya evaluando la situación—. Según me contó Caleb y lo que he visto, cuando te enfadas los objetos o cualquier cosa que haya a tu alrededor salen despedidos, así que la telequinesis debe ser una de tus habilidades heredadas, ya que tu madre y tu abuela la tenían.

—Sí, por poco le desfiguro la cara anoche —dijo divertida recordando el momento candelabro.

—¿Así que atacaste a Caleb? —Malory soltó una sonora carcajada—. Al fin alguien que le baja los humos.

—Y si no es mucho preguntar... ¿qué pasó exactamente? —se interesó una de las gemelas con curiosidad, mientras miraba a su hermana y después explotaban en una risa contagiosa.

—Bueno... casi le estampo un candelabro en la cara —respondió indecisa sin entender qué les hacía tanta gracia. Las tres brujas siguieron riéndose.

—Hubiese sido muy gracioso ver su rostro perfecto con un ojo morado —comentó Malory, imaginándose el aspecto que tendría y lo que enfurecería a Adalyn.

—No te lo negaré —añadió Mérula tapándose la boca mientras reía.

—¡Basta ya, niñas! No estamos aquí para pasar el rato —las regañó Katya, aunque en el fondo le gustaba verlas tan sonrientes.

—Perdón —se disculparon una tras otra.

—Mérula, la telequinesis es la capacidad de mover objetos con el poder de la mente; es decir, sin tocarlos. Los pequeños podrás levantarlos solo con el pensamiento, pero otros más grandes te será más fácil ayudándote con el movimiento de las manos. Quiero que alargues tu brazo, te concentres en aquel trozo de piedra suelto del escalón y lo lances al otro lado de la mazmorra.

Tras un suspiro, la joven hizo lo que le indicaba y centró toda su atención en la roca, ignorando lo que sucedía a su alrededor y aislando cualquier sonido. Elevó la palma de la mano hacia arriba poco a poco y el trozo quedó suspendido en el aire unos segundos. Después, con un rápido movimiento, lo lanzó al otro lado, haciéndolo impactar con la pared antes de caer al suelo.

—¿Qué tal lo hice? —preguntó satisfecha.

—Muy bien, ahora probaremos con algo mayor. Concéntrate en la mesa que contiene las pociones y desplázala hacia un lado.

—No sé si podré hacerlo, nunca he movido nada tan grande, solo pequeños objetos cuando me enfadaba —comentó nerviosa.

—Acabas de alzar una piedra pesada, podrás hacerlo con la mesa. Lo único que puede pasar es que después de practicar durante un rato te sientas débil o con un poco de dolor de cabeza por el desgaste de energía.

Esta vez, Mérula alargó los dos brazos como si así contase con más poder para mover la mesa, pues no quería tirar nada de lo que tenía encima. Puso las palmas de las manos en su dirección, como si llevase impreso en la sangre lo que debía hacer. Sabía que era capaz, aunaba su poder y el de su abuela en su interior, algo que tarde o temprano tendría que mencionarle a Katya. La madera empezó a temblar de forma suave. Mérula estaba concentrada mientras las demás permanecían en completo silencio. Movi6 lentamente los brazos hacia la derecha y la mesa se desliz6 con ellos.

—Bien hecho, Mérula —la felicitaron las gemelas al unísono, aplaudiendo con rapidez sin hacer apenas ruido.

—Ahora solo es cuesti6n de pr6ctica —asegur6 Katya.

—Para el siguiente ejercicio necesitaremos a Caleb, ya que aparte de Adalyn es el 6nico con el poder de las sombras aqu6. Ir6 a buscarlo y de paso ver6 c6mo est6 su madre.

—Nosotras haremos compa6a a Mérula mientras tanto.

—Pod6is mostrarme algunos de vuestros poderes —sugiri6 la joven, deseosa por conocerlas mejor; parec6an simp6ticas y dispuestas a ayudarla.

Era la primera vez que alguien mostraba inter6s en ella, y la expectativa de tener alguna amiga realmente le hac6a feliz.

CAPÍTULO 22

Katya se marchó, dejándolas solas. Parecía que les caía bien Mérula, y viceversa. Lo más complicado sería que Caleb, al menos, se llevase bien con ella. Iban a pasar mucho tiempo juntos y debían tolerarse y ayudarse si se diera el caso.

Cailyn y Elora observaron a la joven y después se comunicaron entre ellas por telepatía, un don que adquirieron al nacer y muy útil para que nadie supiese de qué hablaban.

«¿Qué te parece Mérula?» preguntó Elora a su hermana.

«Una buena persona, demasiado para mi gusto. Y si es verdad lo que pasó con Adalyn, también muy poderosa aunque ella no lo sepa. ¿Y a ti qué te parece, hermana?»

«Opino igual. Cuando venga Caleb comprobaremos lo poderosa que es, aunque creo que hay mucha tensión entre ellos...»

«Quizás le guste Mérula, pero como es tan egocéntrico nunca lo admitiría».

«¿Tú crees?» preguntó Elora con sorpresa en su voz.

«Quién sabe, Caleb es muy raro».

«Y que lo digas». Las dos comenzaron a reírse por lo bajo.

—¿Se puede saber qué estáis tramando? —preguntó Malory con un mohín—. Por si aún no te has dado cuenta, Mérula, esas dos se comunican telepáticamente.

—No lo sabía. —En ese instante, se sintió algo violenta pensando en que quizás estuviesen hablando de ella o incluso riéndose...

—Pues ya lo sabes, pero tranquila, no pongas esa cara. No estábamos diciendo nada malo de ti, ¿verdad, Cailyn?

—Así es, y ahora enseñémosle cuáles son nuestras habilidades —sugirió Elora mirando a su hermana con una extraña sonrisa que no supieron interpretar.

Mérula y Malory se alejaron del centro de la mazmorra para dejar sitio a las gemelas.

—Elora y Cailyn comparten la magia vegetal, pueden manipular e invocar plantas. Aparte, cada una domina una magia elemental afín. Elora domina la de agua y Cailyn la de tierra —la informó Malory.

—Será interesante verlas en acción —dijo la joven.

Las gemelas se colocaron frente a Mérula, en el centro de la mazmorra, donde la tierra húmeda y la vegetación del bosque se fusionaba con la piedra antigua del lugar. Era un punto en el que la energía convergía, uniéndose con la magia de los brujos y donde tanto el bosque como ellos intercambiaban su poder. La joven las observó con incertidumbre, sin saber cuáles eran sus intenciones.

El suelo pareció temblar bajo sus pies y una fuerte vibración le recorrió todo el cuerpo. Las gemelas levantaron los brazos en su dirección, sosteniendo su mirada con sus extraños ojos bicolor y captando toda su atención.

De sus manos comenzaron a brotar enredaderas que fueron directas hacia la joven y se enrollaron a su alrededor. Mérula sintió cómo la inmovilizaban y presionaban cada vez más.

—¡Parad, me estás haciendo daño! —suplicó mientras las plantas seguían subiendo hasta taparle la boca; intentó morderlas, pero la presión era tal que le fue imposible.

—¡Liberadla! —gritó Malory—. La vais a ahogar.

Inquieta, avanzó unos pasos y comenzó a invocar una bola de rayos entre sus palmas, a lo

que Elora respondió creando un chorro de agua a presión con la mano que le quedaba libre, y que al establecer contacto con la electricidad de la esfera dio una pequeña descarga a Malory lanzándola hacia atrás.

—Solo un poco más —le pidió.

Por mucho que Mérula intentó soltarse, con su fuerza le fue imposible, así que concentró su atención en las velas encendidas y las lanzó contra las dos brujas. Cailyn las interceptó con el poder del viento y las arrojó hacia el lado contrario, haciendo que impactasen contra una columna. En ese instante, su frustración se hizo mayor y el ansia de liberarse era en lo único que podía pensar. Deseó dejarlas ciegas, que no pudiesen ver nada y se viesan obligadas a taparse los ojos, su único punto débil en ese momento. Desde el interior de la joven empezó a proyectarse hacia el exterior un haz de luz que, poco a poco, lo fue devorando e iluminando todo a su alrededor como si el mismísimo sol hubiese irrumpido en la mazmorra. Malory fue la primera en cubrirse el rostro con la falda, ya que la luz era tan deslumbrante que le resultaba imposible divisar nada. Las gemelas intentaron aguantar, pero tan solo podían romper el hechizo y poner sus sensibles retinas a cubierto tirándose al suelo para después taparse la cara. Katya se detuvo al final de las escaleras y, junto a Caleb, contemplaron la escena maravillados. Mérula aguantó varios segundos más y cayó inconsciente. Aquel había sido un derroche de poder para el cual no estaba preparada. El lugar quedó de nuevo en silencio mientras las brujas volvían a levantarse del suelo.

«Te lo dije» afirmó mentalmente Elora a su hermana.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —preguntó Katya visiblemente molesta.

—¿Por qué no les preguntas a ellas? —respondió Malory mientras se acercaba a Mérula para comprobar su estado—. ¿Estáis locas o qué os pasa?

Caleb vio a Mérula tirada en el suelo y un extraño escalofrío lo recorrió. Parecía tan frágil... Su delgado cuerpo emitía una leve luminosidad, como cuando una vela disminuye su intensidad debido a una ráfaga de viento y se apaga. No pudo evitar recordar su reacción al ver a las luciérnagas, y ahora parecía una de ellas. Neo apareció de repente y se situó junto a ella, protegiéndola.

—Solo queríamos probar nuestra teoría —aclaró Cailyn con aire de suficiencia.

—¿Y qué teoría es esa para que hayáis puesto en juego su integridad física? —preguntó Katya cada vez más enfadada.

—Que el poder afín de Mérula es el de la luz, y aún hay que probar si también el de las sombras —explicó Elora observando su cuerpo inerte—. Pero en el estado en que ha quedado, hoy será imposible —sentenció.

—No hay ninguna duda de que estáis locas —les reprochó Caleb desafiándolas con la mirada.

—Lo único que hemos hecho es agilizar el proceso, esos lobos están esperando cualquier oportunidad para atacar —argumentó Cailyn—. No podremos protegerla todo el tiempo.

—Al menos ahora sabemos que si intentan atacarla, podrá desatar su poder —la avaló Elora.

—Sí, pero ¿a qué precio? —añadió Malory—. Si después se queda inconsciente... ¿De qué servirá?

—No discutáis. Mañana volveremos a practicar y, sabiendo que tiene el poder de la luz, probaremos si también posee el de las sombras —añadió Katya, intentando relajar los ánimos. Lo que menos necesitaban era enfrentarse entre ellos—. Pero será la última vez que os acerquéis a ella mientras esté aquí abajo —les ordenó.

—No es justo —replicaron las gemelas.

—Aquí quien decide lo que es justo o no soy yo —les recordó, apuntándoles con el dedo. Utilizó su Empatía y vio que habían actuado de buena fe y que estaban arrepentidas, pero merecían un castigo—. Y ahora, fuera de mi vista.

—Lo sentimos —se disculparon las dos al unísono, y después se marcharon.

—Caleb, lleva a Mérula a su habitación. Necesita descansar —le indicó al brujo—. Más tarde le subiré un remedio.

—Está bien —claudicó. No quería pasar más tiempo del necesario con la bruja, ya que lo hacía sentir extraño y eso lo descolocaba; aparte, estaba claro que lo odiaba. Caleb se acercó a la joven, que seguía inconsciente. Malory la había colocado en su regazo. —¿Dónde están

Enzo y Seth? —preguntó la bruja—. Si hubiesen estado aquí, esto no habría pasado —le reprochó a Katya. Hacía días que se encontraban algo ausentes; permanecían horas en el bosque.

—Están vigilando, el Aquelarre del Lobo lleva días merodeando por los alrededores —confesó Katya con evidente preocupación en la voz.

—¿Y cuándo pensabas contárnoslo? —preguntó Caleb, molesto por el hecho de que estuviesen ocultándoles información.

—Cuando se confirmasen nuestras sospechas

—Y qué sospechas son esas si puede saberse.

—Nada que no sepáis. Quieren venganza y no pararán hasta obtenerla —respondió, observando a Mérula.

—Quieren matar a Mérula —manifestó Caleb, algo que ya todos daban por hecho, pero que necesitan confirmar.

—Así es —afirmó.

—Y ahora nosotros también estamos en peligro —comentó Malory.

—Debemos estar alerta. De momento no han dado ningún paso —aseguró Katya—. Lleva a Mérula a la habitación —añadió, para después comenzar a subir las escaleras—. No comentes nada a Adalyn, eso solo haría que empeorase —añadió antes de llegar arriba.

—Está bien —aceptó Caleb. Su madre estaba muy afectada por la presencia de la joven. No necesitaba añadir más leña al fuego.

Caleb cogió con cuidado a Mérula entre sus brazos y la levantó sin apenas esfuerzo. Estaba muy delgada y no era demasiado alta. El sencillo moño que se había hecho por la mañana se deshizo, y la larga melena negra de la joven se desparramó. Olía a leña y especias, un perfume realmente embriagador. La contempló durante unos segundos y sintió la necesidad de protegerla, una idea que desechó rápidamente; con esos pensamientos estaba traicionando a su madre.

—Espera, voy contigo. Me quedaré con ella mientras recobra la conciencia —dijo Malory, adelantándose escaleras arriba.

—Coge su grimorio, no creo que le haga gracia dejarlo aquí —le pidió Caleb antes de llegar arriba.

—Cierto. —Corrió a por él y subió a toda prisa.

Caleb y Malory abandonaron la mazmorra y se dirigieron a la planta superior mientras Neo los vigilaba de cerca. Tras llegar a la habitación, el joven dejó a Mérula con cuidado sobre la cama; tardaría un buen rato en despertar, parecía agotada.

—Abriré la ventana para que entre aire, le vendrá bien —afirmó Malory.

—He de volver con mi madre, regresaré más tarde —aseguró Caleb, dirigiéndose a la puerta.

Antes de salir se guardó la foto donde aparecían Gisela y su madre. Nunca había visto una imagen de las dos juntas, y en esa parecía muy feliz. Jamás la había visto sonreír como en esa fotografía antigua.

—No te preocupes, está en buenas manos —manifestó la joven.

No dijo nada más y se marchó, pero no sin antes mirar una última vez a Mérula antes de cerrar la puerta.

CAPÍTULO 23

Las pesadillas volvieron a aparecer mientras la joven estaba inconsciente. Vio morir a su madre una y otra vez, de una forma tan vívida que parecía que estuviese ahí. Le ardía la piel, y los gritos eran ecos que resonaban en su cabeza sin cesar. El gato se tumbó junto a ella al percibir su agitación. Malory estaba sentada en la silla del tocador esperando que volviese en sí. Podía ver como se contorsionaba en la cama y sollozaba, parecía estar sufriendo. Intentó despertarla un par de veces sin éxito; por mucho que la zarandeó, no hubo forma. Preocupada por el estado de agitación de Mérula, fue a buscar a Katya, quien ya había preparado un remedio de hierbas reconstituyente al que añadió pasiflora para ahuyentar las pesadillas. Tras pronunciar las palabras *renovata navitas*, imbuyó la pócima con algo de magia que la ayudaría a despertar rápidamente.

La incorporaron con cuidado entre las dos. Malory le sujetó la cabeza mientras Katya introducía poco a poco el líquido revitalizador en la boca, algo que fue complicado, pues no dejaba de moverse debido a la pesadilla recurrente que la atormentaba.

—No tardará en abrir los ojos, es un remedio muy potente —afirmó.

Katya observó la habitación de Gisela. Hacía mucho que no entraba y le traía malos recuerdos. Todo estaba igual que el día que se marchó. Enzo y Seth irrumpieron en la estancia.

—¿Cómo se encuentra? Elora y Cailyn nos han contado lo que ha pasado —preguntó Seth, el hijo de Katya, acercándose a la cama con preocupación.

—Ya está más tranquila y no tardará en despertar. A esas dos nunca se les ocurre nada bueno —se lamentó Katya.

—Están arrepentidas —aseguró desde la puerta Enzo, su marido—. ¿Es cierto lo que dicen? ¿Mérula tiene el poder de transformar las sombras en luz?

—Al parecer, su elemento afín es la luz y sospecho que también podría ser el de las sombras —les informó, exponiendo su teoría.

—¿Estás insinuando que podría tener el don de la Lucidumbría? —preguntó incrédulo; nunca habían visto a nadie con ese poder.

—Así es, no dio tiempo a comprobarlo —declaró molesta—. Hemos perdido una mañana de práctica por culpa de la absurda idea de ponerla a prueba de Cailyn y su hermana.

—¿Alguna novedad en el bosque? —preguntó Malory cambiando de tema.

Seth la observó con atención. Le gustaba de verdad, aunque nunca se había atrevido a decírselo, pese a sus encuentros y sus largas conversaciones en el bosque. A ella también le atraía el brujo para algo más que sexo, pero no quería estropear lo que ya tenían. Era el único en quien confiaba.

—Vimos un par de lobos no muy lejos de la mansión, y creemos que hay más dispersos por el bosque. Estoy seguro de que Ada tiene a casi todo el aquelarre vigilando, esperando la oportunidad para atacar a Mérula —informó Enzo.

—Sabe perfectamente que si lo hace también tendrá que enfrentarse a nosotros —expuso Seth.

—Estáis todos aquí —susurró Mérula con voz débil, al fin había despertado.

—Estábamos preocupados —comentó Katya ayudándola a sentarse.

La joven sintió que todo daba vueltas a su alrededor.

—Estoy bien —mintió.

—Tuviste pesadillas, estabas muy agitada —puntualizó Malory.

—Por suerte ya han acabado.

—Necesitas descansar, querida, por hoy no habrá más entrenamientos.

Lo que no sabían era que ella había escuchado la última parte de la conversación y se sentía culpable; por su causa todos estaban en peligro.

—Volveré a mi casa en el bosque —anunció.

—No deberías salir de aquí, fuera no podremos protegerte —cuestionó su decisión Katya.

—La casa lo hará, nadie puede entrar sin mi permiso y, si lo intentan, la magia que la guarda los repelerá —aseguró.

Necesitaba salir de ahí, respirar aire puro y, sobre todo, alejarse de las gemelas y de Caleb. Volver al único sitio en el que de verdad se sentía a salvo. Pero antes quería visitar el lago donde sus padres se encontraban antaño. Necesitaba dar veracidad a las cartas, ver con sus propios ojos el lugar en el que se amaron. Percibir que de alguna forma estaba conectada con ellos. Esa información se la guardó para sí misma, nadie tenía por qué saberlo.

—Quédate esta noche y deja que cuidemos de ti, Mérula. Aún no estás recuperada —le rogó la bruja.

—Ya lo he decidido. Necesito alejarme de aquí —confesó. Se notaba insegura, como si en cualquier momento alguien la fuese a provocar, atacar o poner a prueba... No quería preocupar a Katya, pero no estaba dispuesta a reunirse con todos para comer o cenar. Tener cerca a la madre de Caleb le erizaba la piel. No sabía cuándo se le ocurriría volver a atacarla sin motivo.

—Mérula, fuera te están buscando, podrían tenderte una emboscada —protestó Seth; era una temeridad dejarla marchar.

—No podemos obligarla a que se quede —añadió Enzo. Enviaría, sin que Mérula sospechase nada, a su hijo Seth y a Caleb para que la vigilaran y se aseguraran de que llegara sana y salva—. Acompañadme. Seth, quiero hablar contigo, dejémoslas a solas.

Los tres se fueron, cerrando la puerta tras de sí.

—No puedo hacer nada para que cambies de idea, ¿verdad? —protestó Katya.

Era una joven obstinada y no la haría recapacitar. Pensó en usar su don de compeler y obligarla a quedarse, pero no lo vio justo después de lo sucedido. Ante todo era libre y no quería presionarla más, ya que eso la alejaría.

—Me temo que no, únicamente quiero estar sola, darme un baño y descansar —aseguró. Por supuesto, no iba a contarle nada sobre su plan de detenerse en el lago, e intentó esconder sus intenciones para que no notase que estaba nerviosa.

—¿Volverás por la mañana? —preguntó la bruja—. Hay que seguir practicando.

—Solo si Elora y Katya se mantienen alejadas de mí.

—Te lo prometo, querida, me encargaré personalmente —se comprometió—. No tomes en cuenta lo sucedido. En el fondo, solo querían ayudar. Su único problema es que son demasiado impulsivas.

—De momento, preferiría no tenerlas cerca mientras practicamos —recalcó. No quería volver a sentirse indefensa y atacada por personas que se suponía que tenían que ayudarla.

—Mérula, lo que hiciste hoy fue increíble. Lo que te ha sucedido ha sido solo fruto de tu falta de experiencia. La magia sin control es muy peligrosa, podría matarte —le advirtió—. Por eso es tan importante que sigamos entrenando.

—Al menos ya sabemos cuál es mi poder. Adalyn pareció sorprenderse cuando le devolví el ataque, como si fuese algo inesperado. Y, según dijiste, nunca habías visto a nadie hacer lo mismo. —Necesitaba obtener más información sobre lo ocurrido.

—Y así es. Jamás he visto que alguien pudiese absorber el poder de las sombras y transformarlo en luz.

—Pero... ¿hay más brujas que tengan el poder de la luz? —preguntó con curiosidad. No podía ser la única.

—Hay muy pocas y casi todas lo han ido heredando de sus antepasados, pero ni tu madre ni tu abuela eran poseedoras de ese don. Y solo pueden tenerlo y traspasarlo las mujeres. Creemos que es uno de los dones más antiguos y ancestrales —le aclaró observando sus reacciones. Pudo sentir su miedo, su temor a no saber controlarlo.

—¿Ha podido saltarse alguna generación?

—Es la teoría que estoy barajando. Esta noche buscaré más información en la biblioteca.

—¿Y no hay testimonio sobre alguien que haya podido transmutar las sombras en luz?

—Sí la hay, en un viejo y arcaico pergamino incompleto en el que se habla de una mujer poseedora de dicho don, un poder al que llamaron Lucidumbria, y donde está escrito que también podía hacerlo a la inversa —le explicó con calma, para que comprendiese la importancia de lo que estaba sucediendo.

—Vaya... —fue lo único que alcanzó a responder.

—No te sientas abrumada. Ahora entenderás que quiera protegerte a toda costa; no podemos permitir que tu poder desaparezca o caiga en las manos equivocadas.

—Lo entiendo, ¿se lo contarás al resto de brujos del aquelarre que acudan a Cáligo? —Estaba preguntando demasiado, pero necesitaba saberlo.

—Aún no lo sé, tendremos que valorarlo —respondió dando por zanjado el tema—. Mañana te contaré qué he averiguado. Repasaré tu línea familiar y estudiaré el pergamino del que te he hablado. Mi familia es una de las más antiguas, al igual que lo era la tuya. Buscaré información también para ver si en alguno de sus relatos aparece algo.

—Estoy deseando saber más —aseguró Mérula.

—Lo sé, querida —le dijo cogiendo sus manos entre las suyas.

—Gracias por ayudarme y no dejarme de lado como hicieron todos, Katya —le agradeció de corazón. Sentía que era en la única que podía confiar.

—No dejaremos que te pase nada —le prometió de forma sincera. Era un ser especial. Alguien a quien tenía la imperiosa necesidad de proteger.

—Y yo haré todo lo posible por aprender y ser útil, aunque no sé si los demás están dispuestos a ponérmelo fácil —expuso con consternación; ella solo quería encajar—. Tampoco esperes que me quede aquí a no ser que sea estrictamente necesario. Vendré todos los días a practicar, pero todas las noches volveré a mi casa en el bosque. —En eso no estaba dispuesta a claudicar.

—No puedo ni quiero presionarte a hacer nada que no quieras. De momento podrás volver, pero si las cosas se complican no tendré más remedio que obligarte a permanecer aquí. Así que procura mantenerte a salvo —le advirtió. No dudaría en compelerla si era necesario.

—Está bien, pero solo me quedará como último recurso —aceptó poniendo a cambio su condición.

—Espera una hora hasta que empiece a anochecer y podrás marcharte —le sugirió—. Transfórmate en cuervo nada más abandonar la mansión y no te detengas hasta llegar a casa —le advirtió dándole sus últimas indicaciones—. En cuanto empiece a amanecer, volverás.

—Lo prometo, no tienes de qué preocuparte —le aseguró. Sin embargo, al anochecer no iría a su casa, sino al lago.

Sería solo un rato y mantendría su forma de cuervo para que no pudiesen verla entre los

árboles. Sabía que estaba desobedeciendo las indicaciones de Katya, pero si no actuaba así, le sería imposible hacerlo.

—Hasta mañana, querida —se despidió la bruja, dejándola sola en la habitación.

CAPÍTULO 24

Una vez se aseguró de que nadie entraría en la habitación, Mérula sacó la caja con las cartas y las fotos. Se guardó la última misiva que su padre había escrito y buscó la imagen donde aparecían su madre y su abuela. Revisó cada una de ellas y se dio cuenta de que faltaba la que había usado para el hechizo del grimorio. Tras guardársela junto a la carta, se acercó al tocador para buscar la instantánea que utilizó para la invocación y volverla a guardar con las demás; sin embargo, ya no estaba donde la dejó. Miró por el suelo por si se había caído, pero no la vio por ninguna parte, así que dedujo que alguien la había cogido. De inmediato, se le vino a la mente que podría ser Caleb el autor del robo, ya que en la imagen aparecía su madre.

Guardó la caja en su sitio y se tumbó en la cama junto a Neo, que seguía echado vigilándola de cerca.

—Veo que serás mi protector mientras esté en esta casa —le dijo con dulzura, acercándose al fantasma azulado y semitransparente que parecía haberla convertido en su protegida. El gato maulló.

Volvió a leer la carta varias veces mientras esperaba que empezase a anochecer, tal como le había indicado Katya. La mujer le gustaba, le recordaba en cierta forma a una anciana preocupada por sus nietos. Tenía que contarle lo que pasó con el poder de su abuela, quizás aprovecharse después de las prácticas del siguiente día para hablar con ella. Seguro que podría orientarla sobre lo sucedido.

Abajo, Seth y Caleb ya se habían convertido en cuervos y esperaban en el bosque a que Mérula regresase a casa para seguirla de cerca. Caleb, sin más remedio y a regañadientes, aceptó la tarea que se les había encomendado. Seth ya le había informado de que la joven rehusaba quedarse en la mansión más tiempo del necesario. En el fondo, lo entendía. Él estaba haciendo todo lo posible por caerle mal. No es que lo hiciera a propósito, pero él era un brujo desconfiado por naturaleza que pensaba que, cuando alguien era amable con él, solo lo era por interés. Mérula tenía algo que le hacía sentir incómodo, que traspasaba la coraza que él mismo se había puesto, y que lo hacía sentir vulnerable. Algo que no estaba dispuesto a mostrar.

En cuanto la poca luz que entraba en el bosque de Ifrit desapareció, Mérula se dispuso a marcharse. Estaba nerviosa. Contemplar el lugar donde sus padres se veían a escondidas le provocaba una especie de vértigo, un cosquilleo en el estómago que no sabía explicar. Tenía la sensación de que los encontraría a su llegada, que la estarían esperando. Una ilusión sin sentido, ya que la triste realidad era bien diferente: estaban muertos.

Bajó las escaleras. Todo estaba en completo silencio. Se acercó un momento a la biblioteca para dejar el grimorio. Puesto que no podía llevárselo, al menos lo pondría a buen recaudo. Al entrar, vio a Katya sentada en una mesa de madera rodeada de pergaminos, libros y manuscritos. —¿Ya te marchas? —preguntó sin despegar la vista del tomo que estaba ojeando.

—Sí, solo he venido a dejar el libro en su sitio —le explicó mientras lo metía en el hueco correspondiente—. ¿Has encontrado algo?

—Aún nada relevante. Mañana, después de tus prácticas, nos reuniremos y te contaré lo que haya averiguado —le aseguró—. Y ahora márchate antes de que sea más tarde.

En realidad le había mentado. Sí había encontrado datos importantes, pero no quería que demorase más su marcha. El aquelarre del lobo estaba acechando, pendiente de cualquier

movimiento en el bosque.

—Llegaré temprano —le prometió, abandonando la biblioteca.

Se dirigió a la puerta dispuesta a marcharse; sin embargo, las gemelas se interpusieron en su camino. Tras un suspiro, Mérula miró hacia otro lado; era con las únicas personas que no quería encontrarse, pero eso era pedir demasiado.

—¿Qué queréis? —preguntó, sin disimular su desagrado.

—Solo queríamos disculparnos por lo que ha pasado esta mañana —respondió Elora con aflicción en la voz; parecía una disculpa sincera, y realmente lo era.

—¿Y por qué debería creerlos? Por poco muero asfixiada, ¿y todo para qué?, para ponerme a prueba, algo que podríais haber hecho de otra forma, sin arriesgar mi vida ni la de los demás —escupió con rabia. No estaba dispuesta a callarse más—. Sabíais que aún no controlo mi poder.

—Lo sabemos, y créenos cuando te decimos que estamos arrepentidas. Espero que puedas perdonarnos —respondió Caylin—. Vamos, hermana. —Se marcharon dejando a Mérula con la palabra en la boca. Malory estaba arrepentida, pero no iba a arrastrarse.

Elora volvió la vista hacia Mérula y esta pudo apreciar que no estaba de acuerdo con el comportamiento de su hermana. Neo apareció junto a ella para despedirse, no podía salir de la mansión, estaba ligado a esta y a sus mazmorras.

—Adiós, Neo, volveré por la mañana. —El felino desapareció y Mérula por fin salió al exterior.

Seth y Caleb la vieron salir desde su posición en la parte más alta de la enorme secuoya situada frente a la mansión.

«Ahí está» comentó Caleb, esperando que no les demorara mucho seguirla hasta casa.

Mérula se alejó de la mansión y pronunció las palabras mágicas: *¡Corpus corvus!* Su cuerpo empequeñeció hasta llegar al del tamaño de un hermoso cuervo. Le costó coger altura, pero, una vez lo hizo, controló a la perfección su transformación. Se elevó por encima del bosque hasta que la luna estuvo a su espalda. Continuó subiendo un poco más hasta que prácticamente pudo ver todo el bosque debajo. Le fue fácil observar el lago de las cartas; estaba justo en el centro. Era enorme, rodeado de árboles y vegetación, y en él se reflejaba la luz de la luna dándole un tono plateado, casi sobrenatural. Los lobos se oyeron a lo lejos, haciendo notar su presencia. Solían aullar para ser escuchados y provocar inquietud en el otro aquelarre. No saber dónde se encontraba la mansión no les dejaba otra opción que vigilar la máxima extensión posible para controlar el terreno y los movimientos de los cuervos.

Teniendo su objetivo localizado, la joven emprendió el vuelo en dirección al lago.

«¿Pero a dónde demonios va?» preguntó mentalmente Seth a Caleb.

«No tengo ni idea, habrá que ir tras ella. ¿Por qué no se limitará a seguir las órdenes?» respondió Caleb visiblemente molesto. No quería hacer de niñera, y menos con los brujos de Ada merodeando.

Los dos brujos siguieron de cerca a Mérula, que voló hasta llegar al claro del bosque donde se situaba el precioso lago. No quería causar problemas, tan solo se posaría en uno de los árboles y lo contemplaría mientras rememoraba el texto de la carta que había memorizado. Lo que no imaginaba era que Malkom, uno de los lobos, presenciara su transformación y ya había dado la voz de alarma a Maddie, que se encontraba por los alrededores del lago. Caleb y Seth se colocaron a unos árboles de distancia de la joven, vigilantes y en alerta por lo que pudiese suceder.

Mérula contempló el lugar embriagada por su belleza y el perfume que emanaba la espesura. Incluso vio algunas luciérnagas revoloteando cerca de la orilla, todo un espectáculo para sus sentidos. Se sintió relajada y en paz. Agudizó su visión de cuervo hasta encontrar el árbol muerto

del que hablaba la carta. No le costó demasiado, pues destacaba del resto, solitario y con las ramas desnudas en dirección al agua que bañaba sus raíces muertas. Quería verlo de cerca, tocar su superficie. Solo un segundo después volvería a transformarse y volaría sin detenerse hasta su hogar. Planeó hasta hallarse frente a él y pronunció mentalmente las palabras que le devolvieron su aspecto humano: ¡*Anima Corvus!*

«¡Está loca! Hará que la descubran» chilló mentalmente Seth a Caleb, ensordeciéndolo.

«No hace falta que grites, lo estoy viendo con mis propios ojos» gruñó el brujo; empezaba a enfadarse de verdad.

La joven se acercó al árbol desnudo y solitario. Este tenía un agujero en su tronco que algún animal habría hecho para guarecerse; ahí era dónde depositaban las cartas que se escribían y que, más tarde, uno y otro recogían. El lugar perfecto para que nadie las interceptase, y menos en aquella época en la que los dos aquelarres convivían en paz en el bosque de Ifrit. Pasó la mano por el tronco seco, repasando sus grietas y resquebrajando la corteza seca con su contacto. Una vibración la recorrió. Ese árbol tenía magia en su interior. Era muy antiguo. Siguió acariciando su superficie hasta detenerse en el orificio, donde la corriente mágica era mayor, algo que la incitó a introducir la mano dentro. Tras palpar el interior se detuvo al toparse con una hoja de papel doblada. Unos aullidos amenazadores la sorprendieron, por lo que guardó rápidamente el pliego debajo de la falda. Mérula pudo sentir el peligro en cada poro de su piel. Con cuidado, se dio la vuelta para encontrarse de frente con ellos. Uno era enorme, con el pelaje gris oscuro e intensos iris amarillentos que destellaban en la penumbra. El que lo acompañaba era algo más pequeño, gris plata veteado con mechones más negruzcos; sus ojos claros, casi blancos, parecían de otro mundo. Su posición encorvada y el pelo del lomo erizado denotaban sus ansias por atacar.

«Sabía que esa bruja solo nos iba a traer problemas» —protestó Caleb. Ahora tendría que intervenir para defenderla y, si eso pasaba, alguno podría salir herido. En realidad, no quería admitir que quería protegerla porque así lo deseaba, no porque siguiese las órdenes de Enzo. Eso lo alteraba por el hecho de que nunca se había preocupado de nadie que no fuese él mismo.

«Ya de nada sirve quejarse, Caleb. Tenemos que ayudarla» —anunció Seth. A él también lo enfurecía la idea de tener que enfrentarse a los brujos, sin embargo, ¿qué otra cosa podían hacer? —. «Pero aún no, espera un poco».

Cuando la bruja estuvo frente a los cánidos, estos abrieron sus fauces y enseñaron los dientes de forma amenazante. Mérula intentó retroceder, pero tenía el árbol detrás y chocó contra él. Inmediatamente después, los lobos volvieron a su forma humana. Malkom era un hombre de mediana edad, muy alto, de buen porte y tez morena; llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás, y su mirada de ojos marrones era atrevida y poderosa. La tensión en el aire era palpable, y podía sentir el odio y la hostilidad que emanaban de él. Maddie era una bruja joven que no sobrepasaba los veinte años, con el cabello corto a la altura de la mandíbula, tan oscuro como el de Mérula; llevaba un elegante y sobrio vestido negro con el cuello de encaje gris. Era muy pálida y sus iris tenían un extraño tono verde jaspeado. En ese momento, la joven se sintió una idiota por pensar que podía transformarse en humana y no ser vista. Katya se lo advirtió. No obstante, ya de nada servía arrepentirse; estaba sola y tendría que enfrentarse a ellos sin ayuda.

CAPÍTULO 25

—Al fin te hemos encontrado, bruja —anunció Maddie con voz profunda y misteriosa—. Ha sido muy imprudente por tu parte acercarte sola al lago —comentó con una sonrisa de alegría maliciosa mientras la devoraba con la mirada.

—No os será tan fácil atraparme —se encaró mostrando una seguridad simulada, pues no podía permitirse parecer débil.

—No intentes fingir que eres poderosa, sabemos que aún no dominas tu poder —se burló Malkom. Notaba lo nerviosa que estaba y para eso no hacía falta usar magia, tan solo observar su actitud corporal: se agarraba a la corteza del árbol con la mano izquierda, apretando un trozo en su interior, buscando la seguridad que no tenía.

—¿Por qué no nos divertimos un poco? —propuso Maddie dando un paso al frente. Tras hacer contacto visual con la joven, empezó a manipular su mente con su don. Alargó el brazo y pronunció el hechizo—. *Dementus aracnis*.

De repente, Mérula vio salir de la tierra a cientos de tarántulas que subieron por sus piernas, pese a que en realidad no existían. Maddie había creado una ilusión.

La joven se retorció en un vano intento por quitárselas de encima, pues estas continuaron subiendo hasta llegar a la cara y el pelo. Aterrada, empezó a revolcarse por el suelo.

—Qué divertido es verlos así —se mofó el brujo, cruzando los brazos.

—Lo divertido será veros huir con el rabo entre las piernas —comentó Caleb desde detrás, ya convertido en humano—. *¡Glacius!* —gritó, congelando el brazo de Maddie quien, de forma inmediata, rompió el contacto visual con Mérula haciendo desaparecer la visión.

Seth se transformó junto a Mérula y la ayudó a levantarse.

—Lo siento —fueron las primeras palabras que pronunciaron sus labios.

—De nada sirve ya disculparse —le recriminó, visiblemente molesto—. Es hora de poner a prueba tu poder.

—Vaya, si tenemos aquí al hijo de Katya. Mataremos dos pájaros de un tiro —comentó Malkom, con una risa sarcástica.

—Maldito, pagarás tu osadía —amenazó Maddie a Caleb—. *¡Nebula confusium!*

La bruja invocó una niebla oscura y densa que fue creciendo hasta llegar a Caleb, rodeándolo. Este quedó atrapado dentro de su negrura, perdiendo la orientación.

—Maldita —rugió él con rabia. Intentó ignorar el sentimiento de desesperación y asfixia que producía la niebla y volvió a invocar el poder del hielo—. *Nivis gelidus* —Tras pronunciar las palabras comenzó a caer una nieve helada a su alrededor que fue dispersando la niebla.

Mérula quedó paralizada al contemplar la escena. Malkom utilizó su don y cambió la temperatura que rodeaba a Caleb, haciendo que la nieve se derritiera y anulando su efecto sobre la niebla. Después, dirigió su atención a Seth, a quien envió volando al interior del lago con su telequinesis.

—*Aquam ignis*.—Tras esas palabras, el líquido que rodeaba a Seth comenzó a calentarse con rapidez, quemando su piel.

Mérula extendió las manos en dirección a Malkom y deseó que se estampase contra uno de los árboles. Cuando lo tuvo en su punto de mira, hizo un movimiento rápido con los brazos, salió despedido e impactó con la espalda en el tronco, cayendo al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó a Seth mientras lo ayudaba a salir del agua.

—Sí, gracias.

La niebla volvió a rodear a Caleb, pero esta vez lo cubrió por completo y podían escucharse sus gritos en el interior.

—Mérula, la niebla es un poder de sombras. Mi madre me contó lo que hiciste cuando te atacó Adalyn —comentó, alentándola a usar su don—. Tenemos que sacarlo de ahí antes de que se vuelva loco. Malkom está inconsciente. Paralizaré a Maddie unos segundos.

De repente, al escuchar ese nombre, supo que era uno de los sobrinos de Ada. Uno de los que había participado en la muerte de su madre. Era el brujo alto que aparecía en su pesadilla.

—Está bien, puedo hacerlo. —Se acercó a Caleb con paso firme. Maddie intentó detenerla, momento que Seth aprovechó para inmovilizarla.

—¡Ahora!

Mérula alargó su mano hasta establecer contacto con la niebla y esta fue absorbida. Sus venas se volvieron negras y perfectamente visibles. Las sombras se fueron mimetizando con ella y la bruma empezó a desaparecer poco a poco hasta liberar a Caleb. Mérula se concentró en luchar con las tinieblas que intentaban poseer su cuerpo, corromper su alma. Comenzó a proyectarlas entre sus dedos, formando una pequeña esfera que desprendía humo negro. Esta fue creciendo mientras sus venas iban volviendo a su color normal; la oscuridad parecía tener vida propia, pues se resistía a abandonarla. Maddie volvió a ponerse en movimiento, observando confusa la esfera. Al ver que esta había recobrado el control de su cuerpo y sin pensarlo, Mérula se la lanzó. La bruja intentó hacerse a un lado, pero la bola consiguió impactar con su brazo, quemando la manga del vestido y la piel de debajo. Maddie emitió un grito ahogado y cayó al suelo. La esfera siguió su trayectoria e impactó con el árbol de detrás, penetrando en su interior y corrompiéndolo por completo. Sus hojas se pudrieron al instante y comenzó a arder con un fuego oscuro y humeante. La loba quedó horrorizada al ver la escena; si la esfera hubiese impactado con su cuerpo, habría corrido la misma suerte. Malkom ya había despertado y también vio lo que había sucedido. Eran tres contra dos y la bruja novata había hecho gala de un gran poder. No podían enfrentarse solos a ellos. Maddie fue la primera en transformarse en lobo y adentrarse en el bosque, acto que Malkom imitó. Caleb hizo el amago de atacarlos mientras se alejaban, pero Seth lo detuvo agarrándolo del brazo.

—Las órdenes son proteger a Mérula, y no sería leal atacarlos por la espalda —le recordó.

—Dudo que ellos sepan lo que es la lealtad. Sabes tan bien como yo que después de esto habrá consecuencias, y las ansias de venganza de Ada no harán más que aumentar —respondió Caleb, ardiendo de rabia por dentro al ver cómo se perdían en el bosque y con ellos su oportunidad de atacar con ventaja.

—Mérula, lo que hiciste fue increíble. Conseguiste absorber el poder de las sombras y manipularlo a tu conveniencia —la felicitó Seth.

Nunca había visto a nadie captar/impregnarse de la oscuridad de un hechizo y utilizarlo en su beneficio. Y por lo que le había contado su madre, también transformarlo en luz para contraatacar. Aparte de poder crearla. Era algo único que no había observado jamás.

—Aún no sé cómo lo hice. Actué por instinto, empujada por una voz en mi interior que me guiaba —comentó intentando explicar cómo funcionaba. Ni ella misma lo sabía—. Simplemente, sé qué hacer.

—Eso es porque es un poder innato en ti, heredado —aclaró Seth.

—Espero que Katya haya averiguado algo —añadió, deseosa por saber más del origen de su don.

—Deberíamos irnos ya, podrían volver con refuerzos —apremió Caleb—. Por cierto, gracias —le agradeció a Mérula antes de transformarse en cuervo y salir volando.

—Vaya, Caleb dando las gracias. Eso es nuevo —puntualizó Seth con una media sonrisa, observando cómo se alejaba. Le gustó ver ese matiz en el brujo.

—¿Debería sentirme halagada? —preguntó ella igual de sorprendida.

—Deberías, nunca he visto dar las gracias a Caleb —le aseguró encogiéndose de hombros—. Y ahora vayámonos, tienes que ponerte a salvo. Tendrías que plantearte quedarte en la mansión, al menos hasta que se resuelva esta situación.

Lo único que quería Mérula era llegar a casa y estar sola, relajarse y echar un ojo al contenido de la cabaña. No había tenido tiempo. Allí tenía la seguridad de que nada malo podía pasarle.

CAPÍTULO 26

Los brujos también se transformaron y emprendieron el vuelo en dirección a la casa. Caleb les estaba esperando sobre la rama de un árbol. Se encontraban a varios metros de distancia del lago que sobrevolaron bajo la atenta vigilancia de la luna llena, que los recibió con su luz plateada.

«¿Habéis oído eso?» preguntó Mérula.

Un lamento de una mujer, agónico y lleno de dolor, resonó en el bosque. Un quejido que helaba la sangre, espeluznante... Seth conocía bien esos aullidos, ese llanto infinito que solo podía provenir de una criatura: una *banshee*.

«Eso es un alma en pena, hacía mucho que no escuchaba a una» respondió Seth.

«¿Una qué?» preguntó Mérula mientras volaba directa al origen del llanto, internándose de nuevo en el bosque

«El alma de una persona que, después de morir, vaga sin descanso, bien porque no sabe que ha muerto o porque tiene algún asunto pendiente. Ha pasado mucho tiempo desde que escuché una».

«Quiero verla».

«Espera, Mérula» le rogó Seth «. Los lobos siguen en el bosque».

«Prometo no cambiar de forma esta vez» aseguró para tranquilizarlo. Aquel sonido de agonía la atraía, tenía que verla.

«¿Es que no aprende?, no he visto a alguien más temeraria y tozuda en mi vida» se quejó Caleb a Seth graznando con fuerza. ¿Por qué no podía limitarse a llegar a casa?

Tras zigzaguear entre la espesura, Mérula la vio: una mujer casi traslúcida vestida con ropas blancas que parecía emitir un suave resplandor a su alrededor. La figura flotaba en el aire y se deslizaba despacio a través de los árboles; no podía distinguir su rostro ya que este aparecía y desaparecía conforme se movía. Sus sollozos se clavaban en su cabeza y el dolor que sentía el espíritu se abría paso en su interior hasta llegar a su alma, sintiéndolo como suyo propio.

«No la escuches, Mérula» le indicó Seth, pero ya era tarde. La había embaucado con su lamento.

La joven se transformó y comenzó a caminar en dirección al fantasma. Sentía la imperiosa necesidad de aliviar su dolor y el que estaba sintiendo por culpa de su embrujo.

«No te molestes» añadió exasperado Caleb, pensando en qué más podría pasar esa noche.

«Tenemos que ayudarla».

Seth recuperó su aspecto humano y se situó junto a la lúgubre figura. El espíritu desvió la atención hacia el brujo y entonces la reconoció... Era Lavina, la fallecida hija de Ada y prometida del padre de Mérula. Le parecía extraño, ya que había vigilado el bosque casi todas las noches desde hacía años y nunca la había oído o visto. Se lo comentó a Caleb.

—Gisela... —murmuró Lavina extendiendo sus brazos en dirección a la joven bruja, que parecía ida.

—La ha confundido con su madre.

—Entonces, creo que sé por qué ha aparecido en el bosque —aseguró el brujo más joven, recordando la invocación. Caleb enseñó a Seth la fotografía que había robado de la habitación, donde aparecían su madre y la de Mérula—. La noche pasada la utilizó para invocarla con un

hechizo de su grimorio. Pensé que las pesadillas eran la única consecuencia, pero por lo que veo también atrajo el espíritu de Lavina a este mundo.

—Puede que la siguiese hasta aquí desde el otro lado y apareciese en el lugar de su muerte —conjeturó Seth.

—Eso explicaría por qué está vagando por el bosque.

—Recitaremos un hechizo de expulsión y la devolveremos a donde debe estar.

—Pues más vale que nos demos prisa. Si llegan a establecer contacto, la poseerá —apremió Caleb. Estaban a solo unos metros de tocarse. Intentó meter la foto en el bolsillo, pero cayó al suelo sin que se diera cuenta.

—Bien, empecemos.

Tras agarrar los cristales que llevaban ocultos bajo la camisa, se miraron durante unos segundos, y estos se iluminaron en el interior de sus puños. Los dos empezaron a recitar el hechizo a la vez, extendiendo la mano libre en dirección al fantasma. Este avanzaba entonando como un mantra el nombre de Gisela mientras Mérula caminaba hacia ella totalmente ida, atraída por su embrujo. «En la penumbra de la noche, invoco el poder de la luz y la verdad para desterrar este espíritu errante. Conjurados de la sombra, en el nombre de la luz, al otro lado os destierro en busca de paz y quietud. Libero este lugar de tu presencia inquietante. Espíritu, te conmino a dejar este mundo. Regresa a las sombras de donde viniste. Por los lazos que unen a los vivos y los difuntos, que el portal se cierre y en paz te desvanezcas».

Siguieron recitando el hechizo mientras el fantasma de Lavina empezaba a contorsionarse y avanzar más rápido en dirección a Mérula, que poco a poco pareció salir de su ensoñación y darse cuenta de lo que estaba pasando. La joven observó a los brujos, que seguían pronunciando las palabras mágicas. Intentó alejarse, pero el espíritu la agarró del antebrazo en el último momento, abrasando su piel y transmitiendo con ello cómo fue su muerte; la vio electrocutarse con su propia magia. Era muy hermosa y pudo sentir que amaba a su padre y que odiaba profundamente a su madre. Gracias a la visión vio qué aspecto tenían sus padres, una imagen que llevaría siempre consigo. El cuerpo del fantasma se iluminó de forma intensa para después convertirse en una explosión de luz y desaparecer. La zona donde la había tocado quedó marcada con una quemadura que rodeaba su muñeca.

—¿Estás bien, bruja idiota? —preguntó Caleb visiblemente molesto, caminando en su dirección—. ¿Es que no puedes estarte quieta ni un minuto? Déjame ver —le exigió extendiendo la mano para que le diera la suya y así examinar el brazo.

Seth prefirió no intervenir, por lo que se mantuvo alejado observando la escena. Hacía demasiado que no usaba su magia y, en el fondo, aunque estuviese molesto por lo sucedido, se sentía vivo después de mucho tiempo. Tantos años sin ser un brujo ni utilizar sus poderes lo habían sumido en una rutina aburrida y sin propósito. Ahora por fin tenía uno: proteger a Mérula y prepararse para cuando los lobos volviesen a por ella y a por su aquelarre.

—No es nada —aseguró la joven, apartando el brazo.

—Eso lo decidiré yo —la amenazó, agarrándola y atrayéndola hasta quedar muy cerca, algo que la ruborizó. Disimuló forcejeando para soltarse—. Deja de comportarte como una niña enrabietada.

Esas palabras la hicieron detenerse. No pensaba darle el gusto de verla en una pataleta, así que decidió enseñarle el brazo de forma voluntaria, no sin antes desafiarlo con la mirada. Caleb levantó la manga de encaje del vestido y vio la quemadura alrededor de la muñeca. La joven sintió sus dedos sobre la quemadura y un escalofrío la recorrió. Tenía la piel suave y tan pálida como la nieve. Tras pasar sus dedos sobre la marca se dio cuenta de que no era grave, algo que lo

tranquilizó. De sufrir algún daño grave, Katya se hubiese puesto hecha un basilisco.

—¿Estás contento? —preguntó apartando el brazo.

Los dos se miraron y desviaron la vista al instante. No se soportaban, pero bajo toda esa inquina sabían que se sentían atraídos. Aunque ninguno de los dos iba a admitirlo.

—No sé qué me pasó. Lo único que podía notar era la necesidad de acercarme, de tocarla, de consolarla —relató con vergüenza por haberse dejado embaucar tan fácilmente.

—Te confundió con tu madre. Era el espíritu de Lavina, la hija de Ada —afirmó Seth, apoyado en un árbol con los brazos cruzados.

Mérula decidió no contarles lo que había visto al contactar con el espíritu. Era algo que solo le pertenecía a ella. En ese momento, pensó en que Lavina era una víctima más. Quizás, de verse en esa situación, hubiese hecho lo mismo. La persona que amaba la traicionó y eso la impulsó a atacar a su madre. Era muy joven, al igual que Gisela, y los sentimientos se magnificaban.

—Creemos que volvió del otro lado cuando invocaste a tu madre —añadió Caleb, sacándola de sus pensamientos—. Te avisé de que hacer este tipo de hechizos podría tener consecuencias.

—¿Y a dónde ha ido? —preguntó ignorando a Caleb. No quería volver a discutir con él. Estaba cansada de que la tratase como una tonta todo el tiempo; que desconociera las consecuencias no quería decir que fuese una idiota.

—La hemos desterrado —aseguró Seth acercándose a ella.

—¿También podemos hacer eso?

—Con las palabras correctas y un poco de ayuda, sí —le contó enseñándole el cristal que llevaba alrededor del cuello.

—¿Es algún tipo de mineral especial? —preguntó con curiosidad, observando la tosca piedra con forma cuadrada e irregular que colgaba de una cadena de plata.

—Es una piedra ancestral. Nos permite estar conectados con nuestros ancestros e invocarlos para que nos ayuden con su luz. Cada uno tenemos la nuestra. La de Caleb es diferente, y cada linaje de brujos tiene su propio tipo. Enséñasela —le pidió.

Caleb, que ya la había guardado, la sacó con recelo y se la enseñó: era un cristal blanco sin pulir con una forma parecida a un péndulo.

—Tú también tienes la tuya, la llevas puesta —la informó señalando su cuello.

Nunca habría imaginado que fuese una piedra que la conectara de alguna forma con sus ancestros. La agarró para examinarla.

—Seguramente te ayudaron para poder invocar a tu madre —comentó Seth con una sonrisa.

—¿Qué tal si nos dejamos de tanta palabrería y la acompañamos de una vez hasta la casa? Katya se estará preguntando por qué tardamos tanto —propuso Caleb. No quería estar más tiempo en el bosque sabiendo que el Aquelarre del Lobo ya estaría al tanto de lo sucedido y corrían peligro.

—Tienes razón, demasiadas emociones por hoy —manifestó Seth.

Mérula vio la foto que había desaparecido tirada sobre la tierra y se agachó a cogerla. Tras guardarla, se transformó la primera y emprendió el vuelo hacia su hogar. La siguieron los dos brujos.

«Así que tú tenías la foto» le habló telepáticamente a Caleb. No estaba enfadada, pero sí extrañada por sus actos.

«Vaya, lo has descubierto. Se me ha debido caer al suelo» admitió sin más.

«¿Y puedo saber para qué la querías?» exigió.

«No pretendía que tuvieses una fotografía de mi madre». En realidad, la había tomado porque en ella Adalyn sonreía, y no recordaba la última vez que la vio hacerlo. Solo pretendía

poder observarla de vez en cuando. Por supuesto, iba a omitir ese dato, puesto que no aceptaría parecer un sentimental delante de ella.

«¿Piensas que voy a lanzar algún hechizo para hacerle daño? ¿Esa es la imagen que tienes de mí?» preguntó con furia. Nunca usaría su magia para dañar a nadie expresamente, excepto si algún brujo del otro aquelarre se cruzaba en su camino, pero ese era otro tema.

«En realidad no, aunque prefiero que no la tengas» sentenció; no iba a ofrecerle más explicaciones. La había perdido, ¿para qué darle más vueltas al asunto?

«Si la querías nada más tenías que pedirla y te la hubiese dado». Mérula sabía que el brujo no estaba diciendo toda la verdad.

En esa foto su madre y la de Mérula parecían felices. Quizás solo quería conservar ese instante. Desde su llegada a la mansión, Adalyn se mostraba atormentada y no había sonreído ni una sola vez; su mirada estaba llena de resentimiento y dolor. Además, Caleb nunca se la hubiese pedido, ya que lo disgustaba que lo viesen flaquear y exponer sus sentimientos.

No hubo ninguna respuesta más. Caleb no estaba dispuesto a seguir con aquella conversación, por lo que decidió no insistir. Se había quedado sin la fotografía y encima ahora Mérula sabía que la quería. Era alguien muy intuitiva y estaba seguro de que no se había creído la excusa.

CAPÍTULO 27

Al fin Mérula estaba en casa. Atravesó la barrera mágica y solo entonces se sintió totalmente a salvo. La esfera luminosa apareció junto a ella mostrando el camino hasta la entrada. Una vez se aseguraron de que ingresaba, Caleb y Seth se marcharon, aunque seguían intranquilos. Si al menos hubiese accedido a quedarse en la mansión, podrían haberla vigilado. Ya lejos de miradas indiscretas, la joven extrajo la nota que había encontrado en el árbol y la dejó sobre la mesa. Sentía mucha curiosidad por desvelar/conocer su contenido, pero antes encendió la chimenea y se preparó un baño; la leería después, mientras comía algo. El estómago le rugía, llevaba muchas horas sin probar bocado. No había almorzado ni cenado y, a decir verdad, no había sentido hambre hasta estar en casa. Los eventos del día trasladaron a un segundo plano sus necesidades vitales.

Tras despojarse del vestido, se introdujo lentamente en el agua caliente, que la reconfortó de inmediato. Allí, a oscuras y con la única compañía de la luna que incidía con sus rayos sobre la tosca bañera de madera, comenzó a relajarse. Había sido una noche llena de sucesos y se sentía cansada, como si le faltase la energía, un claro efecto secundario de usar su magia. Observó su muñeca con la marca que Lavina había dejado al tocarla, y no pudo evitar sentirse mal por ella de nuevo. Solo era una víctima más de todo aquello y esperaba que ahora estuviese en paz.

Al salir del agua, buscó en el armario algo que ponerse, y en uno de los cajones encontró un sencillo camisón blanco. De inmediato, el olor a lavanda impregnó sus sentidos. En el interior, junto a la prenda, había hojas ya secas por el paso del tiempo; seguro que su abuela las dejó ahí para perfumar la ropa.

Ya limpia y más serena, se dirigió a la despensa a por un poco de queso y vino. Después, se sentó junto a la chimenea dispuesta a leer el contenido de la misiva. Su compañera luminosa se posicionó a su lado, proporcionándole la luz necesaria para ello. El fuego crepitaba dándole calor. Agarró la hoja de papel doblada y la miró a contraluz; parecía estar en blanco. Enseguida entendió que, si era para ella, su contenido no se revelaría hasta que la abriese. Con cuidado, la desdobló y esta, al comprobar de forma mágica que era la destinataria, empezó a redactar el texto:

«Mi querida hija, sabía que encontrarías la carta. Que darías con todas las pistas que dejé en la habitación y que te llevarían hasta ella. Cuando leas estas líneas ya estaré muerta, pero no quería irme sin que supieses de primera mano todo lo sucedido. Tu padre, Blake, y yo pertenecíamos a aquéllarres diferentes, nos amábamos y éramos muy jóvenes. Sabíamos que el nuestro era un amor prohibido e imposible, aunque eso no nos impidió intentar estar juntos y luchar para defenderlo. No pensamos en las consecuencias ni en lo que vendría detrás, tan solo éramos unos muchachos cegados por la pasión del primer amor, ese que te nubla los sentidos y te hace cometer toda clase de imprudencias. Tampoco predijimos que moriría tanta gente por culpa de esa locura, incluida Lavina, la prometida de tu padre. Ella fue la primera víctima y el desencadenante de esta guerra que también te ha arrastrado y de la que eres objetivo principal. Ada no parará hasta matarte y vengar a su hija.

Blake era un buen chico y solo actuó para protegerme, en ningún momento fue su intención matarla. Tras ese terrible suceso tuvimos que huir. No nos quedó otra opción que pedir ayuda a tu abuela para que nos ocultase en la mansión, algo que no gustó a los demás. Sin embargo, ella

era la líder en ese momento y no tuvieron más remedio que aceptar sus órdenes poniendo a todos en peligro. He de decir que en parte la obligué a ello, amenazándola con marcharme y no volver a saber nada de mí. Las represalias no se hicieron esperar, el Aquelarre del Lobo al completo acudió la siguiente noche dispuesto a cobrarse su venganza, dando lugar a un gran enfrentamiento donde más de los nuestros murieron. Eran inocentes que pagaron un precio muy caro por defender el aquelarre y nuestro amor maldito. Tu abuelo y el marido de Adalyn perecieron esa noche. En ese entonces, ella estaba embarazada. Nunca me perdonaré que su bebé creciese sin su padre; era mi mejor amiga y ese día la perdí para siempre. Verás que no menciono a tu padre, ya que nunca encontramos el cuerpo. Estaba muy malherido la última vez que lo vimos; parte de su cuerpo y su cara se quemaron cuando cayó. Murieron varios brujos más del otro aquelarre hasta que finalmente se dio por terminado el enfrentamiento, cuando Ada ordenó a los lobos la retirada. Por esa noche ya se había derramado suficiente sangre. No obstante, antes de marcharse, juró que acabaría con nuestro linaje.

Nadie, ni siquiera yo, sabía que estaba embarazada. Corrí a buscar el cuerpo de tu padre, pero no había ni rastro de él. Tampoco me dejaron volver al día siguiente para seguir buscando. Nunca supimos qué pasó. En su estado, escapar era algo impensable, ya que se hallaba grave y hubiese muerto horas después. Que los lobos se llevaran el cuerpo era la hipótesis que más sentido tenía, otra forma de vengarse para que no pudiese llorar su muerte. Nunca se enteró de que estaba encinta, y eso es algo que me atormenta cada día. No saber qué fue de su cadáver y no poder despedirme me dejó mermada para siempre. Una parte de mí se fue esa noche con él, morí por dentro y mi principal prioridad fue proteger lo único que me quedaba de nuestro amor: tú, mi querida niña. Ponerte a salvo fue para lo que seguí con vida, y ahora estás de nuevo en peligro. Una vez más, tengo que recurrir al aquelarre para que te defiendan. Eres única, mi amor, un ser de luz y sombras. Por favor, cuídate y, sobre todo, entrena tus poderes para enfrentarte a quien sea. Katya sabrá qué hacer, confía en ella. Tu abuela estaría muy orgullosa de ti. Ahora debes protegerte tú para que nuestro sacrificio no haya sido en vano.

Te quiere, Gisela».

Cuando terminó de leer la carta, Mérula lloraba sin control. Lo primero que le vino a la cabeza fue lanzarla al fuego, pero después lo pensó mejor y decidió guardarla para enseñársela a Katya y exigirle explicaciones del porqué le había ocultado que el cuerpo de su padre no fue encontrado esa noche. Cerró los párpados y recordó su aspecto, igual que lo había visto en la visión. Un joven de su edad, alto, moreno y con los ojos tan negros como los suyos. Pudo sentir su poder, la oscuridad que emanaba de él y ver la forma en que protegió a su madre ante todo y todos. Un amor como ese no podía estar maldito, aunque sí prohibido, y eso trajo consecuencias horribles.

Le costó comerse el queso, pues el estómago se le había cerrado, pero necesitaba alimentarse si quería tener fuerzas para el entrenamiento del día siguiente. No estaba segura de si sería capaz de mantener la atención, consciente de que Katya sabía que el cuerpo de su padre nunca se encontró. Esto la hacía considerar que, aunque fuese algo imposible, existía la mínima posibilidad de que estuviera vivo cuando desapareció y, por consiguiente, que no hubiese muerto esa noche. ¿Por qué no hicieron algo más para encontrarlo? La respuesta era bastante obvia para Mérula; era mejor dejar las cosas como estaban. Si su padre no estaba, sería un problema menos para todos. Sin embargo, dejando a un lado esa parte, le había mentido al asegurar que su padre estaba muerto, negándole así cualquier esperanza de conocerlo. Volvió a leer la carta y releyó varias veces la frase: «Eres única, mi amor, un ser de luz y sombras». Su madre, entonces,

conocía ese aspecto de ella y se lo había ocultado a todos, posiblemente para mantenerla a salvo. Ahora no había duda de que heredó esa magia de sus antepasados. Quizás, cuando volviese por la mañana, Katya habría averiguado algo más sobre ellos y de dónde provenía ese don.

Dejó la chimenea encendida y se dispuso a acostarse, siempre acompañada por la esfera luminosa que la seguía a todas partes. Se tumbó en la cama en un vano intento por conciliar el sueño ya que, cada vez que cerraba los ojos, la asaltaba la misma pesadilla. Una de esas veces en las que despertó, sudorosa y agitada, recordó lo que le había dicho Seth del colgante: «Nos permite estar conectados con nuestros ancestros e invocarlos para que nos ayuden con su luz». Agarró la piedra y se concentró.

—Ancestros, yo os invoco. Ayudadme a ahuyentar las pesadillas con vuestra luz, alejad de mí este tormento. Liberadme de esta agonía infinita que es ver morir a mi madre una y otra vez...

—Lo deseó con todo su ser y obtuvo respuesta. El cristal vibró entre sus dedos y brilló de forma intensa arrojando destellos azulados hacia las paredes de la habitación. Pudo oír el susurro de innumerables voces lejanas que no llegó a entender, después volvió a apagarse y todo quedó en silencio.

Observó la piedra con fascinación. Era más que un simple colgante; era parte de ella, un legado familiar.

CAPÍTULO 28

Para su descanso, las pesadillas no volvieron esa noche y pudo dormir sin sobresaltos. Despertó cuando ya amanecía, relajada y dispuesta a afrontar lo que deparase ese nuevo día.

Se puso otro de los vestidos que su abuela le había dejado. Esta vez escogió el de color verde oscuro y, tras asearse, abandonó la casa dispuesta a volver a la mansión. Había muchas cosas que aclarar y quería practicar el máximo tiempo posible con su magia; pronto vendrían a buscarla y tenía que estar preparada. Al salir, un graznido la sorprendió. Un cuervo la esperaba posado en una rama tras la barrera. Al observarlo, vio que tenía una mancha blanca en el pecho, por lo que se trataba de Caleb. Katya ya estaba al tanto de lo sucedido la noche anterior y le había enviado para asegurarse de que llegase bien.

«Estupendo, la niñera me está esperando» pensó.

Se transformó en cuervo y voló hasta situarse junto a él en el árbol.

«¿Qué haces aquí?» preguntó, visiblemente irritada.

«Después de lo que sucedió ayer, ¿qué esperabas?» respondió de forma seca; a él tampoco le entusiasmaba madrugar para ejercer de niñero.

«No hacía falta, no tienes de qué preocuparse. No voy a escaparme» protestó.

Mérula echó a volar en dirección a la mansión, dejando a Caleb con la palabra en la boca. Este no se molestó, sino que esbozó una sonrisa mental. La bruja novata estaba empezando a mostrar sus garras, y eso le gustó.

La siguió de cerca, pero sin inmiscuirse en su camino, y tampoco hablaron nada más durante el corto trayecto. El ambiente en la mansión estaba tenso desde que Seth y él le habían contado lo sucedido a Katya y Enzo. Al principio, estos se pusieron furiosos, después ansiosos y más tarde se mostraron preocupados por la situación. Sabían que, en cuanto Ada estuviese al tanto del encuentro, no tardarían en contraatacar, y más después de que su sobrino se hubiese visto involucrado. Ahora también sabían que Mérula tenía poderes únicos. Había sido una imprudencia por su parte ir al lago. Se había expuesto a ella y a todo el aquelarre, avivando las ascuas de la venganza. Ya tenían la excusa perfecta para atacarlos.

Una vez en el claro, se transformaron otra vez en humanos y entraron en la casa. Caleb la observó con detenimiento; estaba realmente preciosa. Su piel pálida como la nieve contrastaba deliciosamente con el tono verde del vestido, y su largo cabello, que llevaba suelto, la rodeaba resaltando sus marcadas facciones. Era tan delgada que daba la sensación de que una ráfaga de viento podría llevársela. De repente, se sorprendió sintiendo ganas de estrecharla entre sus brazos y besar esos labios carnosos que tanto llamaban su atención.

«Pero ¿qué te pasa, Caleb, acaso estás perdiendo la cabeza?» se dijo a sí mismo.

—¿Piensas entrar o vas a estar mirándome toda la mañana? —le llamó la atención Mérula, que estaba empezando a ruborizarse al sentir sus iris añil fijos en ella. De nuevo, le pareció ver más allá de su coraza y notó un cosquilleo en el estómago. Nadie la había mirado de aquella forma antes.

No supo qué pensar; lo odiaba pero a la vez le atraía. Esos ojos profundos y azules como el océano ocultaban más de lo que aparentaban. Caleb miró hacia otro lado.

—No sé de qué hablas. —Pasó junto a ella dándole un golpe con el hombro y, al tocarse, los dos sintieron un escalofrío.

—¡Ten más cuidado! —le advirtió, frotándose la zona.

Ni siquiera contestó. Entró rápidamente en la casa y Mérula lo siguió dispuesta a averiguar por qué se comportaba de aquella forma con ella; sin embargo, antes de que pudiera alcanzarle, Katya apareció en el *hall*. Llevaba un sencillo pero elegante vestido granate con mangas de encaje. Sus marcadas ojeras revelaban que no había dormido lo suficiente.

—La bruja rebelde ha vuelto —la saludó visiblemente enfadada. Había desobedecido sus indicaciones, desafiado su posición de líder del aquelarre y poniendo a todos en peligro. El tiempo ahora jugaba en su contra.

—Yo... —no la dejó terminar la frase.

—Mejor no digas nada. Ahora vendrán los «lo siento Katya», pero tus disculpas no harán que cambie la situación —la regañó con semblante serio y voz clara—. Acompáñame, desayunaremos y te contaré lo que he averiguado.

Lo que no imaginaba era que Mérula también tenía algo que reclamar. En ese momento, Neo se materializó junto a ella y comenzó a dar vueltas a su alrededor. Su nueva dueña había regresado.

—Hola, pequeño, yo también te extrañé —le saludó con una sonrisa.

Mérula siguió a Katya hasta el invernadero, donde ya estaba preparada una jarra de porcelana con café que olía de maravilla y que además necesitaba con urgencia para terminar de despertarse. Tomaron asiento y la líder lo sirvió en sus respectivas tazas.

—Y bien, ¿qué has averiguado? —preguntó nerviosa. Ansiaba saber lo que había descubierto. Aguardaría a que terminase de exponer sus pesquisas y después le enseñaría la carta.

—Veo que no pierdes el tiempo, querida. Antes de contarte lo que sé debes prometerme que no volverás a cometer una imprudencia como la de anoche —le exigió—. Si Seth y Caleb no hubiesen estado vigilandote, no quiero ni imaginar qué habría pasado.

—Lo siento, fue muy imprudente por mi parte. Te prometo que no se volverá a repetir —aseguró mirándola a los ojos.

—Entiendo que necesites saber más de tus padres, estar más cerca de ellos de alguna forma, pero no si nos vas a poner a todos en peligro. Tengo que velar por este aquelarre, esa es mi principal misión como líder —dijo exponiendo sus razones para estar tan enfadada—. Y tengo que protegerte a ti, Mérula, y me lo estás poniendo muy difícil con actos como los de anoche.

—No se volverá a repetir —reiteró.

—Eso espero —manifestó dando por concluido ese tema. La joven era sincera, aunque notó algo en su interior que la preocupaba—. Te contaré lo que he averiguado. Estuve indagando en tu linaje familiar. Tuve que viajar mucho en el pasado para encontrar algún dato de interés, en concreto más de doscientos años atrás en el tiempo. Hallé a una mujer llamada Lucrecia, de ella se decía que tenía el don de las sombras, pero que también podía invocar el poder de la luz. No ponía nada de que fuese el don de la Lucidumbría, aunque viendo las características de dicho poder, no tengo la menor duda de que lo era.

—¿Y nadie más lo tuvo después?

—No encontré ningún caso más en tu línea familiar. Por desgracia, Lucrecia falleció antes de tener descendencia, por lo que no llegó a transmitirlo.

—¿Y entonces cómo es que yo lo he heredado? —Estaba muy confundida.

—Ella no tuvo más descendencia, pero su hermana Briana sí, por lo que, aunque no naciese con ese don, sí era portadora. Y por lo que parece, se saltó las siguientes generaciones hasta llegar a ti. Tu madre y tu abuela son descendientes directas de Briana así que sería viable que lo hubieses heredado —explicó con calma, mientras le enseñaba un dibujo en una hoja de papel

amarillenta y deteriorada por el tiempo—. Es un retrato de las hermanas, estaba dentro del ejemplar que revisé. Una de ellas se parece tanto a ti que hasta da miedo.

Cogió con cuidado el papel y observó los retratos pintados a carboncillo. Era cierto, la joven de la derecha se asemejaba mucho a ella, pero en el dibujo llevaba el pelo liso.

—¿Cómo murió? —preguntó con curiosidad y un mal presentimiento que Katya confirmó con su expresión.

—Su propia magia la destruyó... —confesó consternada y guardó silencio, a la espera de la reacción de Mérula.

—¿Eso es posible? —preguntó preocupada.

—Según lo que leí, para Lucrecia la magia de sombras era una adicción, por lo que fue perdiendo poco a poco el don de la luz. La locura la emponzoñó y empezó a enfrentarse a otros brujos para absorber su poder. Llegó un punto en que su cuerpo no admitió más magia, y ella ya no era capaz de transformar las sombras en luz porque estas la poseyeron por completo. Atormentada y desquiciada, se arrojó por un acantilado.

Aquella historia dejó a Mérula tan impactada que no fue capaz de reaccionar.

—Mérula, eso no te pasará si usas tu don con cuidado. Ella eligió dejarse poseer por la magia de las sombras. No tienes por qué absorber magia si no lo deseas. Puedes utilizar esa parte solo en momentos puntuales en los que no tengas otra opción —matizó Katya.

—No sabía que eso fuera posible —repuso con voz temblorosa al pensar en la joven lanzándose al vacío como única salida a su estado.

—El poder de las sombras es muy peligroso si permites que te controle. Un buen ejemplo de ello es Adalyn, cada vez más encerrada en sí misma, cediendo ante el dolor y alentando la oscuridad de su interior con sus ansias de venganza —expuso.

—Yo no dejaré que eso me pase —aseguró Mérula con convicción. No pensaba ser tan débil ni actuar con tanta imprudencia; usaría su don con cautela balanceando los dos elementos.

—Sé que no, mi niña, pero tenías que saberlo. No quería ocultarte nada —aclaró cogiendo sus manos entre las suyas. Era una bruja lista y de buen corazón con la suficiente fortaleza para dominar tanto la luz como las sombras.

Se miraron unos segundos y Katya pudo percibir que algo agitaba su interior. Mérula sintió como hurgaba dentro de ella y apartó las manos para romper el contacto. Era el momento de hablarle de la carta.

CAPÍTULO 29

Mérula no se acostumbraba a que Katya hurgase en su interior. Sentía que invadía su intimidad. Sabía que no lo hacía con malas intenciones, pero cada uno era libre de expresar sus sentimientos cuando creyese conveniente y, en cierta forma, cuando lo hacía no le dejaba muchas opciones. Por suerte, esta vez le convenía que le diera pie para empezar a hablar.

—Hay algo que te inquieta —afirmó Katya.

—Así es —se reafirmó la joven.

—Puedes contármelo —insistió con una sonrisa; que la hubiese regañado no significaba que no pudiese contar con su consejo si lo necesitaba.

Tras un suspiro, sacó la misiva y se la entregó. Ya había revelado su contenido, así que no tendría problemas para leerla.

—Encontré esta carta de mi madre en el lago.

—¿En el lago? —preguntó la mayor sin acabar de entender a qué se refería. Mérula decidió contárselo y revelar el secreto del árbol. No tenía otra opción si quería dar veracidad a sus palabras.

—Mis padres depositaban las cartas que se enviaban en un viejo árbol en el lago, fue ahí donde la encontré —le contó.

—¿Y cómo sabías eso? —preguntó Katya extrañada, mientras desdoblaba el papel para leer su contenido.

—Lo leí en una carta que encontré en la habitación de mi madre y que mi padre le envió —respondió con recelo al revelar una información que, hasta ese instante, solo le había pertenecido a ella. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Si le mentía, tarde o temprano lo descubriría.

La líder del aquelarre no dijo nada más. Quería leer lo que rezaba en la nota antes de proseguir con la conversación. Su rostro fue cambiando de expresión conforme iba leyendo. Pudo apreciar tristeza, nostalgia y sorpresa entre aquellas palabras. Una vez terminó, volvió a doblarla y se la devolvió. No sabía qué decir, la mayoría de lo que se describía en la carta ya se lo había contado y entendía perfectamente qué era lo que quería preguntarle.

—¿Por qué no me contaste que el cuerpo de mi padre nunca apareció? —exigió saber, no era necesario andarse con rodeos.

—No creí que fuera relevante. Tanto si logró escapar como si se lo llevó Ada, su destino iba a ser el mismo: la muerte. Estaba muy malherido para sobrevivir y, si se lo llevaron, como sospechamos todos, su suerte fue la misma —aclaró sin titubear. Estaba segurísima de que habría muerto, independientemente del caso.

—Eso no lo sabes. Yo también creo que murió, pero no puedes estar convencida sin saber qué pasó con su cadáver. Si se lo hubiesen llevado, como sospechabas, si se lo hubiesen llevado, como sospechabas, ¿no crees que Ada os habría hecho saber que estaba muerto a modo de venganza? —manifestó Mérula exponiendo sus pensamientos.

—No si su intención era atormentar a tu madre —la contradijo.

—Puede que tengas razón, ya nunca lo sabremos —añadió con tristeza. Ella también tendría que vivir con la misma duda toda su vida, sin saber qué le pasó en realidad. Tendría que recordarlo muerto, como a su madre y su abuela.

—Créeme, si tu padre hubiese sobrevivido, habría removido cielo y tierra para encontrar a tu

madre —le aseguró mirándola fijamente a los ojos. Las finas arrugas de su frente se hicieron más evidentes.

Mérula no respondió. Nada de lo que dijese liberaría su corazón de la angustia que le producía pensar en cuál podría haber sido el final de su padre. Si Ada se lo llevó aún con vida, no le cabía ninguna duda de que lo torturaría hasta su muerte. Y si logró escapar, si estaba tan malherido como aseguraba Katya, no habría sobrevivido en el bosque. Habría muerto solo. De intentar encontrarle, los animales salvajes ya habrían dado buena cuenta de su cadáver.

—Puede que tengas razón y esté sacando las cosas de lugar, pero entiéndeme, la posibilidad de que mi padre esté vivo le ha dado falsas esperanzas a mi corazón —se lamentó, dando por hecho que nunca sabría qué pasó y, por lo tanto, anulando cualquier expectativa de reencuentro en el futuro.

—Lo que debes hacer ahora es justo lo que tu madre te puso en la carta: entrenar tus poderes para ser capaz protegerte a ti misma y a tu aquelarre. Las muertes de tanta gente no pueden ser en vano. Y ten por seguro que no tardarán en buscar venganza —puntualizó.

—Tienes razón, no hay tiempo para lamentaciones —repuso Mérula, recomponiéndose. No podía dejar que la tristeza y la añoranza de lo que pudo haber sido hiciesen mella en ella. Los vengaría a todos.

—Así me gusta. Acabemos de desayunar y bajemos a practicar —añadió Katya orgullosa. Mérula era una mujer fuerte como su abuela y su madre, y conseguiría salir adelante.

Tras tomar otra taza de café y comer un trozo de tarta de arándanos que ella misma había preparado, Katya condujo a la joven a las mazmorras para continuar su aprendizaje y trabajar en el dominio de sus poderes. Seth y Enzo ya estaban allí; esa mañana se encargarían de ayudarla en su entrenamiento. Caleb no volvió a aparecer, al igual que las gemelas, con las que Mérula se negaba a volver a practicar pese a sus disculpas.

Enzo le enseñó su don único tomando su misma apariencia durante unos segundos, algo que dejó a la joven boquiabierta. Le explicó que podía adoptar la forma de otra persona, pero no usar sus mismos poderes, una ilusión que podría venir bien en determinados momentos para crear un engaño. Seth, por su parte, podía invocar o controlar insectos, alimañas y otros animalillos. Para mostrárselo, llamó a todas las ratas que había en las mazmorras y estas se reunieron a su alrededor como si se tratase del mismísimo flautista de Hamelin. Después, les ordenó que atacasen a Mérula, algo que la pilló por sorpresa. No quería matar a las ratas, aunque tampoco que la mordieran, así que usó el poder la luz para cegarlas y aturdir las y, tras esto, las expulsó usando la telequinesis. Seth les ordenó que huyesen y en menos de lo que canta un gallo habían desaparecido.

Durante la mañana, Mérula practicó tanto con el don de la luz como con el de las sombras, invocando esferas, creando ráfagas de luz y tentáculos de sombras que empleó para atrapar a Enzo en uno de sus enfrentamientos, impidiendo que se moviese. Katya estaba sorprendida de lo rápido que aprendía y lo fácil que le resultaba utilizar los dos por igual. Cuando tuvo más control sobre ellos, Mérula pensó en algo.

—Quiero probar una cosa —anunció.

—Adelante, sorpréndenos —la animó Enzo, sonriendo de forma pícaro.

La joven les pidió que se apartasen, pues no sabía si lo que tenía pensado funcionaría y, de ser así, si podría hacerles daño sin querer. Mérula juntó sus manos e invocó entre ellas una humeante esfera de sombras. Tras conseguir su primer objetivo, cerró los ojos, visualizó en su mente la bola oscura y deseó atraparla y retenerla creando a su alrededor un aro de luz. Después de unos segundos, comenzó a materializarse un círculo luminoso que la envolvió, de tal forma

que la oscuridad empezó a agitarse en su interior, palpitando igual que un corazón. Los latidos fueron en aumento mientras la esfera se hinchaba y deshinchaba cada vez a más velocidad. Entonces, Mérula la lanzó contra la pared que tenía enfrente y, al impactar explotó, cegándolos a todos y expandiendo las sombras por toda la mazmorra, impidiendo que pudiesen realizar el más mínimo movimiento. El humo, denso y pegajoso, los atrapó en su interior petrificándolos, conscientes, pero sin posibilidad mover un músculo. La joven pensó en cómo detener el efecto y, tras lanzar unas ráfagas de luz, el humo se desvaneció, liberándolos.

—Eso ha sido asombroso —la felicitó Seth. Nunca había visto algo igual.

—Muy bien, Mérula. Has conseguido crear un hechizo propio dominando y usando los dos elementos al mismo tiempo —manifestó Katya sorprendida y satisfecha, poniendo la mano en su hombro.

—Ni siquiera sé cómo ha salido bien, solo visualicé lo que quería hacer y ocurrió —expuso, aún sin creerse lo fácil que le había resultado.

—Eso es porque esos elementos son innatos en ti y actúan según tus deseos. Es increíble que siendo tan opuestos puedan utilizarse al mismo tiempo —reafirmó Enzo realmente asombrado. Nunca había conocido a nadie que aprendiese tan rápido. Mérula era una bruja pura, alguien para el que, sin saberlo, utilizar la magia era tan natural como respirar.

Tras el derroche de energía, la joven se sintió mareada y tuvo que sentarse en las escaleras de piedra.

—¿Estás bien? —preguntó Seth, ayudándola a levantarse.

—Sí, solo ha sido un mareo —aseguró forzando una sonrisa.

—Creo que por hoy es suficiente. Has demostrado que eres capaz de controlar bastante bien tus dones —manifestó Katya, ya que no quería que acabase agotada—. Puedes ir a descansar un rato si quieres, te avisaré cuando esté lista la comida.

—¿A quién le tocaba hoy cocinar? —preguntó Enzo.

—A Malory —respondió Seth. Llevaba desde la noche anterior sin verla y estaba deseando quedarse a solas con ella. Esa noche les tocaba vigilar el bosque.

—Espero que no haya cocinado su famoso caldo de hierbas... —puntualizó Enzo, a lo que Seth respondió con una carcajada.

—Vamos, tampoco está tan mal —comentó.

—Pues si tanto te gusta te daré mi ración —aseguró Enzo con sorna en tanto se marchaba escaleras arriba.

—Nos vemos en la comida —se despidió Seth para ir tras su padre.

—Se llevan muy bien —comentó Mérula.

—Sí, la verdad es que son inseparables —manifestó Katya con una sonrisa tonta, observándoles mientras desaparecían entre risas.

—¿Dónde están los demás?

—Adalyn no sale de su habitación desde el suceso del invernadero. No sé si es porque se siente avergonzada o simplemente no quiere encontrarse contigo —respondió con preocupación en la voz—. No sé cómo actuar con ella, siento que la estamos perdiendo poco a poco. Temo que haga alguna locura.

—Te refieres a... —No quiso pronunciar la palabra. Le resultaba demasiado triste que alguien tuviese que llegar a ese extremo. Ella no tenía nada en su contra y comprendía cómo se sentía.

—Así es. Solo espero que piense en su hijo. La necesita —aseguró.

Mérula no pudo evitar pensar en Caleb. Aunque no se llevasen bien, no deseaba que se

quedase solo en el mundo ni que pasara por lo mismo que ella. Tenía una conversación pendiente con él y, ahora que estaba libre, le buscaría. Ya era hora de aclarar su situación; no aguantaría más desaires por su parte.

—Creo que te haré caso y me iré a descansar —dijo la joven. Seguro que Caleb se encontraba encerrado en su habitación y, como era contigua a la suya, solo tenía que desviarse una puerta.

CAPÍTULO 30

Mérula abandonó la mazmorra y se dirigió a las escaleras que conducían a la planta superior. Antes de pisar el primer escalón, las gemelas entraron en la mansión. Estas no querían seguir enfrentadas a la joven. Tarde o temprano tendrían que combatir al Aquelarre del Lobo, y el suyo debía permanecer unido si querían tener opción de salir victoriosos. Además, en unos días se celebraría Cáligo y deseaban disfrutar de la festividad junto a ella, puesto que les caía bien.

—Mérula, ¿podemos hablar? —preguntó Caylin, apesadumbrada por su comportamiento; en su última encuentro, la había dejado con la palabra en la boca.

—Sí, claro —aceptó la joven, que en realidad no les guardaba rencor, solo estaba dolida por lo sucedido.

—Queremos disculparnos una vez más. No fue nuestra intención que tu vida corriese peligro. —Calló unos segundos—. Solo queríamos ayudarte a sacar tu poder y pensamos que ponerte en una situación extrema ayudaría.

—Pero ya vimos que fue una imprudencia por nuestra parte —se apresuró a añadir Elora. Quería escuchar que las disculpaba. No paraba de darle vueltas al asunto desde ese día—. ¿Podrás perdonarnos?

—Solo si no volvéis a intentar esas técnicas suicidas —respondió, dedicándoles una mirada acusatoria y una media sonrisa al ver que realmente estaban arrepentidas.

—Hecho —prometieron al unísono.

—Si me disculpáis, el entrenamiento de hoy me ha dejado agotada. Me dirigía a mi habitación a descansar un rato —se despidió—. Nos vemos luego.

Quería hablar con el brujo antes de que pasase más tiempo y tuviese que aplazarlo para otro momento. No podían seguir así; no tenía ni tiempo ni ganas. Las gemelas la observaron marcharse escaleras arriba.

«Sabía que al final nos perdonaría, tiene buen corazón» le dijo mentalmente Elora a Caylin, satisfecha y ya más aliviada.

«Lo tiene, pero también posee un lado oscuro. No me gustaría tenerla como enemiga» puntualizó la morena. La joven era de su agrado, pero ella era más desconfiada que su hermana y no quería dar las cosas por sentado tan pronto.

Mérula se detuvo frente a la puerta de la habitación de Caleb. Estaba nerviosa. Quedarse a solas con él provocaba ese efecto en ella, aunque no quisiera admitirlo. Cogió aire, lo soltó lentamente y dejó puesto el puño sobre la puerta antes de llamar.

—¿Quién es? —La voz de Caleb resonó desde dentro. Estaba leyendo un libro y no le gustaba que le interrumpieran. Era el único momento que tenía para él mismo, cuando Katya no requería de sus servicios y su madre no quería nada de él. Esta última se encontraba muy decaída y Caleb estaba preocupado por su estado mental.

—Soy Mérula. ¿Podemos hablar? —preguntó con inseguridad.

Caleb se lo pensó durante unos segundos; no quería estar a solas con ella. Tenerla en su cuarto le ponía nervioso. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Si no le abría, buscaría otra ocasión para hablar con él. Lo mejor era afrontar la situación cuanto antes y que después mantuviesen las distancias.

—Vamos, Caleb, no me moveré de aquí hasta que salgas —aseguró.

El brujo dejó el libro sobre la cama y fue hacia la puerta, tal como demandaba la joven. Cuando la abrió, Mérula tenía el puño en alto, dispuesta a aporrear de nuevo la madera.

—¿Es que piensas darme un puñetazo? —preguntó levantando una ceja— ¿No tuviste suficiente con tirarme un candelabro? —añadió con sorna, a lo que la bruja respondió bajando el brazo, avergonzada.

—Tú te lo buscaste —puntualizó.

—Pasa —le indicó haciéndose a un lado y, cuando estuvo dentro, cerró.

La habitación estaba impecable, sin nada fuera de su lugar. Desde las ventanas abiertas se escuchaban los pájaros del exterior mientras los rayos del sol se filtraban a través de las cortinas semitransparentes e incidían sobre la cama. Se fijó en el libro que hacía unos segundos había dejado. Parecía antiquísimo, con la portada burdeos y las esquinas ornamentadas en dorado.

—Tú dirás —la incitó a hablar el brujo, que se encontraba apoyado en la puerta con los brazos cruzados, a la defensiva.

—Quiero saber qué problema tienes conmigo —exigió, encarándolo. Ya lo había dicho, no había vuelta atrás.

—No sé de qué hablas, soy así con todo el mundo —manifestó sin inmutarse.

—No es cierto —insistió Mérula—. ¿Tú también me culpas de lo que le pasó a tu padre?, ¿también me odias? Dime, Caleb. —Ya estaba cansada de tantos rodeos.

Él no supo qué decir. En realidad no la culpaba de lo sucedido. Ni siquiera había nacido. Aunque sí le atribuía la situación actual y el estado de su madre. Desde la aparición de Mérula en la mansión, su salud iba empeorando por momentos. No podía ni quería llevarse bien con ella, pues eso acabaría de matar a Adalyn y él era lo único que le quedaba.

—A veces me parece ver en tus ojos algún atisbo de sentimientos, pero segundos después vuelves a ser el mismo Caleb rencoroso y egocéntrico —prosiguió su discurso sin dejarle hablar; necesitaba soltar todo lo que había estado reteniendo dentro de sí—. ¿Tanto miedo tienes de mostrarte tal y como eres? ¿Tanto miedo tienes de permitirte sentir algo que no sea odio y rechazo hacia todo el mundo?

—No sabes nada de mí ni estás en posición de reprocharme nada —la acusó mirándola con desdén; no tenía derecho a decirle todo aquello sin conocerlo.

Poco a poco y sin darse cuenta fueron acortando las distancias. A Caleb lo sacaba de sus casillas, y a la vez le provocaba sentimientos encontrados. La odiaba pero, sin proponérselo, la deseaba. Aunque no quisiera admitirlo, comprendía cómo se sentía.

—Dime, Caleb, ¿tanto te repugno? —preguntó mientras un par de lágrimas se escapaban de sus ojos sin querer. Estaba dolida por su forma de tratarla, no lo merecía. Ella no tenía la culpa de nada. Sabía que su madre ejercía mucha influencia en él, pero ya era mayorcito para actuar por sí mismo.

Caleb vio las lágrimas y su consciencia se removió. Por mucho que quisiera, no podía odiarla, y eso lo hacía sentirse débil porque, aunque intentase alejarse de ella, sabía que tarde o temprano sus sentimientos estallarían.

—¿Es que no piensas decir nada? ¿Vas a seguir ahí mirándome como un pasmarote? —No podía dejar de hablar. Estaba enfadada y ya había dado rienda suelta a sus emociones; no podía parar.

—¡Cállate! —le gritó Caleb.

Sin pensarlo más, la tomó entre sus brazos y la besó con rabia y pasión. Quería que se callara de una vez. Él no la odiaba, y mucho menos le repugnaba. Todo lo contrario. Estupefacta, Mérula no supo cómo reaccionar. Era la primera vez que alguien la besaba, la primera vez que

alguien hacía que su cuerpo se estremeciera de aquella forma... Su instinto fue el de abofetearle por la osadía, pero entonces se estaría mintiendo a sí misma. Poco a poco, fue destensando su cuerpo y se entregó a esa caricia. Se besaron con ansia, liberando toda la tensión acumulada en esos días, olvidando quiénes eran, de quiénes eran hijos y lo que sucedió hacía ya tanto tiempo... De repente, Caleb la soltó y se alejó de ella como si estuviera frente al mismísimo diablo. No podía dejarse llevar. Era un idiota y había traicionado a su madre.

—Lo siento —dijo atropelladamente y se marchó, dejándola allí sola.

CAPÍTULO 31

Mérula se quedó inmóvil mientras tocaba sus labios con la yema de los dedos, aún sin creer lo acababa de pasar. Caleb la había besado, y lo peor era que ella le había correspondido. Y lo más preocupante es que le había gustado. Su mente era una maraña de pensamientos y su corazón un caballo que galopaba desbocado. Se sentó en la cama sin reparar en el libro que seguía sobre ella; al notarlo, lo sacó de debajo y lo sostuvo en sus manos. El título era: «Locura y magia». Lo ojeó brevemente y vio que era algo parecido a un libro de medicina, pero que intentaba tratar la locura con magia, ungüentos, pócimas y hechizos. Según sus páginas, muchos brujos y brujas se trastornaban por el uso incontrolado del poder o por sucesos que afectaban su cordura. Olvidaban conjuros e incluso hacían daño a otros sin pretenderlo, inducidos por su trastorno.

Sin duda, Caleb estaba buscando alguna solución para el estado de su madre, lo que le hacía sospechar que había empeorado y su presencia allí no estaba siendo de ayuda. Tras un largo suspiro, lo depositó sobre la mesilla.

¿Dónde había ido? ¿Por qué se había marchado de esa forma? Eran preguntas que no dejaba de repetirse. Imaginaba que esa situación no era del agrado de Caleb, al igual que no lo era para ella. ¿Cómo aceptar que los dos se sentían atraídos, que tenían sentimientos mutuos? Adalyn nunca aprobaría una relación entre ellos, incluso la odiaría más de lo que ya venía haciendo. Tras abandonar la habitación, se dirigió a la suya mientras llegaba la hora de comer. Dentro, se encontró con Neo brincando en la cama, una costumbre que seguía manteniendo en su estado fantasmal. El gato maulló al verla, se acercó a olfatearla y se tumbó boca arriba pidiendo caricias, como lo habría hecho estando vivo.

—Sabes que no puedo tocarte —le recordó cariñosamente. No obstante, aunque no la entendiese, le hubiese encantado poder hacerlo. Neo maulló y volvió a la cama. Mérula se sentó a su lado—. No imaginas lo que acaba de pasar a solo unos metros de aquí —le contó al felino. Era al único al que podía hablarle de ello, pese a que no pudiese responderle—. Caleb me ha besado. Mi primer beso, ¿puedes creerlo? Ha sido extraño, nunca hubiese imaginado que albergase esos sentimientos hacia mí.

»Pensaba que me odiaba, al igual que su madre. —Neo no entendía nada, pero le gustaba cómo sonaba su voz—. Quería hablar con él por la forma en la que me trataba, y no me había dado cuenta de que yo era del mismo modo con Caleb porque tenía sentimientos hacia él. ¿Cómo voy a mirarlo a la cara después de besarnos? —Se echó hacia atrás, tumbándose boca arriba en la cama y observando el bonito techo. En ese momento, llamaron a la puerta.

—La comida está lista, Mérula, te esperamos en el salón —anunció la voz de Malory, sobresaltándola.

—Voy enseguida —contestó.

—No tardes o te quedarás sin nada que echarte a la boca; Seth y Enzo tragan como cerdos.

La joven no pudo evitar sonreír ante tal comentario. Se colocó bien la falda y se aseguró de que tenía el pelo en su sitio mirándose en el espejo. La sola idea de encontrarse a Caleb le cerró

el estómago, y qué decir de Adalyn. Bajó las escaleras y se dirigió al salón donde la habían recibido el primer día que llegó. Como supuso, todos estaban ya sentados en la enorme mesa de madera y hablaban de forma animada, excepto la madre de Caleb, que tomaba un caldo absorta en la tarea, y parecía tener la mente en otro sitio. Su hijo se encontraba sentado justo a su lado, observándola con pesar.

—Que aproveche —comentó Mérula desde la puerta.

Todos agradecieron los buenos deseos de la bruja excepto Adalyn, que pareció salir de su ensoñación al escuchar su voz.

—Nadie me informó de que ella estaría presente en la comida —se quejó con una voz ronca, llena de rencor y desaprobación. Su mirada había cambiado y ahora era más oscura.

La observó fijamente a los ojos. Estos estaban presididos por unas marcadas ojeras, señal inequívoca de que no descansaba bien. Su cabello, que días atrás llevaba peinado a la perfección, ahora estaba suelto y algo enmarañado. Tenía mal aspecto y eso la hizo sentir culpable.

—Madre, no tienes de qué preocuparte. Mérula solo va a comer, como estamos haciendo los demás —le dijo Caleb, intentando quitarle hierro al asunto.

—¿También te vas a poner de su parte? —le reprochó, soltando la cuchara con la que comía sobre la mesa.

—Yo no estoy del lado de nadie, pero estás llevando las cosas demasiado lejos —manifestó el joven con rostro compungido, observando a su madre y volviendo a colocar el cubierto dentro del cuenco de porcelana.

—Eso no es lo que a mí me parece —respondió, agarrando de nuevo la cuchara mientras su rostro, antes inexpresivo, cambiaba por momentos a otro lleno de rabia.

—Déjalo ya, por favor —le rogó sin apartar la mirada de la suya.

Mérula era testigo de la escena sin saber qué hacer o decir. Estaba claro que era ella la que desencadenaba esos episodios de ira y locura.

—¡Adalyn, ya basta! —le ordenó Katya, poniéndose en pie y dando un sonoro golpe con el puño en la madera; estaba cansada de su actitud.

—No os preocupéis, ya veo que sobro —declaró, lanzando la cuchara a varios metros.

—No digas tonterías, eres un miembro más de este aquelarre y, como tal, debes empezar a tolerar la presencia de Mérula, que ahora también forma parte de él —aclaró la líder. Sabía que si hacía un esfuerzo podría aceptarla, pero lamentablemente cada vez veía más lejos esa posibilidad.

—Si en algún momento llegaste a pensar eso, es que no me conoces bien —aseguró con una media sonrisa—. Ninguno de vosotros me conocéis en realidad, y ahora, por lo que veo, ni siquiera mi propio hijo me apoya —sentenció, mirando a Caleb con decepción y tristeza. El joven no supo qué responder, pues esas palabras habían acabado de romper su ya de por sí dañado corazón.

Mérula sintió esa afirmación/frase como si un puñal le atravesara el corazón. No entendía como una madre podía tratar así a su único hijo. Caleb siempre lo hacía todo pensando en ella, la quería, y lo que decía le partía el alma. Observó a Adalyn unos segundos con los ojos vidriosos y después la vio marcharse. Rabiosa, la mujer escupió al lado de Mérula y, tras dedicarle una mirada cargada de odio, salió del salón dando un portazo.

—No toleraré por mucho más tiempo la actitud de tu madre, Caleb —le advirtió Katya al brujo, dedicándole una mirada de hastío—. Si no entra en razón, no me quedará otra opción que expulsarla de aquí, y tendrá que volver a la casa matriz para que la traten.

Malory y los demás brujos se miraron ante la advertencia que la líder acababa de pronunciar. Eran jóvenes y nunca la habían visto tomar una decisión tan drástica.

—Intentaré hablar con ella, pero, como acabas de ver, ahora también piensa que estoy en su contra —respondió Caleb, visiblemente dolido por las palabras que le había dedicado Adalyn.

—Si lamentablemente nos vemos obligados a expulsarla, podrás quedarte si así lo deseas —le aseguró con voz ya más amable. Él no tenía la culpa de nada, solo era un pobre chico falto de cariño que había adoptado demasiadas responsabilidades en su corta existencia, y también un brujo poderoso que siempre había mostrado su lealtad al aquelarre.

—Gracias —fue lo único que respondió él antes de levantarse y andar con paso ligero en dirección a la puerta.

—Tienes hasta que pase la festividad de Cáligo para hacerla entrar en razón —manifestó Katya dándole un ultimátum—. No enturbiaremos ese día, solo espero que sepa comportarse —comentó antes de que cerrase. Aún sin marcharse, Caleb contempló a Mérula, que lo observó con consternación. Él le respondió con una mirada que no supo cómo interpretar. Había una mezcla de disculpa y abatimiento en ella —. Mérula, siento que tengas que estar pasando por todo esto. Acércate, por favor —le rogó Katya.

La bruja obedeció y se sentó en el lugar que Caleb había dejado libre. Le hubiese gustado consolarlo; verle tan abatido no era algo habitual, y quisiese admitirlo o no, sus sentimientos hacia él eran genuinos.

—Siento que mi llegada esté ocasionando tantos problemas —se disculpó, azorada. Solo quería llevarse bien con todos y ser de utilidad. Bastante había hecho ya yendo al lago y provocando que aumentase la tensión entre los aquelarres—. Sé que no soy del agrado de Adalyn y que no está en sus cabales, pero no voy a permitir que me avasalle. —Si una cosa había aprendido de sor Eleonor era a no dejarse humillar por nadie.

—No te preocupes, evitaremos que eso suceda. Espero que Caleb la haga entrar en razón —respondió Enzo, esperanzado.

—Dejemos de hablar de la bruja loca y comamos de una vez —puntualizó Malory poniéndose en pie, dispuesta a servirle a Mérula el caldo que había preparado. Antes, le guiñó un ojo, a lo que la joven respondió con una sonrisa tímida.

—Malory, cuida tu lenguaje —le reprochó Katya.

—Ya me conociste así, ¿qué te hace pensar que cambiaré? —respondió con una sonrisa. Seth la miraba desde su posición con una mueca boba en los labios; cada vez le gustaba más esa bruja deslenguada.

—Nunca es tarde para aprender modales —le aseguró la líder mientras se metía en la boca una cucharada del caldo.

Mérula la imitó, pero a juzgar por la cara de Katya y como ella misma comprobó unos segundos después, no estaba muy bueno. Seth y Enzo se miraron uno al otro y no pudieron evitar reírse al ver cómo la joven devolvía el contenido de la boca al plato disimuladamente. Ella los miró, confirmando lo que ya le dijeron en la mazmorra.

—¿Te gusta, Mérula? —preguntó la bruja, expectante.

—No está mal, quizás un poco fuerte para mi gusto —respondió, no quería ofenderla.

—Te acostumbrarás —aseguró, dándole un suave codazo en el brazo.

Caleb no volvió a aparecer en el comedor, y ni siquiera había comido. Mérula solo esperaba que hubiese conseguido hablar con su madre y, al menos, arreglar las diferencias entre ellos.

—Mérula, ¿qué te parece si te enseñamos dónde celebraremos Cáligo? —sugirieron emocionadas las gemelas, pues deseaban preparar la celebración con ella. Querían pasar más tiempo todos juntos, y esa era la excusa perfecta para ello—. Si Katya está de acuerdo, claro.

—Me parece una buena idea, en breve comenzaremos con los preparativos —aprobó la aludida; de ese modo, también se distraería y olvidaría por un rato lo sucedido—. ¿Qué opinas, Mérula?

—Me encantaría, estoy deseando conocer más sobre vuestras costumbres y sobre Cáligo —aseguró la joven, a quien la idea de asistir a esa fiesta entusiasmaba de verdad.

—Cuando acabes, reúnete conmigo en la biblioteca. Te entregaré la túnica de tu madre para que te la pruebes y la guardes.

—Estoy deseando verla —dijo emocionada. Llevar algo que fue tan significativo para esta la honraría.

—Yo también iré con vosotras —comentó Malory con una mueca traviesa en los labios; a Mérula le caía bien—. No tengo nada mejor que hacer.

—Por mí, encantada —aseguró, invitándola a acompañarlas.

—Iré a ver cómo se encuentra Caleb —manifestó Seth, pues al fin y al cabo eran amigos. Una extraña amistad, si lo pensaba bien. Caleb nunca hablaba de sus sentimientos, pero sí acudía a él cuando necesitaba compañía, o simplemente salir y volar juntos para evadirse de la realidad.

—Cuéntanos lo que averigües, hijo —le pidió Enzo, colocando la mano en su hombro y dedicándole una mirada de inquietud—. Me preocupa que todo esto le afecte de manera negativa y le perdamos poco a poco. En el fondo, aunque no pida ayuda, nos necesita.

—Descuida, lo último que quiero es que un brujo tan poderoso pierda el control —prometió Seth antes de marcharse.

CAPÍTULO 32

Caylin y Elora agarraron a Mérula cada una de una mano y la llevaron ante dos puertas situadas junto al salón. La joven ni siquiera había reparado en ellas hasta ese momento, ya que quedaban camufladas tras las escaleras. Malory las abrió y le indicó que entrase. Las gemelas la arrastraron hacia el interior.

—Pues este es nuestro salón para celebraciones y eventos —la informó Malory, extendiendo los brazos y dando una vuelta sobre sí misma.

Mérula quedó maravillada ante lo que estaban contemplando sus ojos: la pared que daba al exterior de la mansión estaba cubierta de vidrieras multicolor bellamente ornamentadas con finos labrados de metal a su alrededor, formando hojas y flores. Cada uno de los cristales tenía un dibujo distinto de la diosa Magnalis, pero en diferentes escenas: bailando, invocando la luz entre sus manos o sosteniendo un cuervo. La tenue luminosidad del mediodía se filtraba a través de ellas, arrojando múltiples tonos en el salón y dotándolo de magia. Al volver la vista vio la preciosa y delicada figura de la deidad esculpida en piedra. Esta se erguía sobre un pedestal al que se accedía subiendo varios escalones. La rodeaban dos columnas de estilo griego coronadas por un arco, con unas enredaderas que las abrazaban y trepaban por ellas. Era muy hermosa, de rasgos afilados. Unas delicadas y pequeñas flores talladas salpicaban su cabello largo y ondulado. Portaba un atuendo de estilo antiguo labrado de forma tan magistral que parecía real, con intrincados pliegues y arrugas. Una capa cubría su espalda, que era de tela auténtica, en color negro y con los bordes de encaje dorado. Justo tras ella, otra enorme vidriera enmarcaba la escena, arrojando luz sobre la estatua y haciéndola casi real. A Mérula le sorprendió la cantidad de candelabros y velas repartidos a su alrededor, y se los imaginó encendidos la noche de Cáligo.

—Es preciosa —comentó sin poder dejar de observarla. A cada movimiento de sus ojos apreciaba algún detalle nuevo.

—Sí que lo es —añadieron las gemelas, embelesadas.

—¿Todos los aquelarres rinden culto a Magnalis? —preguntó con curiosidad.

—La mayoría sí, la historia es la misma para todos. Ella fue la primera, o al menos la que conocemos, aunque algunos brujos que usan magia negra veneran a Tormas, un brujo oscuro que, según cuentan las leyendas, dejó embarazada a Magnalis. De esa forma nació la primera bruja con los dos poderes, el de la luz y el de las tinieblas. No hay certeza de esos hechos —relató Katya, que en ese momento hacía aparición en la estancia—. Si eso fuese cierto, estaríamos ante el primer caso de Lucidumbría; no obstante, como he comentado, solo es una leyenda.

Todas se giraron al oír la voz de su líder llenar cada rincón del salón, una que siempre reconfortaba a quien la escuchaba. Su don de la empatía podía transformar las emociones en calma.

—¿Por qué no me contaste esa historia? —preguntó Mérula, confundida.

—Solo es una historia, como acabo de explicar, y lo que necesitábamos era encontrar un caso real —aclaró en tono conciliador. No era algo de lo que hubiese certeza.

—De todas formas, es un dato curioso e interesante, y más si otros aquelarres o brujos rinden culto a ese tal dios Tormas. Imagino que si lo hacen es porque hay algo documentado sobre él en

la historia de la brujería —objetó Mérula.

—Evidentemente, Tormas existió, pero no hay datos que avalen que fue en el mismo tiempo que nuestra diosa. Por lo tanto, nunca sabremos si ese embarazo realmente se produjo o solo fue una invención que dio origen a un poder que seguramente ya poseía Magnalis —dijo Katya—. Todo lo que te he contado no es un secreto, puedes saber más acerca de Tormas en los tomos más antiguos de la biblioteca. Busca el que lleva como título «Mitos y leyendas».

Entonces, Mérula cayó en la cuenta de que, si ella tenía ese poder, quizás descendiese de la misma deidad.

—Pero... para que el don de la Lucidumbría haya llegado hasta nuestros días, Magnalis debió quedarse embarazada en algún momento —puntualizó.

—Así es, ahí radica la leyenda. Pudo ser Tormas, como muchos brujos creen o cualquier otro, nunca lo sabremos —sentenció Katya—. De lo que sí podemos estar seguras es de que tú has heredado ese poder. Este ha tardado varias generaciones en volver a aparecer, por lo que quizás seas la única que actualmente lo posee. También creo que tu madre lo supo cuando naciste —aseguró, refiriéndose a la nota que le había mostrado Mérula y no quería que nadie conociese al ser algo personal—. Y por eso puso tanto empeño en ocultarte a ti y tus poderes.

Mérula no dijo nada más. Contempló a la diosa y pensó en su madre y en la carta que le había dejado, donde así lo confirmaba. Agradeció a Katya que no hubiese comentado nada acerca del escrito delante de las demás.

—Alegra esa cara, Mérula. Es bueno saber que en nuestro aquelarre contamos con alguien tan especial. Naciste bendecida por Magnalis —aseguró Elora, con los ojos abiertos de par en par.

—Bueno, yo no diría tanto... No es que mi vida haya sido una bendición —comentó con pesar. Lo único que echaba de menos de esta era a sus niños y a sor Eleonor, su mentora, a la que pronto visitaría para contarle qué había sido de su búsqueda.

—Ahora estás en tu casa. Ya nunca estarás sola o desamparada —le prometió Katya, agarrándola de los hombros.

—Y tienes amigas —comentó Malory con una sonrisa—. Me caes bien, bruja, y eso ya es todo un logro —puntualizó—. Bueno, si me disculpáis, tengo que recoger la mesa —anunció con un suspiro—. Recordad que mañana os toca a vosotras, y Mérula, tú tampoco te libras. Cuando volvamos a organizar los turnos, te incluiremos.

—Por suerte, sé cocinar —aseguró con orgullo—. De algo me sirvieron todos los años que pasé en el orfanato. Dábamos de comer a muchos niños.

—Te veré en la biblioteca, Mérula. Ve a verme cuando acabes —comentó Katya antes de marcharse.

Tras su marcha, las gemelas terminaron de mostrarle la estancia. Le contaron que ese día se colocaban flores frescas como ofrenda a la diosa y se preparaban los faroles con las piedras imbuidas con magia. También se encendían las velas situadas en los candelabros y se colocaba una mesa a cada lado con fruta y bebidas para los invitados. Estas llevaban algo más que simple zumo de fruta: le agregaban hierbas y alcohol que los hacía conectar con más facilidad con sus ancestros.

«Sabía que a Mérula le encantaría» comentó mentalmente Cailyn a su hermana.

«Honrar a los ancestros es lo mejor de pertenecer a este aquelarre» respondió Elora divertida.

Ese evento se celebraba una vez al año y era el único donde se les permitía pasarlo bien, embriagarse con el licor de mora y dejarse llevar por la magia.

—Estáis hablando mentalmente, ¿verdad? —preguntó Mérula. Llevaban varios minutos en silencio, algo extraño en ellas, que solían hablar sin parar—. Estáis poniendo caras muy raras.

—Perdón, lo hacemos sin pretenderlo —respondió—. Pero no te preocupes, no estábamos diciendo nada malo, solo comentábamos el evento. A Elora le gusta beber más de la cuenta licor de mora y hierbas.

—¡Oye! ¿Qué va a pensar Mérula de mí ahora? —se quejó, dándole un codazo a su hermana. Esta se llevó la mano a la zona del golpe, dolorida. La bruja no pudo evitar reírse.

—No diré nada —prometió—. Y ahora, si me disculpáis, me reuniré con Katya.

—Claro, nosotras iremos a practicar un rato.

—Nos veremos mañana.

—Vaya, ¿hoy tampoco te quedas? —preguntó Elora.

—Volveré al amanecer —aseguró Mérula.

CAPÍTULO 33

Mérula cada vez descubría más acerca de las creencias de los brujos. Que otros venerasen a un dios distinto, o lo que ellos consideraban uno, había despertado su interés. Antes de marcharse le echaría un ojo al libro que le refirió Katya. La bruja la estaba esperando para entregarle la prenda, tal y como le prometió.

—Ya estás aquí —comentó al verla. El atuendo se encontraba sobre el respaldo del sillón donde estaba sentada/se sentaba la líder.

—Ardo en deseos de ver la túnica de mi madre —apremió, ansiosa por probársela.

—Me encargué de lavarla y ponerla a punto —la informó, entregándosela.

—Es muy suave —observó la joven, acariciando su superficie—, ¿es terciopelo?

—Así es, y fíjate en los bordes de las mangas y los bajos, en ellos están bordados con hilo dorado cientos de pequeñas estrellas.

Mérula observó con atención los detalles e imaginó cómo resplandecerían el día de la fiesta junto a las innumerables velas encendidas. Anhelaba que llegase el momento; aunque, por otro lado, le atemorizaba lo que los brujos y brujas que acudiesen a la festividad pudiesen pensar al saber quién era.

—¿Por qué no te quedas aquí esta noche? —sugirió Katya, sacándola de sus pensamientos—. Ahí afuera no podemos protegerte, mira qué sucedió anoche.

—Agradezco tu preocupación, pero prefiero dormir en casa —aseguró—. Prometo que hoy iré directamente. Créeme, no quiero volver a encontrarme con esos lobos.

—Lo que pienso es que aún no te has percatado de lo que has provocado. Con tus acciones, le has dejado vía libre a Ada para que nos ataque cuando quieran —comentó la líder con evidente preocupación.

—De verdad que lo siento mucho. No dejaré que os pase nada. No quiero ser culpable de más muertes —manifestó la joven, sabedora de su error. Estaba dispuesta a luchar—. Además, la mansión está oculta, no podrán encontrarnos.

—Buscarán la forma, son poderosos.

—No puedo hacer nada para reparar el daño causado —se justificó. De nada servía ya lamentarse.

—Nos defenderemos con uñas y dientes. Si hace falta, pediré ayuda a la casa matriz.

—¿Qué es exactamente?

—La casa matriz alberga a los brujos más poderosos, y es donde acudimos cuando necesitamos ayuda. Se tratan problemas como los Adalyn; también a brujos con problemas para controlar su magia o que se vuelven adictos a ella; además, se somete a juicio a quienes han incumplido las normas. De igual modo, presentamos a los nuevos miembros del aquelarre —le explicó Katya, intentando hacerle un breve resumen. Evitó contarle algunas partes que era mejor hablar con tranquilidad.

—¿Eso quiere decir que tendré que asistir a la próxima reunión? —la interrogó.

—Me temo que sí —admitió, sin darle importancia; era una mera formalidad.

—Entonces, imagino que estarán al corriente de todo lo que sucedió esa noche —puntualizó,

abrumada por la nueva información.

—Así es. Lo que no saben es que naciste tú y que tu madre y tu abuela han fallecido. —Katya sintió como el temor se apoderaba de su corazón.

—Eso no me tranquiliza —comentó la joven.

—Tranquila, Mérula. Tú no tuviste la culpa de nada. Será una simple presentación —le garantizó con una sonrisa—. Iba a contártelo después de Cáligo. Quería que disfrutases de la festividad sin preocuparte por cosas que aún no han llegado.

—Prefiero saberlo todo, no soy una niña a la que proteger —manifestó algo molesta. No deseaba que le escondiesen información importante; ya había vivido en una mentira durante toda su vida.

—Lo siento, prometo que no volveré a ocultarte nada más —se disculpó la líder—. Sé que eres una joven muy madura, pero no puedo evitar preocuparme por ti. No quiero que sufras.

Ante esas palabras, Mérula cambió su actitud defensiva por otra más amable.

—Lo sé, pero mi vida ha cambiado tanto en tan poco tiempo que aún no he asimilado todo lo que me está pasando —confesó un poco afligida. En su estado, también influía no poder dejar de pensar en Caleb y en cómo estaría. Pese a que no quería darle esa importancia al brujo, no podía evitarlo y ese sentimiento la hacía estar irritada.

—No hay nada que perdonar, mi niña —le dijo Katya agarrando su barbilla con cariño y obligándola a mirarle a los ojos—. Recuerda que estoy aquí si necesitas hablar o saber algo más.

—Gracias.

—Te dejaré a solas. En aquella estantería está el tomo que habla sobre Tormas. Es el segundo estante —la informó señalando la del fondo, junto a la entrada del invernadero.

—¿Tan predecible soy? —preguntó Mérula, sorprendida.

—Eres muy curiosa, sé que siempre quieres saber más —aseveró la mujer con una media sonrisa—. Te dejo para que puedas estar tranquila, iré a ver cómo está Adalyn. Recuerda ir directa a casa —le advirtió—. Te veré al amanecer.

—Así lo haré —prometió.

Mérula dejó la túnica bien colocada sobre la silla que ocuparía y fue a por el libro. Buscó en el estante indicado hasta dar con él. Era un tomo no muy grande, pero sí grueso, encuadernado en cuero marrón y desgastado por el tiempo. Los bordes de las hojas estaban arrugados, y se veía alguna suelta. Lo agarró con cuidado y lo depositó sobre la mesa de madera; después, tomó asiento. En la portada, escrito de forma tosca y sin cuidado, versaba el título: «Mitos y leyendas». Ojeó sus páginas, que crujían al pasarlas. Hacia la mitad del libro encontró lo que buscaba: «Tormas, el oscuro».

«Existió una vez un brujo oscuro llamado Tormas, cuyo poder y habilidades sobrepasaban la comprensión de aquellos que lo rodeaban. Desde muy joven, se sintió atraído hacia el lado más sombrío de la magia, y se sumergió profundamente en el estudio de las artes prohibidas y malditas.

A medida que su conocimiento y poder crecían, se convirtió en una figura temida y respetada por los brujos oscuros de todo el reino. Su voluntad de hierro y su astucia implacable le valieron el título de «El Señor Oscuro». Su reputación se extendió rápidamente y se ganó el respeto y la admiración de aquellos que compartían su afinidad por las fuerzas malignas.

»Tormas reunió a su alrededor a un selecto grupo de brujos oscuros, cada uno dotado de habilidades únicas y sed de poder similar a la suya. Juntos, formaron un aquelarre secreto cuyo objetivo era dominar el mundo mágico. Bajo su tutela, aprendieron técnicas avanzadas y secretos ocultos de las tinieblas.

»Impresionados por su liderazgo y destreza, los brujos oscuros comenzaron a adorarlo como un ser supremo. Creían que su guía era crucial para alcanzar el potencial máximo de su magia oscura. Tormas se convirtió así en una figura venerada dentro de este círculo, ganándose lealtad y devoción inquebrantables.

»Sin embargo, a medida que acumulaba más poder, también comenzó a experimentar una transformación personal. Aunque estaba rodeado de seguidores y admiradores, un sentimiento de soledad y vacío comenzó a aflorar en su interior. Se dio cuenta de que había sacrificado demasiado en busca de la grandeza. A pesar de todo lo logrado, se encontraba insatisfecho.

»El encuentro con una bruja de luz cambió radicalmente su vida. Aunque inicialmente estaba decidido a destruirla, el aura brillante y pura de la joven provocó una chispa de bondad y salvación dentro de él. Intrigado y confundido por estos nuevos sentimientos, Tormas decidió explorar un camino diferente, uno que la mayoría de los brujos oscuros considerarían traición. Desafiando a sus adeptos y a su propia esencia previa, comenzó a estudiar las artes de la luz y a seguir el camino de la redención. A medida que aprendía a armonizar su poder oscuro con su contraparte, se percató de que este equilibrio era mucho más potente y significativo que cualquier tipo de práctica tenebrosa.

Con el tiempo, Tormas se dio cuenta de que la dualidad existe en todos nosotros y que no hay una única senda.

Se dice que esa bruja era la diosa Magnalis, y que de esa unión nació la primera mujer con el poder de Lucidumbría».

Mérula quedó fascinada con la historia. ¿Y si era verdad y tuvo una hija con la deidad? Por desgracia, nunca se sabría si la leyenda era cierta. Se trataba de una fábula demasiado antigua. En la página contigua se encontraba un dibujo del supuesto Tormas. Lo habían retratado como alguien joven y hermoso, casi tanto como la imagen de Magnalis situada sobre la chimenea y la talla de piedra del salón. En ese momento, se preguntó si los miembros del Aquelarre del Lobo serían fieles seguidores de él o de ella. Por lo poco que había visto, apostaría a que lo eran de Tormas. Los brujos con los que se encontró en el lago parecían oscuros, al igual que su magia. Cerró el libro y volvió a dejarlo en su lugar.

Observó las estanterías llenas de ejemplares y permaneció pensativa durante un par de minutos. Sacó la carta de su madre y volvió a leerla; algo se agitaba en su interior. Quería saber qué le ocurrió a su padre y, ya que se encontraba en la biblioteca, decidió ojear el grimorio familiar en busca de algún conjuro que le sirviese para averiguarlo. Necesitaba algo con lo que conocer cómo había muerto. Tuvo suerte, pues halló uno llamado «Conjuro de los recuerdos ancestrales», parecido al que utilizó para invocar a su madre, pero relativamente diferente.

Para él había que encender una vela blanca, colocar un espejo delante y, con sal, trazar un círculo alrededor; después poner la fotografía o recuerdo de forma que se reflejase en él, sentarse frente a ella, cerrar los ojos y concentrarse en la persona fallecida. Tras pronunciar su nombre tres veces en voz baja, se debían declamar las palabras que activaban el conjuro.

«Espíritu del pasado, revela tus secretos para mí.

En esta hora de magia y luz, permite que tus acciones sean vistas».

Una vez dichas, se tenía que abrir los ojos, observar el reflejo en el espejo y permanecer en silencio. Había que mirar con atención, pues era posible que se presenciasen imágenes o escenas de lo que el fantasma hizo antes de su muerte. Las visiones serían vagas o detalladas, dependiendo de la fuerza del vínculo espiritual y la efectividad del conjuro. Tras obtener la información deseada o sentir que era hora de terminar, se agradecería al espíritu su presencia y se cerraría la sesión con las palabras:

*«Espíritu del pasado, te agradezco tu revelación.
Ahora te dejo descansar en paz. Que así sea».*

Una vez encontrado lo que buscaba, Mérula subió a su habitación a por la última misiva que su padre le había escrito a su madre; eso le serviría para llevar a cabo lo que pretendía. Estuvo tentada de llamar a la de Caleb para comprobar si estaba allí y ver cómo se encontraba, pero decidió que no era el momento. Hablaría con él por la mañana. Tras guardarse la carta, volvió a colocar todo en su sitio y se marchó con rapidez.

Lo que Mérula no sabía es que al final no le haría falta utilizar ningún hechizo...

CAPÍTULO 34

Estaba anocheciendo cuando salió de la mansión, aunque parecía que esta ya hubiese llegado al bosque de *Ifrit*, pues todo estaba sumido en la oscuridad. Tras transformarse en cuervo, se alzó sobre los árboles y emprendió el vuelo en dirección a su casa.

Cuando casi había llegado a su destino, vio a otro cuervo surcando el bosque, de un lado a otro, sin rumbo. Se acercó al ave y vio la mancha blanca en el pecho revelando que se trataba de Caleb.

«¿Hay algún problema?» le preguntó poniéndose a su altura.

«Estoy buscando a mi madre. Cuando volví para ver cómo seguía, ya no estaba en su habitación. Esperé a ver si regresaba, pero no lo hizo» la informó preocupado. Adalyn salía a volar en múltiples ocasiones, cuando necesitaba despejarse, pero esta vez llevaba demasiado tiempo fuera.

«Katya me dijo que subiría a verla, se habrá encontrado con que no había nadie» comentó Mérula.

«No te preocupes, hablaré con ella a mi regreso» aseguró mientras continuaba recorriendo el perímetro del bosque y la joven le seguía de cerca.

«Si quieres puedo ayudarte a buscarla». Sugirió. A pesar de que Adalyn la odiaba, no quería que le pasase nada, sobre todo por Caleb.

«No, Mérula, es mi responsabilidad. Además, seguro que la encuentro enseguida. Como te dije, no es la primera vez que lo hace» se reafirmó, un tanto seco. «Te veré por la mañana, descansa».

Tras esa despedida, descendió y desapareció entre los árboles, algo que la molestó. Era tan terco que no aceptaría la ayuda de nadie, y menos la de ella. Graznó con fuerza y se marchó. En el camino, volvió a escuchar a los lobos aullar, algo que le puso los pelos de punta. Aceleró su vuelo, deseosa por encontrarse a salvo tras la barrera.

Tardó tan solo un minuto en llegar y, después de traspasar la protección mágica, se transformó en humana. Un leve movimiento entre los árboles la puso en alerta. Su compañera luminosa no tardó en aparecer a su lado. Mérula avanzó unos pasos en dirección a la oscuridad y una sombra se situó frente a ella. La figura llevaba una túnica con capucha y no fue capaz de ver quién se escondía debajo. Parecía un espectro en medio de la espesura. Pese a no verle la cara, supo que la observaba atentamente, protegido por la sombra que la caperuza arrojaba en su rostro. Lo primero que pensó fue que podría tratarse de un brujo del Aquelarre del Lobo.

El individuo de negro se aproximó hasta que la pequeña luz lo alumbró de forma tenue.

—Te pareces tanto a ella... —comentó con voz trémula.

—¿Quién eres? —preguntó Mérula plantándole cara. Fuese quien fuese, allí estaba segura.

—La otra noche te vi en el lago y pensé que eras ella. Luego recordé que estaba muerta —

añadió con pesar mientras se retiraba la tela y revelaba su identidad.

El rostro que se presentaba ante sus ojos era una grotesca combinación de partes deformadas. La piel, pálida y desgarrada, tenía cicatrices de un tono oscuro que se retorcían como ramificaciones irregulares por toda su superficie. Ver esa cara desfigurada le provocó una profunda tristeza y la llenó de compasión. Era evidente que había sido víctima del fuego, dejándole marcado de por vida. Sin embargo, al mismo tiempo, le provocó una incómoda sensación de repulsión. Buscó sus ojos, la única parte que permanecía intacta entre aquel caos de carne abrasada y desfigurada. En cuanto los contempló, los reconoció: eran tan oscuros y profundos como los suyos, y la miraban de forma paternal.

—¿Padre? —fueron las únicas palabras que sus labios lograron pronunciar. No podía moverse, paralizada por la impresión.

—No estaba seguro; sin embargo, al verte ya no me queda ninguna duda.

—Pero ¿cómo es posible? Pensé que estabas muerto —comentó Mérula aún sin creer que lo tuviese delante. Todo indicaba que había perecido, y ahora lo tenía frente a ella—. Nadie encontró tu cuerpo. Si desapareciste, ¿cómo supiste que mi madre había fallecido?

—¿Que cómo lo supe? Lo sentí dentro, percibí que una parte de mí moría, y luego la vi en sueños... —confesó afligido. Su voz destilaba tanto dolor que la misma Mérula lo notó como si fuera suyo.

—Y si tanto la amabas, ¿por qué no fuiste a buscarla?, ¿por qué dejaste que pensara que habías perdido la vida? —las preguntas se agolpaban en su garganta, pugnando por salir.

—Tardé mucho tiempo en recuperarme de las quemaduras. Además, no podía presentarme ante ella con este aspecto; se habría horrorizado y yo no hubiese soportado su rechazo —explicó, intentando dar respuesta a sus preguntas y sintiéndose culpable por no haberlo hecho. Debido a su temor, nunca supo que estaba embarazada.

—Fuiste un cobarde, tendrías que haberla buscado. Al menos para despedirte de ella. De hacerlo, quizás te hubieses enterado de que esperaba un hijo, y quién sabe si las cosas hubiesen sido de otro modo —le reprochó con las lágrimas a punto de desbordarse de sus ojos y el viento agitando su cabello.

—No sabía dónde buscarla. Cuando me recuperé, la mansión había desaparecido, al igual que tu madre —manifestó, desviando la mirada con culpabilidad—. Eso me destrozó...

No podía culparlo de que ella la hubiese abandonado en el orfanato. Ni siquiera sabía de su existencia; no obstante, en ese momento no podía dejar de pensar en que de haberla ido a buscar antes, su vida hubiese sido diferente.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó compungida.

—Nadie supo de mí ni quise que conocieran mi paradero. Oculté mi casa mediante magia y decidí romper el vínculo que me unía a mi aquelarre —siguió relatando, con la esperanza de que esa joven que tenía frente a él, su hija, entendiese sus razones y no lo odiase. No soportaría que lo hiciera.

—¿Has estado todo este tiempo escondido en el bosque?

—Sí, pero sé todo lo que pasa en él. He aprendido a moverme entre las sombras para que

nadie me vea —afirmó.

—Entonces, sabrás que estoy en peligro. Vuestras acciones sellaron mi destino al nacer y no pararán hasta matarme —le reprochó Mérula, sabiendo el dolor que esas palabras podían causarle a Blake.

—Éramos jóvenes y no pensamos en las consecuencias de nuestros actos —aseguró el brujo —, pero ahora que sé de tu existencia, vuelvo a tener un motivo para seguir en este mundo.

En el fondo, Mérula se moría de ganas por abrazarlo y decirle que lo había extrañado toda su vida, que le daba igual que estuviese quemado y desfigurado. Deseaba llorar como una niña en su regazo y después castigarlo con su magia por haberla dejado sola pensando que estaba muerto.

—Perdóname, hija, por no saber que existías —le rogó bajando la mirada, arrepentido y avergonzado por sus actos. Ahora más que nunca estaba seguro de que Gisela le habría aceptado con sus cicatrices y demonios, como en ese momento hacía Mérula, y de que le hubiese ayudado a sanar.

—No puedo culparte por tus actos, ni siquiera sabías que estaba embarazada y esa noche ella tampoco.

No tenía sentido odiarlo o rechazarlo ahora que se habían reencontrado y que no sabía cómo iba a terminar esa guerra. Seguía queriendo vengar a su madre, a su abuela y a todos los que murieron ese día. Sin embargo, eso solo traería más odio y dolor para todos.

—No sé qué pensará Katya cuando sepa que sigues con vida —puntualizó la joven con evidente preocupación en el rostro.

—Organiza una reunión con ella en el bosque mañana al atardecer y se lo contaré todo —le pidió con renovadas esperanzas. Ahora, su única misión era proteger a su hija—. No pude ayudar a tu madre, pero, por ella, haré todo lo que esté en mi mano para defenderte a ti —le prometió con mirada firme, lleno de determinación.

—Está bien. —Mérula no pudo negarse. Quería seguir hablando con él y que le relatase más cosas sobre el que fue su aquelarre. Anhelaba saber más acerca de los lobos y de su vida anterior.

—Gracias —dijo intentando sonreír, pero sus cicatrices lo impidieron, produciéndole una gran molestia debido a la tensión de la piel.

—Comprenderás que no te permita pasar, este es el único sitio seguro. —Aunque se moría de ganas por tener esa conversación, no cometería el error de dejarle entrar.

—Ni yo tampoco te lo pediría, Mérula —aseguró—. Por cierto, tu madre te puso un nombre muy acertado. He de reconocer que, cuando lo escuché en el lago, me sorprendió.

—Es extraño y poco común —admitió.

—Y también me impresionó tu poder —confesó él—. Nunca había visto a nadie absorber el poder de la oscuridad y utilizarlo en su beneficio.

—Eso es una herencia de mis antepasados —mencionó Mérula—. También albergo el don de la luz en mi interior, y puedo utilizarlo para transformar las sombras en luminosidad y emplear los dos.

Blake se asombró al escuchar sus palabras. Gisela había creado en su interior a un ser especial, bendecido por la luz y las sombras. Después de todo, no lo habían hecho tan mal. La

observó con orgullo, uno que solo un padre podía sentir por una hija. Ella pudo percibirlo en su mirada y no pudo evitar sonreír. Era la primera vez en su vida que notaba que de verdad le importaba a alguien. En ese instante, su vínculo de sangre los unió para siempre.

—Me gustaría quedarme más tiempo, pero no quiero arriesgarme a ser visto. Nos encontraremos mañana al atardecer. Estaré en la parte más profunda del bosque, cerca del lago —le indicó, dándole los últimos detalles.

—Ten cuidado —le rogó Mérula—. No me gustaría perderte ahora que te he recuperado —confesó sin importarle mostrar sus sentimientos ante él.

—Lo tendré. —Tras esas palabras, volvió a colocarse la capucha y se perdió en la espesura, dejándola allí de pie, aún sin creerse lo que había sucedido.

Pero las sorpresas no habían terminado para Mérula esa noche. Al cabo de unos minutos, unos iris luminosos aparecieron entre los árboles. Un lobo enorme de pelaje ámbar salió de su escondite posicionándose frente a ella tras la barrera. Enseñó su afilada dentadura y, segundos después, se transformó en una mujer de gran belleza, con el cabello rizado pelirrojo y salpicado de canas que enmarcaba un rostro envejecido pero hermoso. Poseía unos ojos color miel de expresión firme y decidida que la observaron con atención.

—Un reencuentro precioso, sin duda —comentó Ada, la líder de los lobos, de forma irónica. Casualmente, acudió al igual que Blake a hablar con Mérula, y se encontró la escena—. Lástima que no vaya a durar mucho.

—Ada... —Mérula la había reconocido de la visión de Lavina.

—Veo que sabes quién soy. Mejor, así nos ahorraremos las aburridas presentaciones —declaró la mujer con expresión divertida.

—¿Qué quieres? —preguntó sin más preámbulos.

—Nada más quería hablar contigo en persona, conocerte, y ahora, después de ver una escena tan conmovedora, decirte que disfrutes de tu padre mientras puedas —le advirtió—. Qué callado se lo tenía, y todos pensando que había muerto. —Una macabra carcajada se escapó de su garganta—. Muy astuto.

—Solo has venido a amenazarme, por lo que veo —comentó Mérula, indiferente. No pensaba darle la satisfacción de verla flaquear.

—En realidad, sí. También quería comprobar si te parecías tanto a tu madre como afirmaba Malkom.

—¿Y ya has comprobado lo que querías?

—Sí, y me complace anunciarte que compartiréis el mismo destino —sentenció la bruja—. Y lo más divertido y perturbador es que no sabréis cuándo ocurrirá. Lo que sí puedo adelantarte es que será algo apoteósico —le aclaró moviendo las manos de forma teatral.

—Si lo intentas, estaremos preparados —la desafió la joven, retándola con la mirada.

—Eso incluso le da más emoción —comentó Ada con una sonrisa que le heló la sangre—. Quería conocerte antes de mi venganza, y tras el descubrimiento de esta noche, esta será mucho más dulce. Además, sería de muy mala educación que ni siquiera me hubiese presentado —puntualizó—. Acabaré con Blake yo misma, solo así resarciré la muerte de mi hija.

—Es algo del pasado, de nada servirá que nos mates. No te la devolverá —dijo Mérula, sabiendo que esas palabras aumentarían su inquina hacia ella.

La expresión de Ada mutó de repente, se volvió más oscura y el odio creció en su mirada. Aquella frase no hizo más que provocar que su deseo de venganza le nublase la razón.

—Gisela podría haber dejado de ver a Blake la noche que tu abuela y yo acordamos que no volverían a encontrarse. No obstante, decidí seguir citándole, aun sabiendo que estaba comprometido con mi hija, y eso es algo que jamás le perdonaré —aseguró mientras el dolor de su recuerdo se clavaba en su corazón como cientos de espinas.

Extendió su mano e intentó crear una grieta en la barrera, probando a retorcerla y convertirla en agua. Ada tenía el poder de alterar la materia y, por un segundo, Mérula creyó que lo lograría, pues esta empezó a temblar a su alrededor como si estuviese viva. La joven intentó repeler la magia de Ada; sin embargo, la misma protección de la casa lo hizo, devolviendo el ataque a la bruja, que ella desvió contra un árbol. Después la salvaguarda retornó a su estado sólido e invisible.

—Es inútil que intentes usar tu magia. Aquí no puedes hacerme daño, Ada —le advirtió la joven, sin hostilidad.

—Solo ha sido una advertencia. Tu muerte llegará muy pronto, Mérula —juró.

No dijo nada más. Se transformó en lobo y desapareció.

«Perfecto, ahora también saben que mi padre sigue vivo» pensó.

Todo empezaba a complicarse más de la cuenta. Además, tener que contarle a Katya que Blake estaba vivo era un problema añadido. No sabía cómo reaccionaría al verle y si creería en lo que dijera. No quería que haberlo recuperado se convirtiese en motivo para más disputas con Adalyn, y tampoco sería tan estúpida para pedirle a la líder que lo dejase entrar en la mansión. Pero sí deseaba poder hablar con él si le apetecía y averiguar si sus intenciones eran sinceras y sus palabras certeras.

Ada se estaba preparando para atacar y debían estar prevenidos, pues no tardaría en hacerlo.

CAPÍTULO 35

La noche dio paso al silencio y con él, la cabeza de Mérula no dejaba de darle vueltas a las palabras de Ada. Era muy astuta: había escuchado la conversación con su padre, esperando el momento exacto para abordarla y hacerla sabedora de sus intenciones. Sus amenazas estaban llenas de resentimiento hacia ella y Blake, que ahora también se hallaba en peligro. Katya no podía rechazar la ayuda de este, lo necesitaban. De hecho, requerían a todos los brujos y brujas que estuviesen dispuestos a echarles una mano.

Temblaba a causa de los nervios. Los eventos del pasado volverían a repetirse y temía ser la responsable de más muertes. Sus ansias de venganza eran iguales o mayores que las de Ada, pero sabía que con su caída también tendría que cargar con la de otros inocentes que perecerían en el transcurso de los acontecimientos. De una cosa sí estaba segura: protegería a su aquelarre, y si para ello tenía que acabar con alguno de los brujos del bando contrario, lo haría. Le habían abierto las puertas de su casa, acogido pese a lo que sucedió y le estaban enseñando a controlar y desarrollar su poder. Era más de lo que nadie había hecho por ella en toda su vida. Se lo debía, en especial a Katya, su mentora y su apoyo. Incluso entendía a Adalyn, y lamentaba que su proximidad le produjese tanto dolor. Su presencia había reabierto las heridas del pasado.

Y luego estaba Caleb, por quien no tenía claros sus sentimientos, pero cuya cercanía la hacía estremecerse. Debía volver a hablar con él para dejar las cosas claras, decirse lo que sentían y decidir qué hacer con esos sentimientos. Ella, por su parte, quería seguir conociéndolo y descubrir qué escondía bajo ese caparazón. Estaba segura de que tenía un buen corazón, de que solo era un joven solitario y herido que necesitaba un poco de compresión y amor; y ella, aunque quisiera negarlo, deseaba dárselo. Ansiaba hacerle ver que podían quererle si se dejaba, que era capaz de encontrar a alguien que lo amase y corresponderle sin miedo a ser rechazado. Mérula no lo haría. Si decidía abrirle su corazón, no lo abandonaría.

Llegar a esa conclusión la sorprendió. Hasta ese preciso instante, ni siquiera se había dado cuenta de que quería estar con él y ayudarlo a salir de esa coraza con la que él mismo se había recubierto debido a la falta de cariño por parte de su madre y a la ausencia de su padre. Sabía que era bueno, puesto que pese a todo, siempre velaba por Adalyn y la protegía.

Intentó dormir, pero le fue imposible, ya que no paraba de darle vueltas a la situación. Así pues, decidió darse un baño para relajarse y después se puso a leer el libro que había sobre la mesa. Estudió sus páginas durante un buen rato e inspeccionó los botes que contenían hierbas, intentando identificarlas con las que iba viendo en la obra escrita por su abuela. Realizó algunas pociones sencillas para aliviar el dolor y otra que, según señalaba, servía para inducir al sueño. Mezcló los ingredientes indicados y decidió tomar un par de sorbos del amargo brebaje para ver si le ayudaba a dormir. No tardó mucho en hacer efecto: al cabo de diez minutos se quedó dormida con la cabeza apoyada en el viejo tomo.

Esa noche tampoco tuvo pesadillas, pero sí soñó con fuego, gritos y muerte. No vio ninguna imagen en concreto, solo un cúmulo de escenas que pasaron tan rápido frente a ella que no consiguió divisar nada en claro. Cuando despertó, aún no había amanecido. Se incorporó de la silla y se masajeó el cuello dolorido por la incómoda posición en la que había dormido. Intentó recordar sus sueños sin éxito; tan solo le quedó una sensación de desazón en el pecho que no supo interpretar.

Se preparó para volver a la mansión. Estaba muy nerviosa, no sabía cómo reaccionaría Katya al ver a su padre. Tras recogerse el pelo en un moño y ponerse un vestido limpio del armario, se marchó. Tardó un poco más de la cuenta en llegar; la mañana estaba despejada y disfrutó sobrevolando el bosque mientras empezaba a amanecer. Una tenue franja de luz dorada despuntaba en el horizonte y los pájaros trinaban anunciando el comienzo de un nuevo día. Con cada aleteo, sentía la brisa acariciar su plumaje y sabía que no importaba cuán incierto pareciera el futuro, pues estaba lista para enfrentarlo. Después de desayunar, entrenaría sus poderes hasta el mediodía e intentaría hablar con Caleb; quería verle y preguntarle si su madre había aparecido y si estaba bien.

Cuando llegó a su destino, Neo la recibió como solía: con su maullido espectral y sus intentos por rozarse, en los que traspasaba sus piernas y le producía una sensación de frescor bajo el vestido.

—Hola —la saludó Caleb desde las escaleras. La miró con detenimiento: con el moño quedaba al descubierto su largo cuello, de aspecto suave. Sintió ganas de comprobarlo, pero se dijo a sí mismo que dejara de pensar en tonterías.

—Hola, Caleb —respondió Mérula de forma seca, tal como lo había hecho él—. ¿Encontraste a tu madre?

—Sí, por suerte no tardé en hallarla. Estaba cerca del lago, sentada tranquilamente sobre un tronco —la informó.

—Espero que al menos le fuese bien el paseo —comentó ladeando la mirada.

—Fue raro. Cuando la sorprendí allí, tenía una extraña sonrisa y, al verme, de repente volvió a ser la misma, seria y con aspecto desolado —confesó.

—Quizás estuviese acordándose de algo del pasado —sugirió Mérula—. Tal vez, ese lago le traiga alguna reminiscencia.

—Podría ser. Recuerdo ir con ella en verano a recoger plantas, y alguna vez me dejó bañarme en sus aguas —manifestó con una sonrisa cálida al recordar esos momentos que parecían tan lejanos.

Mérula contempló su sonrisa y cómo esta iluminó su cara, haciéndolo aún más hermoso de lo que ya le parecía. Acortó la distancia que los separaba.

—Caleb, ¿puedo hablar contigo? —le preguntó temerosa. En realidad no sabía por dónde empezar. Nunca se había declarado a nadie, y menos aún a alguien tan celoso de mostrar sus sentimientos como él.

—Tú dirás, pero no podemos entretenernos mucho. Katya te está esperando y durante el resto de la mañana entrenarás conmigo el poder de las sombras —le urgió.

Caleb no había estado a solas con ella desde que se besaron en su habitación. Mérula le agradaba. Le gustaba la forma en que respondía a sus provocaciones, su temperamento impredecible y su sencilla pero extraña belleza. El aura que la envolvía le atraía de una forma que cada vez le costaba más ignorar. Sin embargo, tenía miedo. Sabía que su madre jamás la aceptaría, y a eso se sumaba que Adalyn era lo único que le quedaba y no quería decepcionarla. Aunque eso significase ser infeliz.

—Caleb, he intentado evitar sentirme así y aún no entiendo cómo alguien que ha sido tan distante, desafiante y detestable como tú ha conseguido hacerse un hueco en mi corazón. No obstante, no puedo seguir negando lo que siento, y quiero saber si a ti te pasa lo mismo —

confesó, trabándose en las últimas palabras—. Cuida tu respuesta. Si dices algo que pueda herirme o te escudas en tu madre para no afrontar lo que sientes, no volveré a acercarme a ti —le advirtió, desafiándolo con la mirada.

Mérula sabía que, en cierta forma, estaba presionándolo, pero no quería perder el tiempo. Se estaba exponiendo ante él, abriendo su corazón y dándole la oportunidad de corresponderla o destrozarla. Caleb sabía cómo herir con las palabras.

El joven enmudeció al escuchar su confesión. Miró su rostro compungido, sus enormes y profundos ojos negros aguardando una respuesta, y aún le pareció más hermosa. Al saber lo que ella sentía, todas sus barreras se desmoronaron como un montón de arena arrastrada por el viento. Era la primera vez en su vida que alguien le abría su corazón de esa forma, algo que ni su propia madre había hecho; ella ni siquiera quería tenerlo cerca la mayoría de las veces y no hacía nada por disimularlo. En cambio, él siempre la situaba la primera en su lista de prioridades, y ¿qué había obtenido con ello? Nada, ser un joven amargado y menospreciado. Llegar a esa conclusión le bastó para tomar una decisión. Desvió la mirada de la de ella durante un breve instante y, tras apretar los puños con fuerza, se acercó y la tomó entre sus brazos.

—Mérula, aunque quisiera, no podría negar lo que provocas en mí. Me atraes de una forma que no logro entender. Eres la única que ha visto más allá de lo que ven los demás —confesó sin dejar de apretarla contra él. La joven no podía verle el rostro, pues lo había enterrado en su hombro.

—¿Qué haremos, Caleb? —preguntó, sabiendo lo complicado que era para él todo aquello.

—No lo sé, pero no quiero que te vayas. No quiero sentirme solo más tiempo. —Y tragándose su orgullo pronunció las palabras mágicas—. Te necesito, Mérula.

Se separó de ella y agarró su rostro entre sus manos. Se miraron y los dos se sintieron correspondidos. Mérula ardía en deseos por tomar sus labios y lo hizo, de forma apasionada y dulce, como debe ser el primer amor. Katya salía en ese momento de la biblioteca. La joven estaba tardando mucho y decidió ir a buscarla. Al cruzar el umbral y andar unos pasos, los vio besándose. Se detuvo en seco al ver la escena y se alegró de ser ella quien los descubriese. No quiso ni imaginar lo que hubiese courrido si se hubiese tratado de Adalyn. Tosió de forma disimulada y la pareja, al percatarse de su presencia, se separó rápidamente.

—Será mejor que dejéis los arrumacos para otra ocasión. No me gustaría que Adalyn pasara por aquí y os viera. Bastantes problemas tenemos ya —comentó con gravedad, aunque por dentro se alegrase. Era la primera vez que Caleb mostraba algún sentimiento que no fuese hostilidad y desgana por todo—. Tendréis que ir con cuidado.

—Lo siento —se apresuró a disculparse Mérula, bajando la cabeza avergonzada.

—Por mí no tenéis que preocuparos; no obstante, preferiría que de momento lo mantuvieseis en secreto. Y Caleb, si vas a entrenar con ella, más vale que dejes de mirarla así o todo el mundo se enterará, incluida tu madre.

—No te preocupes por eso, nadie lo sabrá —le aseguró, apartándose un poco más de la joven. La sola idea de que Adalyn pudiese descubrirlos hizo que se estremeciese. No creía que soportarse que su hijo se estuviese enamorando de la hija de Gisela.

—Bien, vayamos a desayunar —comentó, haciendo un gesto con la mano a Mérula para que la siguiese. Caleb las observó marchar y una sonrisa tonta se le dibujó en los labios.

—Katya, tengo que pedirte algo —comenzó a hablar la joven mientras servía el café.

—Te escucho.

—Necesito que vengas conmigo al atardecer. Tengo que mostrarte algo en el bosque —le

pidió, dando un sorbo de forma nerviosa; estaba helado.

—¿De qué se trata, Mérula? —preguntó, observándola con atención. Percibía su nerviosismo tras cada palabra.

—Prefiero que lo veas por ti misma llegado el momento —manifestó la joven. No iba a contarle nada por si decidía que no quería reunirse con su padre.

—A juzgar por el nudo que oprime tu pecho, debe ser algo importante. Recuerda que puedo percibir tus emociones, y están a flor de piel —comentó con una sonrisa.

—Para mí sí lo es —declaró, rogándole con la mirada que no hiciese más preguntas.

—Está bien, Mérula —aceptó tras ver que de verdad le importaba—. Espero que lo que tengas que mostrarme merezca la pena. No suelo salir de la mansión a no ser que sea estrictamente necesario.

—Merecerá la pena, te lo aseguro —manifestó con una sonrisa nerviosa.

Solo esperaba que no fuese un motivo de conflicto y que pudiesen llegar a un entendimiento.

CAPÍTULO 36

El resto del día Mérula estuvo entrenando con Caleb y las gemelas en las mazmorras. Intentaron limitarse solo a practicar la magia de sombras, aunque les fue imposible evitar que se les escapase alguna mirada furtiva que otra, o que la joven se sonrojase cuando se rozaban. Habían abierto su corazón el uno al otro y el encuentro de esa mañana les sabía a poco. Tendrían que encontrar la forma de verse a solas sin miedo a ser descubiertos.

Tras el agotador entrenamiento, en el que la joven transformó las sombras de Caleb en luz y volvió a crear la esfera que contenía los dos poderes sorprendiendo a todos, decidieron tomar un descanso durante el cual, Mérula no pudo dejar de darle vueltas a la reunión que tendría lugar al atardecer. Además, ahora que se había sincerado con Caleb, dudaba si contarle que su padre no estaba muerto, ya que eso era un arma de doble filo. Podría ser el detonante para que su madre terminase de enloquecer, y estaba segura de que intentaría matar a Blake, e incluso la culparía de ello. Lo mejor sería mantenerlo en secreto; de momento.

El día estaba dando sus últimas bocanadas cuando las brujas abandonaron la mansión. Los mortecinos rayos de sol se filtraban de manera tímida a través de los árboles e incidían en la tierra húmeda. Las motas de polvo danzaban de forma armoniosa en su luz.

—Sígueme —le indicó Mérula a Katya, transformándose en cuervo y alzando el vuelo sin darle tiempo a preguntar.

La líder, aún no muy convencida de todo aquello, siguió sus pasos. Estaba segura de que era una encerrona y que lo que encontraría no le gustaría. Notaba la preocupación de la joven, el estado de nervios que la devoraba por dentro.

El día se había vuelto frío y ventoso. Este agitaba las ramas y copas de los árboles, arrojando aullidos y crujidos al aire.

Mérula se detuvo al llegar al lago y descendió hasta colocarse sobre el árbol muerto. Katya la imitó, situándose a su lado.

«¿Qué estamos haciendo exactamente en este lugar?» preguntó la bruja, sin entender el porqué de tanto secretismo. No le hacía ninguna gracia exponerse de esa forma, Ada y su aquelarre estaban furiosos.

«Espera y lo verás» le pidió, empezando a inquietarse más ante la actitud de Katya. Aún no había rastro de Blake.

La figura encapuchada del brujo apareció cuando los últimos destellos incidían sobre la superficie del lago, pintándolo en tonos anaranjados y rosáceos. Katya lo observó con reticencia.

«¿Quién es?» preguntó sin quitarle ojo de encima, dispuesta a usar la magia si era necesario.

—Seguidme, hablaremos en un sitio seguro —indicó Blake, que las había visto posadas en el árbol.

«No pensarás seguirlo» se sorprendió Katya, incrédula «No me moveré de aquí hasta saber qué está pasando».

«Es mi padre» confesó finalmente la bruja. «No estaba muerto».

Tras lo dicho, alzó el vuelo y fue detrás de la figura, que se adentró en el bosque. Katya no

tuvo más remedio que seguirla, pues debía protegerla. Las palabras de la joven se repetían igual que un eco en su cabeza. ¿Cómo permaneció con vida?

Blake se detuvo después de andar varios metros bosque adentro.

—Ya podéis volver a ser humanas, aquí estaréis a salvo. —Su voz era grave y profunda, la misma que Katya recordaba, aunque con un deje de dolor y amargura. Intentó ver más allá de este, pero no vio nada.

Blake la observó con atención. Habían pasado más de dieciocho años y su piel ahora lucía más arrugada, aunque su mirada seguía siendo la misma que recordaba. Esta lo estudiaba con atención, indagando en su interior.

—Ha pasado mucho tiempo, Katya —la saludó, echando hacia atrás la capucha de la túnica dejando a la vista su rostro y cabeza quemados, llenos de cicatrices y marcas.

—¿Cómo es posible que sobrevivieses? Yo misma te vi caer, tus heridas eran terribles —manifestó, aún sin creerse que fuera él—. Pensábamos que Ada se había llevado tu cuerpo. ¿Dónde estuviste todo este tiempo?

—Venid conmigo y os lo contaré todo —las invitó a acompañarlo.

Ante ellas, donde solo había bosque apareció una casita de madera construida de forma tosca. Era pequeña y destartada, cubierta de musgo y helechos. El rumor del viento entre los árboles parecía un susurro ancestral, una bienvenida a la reunión que estaba a punto de tener lugar.

—Pasad, por favor —les indicó, haciéndose a un lado para que pasasen primero.

Mérula entró, seguida de Katya. El interior las sorprendió, era una casa muy acogedora. Blake había construido una chimenea con piedras, encendida con un fuego suave y cálido. En las estanterías de madera se hallaban botes que contenían hierbas y algunos insectos muertos. En el centro se encontraba una mesa rectangular y mal cortada que tenía encima una especie de mortero, algunas velas y un plato de barro con restos de comida. Un catre situado en el rincón y un mueble con unos cuantos libros completaban el mobiliario. Solo una pequeña ventana sobre la cama arrojaba algo de luz al interior. Blake encendió las velas con magia y les indicó que tomaran asiento en los trozos de tronco colocados alrededor de la mesa, que cumplían dicha misión. Él ocupó el que estaba justo frente a ellas.

—¿Por dónde quieres que empiece? —dijo, dispuesto a responder todas las preguntas de Katya.

—¿Qué tal si empiezas por cómo conseguiste sobrevivir? —sugirió la bruja. Quería estar el menor tiempo posible en el exterior.

—Me arrastré hasta quedar oculto en el bosque. Tenía la seguridad de que iba a morir y no quería que Gisela me viese en ese estado —comenzó a relatar—. Estuve inconsciente al menos dos días y, cuando desperté, estaba tan débil y dolorido que no pude hacer otra cosa que permanecer tumbado sobre la tierra húmeda. El dolor era insoportable y el frío del bosque me reconfortó en cierta manera. —Todo su cuerpo se entumeció al recordar el suplicio—. Aunque el que sentía en mi corazón era peor que cualquier otro. No saber cómo estaría tu madre me revolvía las entrañas.

Sus palabras salían como un torrente de su boca. Nunca le había contado a nadie lo que le sucedió y por fin alguien lo escuchaba. Miró a su hija. Seguía sin creerse que lo fuese, pero el

enorme parecido con su madre no dejaba lugar a dudas.

—¿Qué pasó después? —preguntó la joven, deseosa por saber cómo había sobrevivido.

—Me arrastré durante días buscando plantas para curar las quemaduras, alimentándome de insectos y algún fruto que encontré en el camino. Cuando por fin el dolor fue disminuyendo y pude ponerme en pie con la ayuda de una rama, me dirigí al único lugar que conocía y donde sabía que estaría a salvo: el lago. —Se detuvo unos segundos antes de continuar, le costaba recordar todo aquello—. Poco a poco me fui alimentando de algunos peces y, tiempo después, las quemaduras empezaron a sanar y yo a sentirme más fuerte. Cuando pude volver a usar mi magia, lancé un hechizo para mantenerme oculto y decidí ir a buscar a Gisela para explicarle todo, pero tu abuela ya había escondido la mansión con magia y yo olvidado su paradero exacto.

—Dos días después de los sucesos, decidimos que lo mejor sería mantenernos ocultos para evitar otro enfrentamiento. No queríamos que nadie más resultara herido o muerto —prosiguió Katya, fijando su mirada en la ventana—. Dimos por hecho que Ada se había llevado tu cuerpo.

—¿Y no pensasteis en volver para comprobarlo? —preguntó Blake con resentimiento—. Me arrastré, pero no llegué muy lejos en mi estado.

—Nuestra prioridad fue ponernos a salvo. Gisela quiso retornar al lugar horas después, pero Roselyn se lo prohibió. Nos llevamos los cuerpos del marido de Roselyn y del de Adalyn y no volvimos más —confesó Katya, sintiéndose culpable. Si hubiesen accedido a las peticiones de Gisela, quizás la historia habría sido diferente para todos.

—Tranquila, no os culpo. No creo que Gisela hubiese permanecido a mi lado al ver mi aspecto. Precisamente eso fue lo que me frenó para continuar buscándola —confesó, tocando su rostro quemado y deforme con la yema de los dedos.

—Gisela no pudo soportar tu pérdida y decidió marcharse cuando había pasado un mes desde el enfrentamiento. En ese entonces, ya sabía que estaba embarazada, pero no se lo había contado a nadie, ni siquiera a su madre. Estaba furiosa con ella por prohibirle buscarte —aclaró Katya, observando su gesto con tristeza.

—Fui un cobarde —se culpó.

—Solo intentaste sobrevivir. Te honra que volvieres a buscarla. El pasado ya no se puede cambiar —lo consoló, cogiéndole la mano—. Al menos, algo bueno salió de tanta desgracia. —Agarró la de Mérula y la colocó sobre la de su padre—. Ahora ninguno de los dos volverá a estar solo.

—Y al fin tengo un motivo por el que seguir viviendo —manifestó Blake, apretando los dedos de Mérula con fuerza.

—Ya no tendré que imaginar cómo sería tener un padre —aseguró la joven con una sonrisa. Al fin la vida parecía devolverle algo hermoso.

CAPÍTULO 37

—¿Abandonaste tu aquelarre? —preguntó Katya de repente.

—Renuncié a ser un lobo. No quería que me encontrasen ni que pudiesen utilizar mi desgracia en su beneficio. Yo solo me debía a mi amor por Gisela y ella ya no estaba —respondió, apartando la mirada de la bruja—. Vino a verme en sueños y supe que algo le había pasado. De repente me sentí vacío, como si me hubiesen arrancado parte de mi alma y comprendí que estaba muerta.

—¿Cómo encontraste a Mérula?

—Como le conté a ella, vi lo que pasó en el lago. Pensé que era una aparición, eran tan parecidas... Luego vi a Seth y a Malkom y supe que estaba relacionada con Gisela. Decidí buscar en el único sitio que me podía dar una pista, la casa de Roselyn, a la que había vuelto en numerosas ocasiones encontrándola vacía en cada visita. Esperé paciente hasta que apareció. Cuando me acerqué para hablar con ella y me miró con esos ojos negros y profundos, supe que era mi hija. —La contempló con amor sincero en la mirada. Una parte de Gisela seguía viva y él iba a protegerla a toda costa. No dejaría que su antiguo aquelarre osara tocarla; si era necesario daría su vida a cambio.

Ahora su destino estaba claro: la diosa le había salvado para redimirse y protegerla a ella. Era su deber corregir los errores del pasado. No iba a abandonarla. En ese momento, supo que si Mérula lo había aceptado con ese aspecto deforme, Gisela también lo hubiera hecho. Un dolor punzante atravesó su corazón.

—Entonces, sabrás que Mérula está en riesgo.

Katya podía sentir que los lobos atacarían pronto. Era una sensación de inquietud y peligro que la atenazaba constantemente. Tenía que saber si podían contar con la ayuda de Blake. En cierta forma, se lo debía al aquelarre y, sobre todo, a su hija. Ya no podía salvar a Gisela, pero sí actuar para que su linaje no desapareciera para siempre.

—Lo sé, y ten por seguro que haré todo lo posible por protegerla. Os ayudaré. De no hacerlo, Gisela no me hubiese perdonado —prometió con mirada firme y decidida—. Llevo demasiado tiempo escondido, ya es hora de remendar mis errores y vengar a todos los que perdimos.

—Me alegra oír eso —comentó la líder con una sonrisa.

—¿Tenéis algo pensado? —preguntó, esperando que tuviesen algún plan.

—No. De momento estamos a salvo ocultos en el bosque, pero como ya sabrás, en breve celebraremos Cáligo y vendrán más brujos, y eso pondrá en alerta al Aquelarre del Lobo —comentó Katya visiblemente preocupada.

—Deberíais cancelar la festividad —sugirió Blake.

—Eso no es posible. Nadie sabe de la existencia de Mérula. No podemos cancelar la festividad más importante del año por algo que la mayoría desconoce—manifestó Katya.

—Por mi causa todos estáis en peligro —comentó la joven, sintiéndose responsable de todo lo que pudiese suceder a partir de ahora.

—No te culpes. Ellos podían haber dejado las cosas como estaban —manifestó su padre—. De nada sirve remover los sucesos del pasado solo para satisfacer las ansias de venganza de una

bruja cruel y despiadada.

—De todas formas, ninguno conoce la ubicación de la mansión y quien lo hacía la olvidó cuando la ocultamos.

—Podrían seguir a alguno de los invitados —planteó el brujo.

—De todas formas, no podrán encontrarla. Desaparecerían al entrar en el perímetro, y sin las palabras que eliminan el velo es imposible que la hallen —aseguró convencida—. De todos modos, si deciden atacarnos durante Cáligo y días posteriores, seremos más numerosos y contaremos con brujas y brujos poderosos. No creo que sean tan estúpidos.

—Precisamente porque no lo son, no creo que decidan atacar en minoría —puntualizó el brujo.

Él mejor que nadie sabía cómo funcionaban las cosas en ese aquelarre. En el tiempo que estuvo con ellos, fue testigo de lo crueles y maliciosas que podían ser Ada y su hermana. El sobrino de Ada, Malkom, era igual o peor: usaba su magia de fuego para dañar y atemorizar. Por suerte, la hija de Ada, a pesar de ser engreída y caprichosa, no albergaba esa maldad. Solo atacó a Gisela por celos, ya que estaba enamorada de Blake.

—Celebraremos Cáligo como estaba previsto —insistió Katya, retándolo con la mirada—, e imagino que también podremos contar con tu ayuda —añadió con gesto interrogante.

—Haré lo que sea necesario para proteger a mi hija —respondió sin apartar los ojos de la bruja.

—Bien, es todo lo que necesitaba escuchar —sentenció Katya, y cambió su expresión por otra más relajada—. Será mejor que nos vayamos ya.

—Sí, será mejor evitar cualquier encuentro indeseado —comentó Mérula poniéndose en pie. Estaba satisfecha con el resultado de la reunión.

—No podré vigilar a Mérula si no sé dónde hacerlo —añadió Blake.

—Una cosa es que acepte tu ayuda y entienda los motivos por los que has permanecido oculto todo este tiempo. Otra muy distinta es que ponga a mi aquelarre en peligro revelándote la ubicación de la mansión —respondió Katya, visiblemente molesta por su petición.

—No pretendía ofenderte, Katya, pero te repito que no podré protegerla si no sé dónde hacerlo —puntualizó el brujo. Su intención no iba más allá que la de ayudar a su hija, algo que Katya pudo ver claramente en su interior.

—Lo sé, pero imagino que comprenderás mi posición como líder. Estoy segura de que sabrás cómo actuar llegado el momento —finalizó.

—Espero que entonces no sea demasiado tarde.

—Por favor, tenemos que estar unidos —comentó Mérula viendo el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Tienes razón. Vigilaré el bosque y si descubro algo iré a buscarte a la casa de Rosalyn —la informó el brujo.

—Hay algo más que debéis saber —anunció Mérula interrumpiéndoles.

—Te escuchamos —comentó Katya, agarrando su mano y notando el miedo que la atenazaba.

—Después de que Blake se marchase —Le resultaba muy raro llamarlo padre—, apareció Ada. Según me contó, esa noche había venido a presentarse y se encontró con la escena.

—Entonces, ya saben que estoy vivo... —comentó el brujo poniéndose en pie y dirigiéndose a la chimenea para apoyarse en ella—. Eso lo cambia todo.

CAPÍTULO 38

—Lo siento, tendría que haberlo comentado en primera instancia —se disculpó Mérula nerviosa.

—¿Te hizo algo? —preguntó Katya con preocupación.

—Pretendí atacarme, pero la casa me protegió —continuó explicando—. Estaba furiosa. Intenté razonar con ella, aunque sus ansias de venganza nublaban cualquier posibilidad de entendimiento.

—No parará hasta encontrarme —dijo Blake angustiado.

—Mantengamos la calma, nadie sabe que te escondes aquí —afirmó Katya intentando tranquilizarlo.

Mérula barajó la posibilidad de dejarlo entrar en su casa. Era el único lugar verdaderamente seguro para ella, pero de repente fue la solución más clara en su cabeza.

—¿Y si lo dejase entrar en casa de Roselyn? De invitarlo, la casa le considerará alguien de mi confianza y podría atravesar la barrera —manifestó con determinación, segura de la decisión que estaba a punto de tomar.

—No creo que sea una buena idea —refutó Blake. Lo último que quería era causar más problemas.

—Lo haré con la condición de que solo vengas cuando te sientas en peligro. Luego tendrás que volver aquí —habló de forma seria—. Y si veo cualquier actitud extraña por tu parte, declinaré mi invitación.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer, Mérula? Es tu padre, pero apenas lo conoces —añadió Katya, sopesando la situación. Los sentimientos de Blake por su hija eran sinceros, pero no podían fiarse de nadie.

—Lo estoy. Es cierto que apenas nos hemos tratado; sin embargo, no me gustaría perderlo antes de hacerlo —respondió con una sonrisa melancólica en los labios.

—Solo consentiré tu proposición si me dejas protegerte pase lo que pase —propuso el brujo—. Aunque eso signifique aceptar mi sacrificio sin interceder.

Mérula sopesó la contraoferta de su padre. La idea de perderle la llenó de amargura. No obstante, saber que podía escudarlo de igual forma dejándole acceder a la casa le bastó.

—Está bien, lo haremos así —aceptó.

—Solo espero que no te arrepientas de lo que vas a hacer —le advirtió Katya.

—No lo hará —afirmó Blake—. Te aseguro que únicamente entraré si es estrictamente necesario.

Esperaba que, al menos, su padre no la traicionase.

—Entonces, todo aclarado —sentenció Katya dando por finalizada la conversación.

—Nos marchamos ya —anunció la joven.

—Adiós, Mérula, ve directa a casa —le pidió. Pese a su rostro desfigurado y carente de expresión, vio emoción en sus ojos negros, que brillaron al contemplarla.

—Tendré cuidado —le aseguró con una sonrisa.

Mérula salió de la cabaña con la sensación de haber hecho lo correcto. Katya, por su parte, había quedado turbada al ver el estado de Blake. Apenas pudo reconocerlo bajo la piel quemada y deformada. Nunca dudó de que estaba muerto y ahora la historia daba un giro inesperado.

—Perdona por traerte engañada —se disculpó la bruja más joven—, pero si no, no habrías venido.

—Seguramente esa hubiese sido mi primera reacción —admitió compungida—. Como imaginarás, saber que está vivo y verle en ese estado ha removido muchos recuerdos enterrados.

—Puedo llegar a imaginarlo, pero para mí, saber que sobrevivió y que no estoy sola en el mundo, ha sido todo lo contrario —confesó con los ojos brillantes.

—Lo entiendo, Mérula, es tu padre —comentó, acariciando su rostro con ternura—. Será mejor que vuelva a casa, se estarán preguntando dónde estoy.

—Sí, alguien tiene que poner orden —dijo Mérula con una sonrisa.

—¿Estás enamorada de Caleb? —soltó de repente.

—¿A qué viene esa pregunta? —cuestionó, ruborizándose. No se la esperaba.

—Me sorprendió veros esta mañana en actitud tan cariñosa después de que parecierais odiaros —manifestó.

—Bueno, aún es muy pronto.

—Sabes que si Adalyn se entera terminará por volverse loca del todo, y no dudo de que su primera reacción sería matarte. Además, aún no estoy segura de si Caleb te protegería a ti o a su madre si decidieses defenderte —manifestó la bruja, poniendo frente a Mérula una posibilidad que debía tener en cuenta y en la que no había pensado.

—No tiene por qué enterarse —respondió, turbada ante lo que exponía Katya.

—Lo sé, de igual forma que sé que Seth está enamorado de Malory sin que él me haya dicho nada... Las madres sabemos esas cosas, y Adalyn es muy perspicaz. Créeme, acabará averiguándolo —aseguró. No quería hacerle daño; sin embargo, tenía que conocer todas las opciones y decidir por sí misma si valía la pena arriesgarse.

Mérula no dijo nada, tan solo se quedó mirando en dirección al lago. Las palabras de Katya la habían dejado tocada y confundida. ¿Elegiría Caleb a su madre de todas formas, aun sabiendo que estaba dispuesta a estar con él?

—No quiero preocuparte, pero mi obligación es protegerte, ya sea de un aquelarre o de tus propios sentimientos —le dijo, haciendo que le mirara a los ojos.

—Lo sé, Katya, y créeme que lo tendré en cuenta —le aseguró de forma sincera.

—Lo que sí quiero pedirte es que no le cuentes a nadie que Blake está vivo, y mucho menos a Caleb —dijo—. No podemos fiarnos de que pueda contárselo a su madre.

—Eso ya lo había pensado. No voy a decirle nada por el momento —aseguró Mérula. Aún no tenía tanta confianza con él ni podía arriesgarse a causar otro problema en el aquelarre.

—Bien, mañana empezaremos con los preparativos de Cáligo, como estaba previsto. Ve directa a casa, casi ha anochecido —manifestó Katya, antes de convertirse en cuervo y marcharse del lago.

Mérula hizo lo propio y se dirigió a su hogar.

CAPÍTULO 39

Mérula se detuvo antes de traspasar la barrera al escuchar el graznido de un cuervo, alzó la mirada en dirección al árbol más cercano y posado en una rama vio a Caleb. Una vez establecieron contacto visual se transformó en humano. La joven lo observó con detenimiento, ahora le veía de otra forma y le ponía nerviosa tenerle cerca. Caleb, por su parte, se deleitó con su presencia, le parecía incluso más hermosa, sonrojada como estaba, era la primera vez que la veía ruborizarse de esa forma y le resultó algo precioso. Acortaron la distancia que les separaba pero ninguno hizo nada, el brujo alzó su barbilla con delicadeza y contempló esos ojos negros que tanto le atraían.

—Hace rato que te estaba esperando —le confesó sorprendido, nunca había sentido esa necesidad por estar cerca de alguien.

—Fui a sobrevolar el bosque, necesitaba despejarme. Ha sido un día de muchas emociones —le mintió. Como prometió, no pensaba contarle nada sobre su padre, todavía.

—Katya también estuvo ausente, ¿fue contigo? —indagó con curiosidad, sin pretender sonar como si hubiese segundas intenciones en su pregunta.

—Sí, la convencí para que me acompañase. Me dijo que nunca salía de la mansión y le insistí para que viniese —respondió esperando sonar convincente—. Ella conoce bien el bosque.

—Veo que te ha tomado mucho cariño —comentó aún algo extrañado, no recordaba la última vez que la había visto salir. Siempre les mandaba a él y a Seth al pueblo cuando hacía falta comida o a realizar algún recado.

—La verdad es que está siendo un gran apoyo —manifestó apartando la mirada de forma tímida.

—Ahora también me tienes a mí —aseguró, obligándola a mirarlo de nuevo. Mérula vio ternura en sus ojos azul mar y su corazón comenzó a latir rápidamente—. Ven conmigo, te llevaré donde voy cuando quiero estar solo. Estoy seguro de que Katya no te ha llevado allí.

Caleb se transformó en cuervo y aguardó a que ella también lo hiciese.

«Sígueme» le indicó alzando el vuelo.

«Espero que no estés intentando secuestrarme» comentó la bruja de forma irónica.

«Vaya, qué valiente eres cuando sólo eres un pequeño cuervo» respondió tras una carcajada.

«Aún no te conozco lo suficiente, no sé cuáles son tus intenciones, cuervo engreído» añadió complacida al escuchar su risa cristalina.

«Secuestrarte no está en mis planes, de momento» puntualizó divertido, elevándose por encima de los árboles hasta llegar a cielo abierto.

Mérula siguió sus pasos y también dejó atrás los árboles. El cielo nocturno y estrellado la recibió y una ráfaga de aire la impulsó hacia arriba, desequilibrándola. Caleb se colocó a su lado y la empujó para estabilizarla. Los dos comenzaron a volar juntos mientras se cruzaban, bajaban y subían en sintonía. Ni siquiera conectaron mentalmente, tan solo fueron dos aves surcando el cielo en libertad.

«Es allí» le indicó descendiendo en dirección a una colina cercana.

Mérula le siguió hasta llegar a su parte más alta, donde se encontraban las ruinas de lo que parecía un viejo monasterio de piedra. Caleb se posó en una de sus murallas y volvió a recuperar su forma humana, la joven lo imitó y se sentó junto a él. Los dos se quedaron absortos observando todo lo que les rodeaba, el bosque a sus pies y el cielo sobre sus cabezas repleto de pequeñas lucecitas brillantes. Justo ese momento una estrella fugaz lo cruzó, desapareciendo después en el horizonte.

—¿Vienes a menudo? —preguntó la bruja para romper el silencio que se había instalado entre los dos.

—Siempre que quiero estar solo, que suele ser casi cada noche. Contemplar el paisaje desde estas ruinas me ayuda a pensar y olvidar —confesó el joven—

—¿Incluso si llueve?

—Incluso si llueve —afirmó con una sonrisa ante la pregunta—. Este lugar tiene el poder de tranquilizarme —Caleb cogió la mano de Mérula y la colocó sobre la piedra húmeda, esta era cálida y la hizo estremecer—. Si cierras los ojos y te concentras, puedes sentir la energía de un lugar a través del tacto. Inténtalo.

La joven cerró los párpados y acarició la superficie de lo que una vez fue una muralla, se concentró en el olor a musgo y tierra que la rodeaba, una pequeña descarga eléctrica vibró bajo su contacto y poco a poco se fue extendiendo por su brazo. Era una energía suave y agradable que la relajó al momento. Después apartó la mano con suavidad y volvió a abrir los ojos.

—Ha sido increíble —comentó satisfecha.

—La magia atrae a la magia —añadió acariciando su rostro.

—¿Nunca habías traído a nadie aquí?

—Eres la primera. Como habrás observado no me tienen en gran estima en el aquelarre, y nos les culpo, no soy la persona más amable del mundo —manifestó chasqueando la lengua.

—¿Y no crees que tu madre tiene gran culpa de eso? —De inmediato se arrepintió de hacer esa pregunta, pues su expresión cambió totalmente a otra de aversión—. Lo siento, no debí decir eso—se apresuró a disculparse.

—Entiendo que pienses que es una persona cruel, muchas veces lo es y no recuerdo la última que me demostró un ápice de cariño, pero es mi madre y la única familia que tengo —respondió con ira, enfadado consigo mismo por seguir queriéndola a pesar de todo, a pesar de lo mal que había tratado a Mérula. Y de que jamás aprobase su relación con ella—. Qué tal si practicamos un poco de magia, enséñame de qué eres capaz —propuso Caleb para evitar que siguiese preguntándole cosas sobre su madre. Se bajó del muro y se escondió en las ruinas.

Mérula vio en sus ojos que para él era doloroso hablar de Adalyn, así que decidió no insistir más. Siguió sus pasos y se dispuso a buscarlo, la idea de practicar magia en aquel lugar le gustó. Una lengua de sombras salió por el hueco de lo que parecía ser una ventana directa hacía ella. La joven extendió la mano y la absorbió con la palma, transformando las sombras en luz y devolviendo el ataque. Caleb lo esquivó y se movió entre las ruinas.

—Así que quieres jugar —comentó para sí misma.

Invocó una esfera de luz, la sostuvo en la palma de la mano y se introdujo en las ruinas. La claridad que emitía la bola iluminó todo el interior del lugar, tras inspeccionar todos los

recovecos no vio ningún rastro de Caleb. Salió de nuevo a cielo abierto y recorrió el perímetro.

—¿Dónde estás, Caleb? No me gustan los sustos...

El brujo se acercó de forma sigilosa a la Mérula, la agarró por detrás y la atrajo hacia él. La esfera que había invocado salió disparada tras proferir un grito e impactó contra el muro que tenía delante, derrumbándolo.

—¡Estás loco! —le gritó intentando zafarse de sus brazos sin éxito.

Caleb aflojó su abrazo y esta se giró para mirarle dispuesta a enfrentarse a él, pero se encontró con unos ojos pícaros que la observaban con deseo. No había sentido eso por nadie, la bruja despertaba en él sentimientos que nunca había experimentado. Mérula vio sus labios entreabiertos y su estómago se llenó de pequeñas mariposas revoltosas. Los acarició con suavidad con sus dedos y él los besó con ternura. Se miraron a los ojos, la joven se abrazó a su cuello y sus labios se fundieron en un beso dulce pero apasionado. Caleb acarició su espalda mientras ella le agarraba el pelo y masajeaba su nuca. El beso se volvió más intenso y los dos experimentaron por primera vez con sus lenguas, al principio de forma torpe para después hacerlo con ímpetu. Los dos se atraían de igual manera, aunque no se sentían preparados para ir más allá. Mérula aún no lo conocía lo suficiente y aunque deseaba más, todavía no era el momento. Tras separarse, se ruborizó y apartó la mirada.

—No lo hagas, no tienes nada de lo que avergonzarte —le dijo sosteniendo su rostro para observarla, sus ojos negros le miraron atrayendo su atención, atrapándolo en su embrujo.

—No puedo evitarlo, me gustas —comentó con miedo, no estaba segura de que aquello fuese a ninguna parte.

—Para mí no es fácil admitir mis sentimientos, pero tú también me gustas, Mérula —confesó depositando un suave beso en sus labios.

—Me alegra saberlo —respondió hundiendo la cabeza en su pecho.

—Creo que será mejor volver, no quiero ponerte en peligro —manifestó Caleb abrazándola.

—Sí, yo también lo pienso.

Permanecieron unidos un poco más, no querían separarse, se sentían seguros uno en brazos del otro, como dos piezas que encajaban de forma natural. La magia fluía entre ellos.

—Ahora ya sé dónde venir cuando no quiera estar sola —comentó observándole.

—Quizás no debería haberte traído, ahora sabrás dónde encontrarme cuando lo quiera estar yo—añadió con una sonrisa.

—Ya no volverás a estar solo —puntualizó, besándolo en los labios después.

Los dos se transformaron en cuervo, Caleb esperó a que Mérula estuviese a salvo tras la barrera y siguió su camino hasta la mansión. Por una vez sentía que alguien quería estar cerca de él porque así lo deseaba y no por obligación, como solía ser lo habitual. Excepto por Seth, que era el único amigo que tenía.

CAPÍTULO 40

Mérula había pasado la noche como en una nube, pensando en lo sucedido con Caleb. Aún le costaba asimilar que le gustase después de lo mal que habían empezado, y relegó a un segundo plano la sensación de que algo malo iba a suceder en breve. Si como todos sospechaban, Ada se cobraba pronto su venganza, al menos habría aprendido a dominar casi por completo sus dones, aunque aún le quedaba un largo camino por recorrer para averiguar hasta dónde alcanzaría su poder. Para ello contaba con la ayuda de su padre también y, al menos, podría defenderse cuando el otro aquelarre decidiese a atacar.

No tardó en dormirse, estaba agotada.

Los preparativos para Cáligo empezaron esa misma mañana, quedaban solo tres días para la celebración. Mérula estaba deseosa por que llegase el día, la túnica de su madre permanecía guardada en su habitación a buen recaudo, esperando a ser usada. Las gemelas se encontraban en el invernadero recogiendo alguna de esas flores que refulgían de forma mágica con el contacto. Y Seth, junto a Caleb, en las mazmorras hechizando las piedras que más tarde se colocarían dentro de los faroles. Ese día no hubo entrenamiento, Mérula ayudó a Katya y a Malory a colocar y limpiar la estatua de la diosa Margalis. Adecentaron el salón y empezaron a colocar entre todas las flores que las gemelas habían recogido. Todo alrededor de la figura de piedra tenía que estar cubierto de ellas, venerarla era el principal objetivo de Cáligo.

—¿Dónde está Adalyn? —preguntó Malory extrañada, todos los años participaba en los preparativos.

—La vi salir temprano —respondió Elora.

—Últimamente está más insoportable de lo normal, la saludamos y nos ignoró —añadió Cailyn colocando algunas flores sobre las manos de la estatua.

—Es mi culpa —claudicó Mérula con la mirada perdida.

—Adalyn ya era así antes de que llegaras, solo que todo lo que había enterrado ha salido a la superficie de nuevo y no sabe cómo afrontar la situación —comentó Katya—. Entiende que no es fácil ver a alguien que te recuerda constantemente lo que sucedió.

—Eso no debe impedir que disfrutes de Cáligo —la animó Malory entregándole algunas velas para que las colocase en los candelabros.

—¿Cuándo empezarán a llegar los invitados? —preguntó mientras ponía cada una en su sitio.

—Mañana lo hará la hermana de Enzo con nuestros sobrinos, viven a dos días de aquí —anunció Katya.

—¿También son cuervos?

—Sí, forman parte del aquelarre aunque no vivan aquí. También vendrán miembros de otros aquelarres hermanos —siguió informando.

Katya pensó en que después de Cáligo tendría que llevarla a la casa Matriz para presentarla como bien le había contado, aunque evitó mencionar que tendría que conocer a Flavia, la bruja más anciana, antigua y venerada de la comunidad (contaba con casi cien años de edad). Esa bruja era una gran fuente de información, conocía multitud de leyendas y hechizos y, aunque la memoria empezaba a fallarle, seguía recordando muchos eventos del pasado y era una gran conocedora de la historia. Cuando falleciese su lugar lo ocuparía la siguiente con más edad, así había sido desde hacía siglos. Se situaba en Umbría, un lugar en el que la magia fluía como el río que rodeaba la casa principal de Flavia. Estaba escondido entre bosques frondosos y montañas nevadas, protegido por hechizos antiguos. La enorme vivienda se encontraba en el centro de la ciudad, rodeada por jardines exuberantes y senderos de piedra. La bruja, con su larga melena plateada y su túnica de terciopelo negro, era la fuente de sabiduría y guía para los habitantes de Umbría. En la casa junto a Flavia vivían los sanadores más poderosos, los que se dedicaban a preservar la historia y se encargaban de custodiar la biblioteca, que albergaba tomos ancestrales y pergaminos que narraban la historia de la brujería. Desde la creación de la sociedad mágica hasta los enfrentamientos con otros brujos y criaturas místicas, era un tesoro de conocimiento que solo aquellos con el permiso de Flavia podían explorar, y los brujos que se especializaban en enseñar a los nuevos miembros de los aquelarres. Normalmente se trataban de jóvenes como Mérula, que acababan de recibir sus dones al cumplir la mayoría de edad. Estos eran alentados a pasar su primer año aprendiendo de los maestros de Umbría cuáles eran sus poderes y a dominarlos. Desde pequeños los niños daban muestras de algunos de sus dones, pero no era hasta los dieciocho años cuando estos se manifestaban totalmente. Y aunque no era obligatorio, aquellos que elegían abandonar la comunidad eran vistos con cierta desconfianza. Muchos optaban por enseñar a sus nuevos miembros dentro del mismo aquelarre pero, para quienes decidían aprender allí, eso les daba buena imagen ante la sociedad mágica y ganaban el favor de Flavia. Lo que les otorgaba ventajas tales como tener prioridad a la hora de necesitar atenciones médicas. Destacar en la sociedad mágica de Umbría significaba ganarse el beneplácito de Flavia. Sería bueno para ella ir, allí podrían guiarla y conocer más acerca de su don, y quizás también alejarse de Ada y así evitar el enfrentamiento que todos temían.

Nadie sabía de la existencia de Mérula ni de quién era hija, así que sería toda una sorpresa cuando supiesen que el linaje de su familia no había desaparecido como todos pensaban y que, encima, había heredado el poder de sus ancestros que se creía perdido. De igual forma, debería informar que Blake seguía vivo, y quizás, Mérula tendría que quedarse un tiempo allí, algo que todavía no le había contado, pero lo haría antes de llevarla. Les había prohibido a los demás que le hablasen de ello hasta que ella lo hiciese, y ahora que se había reencontrado con su padre, aún le costaría más decirle que posiblemente, se vería obligada a alejarse de nuevo de él.

—Vaya, está quedando precioso —comentó Enzo irrumpiendo en el salón y sacando a relucir su mejor sonrisa.

—Aún queda mucho por hacer —puntualizó Katya dándole una flor que se iluminó con su contacto, los dos se miraron de forma tierna.

—Ya está bien de arrumacos —protestó Elora arrebatándole la flor a Enzo de la mano y colocándosela en el pelo.

—Un poco de respeto —le regañó este divertido.

—Iré preparando la comida —anunció la gemela antes de marcharse.

Mérula no pudo evitar que se le escapase una sonrisa y se sonrojase, algo que no pasó

desapercibido para Malory, que la observó con expresión pícaro.

—Te has sonrojado, ¿en qué o quién estás pensando? —le preguntó acercándose de manera disimulada a su oído para que Caylin no la escuchase.

—En nadie, quiero decir en nada —respondió de forma nerviosa alejándose para seguir colocando las velas en el candelabro más apartado. Malory no pudo evitar sonreír al ver la actitud infantil de la bruja, en otro momento hablaría con ella.

El mediodía llegó pronto, y aunque aún quedaban muchas flores y adornos por colocar, decidieron parar para comer algo.

—Iré a avisar a los chicos —anunció Enzo, abandonando el salón.

Mérula observó la estatua de la diosa delicadamente tallada y le pareció aún más hermosa de lo que era, rodeada de flores y velas que una vez encendidas la iluminarían arrojando su luz dorada sobre ella. No podía dejar de pensar en Caleb y en las ganas que tenía de volver a verle, Malory ya había intuido que alguien le rondaba la cabeza y no hacía falta pensar mucho para saber de quién se trataba. Seth y ella estaban enamorados, por lo que solo quedaba una opción posible en la ecuación. Si ella se había percatado, los demás no tardarían en hacerlo, incluyendo a la madre de Caleb. Pensar en ello hizo que se le cerrase el estómago, lo que menos le apetecía era tener que darle explicaciones, o peor aún, enfrentarse con ella. Seguía dudando de si Caleb se pondría de su parte o por el contrario acabaría apoyando a su madre.

—¡Mérula! —la llamó Katya por tercera vez.

—Dime —respondió finalmente la joven cuando la bruja estableció contacto físico con ella colocando la mano en su hombro.

—La comida está lista. ¿En qué estás pensando? —preguntó sabiendo que algo la preocupaba.

—En nada, no te alarmes —respondió con una sonrisa intentando sonar convincente—. Vayamos a comer.

Cuando entraron en el salón, los demás ya se encontraban sentados en su sitio habitual. A excepción de Adalyn, su silla estaba vacía. Mérula sintió la tentación de situarse junto a Caleb, pero desechó la idea de forma inmediata por si volvía. Tampoco quería que sospechasen que estaban juntos, así que optó por sentarse al lado de Malory y así evitar cualquier contacto con el brujo. Este la contempló desde su posición, observando cada movimiento de la joven que tanto le atraía. Por un momento sus miradas se encontraron e imaginó en su cabeza que la tomaba en sus brazos y sus labios se unían en un impetuoso beso. Desvió la vista hacia el asiento vacío de su madre y su deseo se evaporó, se preguntó dónde se había metido, estaba preocupado, últimamente se ausentaba demasiado y temía que le pasase algo o que la atacasen mientras permanecía en el bosque.

—Caleb, ¿sabes dónde está Adalyn? —preguntó Enzo al ver el deje de preocupación del joven. Le daba pena, siempre se había desvivido por su madre y esta nunca se comportó de forma cariñosa. Siempre le exigía que fuese el mejor en todo y debido a eso, Caleb siempre estaba irascible y nunca supo relacionarse con los demás como un niño normal.

—Me temo que no, salió sin despedirse —respondió con cara de circunstancia—. A mí también me gustaría saberlo, créeme.

—No tendré más remedio que hablar con ella. Su obligación como miembro de este aquelarre y de esta casa es ayudar con los preparativos de Cáligo y dejar a un lado su orgullo y enemistad con Mérula. Son días para venerar a nuestra diosa y reencontrarnos con nuestros orígenes y amigos para celebrarlo —manifestó Katya visiblemente molesta—. Tendré que tomar medidas y llevarla ante Flavia, ella determinará qué hacer, yo no puedo hacer más. No escucha,

ni se puede razonar con ella —advirtió al brujo—. Espero que lo entiendas.

Caleb no dijo nada, sabía que tenía razón, que su madre no estaba bien y que había empeorado. Realmente nunca lo estuvo. Finalmente, tomó la más dura de las decisiones.

—Creo que será lo mejor, a mí ha dejado de hacerme caso y nada de lo que diga hará que entre en razón —claudicó, desviando la mirada de la de Katya.

—Lo complicado será llevarla hasta allí, dudo de que quiera ir por voluntad propia —comentó Seth observando a su amigo.

—¿Quién es Flavia? —preguntó Mérula en voz baja a Malory.

—Es la bruja más anciana de la comunidad y alguien muy influyente —la informó de igual forma entre susurros, no quería ni podía revelar nada más, se lo había prometido a Katya.

—Parece alguien interesante, me gustaría saber más —manifestó con curiosidad.

—Me temo que tendrás que preguntarle a Katya —le aclaró, metiéndose un trozo de carne en la boca para así no tener que seguir hablando.

Mérula observó a Caleb preocupada, el brujo sujetaba en la mano el tenedor con fuerza mientras permanecía pensativo. Un humo oscuro comenzó a envolver el cubierto y este empezó a doblarse y retorcerse hasta clavarse en su carne. Un hilo carmesí le resbaló por el dorso de la mano, nadie más pareció percatarse. La joven se levantó de su silla y se sentó junto a él agarrándole la mano con ternura. Al principio ni siquiera la vio pero, la calidez de su piel lo trajo de vuelta a la realidad.

—Caleb, suelta eso, estás sangrando... —le susurró muy cerca de su oído de forma dulce.

El joven la miró y los ojos oscuros de Mérula se clavaron en los suyos. De forma inmediata se sintió embriagado por su oscuridad y soltó el tenedor, que cayó al suelo retorcido e inservible. Los demás contemplaron la escena sorprendidos por la complicidad que parecían tener.

—Bien hecho —le dijo acariciando su rostro, después le agarró la mano para ver si se había dañado. Las puntas del tenedor se habían clavado superficialmente, pero la herida seguía sangrando—. Lo llevaré a su habitación.

Nadie dijo nada, todos sabían lo que significaba para Caleb haber tomado la decisión de dejar marchar a su madre, admitir que él, su propio hijo, no podía hacer nada para ayudarla, y que debía volar libre, que su vida o su futuro ya no dependían de ella. Después de tantos años siendo dependientes el uno del otro, aquello era como perder una parte de sí mismo. Mérula le agarró del brazo y los dos juntos abandonaron el salón en dirección a la habitación de Caleb.

—¿Qué pretendías hacer con el tenedor? —le regañó de forma cariñosa.

—Perdona, era eso o descargar mi rabia e impotencia sobre lo primero que estuviese frente a mí —se disculpó cabizbajo.

—Debe de ser muy duro admitir que tu madre no está bien, y en parte me siento culpable de la situación —dijo con pesar—. Mi llegada solo ha causado problemas y mientras siga aquí seguiré ocasionándolos, quizás sería mejor que yo me marchase, no Adalyn —aunque eso significase alejarse de su padre.

—No digas tonterías, ella nunca estuvo bien y tarde o temprano lo que llevaba en su interior iba a explotar —aseguró, la sola idea de perderla le desgarró por dentro. Ella era su futuro, su bálsamo, la forma de resarcirse de su dolor.

—Imagino que sí, pero no puedo evitar sentirme así

Caleb se detuvo al llegar a la puerta de su habitación y la obligó a mirarlo. Le agarró de la cintura y la atrajo hacia él.

—Nunca vuelvas a sentirte culpable por estar aquí, has salvado mi alma de la tristeza —le confesó con mirada firme y sincera—. Me has liberado, antes solo era un joven orgulloso y enfadado con el mundo. Sí, quiero a mi madre, pero también la odio. Ella nunca me dejó revelar mis emociones ni mis sentimientos, no se me permitía mostrar debilidad. Siempre tenía que ser mejor que los demás, su objetivo en la vida era que me convirtiese en el brujo más poderoso del aquelarre y que nadie osara desafiarme.

—Siento oír eso —manifestó mientras dos lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Perder a tu padre debió ser horrible para ella, estoy segura de que lo único que quería era que a ti no te pasase lo mismo y dejó a un lado la parte en que simplemente era una madre cariñosa. Yo nunca conocí a la mía pero sí supe lo que era recibir cariño, Eleonor, la monja que me recogió, se portó siempre como una buena madre conmigo.

—Me alegra saber que te sentiste querida —afirmó con una sonrisa.

—Yo te enseñaré a amar y ser amado, Caleb —dijo acunando su rostro entre sus manos.

Tras esas últimas palabras apoyó la frente sobre la de él y sus labios se rozaron con ternura. Caleb le agarró de la mano arrastrándola al interior de la habitación. Una vez en ella, se besaron de forma apasionada, con una necesidad que les abrasaba por dentro. Ninguno de los dos tenía experiencia y realmente no sabían cómo actuar pero, de forma instintiva, sabían que los dos querían más del otro. Las manos de Caleb descendieron hasta acabar en sus caderas, Mérula le agarró del cuello y le obligó a besarla, esta introdujo la lengua en su boca y él la imitó jugando con ellas a un juego salvaje. El joven empezó a desabrochar su vestido con torpeza y los dos rieron de forma tímida ante la situación. Ella apartó sus manos y terminó de hacerlo mientras sus mejillas se tornaban rosadas. Se miraron el uno al otro y eso fue todo lo que necesitaron para confiar plenamente. Caleb deslizó lentamente el vestido hasta que este cayó al suelo dejando a la vista la ropa interior de Mérula, y esta intentó taparse con los brazos.

—No tienes de qué avergonzarte, eres preciosa, y si no estás segura no haremos nada —le tranquilizó acariciando sus brazos.

—Quiero hacerlo —aseguró, deseaba acariciar su piel y sentir su calor junto a su cuerpo.

La joven dejó a un lado la vergüenza que la invadía y le quitó la camisa con cuidado. Caleb era delgado pero fuerte, y su piel de un tono cálido. Apoyó las manos en su pecho, sintiendo la calidez que desprendía, y su cuerpo se estremeció con el contacto. El brujo se colocó tras ella y con suavidad se deshizo de su ropa interior, quedando expuesta ante él. Su figura era muy delgada y su piel tan pálida como la nieve, casi traslúcida. Repasó con los dedos las vértebras que se marcaban en su espalda haciendo que recibiese una descarga. Mérula se dio la vuelta y buscó su cuerpo y sus labios, le ayudó a deshacerse de los pantalones y pudo ver su excitación, no puedo evitar acariciar esa parte. Nunca había visto a un hombre desnudo y mucho menos de esa manera, algo que también aumentó su placer. Caleb acarició sus pechos con cuidado, recorriendo su forma y acariciando sus pezones erectos, él sí había visto a una mujer desnuda pero, no se podía comparar con ella, ella era perfecta. Juntaron sus cuerpos embriagados por el deseo y todo surgió de forma espontánea. La llevó a la cama y allí los dos exploraron sus cuerpos deleitándose el uno con el otro, acompañados de risas y movimientos torpes al principio, pero que no tardaron en volverse más intensos y todo encajó. El cuerpo de Mérula se iluminó bajo el

suyo cuando alcanzaron el placer máximo y su luz los envolvió a los dos de forma mágica.

CAPÍTULO 41

Permanecieron abrazados unos minutos, tan solo contemplándose el uno al otro, desnudos física y emocionalmente. Sin barreras. Vulnerables, pero seguros de lo que sentían. Para ser la primera vez lo habían disfrutado y por un momento todo a su alrededor desapareció.

—Debería volver, se estarán preguntando por qué tardo tanto —dijo Mérula rompiendo parte del encanto para volver a la realidad.

—Sí, no quiero arriesgarme a que llegue mi madre y sepa que estamos aquí —manifestó.

Los dos se levantaron de la cama para vestirse y volver abajo. Mérula se rehízo el moño, que se le había deshecho. Lo último que querían era añadir más problemas a los que ya había. Caleb abrió la ventana y abandonaron la habitación. Al regresar al salón, las miradas no se hicieron esperar, por suerte el sitio de Adalyn seguía vacío. Ya habían terminado de comer y la mesa estaba recogida, así que llevaban un buen rato fuera.

—¿Te encuentras mejor, Caleb? —se apresuró a preguntar Katya, al notar la euforia que les invadía y a qué era debido.

—Sí, lo siento. No supe controlarme, —se disculpó— ya me conocéis.

Los demás no dijeron nada pero en el fondo sabían que algo estaba pasando entre ellos. Viendo cómo había afrontado la situación Mérula y la reacción de Caleb, era obvio que su relación había cambiado.

—Bien, seguiremos con los preparativos. Subid las piedras que habéis imbuido con magia y las colocaremos en los faroles —les indicó Katya.

Mérula se separó de Caleb y este se marchó con Seth que, al pasar por el lado del brujo, le miró de forma pícara dándole un codazo en el costado de manera cómplice. Los demás fueron abandonando el salón, Katya se agarró del brazo de la joven y tomaron la delantera.

—Sé lo que ha pasado allí arriba —le comentó en voz baja. Podía sentir su cuerpo rebosante de energía y su corazón acelerado. Mérula enrojeció.

—No sé qué decir —respondió con timidez.

—No tienes que decir nada, todos hemos sido jóvenes —comentó de forma seria—. El primer amor siempre es el más intenso. Solo te pido que tengáis cuidado, no me gustaría que los sucesos del pasado se repetiesen.

—No es mi intención, pero creo que ya todos lo sospechan.

—Espero que sepan mantener la boca cerrada cuando Adalyn esté presente —manifestó algo preocupada.

—Lleva muchas horas fuera —añadió.

—Imagino que quiere evitar encontrarse contigo.

—¿Quién es Flavia? —dijo de repente para cambiar de tema y que la pregunta pillase por sorpresa a Katya.

—Veo que no se te escapa nada —respondió con una sonrisa.

—Malory me dijo que es la bruja más anciana de la comunidad y alguien muy influyente.

—Así es, había pensado hablarte de ella después de Cáligo, pero veo que tendremos que tener esa conversación antes de lo previsto —afirmó.

—¿Es ante ella a quién debo presentarme?

—Sí, pero dejemos el tema por ahora, tenemos trabajo que hacer —respondió dando por finalizada la conversación—. Mañana, durante el desayuno, podemos hablar de ello antes de que llegue el hermano de Enzo con mis sobrinos.

—¿Y la madre de los niños no vendrá? —preguntó esperando no ser indiscreta.

—Falleció al dar a luz al más pequeño, Arthur —comentó apenada—. Fue un golpe muy duro para todos.

—Lo siento, ha tenido que ser complicado criarlos solo —manifestó sabiendo muy bien cómo debían sentirse esos pobres niños. Sobre todo la más mayor, que sí había llegado a conocer a su madre.

—Por suerte Enzo vive en la casa Matriz. Bony formaba parte de los brujos que guardan la biblioteca y cuando se casaron él tuvo que mudarse allí —la informó.

—¿Antes vivía aquí?

—Así es, se marchó poco después de que lo hiciera tu madre. Precisamente conoció a Bony durante la festividad de Cáligo, un año antes de que sucediese todo —siguió relatando.

—Es bueno saberlo, para no meter la pata. —Si no hubiese sabido de la muerte de Bony seguramente le hubiese preguntado por ella en algún momento.

—No te preocupes, seguro que le caes bien —aseguró con una sonrisa—. Se llevaba muy bien con tu madre.

—Entonces seguro que a mí también —afirmó, pensando en que quizás pudiese hablar con él y que le contase alguna cosa sobre ella. En ese instante cayó en la cuenta de algo—. Supongo que tampoco sabrá de mi existencia.

—Supones bien.

—Dejad de cuchichear, los faroles no se van a colocar solos —las increpó Seth pasando junto a ellas y llevando varios de ellos en las manos.

Caleb pasó junto a él y miró a Mérula de reojo, sentía algo de vergüenza por lo que había pasado hacía un rato en su habitación, e imaginarla desnuda de nuevo lo alteraba. Con disimulo, la joven le sonrió levemente y él apartó la vista, abrumado. En ese instante irrumpió en la mansión Adalyn con su cara de amargura permanente. La llama de las velas situadas en los candelabros junto a las escaleras parpadeó debido al viento producido al cerrar la puerta. La tensión llenó la habitación. Acababa de regresar después de su misteriosa ausencia en el bosque y Katya no estaba dispuesta a pasar por alto su negligencia.

CAPÍTULO 42

El rostro de Katya al verla se arrugó en una expresión de desaprobación. Sus ojos, intensos y penetrantes, se clavaron en Adalyn mientras esta se sacudía las hojas secas del vestido con indiferencia.

—Disculpa, querida —le dijo a Mérula soltándose de su brazo y acercándose a la madre de Caleb.

—Adalyn, ¿tienes idea de cuánto tiempo llevamos esperándote? —espetó Katya, resonando en el *hall* con tono autoritario—. Ahora mismo el bosque es un lugar peligroso y no puedes simplemente desaparecer sin previo aviso, especialmente en vísperas de Cáligo, y sabiendo que el aquelarre del lobo está acechándonos.

—Salí a despejarme —dijo sin más. Katya apretó los labios observando a Adalyn.

—Cáligo es una festividad sagrada. No podemos permitirnos distracciones ni descuidos. Tu responsabilidad como bruja de este aquelarre es la misma que la de todos, asegurarte de que todo esté listo a tiempo —le reprochó Katya muy seria, estaba cansada de su comportamiento. Intentó ver sus emociones, pero estaba cerrada a cualquier escrutinio por parte de la bruja.

El lugar quedó en un silencio tenso mientras Adalyn sostenía la mirada de su líder. Los demás ya habían vuelto al salón para seguir con los preparativos, dejándolas solas. Caleb, en cambio, se quedó observando la escena desde la puerta por si tenía que intervenir.

—Lo sé, y ya estoy aquí. Deja de sermonearme, Katya —la increpó, sabía perfectamente cuáles eran sus obligaciones. Y estas no incluían tener que soportar a Mérula, no podía controlar el odio irracional que sentía hacia ella.

—Pues si las sabes, ve y ayuda con los preparativos —le ordenó—. Caleb estaba muy preocupado.

—Ya es mayor, debería depender menos de mí —soltó observándole de forma seria, no quería que se preocupase por ella. Ya tenía suficiente con sus demonios y no quería arrastrarlo. Prefería que la odiase. Además, después de Cáligo se marcharía y dejaría de ser un problema para todos. Esa noche sería una noche decisiva.

Con aire altivo pasó al lado de Katya en dirección al salón para ayudar con los preparativos, la líder la observó preocupada. Estaba alejando a todos de ella, pronto se quedaría totalmente sola si no recapacitaba y dejaba a un lado su odio. No quería ni imaginar cuando le dijese que tenía que viajar a Umbría con ella y Mérula. Sabía perfectamente cuál iba a ser su respuesta y no tendría más remedio, si era necesario, que usar magia para llevarla hasta allí. Al pasar junto a su hijo la bruja sostuvo la mirada de desaprobación del joven y entró en la sala sin siquiera hablarle, algo que a Caleb le dolió profundamente. Su propia madre le miraba como si fuese un extraño, lo que le hacía sentirse cada vez más lejos de ella.

Una vez dentro nadie dijo nada, no querían echar más leña al fuego. Adalyn vio a Mérula junto a Malory colocando unas telas para decorar las vidrieras y contuvo sus ganas de atacarla, procuraría mantener la compostura el tiempo que le quedase allí.

«¿Has visto cómo la ha mirado?» comentó Elora por telepatía a su hermana Caylin.

«Sí, lo he visto. Creo que está perdiendo la cabeza»

«Estoy deseando que Katya se la lleve, aquí no le hace bien a nadie» afirmó observándola desde su posición, algo de lo que se percató la bruja.

Adalyn convocó el poder de las sombras y unos finos hilos oscuros empezaron a introducirse bajo la falda de Elora, quien sintió una sensación de frío recorriendo sus piernas. Tras el sobresalto inicial, se levantó el vestido y vio unos hilos, como finas serpientes, que iban subiendo cada vez más. Envolvieron sus muslos y comenzaron a extenderse por sus extremidades hasta llegar al cuello, donde empezaron a ejercer presión. Adalyn la observó con mirada desdeñosa. Caylin se percató de que algo no iba bien y entonces vio las hebras negras en la garganta de Elora, y cómo empezaba a faltarle el aire. Esta invocó la magia de tierra e hizo que el suelo bajo los pies de la madre de Caleb se volviese inestable al igual que el lodo, lo que obligó a Adalyn a romper el contacto con Elora. Así, el hechizo de sombras que había invocado se deshizo, liberando a la joven. Nadie se había percatado del suceso excepto su hijo, que observó todo desde la puerta donde seguía apoyado. Seth y Enzo habían vuelto a las mazmorras a por el resto de los farolillos.

Caleb, enfurecido, se acercó a ella y la agarró del brazo con fuerza.

—¿Estás loca, madre? ¿Qué pretendes con tu comportamiento? —le preguntó en voz baja, visiblemente enfadado.

—No pretendo nada, pero esas dos deberían dejar de hablar de mí si no quieren que me enfade de verdad —respondió con voz hosca.

—Estás dejando que las sombras te consuman, pronto serás como uno de esos brujos que sucumben a la magia oscura y se vuelven locos —le advirtió, recordándole las consecuencias de usarla de forma descontrolada para herir a los demás, su inestabilidad emocional estaba llevándola por un camino que tarde o temprano acabaría con ella.

—Sé perfectamente lo que hago —aseguró soltándose de su agarre—. Y ahora, si dejas de sermonear a tu madre, podrá volver a sus obligaciones.

Caleb, enfadado por la forma en que le había tratado, la observó marcharse. Pero entonces al desviar la mirada vio a Mérula. Esta sonreía divertida mientras hablaba con Malory y se relajó. En ella volcaría todo el amor que tenía por dar, y ella curaría su alma. El camino que su madre eligiese ya no era de su incumbencia, ya no podía hacer nada más por ella. Había dependido demasiado de su aprobación para todo, siempre haciendo lo correcto para no decepcionarla. Pero tristemente, ahora se habían vuelto las tornas, y quien se sentía decepcionado era él a causa de su compartimiento. Ya no le debía nada.

Katya se había dado cuenta de lo sucedido también, pero prefirió no intervenir y dejar las cosas como estaban.

La tarde pasó rápido, ya casi estaba todo listo. Habían dejado los faroles preparados junto a la diosa con las piedras que Enzo, Caleb y Seth habían imbuido. Estas refulgían de forma mágica en su interior, con pequeñas pulsaciones de luz al igual que un corazón. Adalyn había pasado la mayoría del tiempo alejada de los demás, adornando la mesa donde se pondría la comida y la bebida. Cuando estaba anocheciendo y las velas de las lámparas se encendieron, dieron por terminada la jornada.

—Me marchó ya —anunció Mérula.

—¿No hay forma de convencerte para que te quedes? —preguntó Seth.

—Prefiero estar tranquila en mi casa, creo que será lo mejor —comentó refiriéndose a Adalyn.

—No dejaré que vayas sola, Seth te acompañará —indicó Katya.

—No hace falta, prometo que iré directamente a casa.

—Está bien, nos veremos mañana.

—Estaré aquí temprano —aseguró.

Katya la acompañó hasta la puerta, los demás se habían marchado al salón principal donde tendría lugar la cena en breve, incluida Adalyn. Caleb las observó desde las escaleras, más tarde tenía pensado ir a las ruinas y pasaría a buscarla por si quería acompañarlo. Se miraron durante unos segundos en los que se sonrieron de forma inconsciente. Después abandonó la mansión.

CAPÍTULO 43

Cuando Mérula salió, estaba empezando a llover así que, tras transformarse, voló sin entretenerse hasta llegar a casa. Al traspasar la barrera de protección, el agua dejó de mojarla, aunque seguía cayendo sobre lo demás. No pudo evitar sonreír al ver lo curioso de la situación. Un ruido entre los árboles la alarmó, pero al ver la túnica de su padre se tranquilizó.

—Hola, Blake —le saludó.

—Hola, Mérula. Quería asegurarme de que estabas bien —afirmó.

—Lo estoy, no te preocupes —dijo la joven con una sonrisa; le gustaba que se preocupase por ella.

—Mi prioridad es que estés a salvo. Velaré por ti de aquí en adelante —prometió dedicándole una mirada cargada de ternura.

—Gracias, es bueno saber que puedo contar contigo si lo necesito, y mi ofrecimiento sigue en pie —manifestó—. Si alguna vez estás en peligro, puedes refugiarte aquí.

—Hoy vi a Adalyn en el bosque, parecía pasear sin rumbo —comentó Blake con un rictus de preocupación. No era la primera vez que la divisaba.

—Sí, últimamente suele desaparecer durante horas sin avisar a nadie —le informó frunciendo el ceño.

—No intenté seguirla, no quería arriesgarme a ser descubierto —confesó.

—Hiciste bien, está enloqueciendo y tenerme cerca solo ha agravado su estado —repuso Mérula con tristeza. Ser la causante de su empeoramiento era algo que la angustiaba. Sentía que por su causa se alejaba cada vez más de Caleb y del aquelarre.

—No te culpes, hija. En realidad, solo yo soy el responsable de esta situación. Si, como acordamos en un principio, hubiese dejado a tu madre con tu abuela... nada de esto estaría pasando. Y seguramente Gisela seguiría viva —manifestó castigándose a sí mismo. Mérula no tendría por qué estar pagando por sus errores.

—Por favor, no te fustigues más por cosas que ya no tienen solución. Afrontaremos lo que venga. —Verle así le partía el corazón—. Luchasteis por vuestro amor, y eso es algo que os honra. Y ahora que nos hemos encontrado, juntos haremos que paguen todo el dolor que nos infligieron.

—Eres tan valiente como tu madre —repuso, orgulloso.

En ese momento, Caleb paró frente a la casa y vio la escena. Decidió no intervenir. Más tarde averiguaría quién era ese encapuchado y por qué Mérula parecía tan cómoda hablando con él.

—Deberías marcharte, podrían verte —sugirió la joven.

—Tienes razón, volveré mañana —prometió—. Adiós, hija.

—Adiós, padre, ten cuidado. —Por primera vez se había sentido en la necesidad de llamarle padre. Eso hacía que su vínculo fuera total, admitiendo que era su progenitor.

Blake sonrió por dentro al escuchar esas palabras. Nunca imaginó que tendría una hija y eso le daba un motivo para seguir con vida. El brujo se marchó perdiéndose en la oscuridad del bosque y la joven entró en casa. Caleb esperó un tiempo para asegurarse de que se alejaba lo

suficiente. La familiaridad con que la había visto tratarlo le hacía sospechar que se conocían. Entonces, graznó con fuerza varias veces hasta que Mérula volvió a salir, alertada por el sonido e imaginando que se trataría de él. Caleb se sacudió las gotas de las plumas y se convirtió en humano.

—¿Caleb? —El agua caía rápida y furiosa, golpeando las hojas de los árboles.

—Sí, soy yo —anunció—. ¿Cuánto llevas ahí? Estás empapado. —Observó que el pelo mojado goteaba sobre sus hombros.

—Llevo un rato —admitió con voz seria recordando al encapuchado con el que la había visto hablar.

Mérula, viendo su aspecto, temió precisamente eso, que la hubiese visto conversando con su padre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó temerosa de su respuesta.

—Iba de camino a las ruinas y vine a ver si querías acompañarme —respondió él, observando que, pese a que la lluvia caía con intensidad alrededor de Mérula, ni siquiera rozaba su piel—. Ya veo que al otro lado tampoco puedes mojarte —comentó divertido—. En cambio, yo no puedo decir lo mismo.

—Vas a coger un buen resfriado —le increpó al escuchar la estúpida idea de ir a las ruinas con ese tiempo; estaba loco.

—Hace un rato no llovía tanto, no pensé que se volvería tan intensa —afirmó, encogiéndose de hombros. La camisa se pegaba a su pecho como una segunda piel, dejando entrever su cuerpo fuerte, pero no excesivamente musculado.

Antes, en su habitación, los nervios por la situación y las dudas no la dejaron observar esos detalles. Continuaba diluviando y Caleb seguía sin moverse del sitio; sin duda, la había visto hablando con su padre y no sabía qué estaría pensando. Estaba segura de que esperaría a que ella sacase el tema. Se sentía confundida, dudaba qué hacer. No quería que se quedase congelado y empapado, pero no había barajado la idea de dejarlo entrar a su casa. Si traspasaba esa barrera estaría desprotegida por completo ante él y no tendría más remedio que hablarle de su padre. Con ello, existía la posibilidad de que Adalyn se enterase. Por otro lado, si querían estar juntos, debían confiar el uno en el otro. Las mentiras, al final, son como tentáculos que te estrangulan y te corrompen hasta que tarde o temprano terminan saliendo a la luz, destrozando todo a su alrededor. La madre de Caleb culpaba a su padre de lo sucedido, y le había transmitido a su hijo esas ideas de odio y resentimiento. Ahora que Caleb comenzaba a actuar por sí mismo, esperaba que esto no fuese un problema y, sobre todo, que no repercutiese en lo que estaban empezando a construir juntos.

Se miraron durante un par de minutos sin decir nada, hasta que al fin Mérula se decidió.

—Creo que debería dejarte pasar —comentó, intentando descifrar su mirada a través de la densa cortina de agua.

—Si yo fuese tú, no lo haría —respondió él contemplando su palidez, que resaltaba bajo la luz de la esfera mágica que levitaba junto a ella.

—Entonces, debería hacerte caso y dejar que sigas mojándote —puntualizó con ironía.

—Quizás sí, sobre todo porque si me das permiso para pasar, corres el riesgo de que vuelva cada noche a buscarte —afirmó, apartándose el pelo de la cara para que ella viese que su mirada ardía en deseos de tenerla entre sus brazos otra vez.

El asunto del encapuchado podía esperar un rato más. Había otra cosa que ansiaba. Mérula se ruborizó al ver las intenciones implícitas en sus palabras. Ella deseaba perderse en sus brazos, beber de sus ojos y sentir la calidez de su cuerpo desnudo.

—Pasa —lo invitó—. Encenderé la chimenea.

Caleb atravesó la barrera con cierta reticencia; sin embargo, nada le impidió que pasase al otro lado. La lluvia dejó de caerle en cuanto la traspasó.

—Esta casa es todo ventajas —bromeó, escurriéndose el agua de la camisa.

—No hagas que me arrepienta de haberte dejado pasar —le advirtió ella, rodeándole el cuello con sus brazos.

—Te vas a mojar.

—Eso es lo que menos me importa ahora mismo —afirmó—. Tiene fácil solución.

Tras cogerle de la mano, se lo llevó hacia la casa, y Caleb observó con detenimiento el acogedor interior. La chimenea se encendió con un leve movimiento de mano de la bruja y la esfera luminosa arrojó su suave luz alrededor.

Caleb agarró a Mérula de la cintura, obligándola a mirarlo.

—Deberías quitarte la ropa y ponerla junto al hogar para que se seque —le sugirió.

La bruja empezó a desabrochar los botones de la camisa con cuidado, elevando sus ojos hasta encontrarse con los de él, que la observaba con atención. Ella no pudo evitar sonreír de forma tímida al ver el deseo impreso en estos, azules y cristalinos, que brillaban reflejando la tenue luminosidad de la esfera que danzaba en torno a ellos.

Allí se encontraban a salvo, solos los dos. Sin nadie que pudiese juzgarlos o interponerse en lo que estaba a punto de volver a suceder. Se despojaron el uno al otro de la ropa, con ternura y premura por sentir sus cuerpos desnudos, por recorrer sin prisa cada centímetro de su piel.

—¿Imaginaste alguna vez que estaríamos juntos? —preguntó el brujo acariciando su espalda.

—La verdad es que ni siquiera imaginaba que llegaríamos a entendernos —respondió besándolo—. Eras un brujo obstinado y lleno de ira, y yo alguien que estaba perdida. Además, acababa de llegar a un lugar donde no conocía a nadie y en el que lo sucedido en el pasado marcó a todos. En especial a tu madre y a ti.

—Siento si fui cruel contigo —se disculpó—. Solo espero que ya me hayas perdonado —manifestó con voz ronca atrayéndola con fuerza contra él y colocando sus manos sobre su pálido trasero.

Se besaron con pasión, jugando con sus lenguas y deleitándose con sus caricias. Aún eran inexpertos, pero el deseo los guiaba y esta vez disfrutaron más de cada instante. Observaron sus cuerpos y se tocaron con ardor y cuidado, descubriendo como estos se estremecían ante el contacto de la piel del otro. El calor de la chimenea los rodeaba haciendo del suelo el lugar perfecto para amarse. Ya saciados y llenos de la inocencia del primer amor, acabaron tumbados en la cama, abrazados sin decir nada. Caleb decidió romper el silencio y preguntar sobre el encapuchado con el que la había visto hablar.

—Antes te vi hablando con alguien —soltó sin más, deseando que no se sintiese molesta.

Ahí estaba la pregunta que Mérula había estado esperando. No podía mentirle. Se dio la vuelta hasta colocarse con delicadeza sobre su pecho. No se sentía preparada para afrontar su

reacción.

—Aquel con quien me viste hablando era mi padre, Blake —confesó temerosa, cerrando y apretando los ojos con fuerza.

—Entonces... Tu padre sigue vivo —comentó incrédulo, sintiéndose algo perturbado con el descubrimiento.

Su historia con la madre de Mérula fue lo que desencadenó todo y transformó a Adalyn en lo que era ahora; no obstante, no la podía culpar por no decirle nada, ni porque Blake, milagrosamente, siguiese vivo. Él mismo se había enamorado de Mérula sabiendo que eso acabaría de destruirla.

En ese momento ató los cabos: lo más seguro era que la escapada de Katya tuviese algo que ver con Blake; solo un descubrimiento tan importante la haría salir de la mansión. La líder del aquelarre también estaba al tanto. Llegar a esa conclusión le hizo sentirse traicionado, aunque él no era nadie para culparlas por guardar ese secreto.

—Lamento no habértelo contado antes, no sabía si podía confiar del todo en ti. No porque no quisiera que lo supieses, sino porque tu primera reacción fuese contárselo a tu madre —confesó acurrucándose más entre sus brazos, temiendo que en ese instante dejase de abrazarla—. Tenía miedo de que esto pudiese influir en lo que sientes por mí.

El brujo permaneció pensativo durante unos minutos y Mérula esperó con paciencia a que él dijese algo. Por mucho que odiase ver a su madre en ese estado, y que en cierto modo se sintiese dolido por la desconfianza de la joven, no podía enfadarse. Ella no tenía la culpa de nada ni podía recriminarle que quisiese protegerlo, pues era su padre. Él no había tenido la oportunidad de conocer al suyo y eso había trastornado para siempre sus vidas. Adalyn pasó todo el embarazo sumida en la pena por haberlo perdido tan pronto, dejándola sola con un recién nacido que le recordaba a cada momento lo sucedido.

—Cuéntame cómo supiste que estaba vivo —le pidió, intentando ponerse en su lugar.

Mérula le contó todo: que fue a verla y que más tarde ella y Katya se reunieron con él en el bosque, donde les relató cómo había sobrevivido, sus secuelas y el amor que profesaba a su madre después de tanto tiempo. Decidió no contarle dónde estaba situada la casa, para así mantenerlo a salvo. Si lo sabía, corría el riesgo de que intentase ir a verlo.

Caleb escuchó con atención cada palabra y se sintió identificado. Él mismo se había enamorado de la persona menos indicada, y en parte entendía que lo arriesgasen todo por un amor como el que habían sentido sus padres, ignorando el peligro y las consecuencias.

Se incorporó y Mérula se sentó frente a él, tapando su cuerpo con la abundante melena oscura, que formaba un delicioso contraste con la palidez de su piel, algo que no pasó desapercibido para el brujo. La joven se ruborizó al verlo mirándola tan fijamente.

—Lo entiendo, y te prometo que no le contaré nada a mi madre —aseguró acariciándole el pelo—. Aunque no te garantizo que pueda mantener una relación cordial con él —le advirtió. No podía olvidar que por culpa de ese amor había perdido a su padre, y que jamás tendría la oportunidad de conocerlo.

—Nunca te pediría eso, pero espero que comprendas que es mi padre y ahora que lo he recuperado no puedo renunciar a él —manifestó consternada acariciando su rostro, que parecía

estar en tensión—. Entonces, ¿no estás enfadado?

—No lo estoy, aunque, si he de ser totalmente sincero, creo que esas quemaduras y lo que sufrió son un castigo justo por el daño que causó a tu madre, a la mía y a tu abuela —afirmó con resentimiento en la voz—. Aun así, me alegro de que de todo ese dolor nacieses tú, Mérula, y que el destino te trajese hasta aquí. Has perdido mucho más que yo.

—Siento lo que sucedió, sin embargo, ahora que sé que vive, no permitiré que nadie me robe la oportunidad de estar cerca de él —le advirtió, esperando no tener que enfrentarse a Caleb en un futuro.

—Has de saber que yo tampoco dejaré que le haga daño a mi madre —contraatacó él. No iba a dejar que Adalyn siguiese gobernando su vida, pero tampoco consentiría que nadie le hiciese daño.

—Esperemos que eso no pase —sentenció la joven, a la que se le erizó el vello de la nuca solo de imaginar que ocurriera.

—Debería marcharme antes de que alguien repare en mi ausencia —comentó Caleb mientras salía a buscar la ropa que había dejado junto a la chimenea y empezaba a vestirse—. Espero que nadie esté despierto a estas horas.

—¿Y no se extrañarán de que no hayas bajado a cenar?

—Les dije que estaba algo mareado y que me retiraba a descansar —confesó con una sonrisa burlona—. Katya y Enzo estaban ocupados preparando la habitación para la llegada de Paul y los niños.

Mérula se puso el camisón.

—Seguro que puede contarme cosas interesantes de mi madre y la casa Matriz —puntualizó con una sonrisa, pensando en la idea de conocer más sobre Gisela.

—Estoy seguro de que estará encantado de responder a tus preguntas —aseguró. Paul era un hombre con el que se podía hablar casi de cualquier cosa.

Caleb acortó la distancia que lo separaba de Mérula y la tomó entre sus brazos.

—Que descanses, pequeño cuervo inquieto —le dijo de forma cariñosa.

—Descansa, cuervo obstinado.

Se besaron tiernamente y Caleb se marchó. Para él había significado mucho que Mérula le dejase entrar al único sitio donde podía estar segura. Al abrirle su corazón y su casa demostraba que lo que sentía por él era sincero. Ahora tenían un lugar donde alejarse de las miradas indiscretas y de su madre, y que les pertenecía solo a ellos dos.

CAPÍTULO 44

Caleb se coló por la ventana de su habitación, que había dejado abierta intencionadamente para entrar sin que nadie lo viese al regresar.

—¿De dónde vienes? —la voz de su madre le sorprendió después de cerrar con cuidado.

—No vuelvas a hacer eso, casi me da un infarto —dijo tras dar un bote y llevarse la mano al pecho, donde su corazón latía a toda velocidad—. ¿Qué haces aquí?

Adalyn se hallaba a oscuras sentada en la cama y ni siquiera se levantó.

—En la cena me dijeron que estabas mareado y que te habías retirado a tu habitación —respondió, tensa—. Decidí subir a ver cómo estabas, pero no te encontré.

—Salí a volar un rato, necesitaba aire fresco —respondió, esperando sonar creíble.

—¿Con esta lluvia? —preguntó con ironía, incorporándose para mirarlo.

—No me asusta un poco de lluvia.

—Y parece que tampoco te moja —comentó con sarcasmo, esgrimiendo una sonrisa ladina en el rostro mientras observaba la ropa que Mérula había colocado cerca de la chimenea de su casa para que se secase.

—Conozco algunos lugares donde no mojarme —respondió de forma seca, esperando que no siguiese indagando.

—¿Era necesario escapar por la ventana? —siguió preguntando sin creerse sus excusas. Conocía bien a su hijo y no le importaba lo que los demás pudiesen opinar sobre sus salidas; escabullirse a hurtadillas no era algo habitual.

—Simplemente prefería no encontrarme con nadie —comentó indiferente.

—Aun así, tu ropa está muy seca —insistió, acercándose a él y colocando la mano sobre el pecho del brujo. Su mirada encerraba un halo de oscuridad que no había visto antes en ella, y eso le asustó.

—No insistas, madre —comentó, enfrentándola y apartándola con suavidad—. No tengo por qué darte explicaciones de a dónde voy. Soy un adulto, no un crío al que puedas manipular —le reprochó—. Desde que llegó Mérula me has ignorado y desapareces en el bosque durante horas sin dar explicaciones a nadie, así que no estás en posición de exigirme nada.

—Precisamente yo podría decirte lo mismo. Desde que llegó Mérula has cambiado, por lo que intuyo que esta salida tiene relación con esa bruja maldita —le reprendió, alzando la voz.

—Ella no tiene nada que ver, te ruego que no la metas en esto —le advirtió, agarrándola del brazo.

—Con tu respuesta y tu actitud defensiva me estás confirmando lo que ya sospechaba —comentó mirándolo directamente a los ojos, retándole a desmentir sus palabras.

Lo único que pudo hacer para evitar confrontarla fue soltarle el brazo y dirigirse hacia la

ventana. Sabía que no podría mentirle con respecto a sus sentimientos por Mérula.

—Eso no explica tu actitud de estos últimos días —añadió Caleb, volviendo a lo que realmente le preocupaba—. Soy tu hijo, no alguien a quien puedas ignorar y tratar como si fuera un simple brujo más de este aquelarre, a los cuales parece despreciar últimamente.

—Todos se han puesto a favor de esa niña entrometida —escupió con rabia—. Te recuerdo que por culpa de sus padres tú no llegaste a conocer al tuyo.

—Te recuerdo que ella tampoco conocía a sus padres ni sabía quién era. Hasta que llegó aquí no tenía conocimiento de lo que sucedió, por lo que no puedes culparla de tu estado o de la muerte de padre —volvió a enfrentarla; estaba harto de tanto rencor—. Por mucho que intentes odiarla, eso no nos lo devolverá. ¿Por qué no lo aceptas de una vez?

La habitación se ensombreció cuando ambos arrojaron el poder de las sombras a su alrededor. Algunas siluetas oscuras se movieron con rapidez por las paredes en una danza macabra.

—Veo que la defiendes —rugió Adalyn, cerrando los puños con fuerza—, por lo que no me hace falta saber nada más.

—No la defiendes a ella, sino su inocencia en todo esto —dijo, apretando la mandíbula.

—Eres mi hijo, Caleb. Sé cuando algo te importa —manifestó con una sonrisa macabra que le heló la sangre. Las sombras que se movían por las paredes parecieron secundar su risa de forma más aguda, como un eco lejano—. Y veo que yo he dejado de hacerlo.

—No digas tonterías, eres mi madre y eso nunca cambiará. Sin embargo, no puedes pretender que siempre me muestre enfadado con el mundo porque tú lo estés —comentó, colocando las manos sobre sus hombros en un vano intento de tranquilizarla—. Por favor, recapacita y vuelve a tus cabales. Deja tu rencor a un lado, ¿no te das cuenta de que la oscuridad te está consumiendo? ¿Es que no lo ves!?

—Lo único que veo es que ya ni siquiera puedo contar con mi hijo, y menos aún con los miembros de este aquelarre. Nadie me quiere aquí; y como prometí, después de Cáligo me marcharé —afirmó con tristeza—. Lo hubiese hecho antes, pero primero he de zanjar algunos asuntos. Tienes hasta esa noche para decidir si vienes conmigo o, por el contrario, te quedas aquí —dijo dándole un ultimátum—. Pero si te quedas, ya no te consideraré mi hijo y tu suerte no será asunto mío —le advirtió de forma críptica.

Esas palabras cayeron como un cubo de agua fría sobre el brujo, que se sintió impotente ante la perspectiva de que nunca podría cambiar lo que pensaba su madre sobre Mérula, y mucho menos lograría que aceptase que la amaba. Ella ya había elegido su camino.

Adalyn se marchó llevándose consigo las sombras, que parecían tener vida propia y la siguieron deslizándose por el suelo de forma silenciosa, escoltando a su creadora y dejándolo allí sin opción a responder, con la amarga sensación de que perdería a su madre para siempre.

CAPÍTULO 45

A pesar de que ya era tarde, Mérula se dispuso a comer el queso que quedaba en la despensa y a beber el vino que amenazaba con agotarse también. Pronto tendría que ir a por provisiones. Tal vez podría ir con Seth y Caleb la próxima vez que fuesen al pueblo, y de paso visitar a sor Eleonor y hacerle saber que estaba bien. Desconocía cuándo se irían a Umbría para conocer a Flavia, pero de lo que sí estaba segura era de que quería verla antes de marcharse.

Sintió frío y fue a por la manta desbaratada que reposaba sobre la cama. No pudo evitar ruborizarse al recordar que tan solo hacía una hora eran Caleb y ella los que habían estado sobre esta, compartiendo su intimidad. Avivó el fuego de la chimenea y se sentó dispuesta a comerse las viandas. Apenas había dado un bocado al queso cuando varios aullidos le erizaron el vello de todo el cuerpo y un escalofrío la recorrió. Tras cubrirse con la manta, salió de la casa, se acurrucó bajo la gruesa tela y, cuando la esfera luminosa apareció a su lado, vio merodeando a varios lobos que reconoció al instante. Ada, Malkom y Maddie. Recordaba perfectamente el color de sus pelajes.

—¿No tuvisteis suficiente en el lago? —preguntó en voz alta; allí no tenía nada que temer.

Un par de cánidos más se unieron a la reunión al otro lado de la cabaña. De repente, todos empezaron a aullar a la vez, produciendo una ensordecedora melodía que le heló la sangre. Aullaron y aullaron hasta que Blake apareció en el claro. Al observarlo, Mérula dejó caer la manta sobre la tierra, ¿cómo se le ocurría aparecer allí? En cuanto los lobos le vieron, regresaron a su forma humana.

Este los observó oculto bajo la capucha. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que los tuvo delante. Retiró la tela que cubría su rostro, dejando ver las cicatrices que Ada le produjo esa noche. Ahora las mostraba con orgullo para que supiese que no había podido acabar con él y que no tenía miedo. No podía tenerlo, debía proteger a su hija.

—Justo lo que queríamos y esperábamos —anunció Ada, observándole con el odio impreso en los ojos—. El brujo traidor ha acudido a proteger a su pequeña bastarda.

—¿Cómo has sabido que estaba vivo? —preguntó Blake, sin amilanarse bajo la posición amenazante de los brujos.

—Tenemos vigilado el bosque y a tu hija, era solo cuestión de tiempo propiciar una oportunidad como esta. Deberías haberte quedado escondido —afirmó—. Ha sido fácil provocarte. Además, tu cuerpo nunca apareció, así que nadie sabía con certeza si estabas muerto.

—¿Qué queréis? —preguntó Mérula, que empezaba a ponerse muy nerviosa ante la idea de un enfrentamiento en el cual su padre tenía las de perder.

—Acabar lo que comenzamos —respondió Ada, desafiante.

—Me temo que hoy no será el día —anunció la bruja—. Si intentáis atacarle, solo tendrá que traspasar la barrera y no podréis hacerle nada.

La risa de los brujos resonó en el silencio del bosque.

—Tranquila, solo queríamos confirmar que fuese Blake realmente, y no algún truco para confundirnos —comentó Malkom.

—Nuestra venganza tendrá lugar cuando estéis más desprotegidos. Sin opción de esconderos o salvaguardaros con magia. —La líder de los lobos lanzó su promesa de ataque al aire.

—No dejaré que la toquéis; ya lo hice con Gisela y lo haré con ella también —dijo Blake, enfrentándose a sus amenazas.

—O puede que la historia se esté repitiendo en cierto modo. Seguro que tu querida hija no te ha contado que está enamorada del hijo de Adalyn —aseguró con una sonrisa de satisfacción en el rostro—. Pero ¿qué pensará ella cuando sepa que estás vivo? ¿Elegirá el brujo proteger a Mérula, o a su madre cuando esta decida matarte? Y si elige a su madre... ¿Le matarás a él sabiendo que tu hija quizás nunca te lo perdonaría?

Todas esas preguntas turbaron al brujo. Ella no le había contado nada sobre lo que sentía hacia el hijo de Adalyn, aunque tampoco tenían la confianza suficiente para hablar de algo tan íntimo. Y si ese brujo amaba a Mérula, sabría lo poderosos que eran los sentimientos y la elegiría, igual que él había elegido a Gisela sobre todos. Solo estaban intentando confundirlo. Mérula, por su parte, quedó en shock al ver que sabían de su relación con Caleb y que no dudarían en utilizarlo en su contra si era necesario.

Maddie invocó el poder de la niebla y la lanzó contra Blake, pero antes de que pudiese alcanzarle, este usó su don único y paró el tiempo, impidiendo que esta le tocara. Era la primera vez que lo hacía desde la muerte de su prometida. Después traspasó la barrera para colocarse junto a Mérula. Si empezaban un enfrentamiento, el brujo no podría hacerles frente, ya que le superaban en número y poder. Y seguramente, cuando la joven viera que estaba en peligro, saldría de su zona segura para ayudarlo. Al otro lado de la protección no podrían dañarle, y evitaría que ella usara su poder para hacer daño absorbiendo la magia. Tras rebasarla, el hechizo que había lanzado se desvaneció.

—Por lo que veo sigues siendo un cobarde —escupió Ada con furia.

—Solo queríamos divertirnos un rato —aseguró Maddie con hastío, cruzándose de brazos.

—Ya habrá tiempo de divertirse. Dejemos que pasen su última noche juntos —comentó Malkom de forma irónica.

—¡Ya basta! —gritó Ada, que estaba empezando a perder la paciencia—. Nos veremos pronto, Blake, y ninguna barrera o magia os salvará.

—Estaré esperando ese momento —aseguró el brujo.

Se transformaron y se marcharon del claro igual que habían llegado, aullando y reclamando el bosque como suyo.

CAPÍTULO 46

Padre e hija se quedaron absortos observando a Ada y su aquelarre hasta que desaparecieron en la espesura.

—Debí suponer que era una trampa —se lamentó Blake.

—Querías protegerme —lo disculpó Mérula, poniendo la mano en su hombro—. En realidad, desde que llegué solo he causado problemas a todos.

—Hija, es tu derecho estar aquí —afirmó—. Este asunto ha estado enterrado muchos años y en algún momento, con o sin tu presencia, habría estallado.

—De esto es de lo que quería protegerme mi madre cuando me abandonó. No quiero imaginar lo complicado que fue para ella mantenerse oculta hasta mi nacimiento sabiendo que la estaban persiguiendo —manifestó la joven.

En ese momento se sintió realmente culpable por haber odiado a su madre durante tanto tiempo. Ahora entendía el porqué de todo, y después de lo que acababa de pasar, no le cabía la menor duda de que Ada y los suyos no pararían hasta acabar con ella y con su padre. Eso hizo que la idea de vengar a su madre y a su abuela volviese a palpar con intensidad en su corazón. De nuevo la joven se sintió turbada por la extraña sensación de que pronto estallaría un gran enfrentamiento. Solo era cuestión de tiempo.

—Vayamos dentro, aquí empieza a hacer mucho frío —sugirió recogiendo la manta del suelo y volviéndola a colocar sobre sus hombros.

—¿Estás segura de que quieres que entre? Si me lo pides, me marcharé —comentó Blake. No quería importunarla ni que se sintiese obligada a hacerlo.

—No digas tonterías —respondió ella con una sonrisa—. Tienes que explicarme cómo has hecho para detener el tiempo.

—Está bien —aceptó, siguiéndola hasta la casa.

Blake observó su interior con atención, nunca había estado allí. Antes de que todo sucediera, la cabaña estaba a la vista; era preciosa, situada en el claro y rodeada de plantas y flores que Roselyn cuidaba con mimo. Solía acercarse para observar a Gisela, convertido en lobo. Se escondía en el bosque y simplemente la contemplaba mientras ayudaba a su abuela. En aquel entonces, Roselyn no siempre se quedaba en la mansión. Pese a ser la líder del aquelarre, le gustaba pasar tiempo en su casa, donde había vivido en paz con su marido. Este, en cambio, permanecía la mayoría del tiempo en la gran edificación estudiando y aleccionando a los más jóvenes. Cuando los aquelarres vivían en paz no era necesario ocultarla y todos entraban y salían a su antojo. Tampoco era una obligación residir en ella. Sin embargo, cuando se descubrió la relación de Blake y Gisela, todo se complicó. El brujo se arrepentía de haber causado tantos problemas, pero viendo a Mérula sentía que todo había valido la pena, que su amor fue sincero y que podía decir con orgullo que lo habían defendido hasta el final. No obstante, lo atormentaban las muertes que llevaba a su espalda, que por su culpa Gisela estuviera muerta y Mérula no hubiera conocido a su madre ni a sus abuelos. Por eso haría lo necesario para protegerla y redimirse de alguna forma. No era justo que precisamente él, quien había provocado esa

situación, siguiese vivo.

—Es muy acogedora —comentó, mientras los recuerdos lo asolaban.

—Siéntate en la silla, yo lo haré en el suelo frente a la chimenea. Necesito entrar en calor —le dijo, haciendo un gesto con la mano para que se sentase—. ¿Ese es tu don, parar el tiempo?

—Sí —respondió Blake mientras se acomodaba.

Mérula no pudo evitar fijarse en sus cicatrices con detenimiento: con el resplandor del fuego se apreciaba mejor cada surco y pliegue que la piel quemada dibujaba en su rostro.

—¿Te duelen? —preguntó sin ninguna acritud. No podía imaginar cuán dolorosas debieron ser las quemaduras los primeros días.

—De vez en cuando, sobre todo cuando estoy cerca de alguna fuente de calor —respondió, pasando la mano por encima de forma nerviosa.

—Siento que te ocurriera eso —comentó la bruja con consternación.

—Yo no. Todo lo que pasé me ha conducido hasta ti —aseguró con una sonrisa sincera—. Eres lo único que me queda de tu madre; mi hija.

Aquellas palabras emocionaron a Mérula. Era su hija y él, pese a todo, su padre, el único progenitor que le quedaba, y estaba agradecida de tenerle.

—Dejemos los recuerdos tristes a un lado, tienes que poner a prueba tu don —manifestó poniéndose en pie—. Eres mi hija y, por lo tanto, has heredado el don único que los padres siempre pasa a los hijos; es la forma en que evitamos que se pierda.

—¿Qué hace ese poder exactamente?

—Detiene el tiempo, pero no el tiempo en sí mismo, sino el de un área en concreto. Es decir, afecta a quien se encuentre dentro de un perímetro alrededor del brujo durante un corto periodo de tiempo —le explicó—. Permite escapar o contrarrestar un ataque, incluso parar el tiempo y así poder conseguir peces para comer o cazar algún animal. O evitar que algo caiga al suelo.

—Vaya, parece bastante útil —se sorprendió—. Puedo mover objetos, pero no estoy segura de que pueda detener el tiempo.

—Eres mi hija, puedes hacerlo —aseguró, ofreciéndole la mano para que se levantase.

—¿Cómo funciona? —preguntó dejando la manta a un lado.

—Probaremos conmigo. Debes concentrarte en lo que te rodea, en las cosas que están en movimiento y que tienes delante —le indicó su padre colocándose frente a ella—. Ahora extiende tu brazo y dirígelo hacia la zona donde quieres que el tiempo se detenga. Imagina un reloj en el que los segundos van pasando y páralo en tu mente. Concentra ese deseo y transfíerelo a la extremidad que tienes extendida; después, proyéctalo en mi dirección.

Mérula siguió los pasos que Blake le estaba indicando, cerró los ojos un segundo y visualizó un reloj y el sonido del segundero avanzando. Le ordenó que parase y así lo hizo. Volvió a abrir a los ojos y fijó la atención en su padre, deseando que su cuerpo se paralizase, que no pudiese moverse y que todo quedase en silencio a su alrededor. Lo primero que se detuvo fueron las llamas de la chimenea, la esfera de luz dejó de flotar y tras esto, cuando su el hombre iba a decir algo más, sus labios y su cuerpo quedaron tan quietos como los de una estatua. La bruja, al ver que lo había conseguido, rompió la concentración y todo volvió a la normalidad.

—Ha sido muy fácil —aseguró, dando unos saltitos para celebrarlo.

—Lo has hecho muy bien. Este don es algo innato en ti, naciste con él y, por lo tanto, te sale de forma natural —afirmó—. No sabías que podías hacerlo, por lo que tampoco intentaste usarlo. Mérula se sintió mareada y tuvo que sentarse en la silla con la ayuda de Blake.

—Es normal, es un hechizo que requiere de bastante energía. Las primeras veces puede que experimentes sensación de mareo.

—Tengo mucho que aprender aún, como por ejemplo a gestionar mi energía y descubrir cuáles son mis limitaciones —admitió la joven.

—Eso lo conseguirás practicando, tú misma sabrás cuándo parar. Usar magia si tu energía se ha agotado podría afectar a tu salud o incluso matarte —le advirtió. Era muy importante no forzar el cuerpo cuando este ya había gastado su vigor; el uso de la magia no era gratuito ni tampoco infinito.

—Tendré cuidado —le prometió.

—Será mejor que me vaya, es tarde.

—Si, deberíamos descansar —sugirió la joven—. Mañana llegan el hermano de Enzo y sus sobrinos, e imagino que irán aparecerán más brujas y brujos para celebrar Cáligo.

—Sigo sin estar de acuerdo con eso —manifestó Blake negando con la cabeza.

—Es una festividad sagrada —le recordó—, algo que significa mucho para todos. Katya no está dispuesta a dejar que el miedo nos condicione. Imagino que no celebrar ese evento sería como una muestra de debilidad.

—Lo sé, pero también es una provocación.

—De todas formas, si intentasen algo no podrían acceder a la mansión —continuó, refutando sus palabras.

—Es lo único que me tranquiliza —aseguró el brujo después de soltar un gran suspiro.

—Tranquilo, todo irá bien —comentó, imprimiendo seguridad a sus palabras e intentando transmitírsela—. Además, habrá muchas brujas y brujos poderosos, así que si pasa algo podremos hacerle frente.

—Yo estaré vigilando los alrededores —aseguró—. Me marchó, hija. Volveré mañana.

—Está bien, pero ten mucho cuidado, podrían estar esperándote.

—Iré por otro camino. Conociéndoles, no me atacarán si estoy solo —aseguró poniéndose la capucha—. Además, conozco el bosque mejor que ellos. En todo este tiempo no me encontraron.

Blake decidió no sacar el tema de Caleb. No era quien para juzgar su relación, y menos con todo lo que sucedió por ese amor prohibido entre su madre y él. Sabía mejor que nadie que era inútil luchar contra el amor si este era de verdad, y más aún cuando se era joven y se trataba del primero. Ese por el que harías cualquier cosa sin importar las consecuencias. Incluso, sin quererlo, matar.

Blake abandonó la casa y se adentró en el bosque por un sendero que muy pocos conocían y que le permitiría llegar a su hogar sin ser visto. Tanto tiempo ocultándose le había hecho desarrollar ciertas habilidades para camuflarse. Mérula observó sus manos, que ahora también podían parar el tiempo, y se sintió un poco más poderosa. Si la cosa se ponía fea, esa habilidad podría suponer la diferencia entre vivir o morir.

Se acurrucó en la silla cubierta por la manta, percibiendo el agradable calor que emanaba de la chimenea. Su padre tenía razón con respecto a Cáligo, pero no podía negar que asistir a esa celebración le hacía ilusión. Vestir la túnica de su madre, vivir algo que ella había vivido, disfrutar de una noche sin lobos con Caleb y los demás. Sin embargo, la inquietaba que la reconocieran y descubriesen de quién era hija. Seguro que todos conocerían lo sucedido y muchos la juzgarían.

Y luego estaba Adalyn, al acecho y esperando cualquier oportunidad para fastidiarla. Esa mujer era impredecible. Si no quería enfurecerla aún más, debía mantener las distancias con Caleb. Hablaría con él para que se marchase con ella a Umbría a conocer a Flavia, y así poder estar juntos, sin miedo, sin ocultarse de nadie. No estaba segura de que aceptase su propuesta, ya que eso significaría dejar sola a su madre.

Esa noche se quedó dormida junto al fuego, segura de lo que quería.

CAPÍTULO 47

El sonido de los pájaros anunciaba que estaba amaneciendo. Mérula despertó en el mismo sitio donde se había quedado dormida, la silla de madera junto a la chimenea. Antes de levantarse, se acurrucó perezosa algunos minutos más bajo la cálida manta. El fuego ya hacía un par de horas que se había apagado y la frialdad envolvía la casa.

La joven se vistió con el mismo atuendo del día anterior y se apresuró para tardar lo menos posible en alcanzar la mansión. El hermano de Enzo llegaría esa misma mañana y tenía mucha curiosidad por conocerle a él y a los niños. Echaba de menos la rutina del orfanato; levantarse y ocuparse de los pequeños, y la idea de volver a tener a alguno cerca le agradaba de verdad.

Después de recogerse el pelo, se dispuso a transformarse en cuervo y emprender el vuelo.

Con el cielo totalmente despejado de esa mañana, Mérula se deleitó con la sensación de la brisa fría en las plumas. Subía y bajaba batiendo sus alas, dejándose llevar por las corrientes de aire. Cada vez entendía más a Seth cuando le dijo que, al transformarse, solo era un ave surcando el cielo, libre y sin pensar en nada más. Una vez recuperada su forma humana, entró en la mansión donde Neo, el gato fantasma, la esperaba para recibirla como todos los días. Dedicó un par de minutos a saludarlo y fue a buscar a Katya al invernadero, donde la esperaba para desayunar.

—Buenos días, Mérula, toma asiento. Te estaba esperando —la saludó de forma amable empezando a servir el café.

—Buenos días —respondió.

—¿Cómo pasaste la noche? —preguntó Katya, saboreando su bebida humeante y recién hecha.

—Bien, pero recibí una visita inesperada —comentó, dando un bocado al bollo de pan dulce que la líder le había ofrecido.

—¡sorpréndeme! —exclamó la bruja, imaginando la escena e intuyendo de quién le iba a hablar Mérula.

—Ada y sus lobos se presentaron anoche —le contó, recordando los aullidos estremecedores.

—¿Y qué querían esta vez? —preguntó iracunda. Estaba empezando a cansarse de sus continuas provocaciones.

—Aullaron sin parar hasta que apareció en el claro. Le hicieron pensar que me encontraba en peligro —manifestó con irritación—. Y como ya imaginarás, nos amenazaron. Intentaron atacarle, pero le invité a traspasar la barrera que protege mi casa después de que parase el tiempo.

—¡Maldita sea! —exclamó la mujer— Ahora sí que no se detendrá hasta veros muertos a los dos.

—Pude ver el odio reflejado en sus ojos —comentó la joven, recordando sus amenazas.

—Por suerte no sucedió nada que debamos lamentar, de momento —manifestó Katya poniéndose en pie—. Debemos estar más alerta que nunca, y no dejar que nadie salga solo al

bosque.

—Blake sigue en desacuerdo con tu decisión de celebrar Cáligo —añadió.

—Cáligo se celebrará. La mayoría de brujos ya están en camino y llegarán entre hoy y mañana —la informó—. Ya no podemos hacer nada—. Esperemos que no encuentren problemas una vez alcancen el bosque.

—Tengo otra cosa que contarte —declaró Mérula.

—No creo que nada de lo que puedas contarme sea peor que esto...

—Blake me enseñó a usar mi don para detener el tiempo —comentó satisfecha.

—Me alegro de que hayas aprendido a utilizar ese recurso, puede sernos muy útil cuando dedican atacarnos —afirmó la bruja—. Parece que hoy el día empieza lleno de sorpresas —comentó de forma irónica.

—Yo también me alegro. Todo lo que sea para ayudar al aquelarre, lo haré —aseguró la joven mirándola a los ojos.

—Lo sé, pero ahora mismo lo que este aquelarre necesita es terminar de preparar el salón para la fiesta —respondió Katya formando una pequeña sonrisa.

No quería seguir dándole vueltas a lo complicada que se estaba poniendo la situación, y tampoco preocupar más a Mérula. Deseaba que disfrutase de Cáligo, aunque estuviesen a expensas del ataque inminente de Ada y su aquelarre. Cuando ese momento llegase, le plantarían cara juntos.

Más tarde tendría una reunión con Enzo y Seth para valorar la situación actual y comunicar al resto la resolución de que nadie saliese solo al bosque. Y Mérula, por supuesto, no volvería a su casa, al menos de momento. Era mejor que permaneciesen todos juntos en la mansión hasta después de Cáligo, tras lo cual había decidido que se marcharían a Umbría junto a Paul. Así alejarían a Mérula por un tiempo del bosque y de los lobos. Una vez allí, abordarían el tema con Flavia y tomarían una decisión. Cuando la anciana supiese que la joven había heredado el poder de la Lucidumbria, estaba segura de que le pediría que se quedase en la casa Matriz.

Justo después de terminar de desayunar, escucharon la puerta principal cerrarse y el murmullo de voces.

—Creo que Paul acaba de llegar —anunció Katya—. Salgamos a recibirle.

Mérula siguió a la bruja.

Paul y sus hijos se encontraban en el hall. El hombre se parecía mucho a su hermano Enzo, e iba vestido de forma refinada, con un bonito traje azul marino. Los pequeños se llamaban Leslie, de diez años, y Arthur, de cinco. La niña semejava una muñeca de porcelana, llena de rizos rubios y con un vestido muy pomposo; se la veía muy espabilada para su edad. En cambio, el niño parecía tímido, con expresión inocente y triste; daban ganas de abrazarle y que hacerlo sintir protegido.

Enzo los recibió de forma cariñosa. Se veían una o dos veces al año y le tenían un gran cariño. Seth cogió a su primo Arthur en brazos y le dio algunas vueltas en el aire mientras el niño reía sin parar, dejando a un lado ese halo de aflicción que lo caracterizaba.

—¡Para, Seth, me estoy mareando! —le gritó.

—Hola, hermano —lo saludó Paul dándole un efusivo abrazo.

—¿Qué tal el viaje?

—Se hizo más largo que las últimas veces, pero no hubo ningún sobresalto —le informó.

Hasta la mayoría de edad, Leslie y Arthur no podrían transformarse en cuervo, y tenían que viajar de forma tradicional.

Paul no pudo evitar fijarse en Mérula, que acababa de aparecer en el hall. Era la primera vez que la veía. Le recordó a Gisela, de la que estuvo enamorado en la adolescencia, aunque más pálida y delgada que esta. Nunca llegó a declararse y siempre culpó a Blake de lo que sucedió, ya que no volvió a verla.

—Paul, permíteme que te presente a Mérula, la hija de Gisela —dijo Katya, con cierto temor ante su reacción.

El brujo confirmó sus sospechas y la bruja pudo percibir lo sorprendido que estaba y lo que se había acelerado su pulso.

—Encantada —lo saludó la joven con una sonrisa.

—¿Y por qué no sabía nada de ella? —preguntó, observando a la joven con atención.

—Porque nosotros tampoco lo sabíamos —manifestó.

—Roselyn vino para decirnos que Gisela fue a verla y le contó que tenía una hija. Poco después, murió y luego ella... —prosiguió Enzo, sabiendo lo que había sentido su hermano por la madre de Mérula en el pasado.

—¿Gisela está muerta...? —preguntó con apenas un susurro, notando que su corazón terminaba de romperse—. Año tras año pensaba que cualquier día volvería y la encontraría aquí.

—Fue hace apenas unos meses —añadió Mérula, viendo cómo se ensombrecía la cara de Paul.

—¿Por qué no pasamos al salón y nos ponemos al día? —sugirió Enzo—. Seth ¿podrías cuidar de tus primos mientras?

—Claro, padre, iré a despertar a Caleb. Aún no se ha levantado —respondió con expresión pícaro en el rostro al imaginar la cara del brujo cuando los niños empezasen a saltar en su cama—. ¡Cuervo tonto el último! —les gritó echando a correr escaleras arriba.

—¡Ehhh, eso es trampa! —chilló Arthur, saliendo a toda prisa tras él.

—¡Esperadme! Con este vestido no puedo correr —se quejó Leslie, remangándose y siguiéndolos.

Mérula no pudo evitar sonreír al ver la escena, a la par que le extrañó que Caleb no hubiese bajado a recibirla. Sabía perfectamente a qué hora solía llegar. Más tarde hablaría con él.

—Deja el baúl junto a la puerta, después lo llevaremos a la habitación —le dijo Katya, agarrándolo del brazo y conduciéndolo al salón.

—Aparqué la calesa detrás de la casa, así no estará en el medio cuando empiecen a llegar los demás. La mayoría de los brujos salieron un día después que yo de Umbría —les informó.

—Sí, llegarán entre esta tarde y mañana por la mañana. Los aquelarres hermanados suelen ser los últimos en venir—comentó la líder—. Mérula, ¿te has quedado paralizada? Vamos.

—Perdón —se disculpó.

Estaba realmente extrañada por no ver a Caleb abajo, y se preguntaba si habrían cambiado sus sentimientos hacia ella después de saber que su padre seguía vivo, aunque él la hubiese asegurado que no.

CAPÍTULO 48

Los cuatro se adentraron en el salón, donde la chimenea ya se encontraba encendida. Cuando estuvieron sentados, Katya cerró la puerta con un gesto de su mano. Paul no podía dejar de mirar a Mérula, tan parecida a Gisela y tan diferente a la vez.

—¿Dónde has estado todos estos años? —preguntó con curiosidad a la joven.

—Mi madre me dejó en el orfanato del pueblo siendo un bebé. Estuvo escondida en una aldea durante todo el embarazo, pero cuando nací ya no pudo mantenerse más tiempo oculta —le contó con tristeza—. La perseguían, y su única opción fue dejarme allí —conforme iban saliendo las palabras de su boca, se reafirmaba en que su madre no merecía todo el odio que había sentido por ella en el pasado, y una solitaria lágrima surcó su mejilla.

—¿Entonces tu padre es Blake? —preguntó con la rabia recorriendo sus venas, algo que no pasó desapercibido para Katya y que Mérula vio en su mirada cargada de resentimiento.

—Así es —respondió muy firme, desafiándole—. Espero que eso no suponga un problema, yo no elegí ser su hija.

—No lo supene; está muerto —aseguró observando sus ojos, tan oscuros como los de Blake, que parecieron embaucarle.

En ese momento, Mérula comprendió que nadie podía saber que seguía vivo. Eso solo crearía otro conflicto en el aquelarre y era lo último que quería. Además, únicamente Katya y Caleb conocían esa información, y este último le había prometido que no se lo contaría a nadie. La joven miró a la líder por un segundo para hacerle saber que estaba tranquila y que entendía que no debía mencionar nada.

—Ya no tienes que preocuparte por él, hermano. Además, Mérula es una joven bruja muy talentosa y una persona de confianza —manifestó Enzo.

—Siento si he estado algo brusco. No tienes la culpa de nada de lo que sucedió, tan solo eres una víctima más de tu padre —se disculpó, aunque sin dejar de responsabilizar de todo al brujo. Esto molestó a Mérula, pero lo dejó pasar. No quería seguir echando más leña al fuego.

—Mérula estaba muy perdida cuando llegó hasta nosotros y ha demostrado que está dispuesta a formar parte de este aquelarre sean cuales sean las consecuencias —comentó Katya.

—¿A qué te refieres con consecuencias? —preguntó, sabiendo que sus palabras escondían algo más.

—Estamos amenazados por el Aquelarre del Lobo; quieren matarla y así acabar con su linaje —le informó la bruja.

—¿No tienen bastante con haberlas asesinado a las dos? —cuestionó Paul con el dolor lacerando su corazón sin compasión, pensando en que jamás volvería a ver a su amor de la adolescencia. Incluso había tenido la estúpida idea de que, si regresaba, podría confesarle lo que hacía tantos años no se atrevió.

—Sé que enterarte de su muerte ha sido un duro golpe, Paul, pero Ada no parará hasta llevar

a cabo su venganza y debemos estar preparados —comentó Enzo.

—Había pensado en que Mérula y yo nos fuésemos contigo a Umbría después de Cáligo para presentarla ante Flavia. Así, la alejaríamos de aquí y evitaríamos otro enfrentamiento —manifestó Katya—. Ada no osará atacarla en Umbría si está bajo la protección de Flavia y los brujos de la casa Matriz.

—Haré lo que sea necesario para manteneros a salvo —aseguró Mérula—. Es lo menos después de acogerme y ayudarme pese a lo sucedido.

Paul observó detenidamente a la joven. Era hermosa, delicada, y realmente parecía estar en peligro. No podría cargar sobre su conciencia su muerte. Gisela hubiese querido que la protegiese; después de todo, eran buenos amigos.

—Está bien, creo que a Flavia le gustará conocer a Mérula y también saber qué pasó con Roselyn y Gisela —aceptó—. ¿La presentarás oficialmente como miembro de este aquelarre la noche de Cáligo?

—Sí, quiero que todos sepan que el linaje de las brujas Ewart no ha desaparecido —afirmó Katya.

En ese momento irrumpieron en la estancia Seth y los niños, que parecían estar pasándose lo en grande, a juzgar por sus risas.

—Caleb no estaba en su habitación. Fuimos a buscarle a la de su madre, pero tampoco había nadie —explicó Seth, algo preocupado por su ausencia.

—Adalyn lleva desde bien temprano terminando de preparar el salón para Cáligo. Insistió en encargarse de los últimos detalles —le informó la líder—. Dudo que Caleb esté con ella; desde hace un tiempo parecen estar distanciados.

Adalyn siempre fue una devota de la diosa Magnalis, y era la primera en adornar su escultura. Buscaba las flores más bonitas durante horas en el bosque, pero se había vuelto oscura y ya nada tenía que ver con la joven risueña de antaño.

—Si nos disculpáis, iremos a por el baúl con nuestras cosas y lo subiremos a la habitación —anunció Paul, agarrando a sus hijos de la mano.

—Te ayudaré, así remataremos los últimos detalles para la fiesta —se ofreció Enzo.

—Los invitados que vienen de más lejos empezarán a llegar hoy y habrá que tener las habitaciones preparadas —le indicó a su hijo Seth—. ¿Podrías encargarte tú con las chicas? No creo que tarden en bajar. Luego organizaremos el menú de la cena.

—Claro, madre, abriré las ventanas de los cuartos para que se vayan ventilando. —Después se marchó, al igual que Paul y Enzo.

Mérula estaba preocupada por Caleb y creía poder encontrarle.

—Sé dónde está Caleb, iré a buscarlo —manifestó.

—Dijimos que nadie saldría sin compañía al bosque —le recordó Katya—. Y menos tú.

—Lo sé, pero soy la única que sabe dónde encontrarle —insistió.

—No es una buena idea, aunque estoy preocupada por él y sé que a ti te hará caso. Ve en su busca —claudicó—. Prométeme que volveréis cuanto antes.

—Te lo prometo. No haré nada que nos ponga en peligro —aseguró deseosa por hallarle. Estaba segura de que le había pasado algo y que deseaba estar solo.

—Bien, ve antes de que sea más tarde —apremió la bruja.

Mérula abandonó la mansión, se transformó y se dirigió a las ruinas.

Aquel era el único sitio donde Caleb podía alejarse de todo, de todos y ser simplemente él. Allí podía llorar, gritar y liberar sus frustraciones. Contemplar las estrellas e imaginar lo insignificante que era en aquel enorme universo que coronaba el bosque con su majestuosidad. Muchas veces se preguntaba si hubiese sido mejor ser alguien normal, sin magia. Vivir tranquilo en algún lugar, nada más preocuparse de trabajar y llegar tan cansado a casa que no tuviese ni fuerzas para pensar.

La joven sobrevoló las copas de los árboles a gran altura para que ningún lobo pudiese verla llegar a las ruinas, que se alzaban sobre la colina más alta. Ya poco quedaba del antiguo monasterio. Descendió despacio hasta ver al brujo. Parecía furioso y lanzaba ráfagas de sombras contra las paredes de roca, que ante la fuerza de los impactos daba la impresión de que iban a derrumbarse de un momento a otro. La expresión de su rostro impresionó a Mérula: estaba lleno de dolor y odio. La joven se posó sobre la muralla y graznó varias veces hasta llamar su atención. Cuando por fin la obtuvo, volvió a su forma humana.

—Caleb, ¿estás bien? —preguntó, temerosa de su reacción al invadir su intimidad.

El brujo la observó. Esa no era la versión de sí mismo que quería que conociese. Pero no podía evitar sentir esa rabia y ese dolor. La conversación con su madre la noche anterior le había dejado claro que jamás lo querría como se debería querer a un hijo, y lo peor de todo es que sabía que él y Mérula estaban juntos, y eso aún los distanciaba más. Le daba igual marcharse sin más y dejarlo atrás, como si todos sus años de dedicación a ella no hubiesen significado nada.

Ya estaba cansado de sus amenazas, de su mano de hierro y de ser solo alguien a su servicio en vez de su hijo. Si quería irse que se fuera, pero no lo alejaría de Mérula, la única que le había demostrado que podía ser amado y corresponder ese amor. Después de descargar toda la furia acumulada, no dejaría que su madre volviese a influir en su vida. Sería libre de hacer lo que quisiese, no permitiría que le manejase como a una marioneta nunca más.

—No deberías estar aquí —comentó esquivando su mirada.

—Paul llegó hace un rato con los niños y Seth fue con ellos a buscarte a tu habitación pensando que te habías quedado dormido, pero no estabas allí —le informó la joven con voz suave.

—Me marché antes del amanecer. No quería encontrarme con mi madre ni que los demás me viesen en este estado —le contó con voz queda mientras se sentaba sobre la tierra húmeda y apoyaba la espalda en el muro en actitud derrotista.

—¿Por qué estás así? —preguntó cariñosamente, intentando no sonar indiscreta. Después, se sentó junto a él.

Estuvieron un rato en silencio hasta que el brujo, ya más tranquilo, se decidió a hablar.

Le explicó que, la noche anterior, al volver, su madre le estaba esperando y le cuestionó el por qué de su salida.

—Y a juzgar por tu estado, no fue nada bien el encuentro —afirmó.

—Sabe que estamos juntos, me conoce muy bien —confesó—. No sé cómo pude pensar que podría ocultárselo.

—¿Te arrepientes? —preguntó Mérula con tristeza, considerando la posibilidad de que eligiese a su madre en vez de a ella, y que todo se acabase.

—No me arrepiento de nada —aseguró girándose hacia ella—. Me enfureció que me dijese que iba a marcharse después de Cáligo, y que si no me marchaba con ella la perdería como madre.

Aquellas palabras impactaron a la joven. ¿Cómo una madre podía decirle eso a su hijo? ¿Es que su corazón se había congelado?

—¿Y tú qué respondiste?

—No me permitió siquiera contestar, pero le dejé claro que no pensaba alejarme de ti y que no volvería a ser su títere nunca más. Cuando contemplé sus ojos solo vi oscuridad; las sombras están tomando el control y jamás dejaré que la ayude —manifestó con congoja.

Mérula nunca lo había visto así de desvalido, pero también sabía que esa vulnerabilidad podía hacer que el poder de las sombras tomase el control, como estaba haciendo con Adalyn, y no iba a permitirlo. Sin darle tiempo a reaccionar, lo tomó entre sus brazos y el joven dejó fluir todo el dolor a través de las lágrimas que comenzaron a brotar sin control de sus ojos. Era la primera vez que lloraba delante de alguien.

—Estamos juntos, Caleb, y ya nunca tendrás que preocuparte por quedarte solo ni por someterte. Nos cuidaremos el uno al otro —le prometió de forma cálida junto a su oído.

Cuando terminó de desahogarse, lo apartó para quedar frente a él.

—¿Y si intentas hablar con ella? —sugirió Mérula.

—Si ya ha tomado su decisión no me escuchará —se lamentó Caleb—. Y no pienso arrastrarme nunca más.

—Siento haber alterado vuestra vida y que tengáis que separaros —se disculpó ella—, pero no me arrepiento de haberte elegido; solo espero que tú tampoco.

—Yo tampoco me arrepiento, sin embargo, toda mi vida he vivido a la sombra de mi madre, acatando sus órdenes y cuidado de ella —se confesó ante Mérula. Necesitaba ser sincero con ella; a pesar de que su relación con Adalyn era complicada y tóxica, nunca habían estado separados.

—Lo sé, pero debes dejarla marchar si es lo que desea —manifestó acariciando su pelo—. Caleb, solo tú puedes decidir si quieres irte con ella o quedarte.

El brujo contempló su hermoso rostro perfilado, su cabello largo, negro y rizado, y acarició la pálida piel de su cuello. Mérula se estremeció con su contacto.

—No me iré a ninguna parte, mi sitio está aquí contigo —le prometió—. Es mejor que se aleje. Vernos solo le causaría más sufrimiento y no soportaría que me mirase con desprecio a mí también.

—¿Crees que por eso se va?

—En parte sí, y además está dolida con el aquelarre por ponerse de tu lado —siguió contándole.

La expresión de la joven se ensombreció. Daba igual que todos intentasen convencerla de que no tenía la culpa, pues al final se marchaba debido a su presencia. Si su madre no volvía o le ocurría algo, caería sobre su conciencia, y con el paso del tiempo Caleb podría empezar a verla de otra forma. Y no soportaría que acabase odiándola a ella también.

—¿Qué ha pasado? De repente tu actitud ha cambiado —preguntó el brujo, temiendo que sus palabras le hubiesen afectado profundamente.

—No quiero que te arrepientas por no haberte ido con ella y luego eso traiga consecuencias para nosotros —le confesó.

—Mérula, no quiero irme de aquí, no quiero alejarme de ti —le aseguró—. Irse es su decisión, no la mía, y no pienso dejar que me arrastre a su mundo de oscuridad, venganza y rencor. No quiero ser como ella.

Tras sus argumentos, agarró a la bruja con necesidad y la atrajo hacia él, tomándola entre sus

brazos.

Quería borrar sus pensamientos, aliviar la sensación de culpa y hacerle saber que no se iría a ningún sitio. La besó con pasión, y ella se lo devolvió con la misma intensidad. Ninguno de los dos quería distanciarse, y no lo harían. Se separaron y se contemplaron el uno al otro mientras permanecían abrazados.

—Deberíamos volver antes de que piensen que el que se ha ido he sido yo —sugirió Caleb con una sonrisa. En realidad no quería soltarla, pero iba a ser un día ajetreado en la mansión.

—Sí, pronto empezarán a llegar los invitados y juré que no tardaría —manifestó Mérula dándole un último beso furtivo en los labios—. Pero antes prométeme que no volverás a alejarte cuando te sientas así. No me apartes de ti —le pidió. Verlo dejarse poseer por el poder de las sombras le había impactado.

—Lo intentaré, te lo prometo.

Ya transformados, volaron en dirección a la mansión. Cáligo se celebraría al día siguiente.

CAPÍTULO 49

Mérula y Caleb sobrevolaron el bosque, y cuando estaban a punto de llegar, una lechuza los interceptó. No intentó atacarlos. Se limitó a rodearlos batiendo sus alas, danzando en el viento. Se colocó junto a Caleb ululando y dándole con la cabeza para desequilibrarlo, a lo que el cuervo respondió con varios graznidos.

«¿Qué le pasa a ese ave?» le preguntó Mérula ante el extraño comportamiento del animal.

Caleb soltó una carcajada que retumbó en la cabeza de la bruja.

«¿Piensas que no hay más aquelarres aparte del nuestro y el del lobo?» replicó para picarla, sabiendo que respondería de forma mordaz.

—Gracias por llamarme ignorante —respondió irritada—. Sé que hay más, pero no sé qué animal los representa, brujo presuntuoso.

—Sabía que te molestarías —comentó Caleb con sorna—. Debe ser Skender, un amigo del aquelarre Noctua. Eso significa que su familia también ha llegado. Viven en Umbría.

—Ahora que mencionas Umbría, quiero hablar contigo —manifestó Mérula—. Ven a mi habitación esta noche.

—Vale, pero no te aseguro que solo vayamos a hablar —comentó el brujo, que deseaba volver a tenerla entre sus brazos.

La bruja no respondió a su insinuación; ella tampoco creía que únicamente charlasen.

La lechuza siguió incordiando a Caleb, y este empezó a picotearle la cabeza. Ambos descendieron hasta llegar a tierra firme seguidos por Mérula.

Skender volvió a su forma humana, al igual que los otros dos brujos. Ante ellos se encontraba un joven de la edad de Caleb, que vestía un bonito y elegante traje azul zafiro con brocados dorados. Era alto y de tez tostada. Tenía el cabello corto en tono castaño y unos hermosos ojos color miel enmarcados por un rostro varonil. Sus labios eran carnosos y su nariz gruesa. Poseía cierto aire exótico que Mérula no había contemplado nunca.

—Me alegro de verte, Skender —lo saludó Caleb. A continuación, se dieron un efusivo abrazo mientras sonreían.

—Te veo bien, amigo —respondió observándole de arriba abajo, y desviando luego su atención hacia la joven—. ¿No vas a presentarme a tu encantadora amiga?

—Soy Mérula —se presentó ella misma haciendo una pequeña reverencia.

—En todos estos años, nunca la había visto —comentó extrañado.

—Hace poco que se ha unido al aquelarre —lo informó Caleb—. ¿Qué tal si entramos y saludo a tus padres? —sugirió, pasando un brazo sobre sus hombros y conduciéndolo hacia la entrada de la mansión, evitando así que continuase preguntando.

Mérula los siguió, aliviada. No le apetecía tener que contarle quién era. Katya se encargaría de eso.

Dentro no solo se hallaban los padres de Skender, sino otros brujos y brujas que habían viajado junto a estos y también residían en Umbría.

Caleb se apresuró a saludarlos. Mérula se mantuvo en un segundo plano, pues no conocía a nadie. Katya y Enzo hablaban animadamente con ellos, en un corrillo que se había formado en medio del *hall*. Para su sorpresa, Adalyn también se encontraba allí, hablando de forma animada con una mujer de cabello rubio que tendría su edad. El rostro de Caleb se iluminó al ver a su madre conversando y sonriendo de vez en cuando. Al percatarse de la presencia de los jóvenes, la bruja dedicó a Mérula una mirada de desprecio que le heló la sangre.

—Me alegro de verte, Caleb —manifestó la mujer de piel de ébano que estaba hablando con Katya y las gemelas.

—Acércate, Mérula —le indicó la líder con la mano. La joven lo hizo, pero con cierta reticencia—. Ella es la hija de Gisela —la presentó con naturalidad.

—No sabía que había tenido una hija —manifestó sorprendida, observándola de arriba a abajo—. Te pareces mucho —dijo al final, con una sonrisa sincera.

—Nadie lo sabía, ni siquiera ella —le contó—. Lo descubrió hace poco, al igual que nosotros.

—¿Dónde está Gisela? Hace muchos años que no la veo —cuestionó.

El hombre situado a la derecha de la mujer y que estaba hablando con Paul y Enzo se apresuró a saludarla.

—Encantado, Mérula. Soy Vídar, el padre de Skender y el marido de Nimue —se presentó—. A mí también me gustaría saber qué ha sido de Gisela después de tanto tiempo.

—Lamentablemente, falleció hace unos meses —comunicó la joven.

—Lo siento mucho —respondió tristemente Nimue, agarrándole la mano con cariño.

—Roselyn también dejó este mundo poco después de Gisela —comentó con tristeza, recordándola—. Mérula se unió a nosotros hace poco —los informó—. Es una joven con mucho talento.

—Aquí todos han sido muy amables conmigo, sobre todo Katya —afirmó, observándola con

admiración.

Seth apareció con Malory en ese momento. Venían de vigilar el bosque y, bueno, también habían aprovechado para otras cosas.

—¡Vídar! —exclamó al ver al brujo.

—¡Seth!

Los dos se saludaron de forma afectuosa.

Caleb se encontraba hablando con Skender cerca de Adalyn. Las gemelas Elora y Cailyn se habían alejado con un grupo de brujos y brujas jóvenes en dirección al salón donde se celebraría Cáligo al día siguiente.

—No te preocupes, Mérula. Mañana, cuando empiecen a festejar Cáligo, nadie reparará en ti. El licor de moras obrará su magia —manifestó Malory con una amplia sonrisa, recordando la última celebración, donde todos estaban bastante perjudicados.

—Eso espero, no me gusta ser el centro de atención —confesó nerviosa al percatarse de que Adalyn y la mujer rubia la observaban con aversión y cuchicheaban entre ellas—. ¿Quién es la bruja que está con la madre de Caleb?

—Es Diane, son amigas desde siempre —le aclaró—. Las dos son igual de arpías. Vete a saber qué le estará contando; mejor mantente alejada.

Casi no le dio tiempo a terminar su advertencia cuando Diane ya se encontraba junto a ellas.

—Hola, Diane, me alegro de verte —la saludó Malory con una sonrisa fingida.

—Hola, Malory —respondió—. Tú debes ser Mérula, la hija perdida de Gisela. Adalyn me ha estado poniendo al día —declaró con actitud distante, analizando a la joven.

Diane era alta y, pese a no ser muy agraciada, tenía un porte exquisito y distinguido, pero también un aire petulante que no le gustó.

—Sí... Encantada —respondió la bruja sin saber muy bien cuáles eran sus intenciones.

—No sé cómo te atreves a venir aquí después de lo que hizo tu madre —le reprochó sin más, directa al grano.

—Yo no soy mi madre y no tengo por qué esconderme. No soy responsable de sus actos, solo de los míos —respondió sin dejarse influir por sus comentarios dañinos.

—Pero sí eres responsable de lo que tu presencia puede provocar en otros —la siguió increpando.

—Ese no es mi problema. Intento llevarme bien con todos —manifestó desafiante. Esa mujer no era nadie para venir a insultarla sin conocerla.

—Ya basta, Diane —le advirtió Caleb, que se había acercado a Mérula.

—Solo estaba saludando a tu amiga —comentó sonriente.

—No pasa nada, tranquilo —aseguró la joven.

—¡Caleb, te estaba buscando! —Una voz femenina un tanto estridente sonó tras él.

—Querida, qué bien que estés aquí —dijo Diane.

—Hola, Astrid —la saludó el brujo de mala gana.

Astrid era la hija de Diane, una bruja igual de petulante que esta. Siempre iba detrás de Caleb, le gustaba desde que eran pequeños. Su madre quería emparejarlos y contaba con el beneplácito de Adalyn. Mérula se fijó en su aspecto peculiar: era muy pálida, con el pelo casi blanco y los ojos grises.

—No te conozco, ¿quién eres? —le preguntó.

—Ella es Mérula, se ha unido hace poco al aquelarre —respondió Malory—. Si nos disculpas, tenemos cosas que hacer —comentó mientras se la llevaba de allí en dirección al salón de celebraciones.

—¿Quién era esa? —preguntó la joven observando cómo jugaba con el pelo de Caleb mientras hablaban.

—Es la hija de Diane —respondió.

—¿Y se puede saber por qué está toqueteando a Caleb? —Empezaba a ponerse nerviosa.

—Bueno, ella intenta todos los años que él le haga caso, pero siempre fracasa estrepitosamente —le contó divertida—. No te preocupes, no tiene nada que hacer.

—Espero, por su bien, que tengas razón.

—Entonces, ¿estáis juntos? —preguntó emocionada.

—Sí, pero no lo sabe nadie —la informó.

—¿Sabes que si Adalyn se entera montará en cólera?

—Claro que lo sé, y creo que ella lo sospecha —afirmó.

—Debes andarte con cuidado —le advirtió. Dado su estado actual, la veía capaz de hacer cualquier cosa para impedir su relación. Sería una excusa más para arremeter contra ella.

Las dos brujas entraron en el salón en el que se iba a celebrar el evento. Mérula quedó impresionada al ver el resultado final. Las mesas ya estaban colocadas a ambos lados de la estancia, ornamentadas con múltiples adornos naturales, cuarzos y otras piedras, junto a

bastantes botellas de licor.

Los faroles resplandecían colocados a los pies de la diosa, rodeaba por un manto de flores de todo tipo. Había incienso de salvia prendido que, con su esencia, invitaba a quedarse y purificaba el lugar.

—Ha quedado precioso —se maravilló Mérula observando todo con atención—. ¿No es peligroso que tantos brujos puedan ver la mansión y entrar en ella? —preguntó al ver al fondo a las gemelas, que reían y charlaban animadamente con el grupo de jóvenes.

—Pueden verla quienes poseen la invitación que Katya envió hace unos meses. Una vez que pase la noche de Cáligo y abandonen la mansión, recordarán que lo han celebrado, pero olvidarán su ubicación. Solo quienes vivimos aquí conocemos las palabras mágicas que nos permiten verla y saber dónde está.

Caleb no tardó en aparecer.

—Veo que has conseguido librarte de Astrid —comentó Malory dándole un codazo.
—Tengo experiencia en eso —manifestó con altivez.

—Además, creo que quien hace latir tu corazón de brujo engreído está justo a tu lado —añadió con sorna.

—¿Se lo has contado? —preguntó Caleb con vergüenza, poniéndose nervioso.

—En realidad no —respondió Mérula, encogiéndose de hombros.

—Se puso celosa cuando Astrid se acercó a ti —se apresuró a interrumpir la otra—. Yo solo formulé la pregunta y ella respondió.

—Mi madre se huele algo, incluso me atrevería a decir que lo sabe —afirmó preocupado.

—Pues eso solo hace que la situación empeore. Por la forma de miraros cuando hablabas con Astrid, diría que está más a favor de la otra bruja —manifestó Malory.

—Me da igual, yo ya he decidido —aseguró el brujo mirando fijamente a su amada.

—Espero que no cambies de idea, parece muy insistente —comentó Mérula, que no podía quitarse de la cabeza la imagen de la bruja tocándole el cabello.

—No conseguirá nada de mí —le prometió acariciando su rostro.

—¡Chicos, acercaos! —gritaron las gemelas al unísono.

Una vez estuvieron con ellas, presentaron a Mérula a los brujos allí reunidos. Eran cuatro muchachos y tres muchachas llegados también de Umbría; sus padres estaban fuera conversando con Katya y los demás. La mayoría rondaba la edad de Mérula, o incluso eran más jóvenes. Le vendría bien ir conociendo a algunos habitantes de la ciudad, ya que después de Cáligo viajarían con Paul hasta allí, y quizás pasase una temporada con Flavia.

Estaban conversando de forma distendida cuando Skender irrumpió con Seth en el salón.

—Qué aburridos sois —comentó el brujo agarrando una botella de licor de la mesa más cercana a la puerta.

—Skender, ¿te recuerdo lo que ocurrió el año pasado? —preguntó Seth quitándole el recipiente y devolviéndolo a su sitio.

—¿Que lo pasamos muy bien? —respondió con otra pregunta.

—Sí, y que tuve que llevarte en brazos a tu habitación, así que será mejor que te limites a beber en la fiesta —le advirtió.

—Bah, eres un aguafiestas, Seth —le reprochó indignado, moviendo la mano en señal de desaprobación.

—Seth es un hombre muy responsable —comentó Malory, que se había acercado a él.

—Lo que es, es un aguafiestas —repitió.

—Eso se puede arreglar. —Malory agarró la botella que había dejado Seth y, tras abrirla, le dio un trago. Este la observó con resignación y un tanto molesto.

—Haced lo que queráis, me niego a participar —aseguró, levantando las manos en señal de rendición—. Debo irme, pronto llegarán más invitados.

Seth abandonó el salón y Malory devolvió la botella a su sitio.

—Pensé que íbamos a beberla —se quejó Skender, decepcionado.

—Solo quería provocarlo, nadie va a beber hoy —le advirtió, señalándolo con el dedo—. Lo digo en serio. Contaré las botellas al final del día y, si falta alguna, se lo diré a tu madre.

—Tú ganas, prefiero no recibir una reprimenda de ella —afirmó—. Créeme, es peor que estar borracho y no poder volver a tu habitación.

Malory no pudo evitar estallar en una carcajada; Skender era muy divertido.

CAPÍTULO 50

La mansión estaba de lo más concurrida. Los más jóvenes se entretenían viendo cómo los que habían cumplido la mayoría de edad y obtenido sus dones se enfrentaban en las mazmorras, poniendo a prueba su poder contra los brujos de los otros aquelarres invitados. Mientras, los hijos de Paul correteaban por la vivienda. Las chicas, en cambio, no dejaron de hablar sobre la celebración de Cáligo, y estuvieron enseñándole a Mérula y a las gemelas los vestidos que se pondrían debajo de la túnica ceremonial.

Astrid vigiló en todo momento a la joven. Había visto la complicidad que tenía con Caleb y no pensaba quitarle ojo de encima; el brujo era suyo. Malory prefirió ayudar en la cocina a quienes se ofrecieron a preparar las viandas. Decidieron juntarse en el salón de reuniones para comer todos juntos cuando estuviesen listas.

Caleb y Seth recibieron junto a Enzo a varios invitados que llegaron ya bien entrada la mañana. Después, salieron a sobrevolar el bosque para asegurarse de que ningún lobo anduviese cerca de la mansión. Todo estaba extrañamente tranquilo.

Como todo el mundo no cabía en el sitio acordado para comer, decidieron montar unas mesas improvisadas en el *hall*. Ese día se sirvió un estofado, bebieron un licor de hierbas que fabricaba el propio Enzo y, de postre, varios tipos de frutas en conserva que Katya tenía guardadas para la ocasión. El ambiente era distendido y relajado.

Adalyn, Diane y Astrid estaban comiendo juntas, y entre bocado y bocado, de vez en cuando, Mérula las atrapaba mirándola de reojo. La madre de Caleb ya las había envenenado con su animadversión hacia la joven, contándoles sus sospechas sobre su relación con él e insistiendo en que lo había embaucado y puesto en su contra. Escuchar eso no sentó bien a la madre de Astrid, empeñada en emparejar a su hija con el brujo. En realidad era una unión que, bajo el punto de vista de Adalyn, lo beneficiaba, ya que era una de las familias más poderosas de Umbría y un buen partido para él. Mejoraría su estatus y, en el futuro, seguirían el linaje familiar por ambas partes.

Ahora que Adalyn ya había tomado la decisión de abandonar el aquelarre, quería convencer a Diane de ello. Sin embargo, Mérula no hacía más que estropearlo todo con su presencia. La noche de Cáligo sería decisiva. Astrid había intentado en varias ocasiones entablar conversación con Caleb durante la mañana, aunque este prácticamente la había ignorado, haciéndola enfurecer. Pero no estaba dispuesta a perderlo.

—¿Estás bien?

—Tu madre y esas dos me ponen de los nervios con sus miradas viperinas —declaró tras un suspiro—. No quiero ni pensar lo que les estará contando sobre mí.

—Puedo imaginarlo. Su deseo siempre fue que Astrid y yo nos comprometiéramos y, créeme, año tras año lo intenta, sin éxito —le contó Caleb.

—¿Debo verla como mi rival, entonces? —preguntó muy seria.

—No es tu rival, Mérula. Si alguna vez me comprometo, será contigo —le aseguró en voz baja junto a la curva de su cuello, algo que provocó que su cuerpo se estremeciera en su parte más íntima.

No pudo evitar dejar caer ligeramente la cabeza hacia atrás mientras él depositaba un cálido beso sobre su piel.

Segundos después volvieron a separarse; no querían que nadie los viese en esa actitud.

Katya se acercó en ese instante.

—Sería interesante que hablastes con los diferentes aquelarres que viven en Umbría. Estaría bien que tuvieran una buena impresión de ti de cara a tu presentación ante Flavia —sugirió la líder, entregándole una copa llena de licor—. Esto te ayudará. Sé que la idea de socializar no es de tu agrado y que estás preocupada por algo.

—No le gusto a Diane —comentó sin más.

—Es raro que le guste alguien, solo se lleva bien con Adalyn —afirmó Katya.

—Son tal para cual... —soltó sin pensar.

—Toda la razón —comentó la bruja con una sonrisa disimulada—. Mañana, antes de que empiece Cáligo, te presentaré de forma oficial.

Mérula se bebió el vaso de un trago. No estaba acostumbrada, por lo que se sintió algo mareada.

—¡Despacio, señorita!, o desde luego la primera impresión que se van a llevar no va a ser del todo buena —comentó Caleb, cogiendo la copa vacía de su mano.

—Estoy bien —aseguró, sintiendo como su cuerpo se calentaba con el alcohol ingerido.

—Vamos, yo les saludaré y te presentaré —sugirió el brujo.

Entre los invitados había miembros del aquelarre Noctua, el Cervus y el Equis. El animal en que se transformaban daba nombre a cada uno. Todos ellos eran antiguos y sus integrantes iban perteneciendo a ellos generación tras generación, aunque eso no los hacía estar ligados de por vida. Era cierto que nacían vinculados por su línea de sangre, pero podían renunciar a su derecho y unirse a otro si sus miembros los aceptaban. Si, por el contrario, decidían no pertenecer a ninguno, se veían obligados a tener una vida solitaria fuera de la sociedad mágica, lo que implicaba perder el lazo con sus ancestros.

Tras un buen rato de presentaciones en las que Mérula se sintió relajada debido al licor, acabaron conversando con los padres de Skender, Nimue y Vídar. Astrid aprovechó la situación para acercarse a ellos. Delante de la gente no podrían ser grosera con ella. Además, todos sabían que su madre ayudaba a Flavia en algunas ocasiones y, por lo tanto, tenía su favor.

—Nimue, Vídar —los saludó con una amplia sonrisa.

—Astrid —dijo Nimue con indiferencia; ni ella ni su madre eran de su agrado.

—¿Qué quieres, Astrid? —preguntó Caleb, intentando sonar amable.

—Por fin me haces caso —fue su respuesta egoísta y fuera de lugar.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Mérula yendo directa al grano.

—Solo quiero hablar contigo, Caleb; como en los viejos tiempos —respondió con una mueca de tristeza—. ¿Qué tal si damos un paseo por el invernadero y nos ponemos al día?

—Estábamos charlando con ellos —comentó Mérula derritiéndola con la mirada. En ese momento, apareció Neo y se colocó a su lado, notando que la joven se sentía amenazada.

—No creo que les importe que me lleve a Caleb, seguro que prefieren conocerte a ti —declaró la bruja de cabello blanco de forma condescendiente, y con una falsa sonrisa en los labios.

—Está bien, Astrid, iré contigo —aceptó el brujo, viendo que la situación se estaba poniendo tensa y que la mirada de Mérula se había vuelto más oscura, lo que indicaba que en cualquier momento podía descontrolarse y usar su magia contra ella.

—Te lo devolveré en un rato. —afirmó—. A no ser que Caleb prefiera mi compañía.

—Ve tranquilo, nosotros nos quedaremos con Mérula —aseguró el matrimonio.

—No tardaré —prometió.

Astrid y el brujo se encaminaron juntos en dirección a la biblioteca, algo que enfureció a Mérula, y más cuando vio que lo agarraba del brazo. Concentró su atención en el mendrugo de pan que se encontraba más cerca de ella, sobre una de las mesas, y se lo lanzó, golpeando la cabeza de la bruja. Si quería guerra, la tendría.

Astrid se llevó la mano a la cabeza al sentir el impacto y, al ver el trozo de pan en el suelo, le dedicó una mirada colérica a Mérula. Caleb no pudo evitar reír, pero intentó disimular desviando la vista hacia otro lado.

—Esa Astrid es una bruja en la peor de sus variantes —declaró.

—Es igual de arpía que su madre —afirmó Vídar, carcajeándose.

Las gemelas y Skender se unieron a la conversación, algo que Mérula agradeció; Skender era tan divertido que se olvidó por un rato de que su brujo estaba a solas con Astrid.

Caleb no tardó mucho tiempo en volver. Tras dar un rápido paseo por el invernadero durante el que Astrid lo aburrió soberanamente contándole sus progresos en Umbría y lo buen partido que sería para él en un futuro, el brujo se disculpó inventándose la excusa de que había quedado

con Skender para enfrentarse en las mazmorras.

La llevó con Diane, que en ese momento hablaba con Paul, y se dio cuenta de que su madre ya no estaba en el salón.

—¿Dónde está Adalyn? —le preguntó a la bruja.

—Se marchó hace poco —le informó.

—¿No dijo dónde iba?

—Lamento decirte que no. Tan solo dijo que tenía cosas que hacer y desapareció —explicó con cara de circunstancias.

—Si me disculpáis, he quedado con Skender —manifestó antes de zafarse del brazo de Astrid y quedar liberado de su agarre.

—Skender, tienes que venir conmigo, le dije a Astrid que había quedado contigo para ir a las mazmorras —le susurró de forma rápida.

—¿Me estás retando a un duelo, Caleb? —preguntó su amigo divertido, con aire de superioridad.

—No, te estoy pidiendo que me sigas la corriente —respondió—. Pero si insistes, no tengo problema en vencerte —le provocó, desafiándole con la mirada.

—Aquí está el Caleb orgulloso que piensa que podrá ganarme —comentó a Mérula.

—No puedo opinar sobre ti porque no conozco cuáles son tus habilidades, pero sí te aseguro que apuesto por Caleb —manifestó divertida, entrando en su juego.

—Eso ya lo veremos... —afirmó, haciéndose el ofendido.

Caleb se acercó a Mérula.

—Te veré por la noche en tu habitación —le susurró raudo antes de marcharse con el brujo, con quien se iba lanzando pequeñas descargas de magia; las de Caleb eran de sombras, mientras que las de Skender estaban compuestas de electricidad.

Mérula no pudo evitar sonreír al ver a Caleb bromear y reír con el brujo. Le vendría bien distraerse un rato.

La tarde transcurrió sin sobresaltos. Adalyn no volvió a dar señales de su presencia, por lo que Caleb dedujo que había salido al bosque pese a las prohibiciones de Katya. Los invitados estaban al tanto de que no debían abandonar la mansión, y para asegurarse de ello hechizó múltiples velas perfumadas repartidas por los candelabros y lámparas, que con su aroma a especias y flores alentaban a los brujos a permanecer dentro. No quería estropear la festividad con las amenazas de los lobos.

Mérula estaba preocupada, pues esa noche su padre iría a la casa y no la encontraría allí. Temía que uno de los brujos de Ada le interceptase en el camino, pero no podía hacer nada para avisarle.

Ese día no llegaron más invitados. Los únicos convidados un día antes de la celebración habían sido los brujos de Umbría. Los demás llegarían por la mañana y los más rezagados lo harían antes de empezar Cáligo.

CAPÍTULO 51

Astrid, Mérula y las brujas más jóvenes terminaron de colocar en la estatua de la diosa las flores llamadas Oxias, que se iluminaban con el tacto. La figura, totalmente adornada, pareció cobrar vida junto a todas las velas encendidas.

En más de una ocasión, Astrid aprovechó para empujar a Mérula de forma disimulada para, a continuación, sonreírle con altivez. La joven había decidido ignorar sus provocaciones pues, de no hacerlo, terminaría ocurriendo algo de lo que se arrepentiría, y ella lo utilizaría más tarde en su contra.

Caleb seguía divirtiéndose con Skender y los demás brujos en las mazmorras mientras su madre continuaba en el bosque. Esas escapadas empezaban a preocupar a todos, puesto que ni sabían a dónde iba ni qué hacía; todos daban por hecho que quería pasar el máximo tiempo alejada de la mansión y de Mérula.

La tarde pasó y con ella cada vez quedaba menos para que diese comienzo Cáligo, algo que todos esperaban emocionados. Rendir homenaje a su diosa los llenaba de gozo y energía para afrontar el nuevo año mágico. El punto estratégico donde se ubicaba la mansión aumentaba el poder de cada plegaria y renovaba el espíritu de los brujos y brujas.

Volvieron a reunirse en el *hall* para la cena. Mérula se sintió más tranquila, pues todos parecían tener su mejor sonrisa para ella. Aunque no sabía si era debido a que de verdad les había caído bien, o por el efecto del hechizo y las velas de Katya. Caleb y los demás ya habían vuelto, y este se colocó junto a ella, agarrándola de la mano de forma disimulada. La joven se la aferró a su vez, ruborizándose.

—¿Aún no ha vuelto mi madre? —preguntó, buscándola con la mirada.

—Me temo que no —respondió Mérula—. Ya lleva varias horas fuera.

—Supongo que no tardará en volver —comentó preocupado. Ya era de noche.

Una vez servidas las viandas y cuando todos estuvieron reunidos alrededor de la mesa improvisada, Katya les pidió que se cogiesen de las manos.

—Me gustaría lanzar una plegaria a nuestra diosa Magnalis —anunció sonriente—. Por ella nos reunimos aquí cada año. Mañana llegarán los últimos invitados y, cuando caiga la noche, Cáligo vendrá a nuestro encuentro.

Una vez que niños, jóvenes y adultos hicieron lo que la bruja pedía, comenzó a recitar con voz solemne su rezo:

«Poderosa Magnalis, diosa de la magia sublime,

*te invocamos en esta hora, en este instante intangible de tiempo.
Con cada hechizo tejido y cada conjuro, homenajeamos tu nombre.
Con cada elemento que manipulamos y cada energía que controlamos,
celebramos tu presencia, oh, guardiana de lo oculto y lo sagrado.
Por las bendiciones de la tierra, el agua, el fuego y el aire,
por la fuerza de la luna y el fulgor del Sol.
Damos gracias por tu constante protección,
y por el regalo inigualable de la magia en nuestras manos.
Que nuestras acciones honren tu nombre y tu esencia.
Escucha nuestras palabras y nuestras súplicas,
y continúa bendiciéndonos con tus dones, ahora y siempre.
¡Que así sea!»*

—¡Que así sea! —gritaron todos.

En respuesta a la plegaria, una corriente eléctrica les recorrió las piernas y les hizo estremecer. La magia que irradiaba la casa y todos los brujos allí congregados fue absorbida por el bosque, que luego la devolvió en forma de descarga energética, ensalzando así sus espíritus.

—Esto me ha recordado a los rezos matinales en el orfanato —comentó Mérula con una sonrisa al pensar en sor Eleonor alabando a Dios como un ser supremo que debía protegerlos, pero que nunca lo hacía.

—Bueno, ellas rezan a su dios al igual que nosotros veneramos a Magnalis y los dones que nos ha concedido —manifestó Caleb—. Con la diferencia de que no los perseguimos, y ellos siempre lo han hecho, hasta casi acabar con nosotros en el pasado.

—Lo sé, Katya me lo contó. Pero créeme, nunca recé por devoción, sino por obligación —comentó la bruja, meditando en lo estúpido de pensar que solo ellos estaban en posesión de la verdad. Si reflexionaba, era irónico creer ciegamente en que todo lo hacían bajo las directrices de un dios del que no existía evidencia y que exigía que se cumpliesen sus designios, aunque eso significase matar en su nombre o eliminar todo lo que no tenía una explicación lógica.

—Lo único que diré es que son unos ignorantes si son incapaces de ver más allá de lo que tienen delante —manifestó, dando por zanjada la conversación. Le incomodaba hablar de ello.

Caleb respetaba a los brujos que veneraban a Magnalis como una diosa y, aunque ayudaba en la preparación de Cáligo, él no sentía tal devoción. Creía la historia, y la admiraba por ser la primera mujer que se atrevió a desafiar al mundo con su magia y dar lugar a los primeros brujos. Sin embargo, no la consideraba una deidad, al igual que tampoco pensaba que Tormes fuese un dios, como hacían otros aquelarres.

—Ya podéis disfrutar de la cena. Un año más, os agradecemos vuestra asistencia. Mañana homenajearemos como es debido a Magnalis —y con esas palabras dio comienzo el banquete.

Malory, Seth y las gemelas se reunieron con Mérula y Caleb para cenar. Astrid y Diane hicieron un grupo con Paul y algunos brujos más de Umbría.

—Veo que Adalyn aún no ha vuelto —le comentó Seth al brujo—. Si quieres podemos buscarla cuando salgamos.

Caleb empezaba a preocuparse y, aunque no se lo merecía, lo angustiaba que pudiese sucederle algo. Estaba sola, y Ada podía asaltarla por sorpresa.

—Eso pensaba hacer —afirmó Caleb. Le conocía demasiado bien y sabía cuándo le pasaba algo.

—Con un gracias hubiese bastado —añadió con sorna.

—Ya sabes cómo soy —le recordó con una media sonrisa.

—Parece que Astrid nos dejará tranquilos un rato —comentó Mérula al verla enfrascada en una conversación con una joven de su edad. Lo que hablaban debía ser muy interesante, puesto que ni siquiera les prestó atención.

—Veo que no habéis empezado con buen pie —manifestó Malory, que no pudo evitar reírse ante el comentario.

—Y eso que no la aguantas todos los años, como yo —añadió Caleb.

—Esa bruja bebe los vientos por ti, Caleb. Y según nos contó, a tu madre le parece bien —dijo Elora con expresión pícara.

—Mi madre ha estado intentando emparejarnos desde niños y mi interés siempre ha sido el mismo: ninguno —declaró el joven, algo molesto. Mérula se tapó la boca para ocultar una risa.

«Creo que se ha enfadado» comentó Elora a su hermana.

«Es que no puedes estar calladita. Las palabras parecen quemarte la boca si no las sueltas» la regañó.

—Creo que será mejor que vayamos a por algo de beber —se disculpó Cailyn, llevándose a Elora con ella.

—¿Nunca dejarán de ser tan cotillas? —preguntó Caleb con un mohín.

—No lo hacen con mala intención —dijo Malory.

—Dicen las cosas sin pensar, ya lo sabes —añadió Seth.

—No seas tan gruñón. Vamos a por algo de comer —le sugirió Mérula, agarrándolo de la mano y conduciéndolo a la mesa, repleta de fuentes con succulentos alimentos—. Coge algo y vamos al invernadero, allí podremos estar tranquilos —le indicó, a lo que el joven respondió con una sonrisa.

Después de agarrar un poco de carne seca y algunas uvas, se marcharon.

Tras sentarse donde solía desayunar con Katya, Mérula empezó a comer; Caleb la imitó, aunque apenas tenía hambre.

—Estoy preocupada por mi padre, seguro que irá a buscarme a casa —confesó la joven mientras jugueteaba con un trozo de comida sobre la mesa—. Y algo me dice que Ada está pendiente de cualquier movimiento.

—¿Qué quieres, Mérula? —preguntó, sabiendo que esas palabras incluían una petición.

—Si lo ves, ¿podrías decirle que pasaré la noche aquí? Seguro que se preocupa si no me encuentra, y no quiero que esté en el bosque más tiempo de lo imprescindible.

—Sabes que Blake no es de mi agrado, pero lo haré por ti —manifestó, cogiéndole de la mano—. Sé lo mucho que te importa.

—Gracias —dijo llevándose su mano al rostro y apoyando la cabeza en ella—. No te lo pediría si no fuese esencial para mí.

—No me las des, estoy seguro de que, si yo te lo pidiese, harías lo mismo.

En ese momento, Seth irrumpió en el invernadero.

—Siento interrumpir, os vi venir aquí —comentó, sorprendido al ver la escena.

—Solo estábamos comiendo algo —se apresuró a responder Caleb, apartando la mano de la cara de Mérula.

—Debemos irnos antes de que sea más tarde.

—Sí, claro.

—Tened cuidado —les pidió Mérula.

—Lo tendremos, no te preocupes. Somos dos pajaracos astutos —afirmó Seth con una sonrisa.

—Tú sí que eres un pájaro de los buenos —declaró Caleb, levantándose de la silla y yendo

en dirección a la salida—. Vamos.

El otro lo siguió de un salto y abandonaron la mansión. Seth le caía muy bien a la joven, al igual que Malory. Eran más mayores que ella, pero seguían teniendo un carácter jovial y perspicaz. Los echaría de menos cuando estuviese en Umbría.

Cogió las uvas y se dirigió a su habitación. Exhausta, deseaba estar un rato a solas para ordenar sus ideas antes de reunirse con Caleb más tarde.

CAPÍTULO 52

Una vez en la habitación, Mérula sacó la túnica de su madre, que llevaba guardada en el armario desde que Katya se la entregó. Se la puso con cuidado y, tras colocarse la capucha, se dirigió al espejo para mirarse. Se sentía extraña con ese atuendo. Por una parte, más cerca de Gisela y, por otro lado, no se reconocía. En tan solo unos días había pasado de ser una simple huérfana a una bruja con todas sus implicaciones.

Ahora sabía quién era y por qué su madre la abandonó, y eso la llenaba de culpa por haberla odiado durante tanto tiempo. Después de saber que se sacrificó por protegerla, lo único que podía hacer era honrar su memoria, así como la de su abuela, llevando esos ropajes y asistiendo a Cáligo del mismo modo que su madre hizo año tras año: sintiéndose orgullosa de quién era y de que el legado mágico de su familia no hubiese desaparecido. Ya no estaba sola, tenía a su padre, y ambos habían prometido protegerse mutuamente.

Acarició la tela de terciopelo negro, esa que tantas veces llevó puesta Gisela y que ahora le pertenecía. Estaba deseando disfrutar junto a Caleb de la fiesta, si esa tal Astrid los dejaba, ya que no iba a ser nada fácil quitársela de encima. Volvió a colocar el atuendo en su sitio y se tumbó en la cama junto a Neo, que parecía dormir sobre sí mismo. Supuso que las costumbres de un gato no desaparecían después de muerto.

Estaba nerviosa. No sabía si Caleb querría acompañarla a Umbría. La idea de presentarse ante Flavia la preocupaba, y era la primera vez que viajaba a un lugar tan alejado de Laudil y sus alrededores. Allí no conocería a casi nadie a excepción de Paul, la odiosa Astrid y su madre. Estaba segura de que estas últimas no se lo pondrían nada fácil. La bruja haría todo lo posible por acercarse a Caleb, lo que sería mucho más sencillo estando él allí.

Hacía poco que se trataban y aún no estaba segura de si lo que comenzaba a surgir era algo a largo plazo o tan solo una relación que se apagaría con el tiempo. No contaba con experiencia en temas amorosos, pero su intención era seguir conociéndolo y, poco a poco, consolidar lo que ya tenían. Los dos poseían un carácter fuerte y a Adalyn en su contra, pero no pensaba rendirse.

Solo esperaba que él tuviese las mismas intenciones; la contestación a su petición de viajar juntos le daría la respuesta. Ella no podía elegir y tendría que marcharse con o sin él. Además, tenía la esperanza de que su marcha también apaciguara a los lobos, ya que dudaba que fueran a buscarla a Umbría.

Cuando empezaba a relajarse, un cosquilleo seguido de una sensación de ardor surgió en la palma de sus manos. Se incorporó de inmediato mientras estas parecían calentarse más. Unos segundos después, una bola de papel se materializó en la mano derecha y, poco a poco, se fue desdoblado para dar paso a una nota:

«Me dirigía a tu casa cuando un cuervo me interceptó. Al principio pensé que eras tú, pero al recuperar su forma humana me di cuenta de que se trataba del hijo de Adalyn. Me avisó de que no volverías hasta después de Cáligo.

También quería contarte que vi a Adalyn deambulando cerca de la casa de Ada y su aquelarre. No sé qué hacía en esa parte del bosque, pero parecía no temer que la descubrieran husmeando en su territorio. Pensé que debías saberlo. No es la primera vez que la veo caminando sola.

Vigilaré la zona durante la festividad. Ten cuidado y disfruta de Cáligo, aunque sigue pareciéndome una mala idea.
Blake».

Tras leerla, se prendió fuego y desapareció sin dejar rastro. Lo que su padre le había contado la turbó, ¿acaso Adalyn no temía que los brujos de Ada la atacaran? ¿Quizá quería que lo hiciesen y provocar un enfrentamiento? Si, como le había dicho a Caleb, pensaba marcharse después de Cáligo, no tenía sentido que buscara provocarlos de esa forma. De lo que ya no tenía dudas era de que la bruja había perdido el juicio.

Estuvo dándole vueltas al asunto y a la posibilidad de contarle a Caleb de lo que había visto su padre, pero no quería preocuparle más ni que esto influyera en su decisión de marcharse con ella a Umbría. Adalyn se había ganado a pulso todo lo que pudiese sucederle.

Un par de golpes suaves en la puerta la sobresaltaron, sacándola de sus pensamientos. La abrió y dejó pasar a Caleb, que aguardaba detrás.

—Qué bien que ya estés aquí —manifestó Mérula, abrazándolo.

—Solo he tardado un rato —dijo tomándola en sus brazos con fuerza—. Avisé a tu padre como me pediste. Se sorprendió bastante al verme.

—Gracias —respondió, ocultándole que había recibido una nota de Blake.

—¿Qué era eso tan importante de lo que querías hablarme? —preguntó nervioso.

—Siéntate —le indicó, llevándole hasta la cama.

—Me estás asustando, Mérula —comentó entrecerrando los ojos.

—Cuando termine Cáligo me marcharé con Katya y Paul a Umbría para presentarme ante Flavia —le contó mientras le agarraba de las manos y le miraba a los ojos, esos que parecían fríos como el hielo, pero que escondían un alma cálida.

—Lo sé, Katya nos contó sus planes —afirmó.

—No sé el tiempo que estaré allí, y me preguntaba si te gustaría acompañarme —le pidió sin andarse con rodeos.

El joven se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Había pensado en esa posibilidad desde que supo que se marcharía. La idea de separarse de ella no le gustaba, pero no quería decírselo. No quería que supiese cuánto la necesitaba junto a él para sobrellevar la marcha de su madre y que no soportaba la idea de tenerla lejos. Confesarle esa necesidad le hacía sentir débil y vulnerable, como si el hecho de afrontar sus sentimientos y la posibilidad de que alguien le importase más que su madre y más que sí mismo fuese a dejarle indefenso ante el mundo.

Estaba dispuesto a todo para protegerla, aunque eso significase perder a Adalyn para siempre. Ya nada le importaba más que Mérula y el hecho de mantenerla a salvo de todo y de todos.

—Te has quedado muy pensativo, Caleb, ¿acaso te ha molestado lo que he dicho? —preguntó con miedo.

El brujo volvió junto a la joven y se arrodilló ante ella.

—Para nada —aseguró, contemplándola—. La sola idea de imaginarte lejos me atormenta, Mérula. El hecho de que pueda pasarte cualquier cosa sin estar a tu lado es algo que no me perdonaría.

—Me habías asustado. Pensé que no sentías lo mismo que yo —confesó angustiada.

—Tus sentimientos son correspondidos, créeme —afirmó sin vacilar—, y eso me asusta. Me da miedo la intensidad con la que mi corazón late cuando te tengo cerca, y me aterra sentir que puedes traspasar todas mis barreras con tan solo una caricia.

—¿Y eso que significa, Caleb?, ¿vendrás conmigo? No soportaría tenerte lejos si mi estancia en Umbría se alargara —confesó acariciando su rostro.

—Iré contigo, Mérula —respondió con decisión—. No pienso dejarte sola en un lugar desconocido, y aquí ya no me retiene nada.

La bruja no contestó, sino que se arrojó a sus brazos con lágrimas en los ojos.

Cuando la mayoría ya se había retirado y los que quedaban estaban reunidos en el salón, Astrid se escabulló entre las sombras de la mansión en dirección a la habitación de Caleb. Sabía cuál era. De pequeños, cuando eran unos niños inocentes, jugaban juntos en ella, pero nunca osó volver una vez fueron más adultos. Ya estaba cansada de que siempre consiguiera evadirla, y su madre la había alentado a que tomase la iniciativa, ya que según Adalyn, Mérula también estaba interesada en su hijo. Astrid tenía un aspecto llamativo debido a que era albina, pero, como su madre, era poco agraciada. En realidad, lo que repelía al brujo era su actitud de niña malcriada que debía obtener lo que quería sin importar nada más.

La joven se detuvo unos segundos ante la puerta y, tras colocarse bien el camisón, irrumpió sin ni siquiera llamar para así sorprender a Caleb. Para su sorpresa no lo halló dentro; sin embargo, escuchó murmullos que procedían de la estancia contigua. Puso la oreja en la pared y distinguió la voz del brujo, lo que la enfureció, ya que eso significaba que estaba en el mismo cuarto que Mérula. Aquello confirmaba que tenían algún tipo de relación que iba más allá de la amistosa. Cualquier chica con el mínimo de decoro no permitiría que un joven entrase en su habitación a no ser que hubiese algo entre ellos. Astrid decidió seguir escuchando y averiguar qué se traían entre manos.

Tras oír la conversación y descubrir lo que Caleb sentía por la bruja traidora, cayó devastada al suelo. Todos los años que intentó seducir al brujo no habían servido para nada, pues nunca correspondería sus sentimientos, y ante esa verdad nada podía hacer. Tan solo había una forma de que se olvidase de Mérula, y estaba dispuesta a cualquier cosa por tenerle. Cáligo sería el momento perfecto para ello. Eliminaría la amenaza de raíz.

Furiosa, se levantó del suelo y se marchó. Ya en el pasillo, contuvo las ganas de entrar a la habitación de Mérula y sorprenderlos, pero no era el momento. Estaba segura de que, una vez le contase lo que había oído y confirmase sus sospechas, la madre de Caleb la ayudaría.

Lo que no sabía era que Adalyn tenía sus propios planes...

CAPÍTULO 53

Las primeras luces del alba entraron de forma furtiva en la habitación. La noche daba paso al amanecer y, con este, llegó el despertar agitado de Mérula. Durante la madrugada, las pesadillas volvieron: fuego, sangre y gritos de desesperación; sin embargo, nunca lograba ver nada. Intentó tranquilizarse, pero la sensación de desazón no desapareció. Decidió no darle más vueltas, pues no sacaría nada en claro.

Las sábanas estaban revueltas, al igual que su corazón. Observó a Caleb, que aún dormía bajo ellas. Habían pasado la noche juntos. Era la primera vez que lo hacían de forma tan íntima. Él había sido atento y cuidadoso con ella, y la joven le había correspondido de igual manera.

Con un movimiento de la mano, abrió las cortinas desde la cama y la estancia acabó de iluminarse, haciendo que Caleb despertase de forma perezosa.

—Hora de levantarse; los invitados que faltan llegarán pronto —apremió Mérula, que estaba empezando a vestirse.

—Eres una aguafiestas. Hacía mucho que no dormía toda la noche —se burló el brujo, desperezándose.

—Si no quieres que todos se enteren de que hemos estado juntos, será mejor que bajes tu primero —sugirió la joven mientras se acercaba a la cama y le propinaba una pequeña descarga de luz sobre el pecho.

—¡Auch! —se quejó mientras se levantaba de un salto.

—¿Ves qué fácil?

—Muy graciosa. —Caleb se aferró a ella, apretándola contra él y besándola—. Será mejor que me vaya o volveré a meterme en la cama contigo.

—Sí, será lo mejor —le avaló la joven con la respiración agitada; él provocaba que todo su cuerpo ardiese.

Tras separarse a regañadientes, los dos acabaron de vestirse. Caleb abandonó la habitación primero y, pasado un rato, ella le imitó. Abajo todo el mundo andaba de un lado a otro llevando comida, flores y otros elementos al salón donde se celebraría Cáligo. Algunos de los invitados que quedaban por llegar ya habían hecho acto de presencia, y Katya y Enzo se estaban ocupando de darles la bienvenida. Muchos habían viajado en su forma animal, pero otros optaron por viajar de forma tradicional para traer ofrendas a la diosa.

No vio a Caleb por ningún lado, aunque sí a Adalyn. Esta se encontraba junto a la biblioteca hablando con Diane, y no dudo en regalarle una de sus miradas cargadas de odio; esas dos siempre iban juntas. Mérula se dirigió al salón y, al entrar, vio que las mesas estaban llenas de fruta, dulces, viandas y decenas de botellas de licor de moras. El líquido oscuro de estas últimas mostraba múltiples reflejos morados cuando los rayos de sol a incidían a través del vidrio. Junto a la deidad, algunos de los jóvenes que habían llegado el día anterior colocaban unos instrumentos sobre una plataforma de madera. La bruja pudo apreciar que se trataba de un par de violines, un acordeón y lo que parecía una flauta; la música estaría asegurada.

Al ver aparecer a Mérula y recordar la conversación que había escuchado la noche anterior, Astrid entró en cólera. Caleb estaba enamorado de ella, la había elegido sobre sí misma, lo cual hirió su orgullo y la dejó devastada. Tras explicarle a Adalyn que sus sospechas eran ciertas, esta pareció no darle importancia y le aseguró que pronto no tendría de qué preocuparse. Prometió

que ella se encargaría. No le dio más explicaciones ni le contó qué pretendía; sin embargo, la vio convencida de sus palabras y eso la tranquilizó.

Astrid no sabía qué intenciones tenía ni qué pretendía hacer. Su madre, Diane, también parecía conocer lo que se traía Adalyn entre manos y le pidió que no hiciese nada al respecto, aunque tampoco soltó una palabra. Tan solo le dijo que permaneciese en su compañía durante Cáligo.

Mérula se acercó a las gemelas, entretenidas colocando más flores a los pies de la estatua, las cuales ya cubrían todo el suelo a su alrededor. Ignoró a Astrid, quien hablando con un par de jóvenes, y se aproximó a Malory, que comía con disimulo lo que parecía ser una especie de galleta.

—Hola —la saludó, a lo que la bruja respondió dando un respingo por el susto y tosiendo después.

—Casi me ahogo —se quejó, sacándose de la boca el trozo que no había expulsado al toser.

—Lo siento, no sabía que estabas tan concentrada —respondió Mérula, intentando disimular la risa.

—Solo estaba probándolos. Me encantan estos dulces de canela —se excusó, cogiendo otro y comiéndoselo.

—¿Sabes dónde está Caleb?

—Fue con Seth al pueblo a por algunas cosas que le hacían falta a Katya —respondió.

—Entonces, tardarán un rato —manifestó Mérula.

—Vaya... Creo que te estás enamorando —afirmó Malory con una sonrisa traviesa en los labios.

—No diría tanto, pero me gusta —confirmó sin entrar en detalles.

—¿Quién lo iba a decir? Y eso que al principio parecíais odiaros.

—Creo que una cosa llevó a la otra —comentó, sonrojándose.

—Siento interrumpir —dijo Paul, el hermano de Enzo, que se había acercado con los niños.

—No importa —aseguró Mérula, observando a los pequeños.

—Katya me ha comentado que se te dan bien los niños, y me preguntaba si podrías vigilarlos un rato mientras ayudo a Enzo con los invitados —comentó con mirada suplicante.

—Nos portaremos bien —dijo Leslie, la más mayor.

—Yo los cuidaré —aseguró la joven con una sonrisa. Volver a ocuparse de unos pequeños le traía buenos recuerdos, y era algo en lo que se desenvolvía con destreza—. Los niños se me dan mejor que la magia —afirmó divertida.

Paul no pudo evitar sonreír. Le recordaba tanto a Gisela que incluso le pareció estar viéndola a su edad, tan hermosa como Mérula.

—Estupendo. —Se agachó para ponerse a la altura de sus hijos—. Haced caso a Mérula y portaos bien.

—Sí, papá —respondieron los dos la vez, aunque Arthur, el menor, no parecía muy convencido con la idea.

—¿Que os parece si corréis a esconderos y Malory y yo os buscamos? —sugirió risueña.

—¡Sííí! —respondió Leslie, emocionada—. Vamos, Arthur —le dijo a su hermano, cogiéndole de la mano.

—¡Escondeos en la parte de abajo, no subáis! —les gritó Mérula mientras salían corriendo.

—¿Así que a mí también me toca jugar? —comentó Malory con resignación.

—Vamos, solo será un rato —aseguró.

Arthur se tropezó y cayó al suelo, aunque Leslie corrió para ayudarlo a levantarse.

—¡Qué torpe eres! —vociferó volviendo a por él—. Tenemos que escondernos.

La dos brujas salieron del salón dispuestas a hallarlos.

—Nos llevará un rato encontrarlos —manifestó Malory. Lo último que le apetecía era tener que buscar a los niños por toda la casa.

—No creo que anden muy lejos —afirmó, echando un vistazo rápido a la planta inferior y valorando los sitios donde podían haberse ocultado.

La madre de Skender, que estaba cerca de ellas, se aproximó al oírlas.

—Si buscáis a los niños, salieron corriendo hacia la biblioteca. Estaban buscando un escondite y Adalyn los llamó —murmuró de forma amistosa.

—Gracias, así no perderemos tanto tiempo —respondió Malory guiñándole el ojo a Nimue, que ya se marchaba.

—Esperaremos un rato para que piensen que no vamos a encontrarlos —comentó Mérula, divertida.

—Está bien —claudicó la otra bruja.

—Es gracioso cuando piensan que han ganado y de repente los encuentras. —No pudo evitar sonreír al recordar los días en que jugaba con los niños del orfanato y sus risas cuando los perseguía por los pasillos mientras ellos corrían sin rumbo.

—Adalyn no te quita ojo —comentó de repente Malory.

La madre de Caleb estaba sola, no había rastro de Diane.

—Tengo la sensación de que está tramando algo —manifestó Mérula, evitando hacer contacto visual con ella—. ¿No te parece extraño que ayude a los niños a esconderse?

—Teniendo en cuenta el poco aprecio que te tiene, y que sospecha o sabe que tienes una relación con su hijo, sería un buen motivo para vigilarte o intentar fastidiarte.

—Y lo peor de todo es que tenemos que pasar por su lado para ir a la biblioteca —comentó Mérula con un suspiro.

—Ignórala —sugirió—. Pronto empezaremos a prepararnos para Cáligo y estará entretenida.

Adalyn seguía observándola con mirada desafiante, dando vueltas a su plan. Mérula se sentía ultrajada y violenta. Aquellos ojos estaban llenos de rencor, de dolor y de un odio visceral que la hacía estremecer.

—Yo iré a buscarlos, Malory. Puedes seguir comiendo dulces de canela —le dijo al ver su expresión de hastío.— Ya veo que jugar con niños no es de tu agrado.

—La verdad es que lo prefiero; los niños nunca han sido mi fuerte —admitió.

—Espérame en el salón, no tardaré —le indicó. Si Adalyn intentaba atacarla, prefería no implicar a nadie.

Malory se retiró y Mérula se dirigió a la biblioteca con paso firme. Atravesó el hall mientras todo desaparecía a su alrededor y solo quedaban la una frente a la otra. La joven no se amedrentó; ya estaba cansada y tenía claro que Adalyn quería algo de ella.

Al pasar junto a ella, la madre de Caleb la agarró del brazo y descargó el poder de las sombras en él, llevándola al interior de la biblioteca.

—¿Qué quieres? —preguntó Mérula, agarrándola de la mano y liberando el don de la luz en ella e iniciando una lucha silenciosa. Al final, Adalyn no tuvo más opción que retirarla, pues la piel empezaba a arderle.

—He descubierto algo muy interesante —respondió misteriosa, con un deje de locura en sus ojos.

—Deja los acertijos para otro momento —instó Mérula. No quería estar cerca de ella más de lo necesario.

—Blake sigue vivo, aunque imagino que tú eso ya lo sabías —contestó con ironía.

Mérula quedó estupefacta al escuchar sus palabras, y se quedó en silencio. ¿Cómo lo sabía? ¿Acaso Caleb había faltado a su palabra? No, confiaba a él.

Adalyn le dedicó una extraña sonrisa que le puso los pelos de punta. La joven se repuso con rapidez y decidió plantarle cara; ya no tenía nada que esconder.

—Entonces, podrás explicarme qué hacías merodeando cerca de la casa de Ada y sus brujos —manifestó desafiante.

—Veo que te tiene bien informada —comentó con una carcajada—. Simplemente me aseguraba de que todo estaba en orden antes de la celebración.

—Sé que mientes. No es la primera vez que te ven merodeando por el bosque —le dijo Mérula, conteniendo su rabia.

—Puedes creer lo que quieras. Como ya te habrá contado Caleb, me iré cuando Cáligo termine y ya no tendré que preocuparme de ti. Podré olvidarme de este aquelarre para siempre —manifestó mientras sonreía con sarcasmo.

—¿Ni siquiera te importa tu hijo?

—Él ya ha elegido —respondió sin más.

—Me alegro de que haya decidido quedarse y no seguirte a donde quiera que vayas, arrastrándolo a tu mundo de oscuridad y locura —escupió al ver su indiferencia.

—Tú lo has dicho. Ha elegido quedarse aquí, pero déjame advertirte que no será contigo —afirmó con voz ronca—. Yo me encargaré de ello.

—¿Me estás amenazando, Adalyn?

—Tu destino está decidido, Mérula Ewart.

—Yo decidiré cuál es mi destino. No te tengo miedo ni tampoco a Ada y a sus brujos; cuando decidan atacarme, estaré preparada —aseguró pensando en su viaje a Umbría, del cual estaba segura que volvería sabiendo usar sus poderes y con el conocimiento para hacerles frente.

—No me subestimes, ni a ellos tampoco —le advirtió.

—Ni tú a mí.

—Será mejor que vayas a encontrar a los niños, y disfruta de tu tiempo con Blake —le dijo, haciéndola a un lado y abandonando la biblioteca.

Al pasar por su lado, le dedicó una extraña sonrisa que le erizó el vello. Mérula enfureció, y las estanterías empezaron a temblar haciendo que algunos libros se cayesen al suelo. Tardó unos segundos en lograr serenarse y controlarse. Odiaba a esa mujer.

Las imágenes de su pesadilla se materializaron en su mente, y un escalofrío la recorrió.

CAPÍTULO 54

Tras encontrar a los niños escondidos en el invernadero, Mérula los dejó a cargo de Malory, que no dudó en protestar por ello. Después, se reunió con Katya en privado y le contó su encuentro con Adalyn. Pese a la prohibición de salir de la mansión, la joven decidió ir a buscar a su padre para contarle que esta ya sabía que estaba vivo y que tuviese mucho cuidado.

Tras convertirse en cuervo, voló hasta estar cerca del lugar donde se escondía. Al llegar, graznó un par de veces, pero nadie apareció. Esperó un rato, sin éxito. Preocupada al no poder comprobar que se encontrara bien, decidió volver a la mansión y pedirle a Katya que la ayudara a mandarle una nota de forma mágica, como había hecho Blake la noche anterior para comunicarse con ella.

—No te preocupes, Mérula. Seguro que está vigilando el bosque como te prometió —afirmó Katya para tranquilizarla, ya que Mérula estaba muy alterada y preocupada.

—Puede que tengas razón, pero no me quedará tranquila hasta contactar con él.

—Enviaremos esa nota enseguida. Te enseñaré cómo hacerlo. —Esperaba que no le hubiese pasado nada, o sería un duro golpe la joven que quizás nunca superase.

—Sé que va a pasar algo, Katya. Lo noto en mi interior, es una sensación que no puedo explicar —le confesó visiblemente afectada.

—Tranquilízate. Si pasa algo seremos muchos, y dudo que Adalyn se arriesgue tanto —expuso la bruja—. Enviemos esa nota antes de que pase más tiempo

La mujer se dirigió al mueble situado bajo los retratos de los que una vez fueron líderes del aquelarre, al igual que ella, y sacó un trozo de papel junto a una pluma de cuervo y tinta, que le entregó a Mérula.

—Escribe lo que quieras y ahora te diré las palabras que debes pronunciar —le indicó, situándose a su lado.

—Siento interrumpir tus tareas —se disculpó la joven.

—Eso son meras formalidades de las que se pueden encargar Enzo y Paul; esto es más importante —aseguró.

—Katya, ¿puedo pedirte que le dejes entrar en la mansión esta noche? No estaré tranquila sabiendo que está fuera —le rogó con lágrimas en los ojos.

—Sabes que no puedo hacer eso; sin embargo, tampoco podría cargar con la culpa si, por no hacerlo, le ocurriera algo —respondió la bruja—. Haremos una cosa: escribiré en esa misiva mi invitación, y mañana no recordará la ubicación de la mansión, al igual que el resto de invitados

—Gracias, con eso bastará —le agradeció, cogiéndola de las manos.

—No perdamos más tiempo, infórmale que dejaremos una túnica para él en la cuadra; debe pasar desapercibido —le indicó.

«Padre, Adalyn sabe que estás vivo. Fui a avisarte y no te encontré. Por favor, ten mucho cuidado y hazme saber que estás bien. Creo que te encuentras en peligro. En la cuadra, Katya dejará una túnica para que puedas entrar esta noche».

Bajo las palabras de Mérula, la líder escribió su invitación a Cáligo.

—Bien. Ahora, mientras arrugas la hoja, debes pronunciar: *«Que la tinta de este papel se convierta en un mensajero alado, llevando consigo el peso de mis palabras. Que el destino lleve esta nota hasta tus manos con la urgencia que merecen. Que el tiempo y la distancia se plieguen ante este mensaje».*

Mérula siguió sus indicaciones y tras hacerlo una bola y pronunciar las frases, el papel

desapareció, llegando directamente a su destinatario.

Solo deseaba que estuviese a salvo.

—Ahora solo queda esperar —comentó Katya, poniendo la mano en el hombro de la joven—. Será mejor que vuelva a atender a los invitados.

—Yo iré con Malory. La dejé sola con los hijos de Paul y no creo que lo esté pasando muy bien...

—Nunca le gustaron los niños —afirmó la líder tras una sonora carcajada—. ¿Qué tal si te reúnes conmigo en un par de horas y me ayudas a preparar la iluminación del salón? Haremos flotar las velas con magia. Te gustará.

—Claro, Katya, será interesante —aceptó Mérula con una sonrisa, dispuesta a ayudar en lo que hiciera falta.

Cuando Mérula volvió con Malory, vio que esta iba tras Arthur y Leslie quienes, a su vez, habían cogido una botella de licor y corrían por el salón mientras se burlaban de la bruja, incitándola a perseguirlos. Los niños se metían en medio de quienes ultimaban los preparativos, obligando a la joven a zigzaguear entre ellos.

—¡Volved aquí con esa botella! —les gritó Malory desde el otro lado del salón—. No me obliguéis a usar mi magia con vosotros —los amenazó. Evidentemente, no pensaba utilizarla, pues podría hacerles daño.

Mérula no pudo evitar reír ante la escena. Había sido mala idea dejarla sola con ellos. Se le ocurrió que sería un buen momento para volver a probar la habilidad de parar el tiempo heredada de su padre. Se concentró en lo que la rodeaba, en lo que estaba en movimiento y tenía delante, como le había enseñado Blake. Extendió el brazo en dirección a los niños, parados junto a la estatua de Magnalis y deseó que el tiempo se detuviese. De repente, la actividad en el salón pareció ralentizarse, y todos quedaron paralizados al igual que la diosa.

Sabía que el hechizo duraría menos de un minuto, por lo que se acercó con rapidez a los pequeños y le quitó la botella de licor a Leslie, devolviéndola a su lugar. Cuando el efecto del conjuro terminó, todo volvió a ponerse en movimiento. Extrañada, la niña buscó el envase de vidrio sin entender qué había pasado y Malory respiró aliviada al ver que ya no la tenía y estaban quietos.

—¿A dónde ha ido la botella? —le preguntó a Arthur, pasmada—. Ha desaparecido.

—No lo sé —fue lo único que respondió.

—Se acabaron los juegos —los regañó Mérula, cruzándose de brazos—. Vuestro padre os ordenó que os portaseis bien. Tendré que decirle que le habéis desobedecido y encima habéis robado el licor.

—No por favor. Nos castigará —le rogó el niño con un puchero—. Le dije que estaba mal, pero no me hizo caso —se defendió, señalando a su hermana.

—Solo estábamos jugando —protestó la pequeña.

—Coger la botella ha estado muy mal —la reprendió Malory, enfadada—. Si se llega a romper, podríais haberos hecho daño.

—Lo siento —se disculpó Leslie bajando la cabeza.

—Está bien, iremos a buscar a vuestro padre —les indicó Mérula.

—Pero, por favor, no le cuentes nada. Prometo que nos portaremos bien la próxima vez —le suplicó la niña viendo que se iban a llevar un buen castigo.

—Espero que no haya próxima vez —dijo Malory en voz baja.

—Está bien, no le diré nada —le prometió Mérula—, pero no puede repetirse.

—Lo prometemos —afirmó Arthur.

Encontraron a Paul en el salón de reuniones, junto a la gran chimenea que presidía la estancia, tomando una copa con Enzo.

—Aquí están mis niños —los saludó, cogiendo a Arthur con el brazo que tenía libre—. Pensaba ir a por ellos en cuanto acabase de hablar con mi hermano —aseguró.

—Se han portado bien —comentó Mérula, pellizcándole la nariz a Leslie con complicidad.

—Gracias por cuidarlos.

—No ha sido nada, volveré con Malory.

La joven abandonó el salón bajo la atenta mirada de Paul. Mérula le gustaba.

CAPÍTULO 55

De camino al salón, Mérula se tropezó con Seth, quien la informó de que no habían tenido ningún problema para llegar. A la joven le extrañaba que todo estuviese tan tranquilo en el bosque, teniendo en cuenta que en los días anteriores los lobos lo tenían vigilado y hacían notar su presencia. Empezó a preocuparse por su padre. Aún no había recibido ninguna respuesta a su mensaje.

Decidió buscar a Caleb y contarle su enfrentamiento con Adalyn. A pesar de confiar en él, necesitaba escuchar de su boca la confirmación de que no le había revelado nada sobre su padre.

La mansión era un hervidero de invitados deseosos por que empezara Cáligo. Hablaban entre ellos mientras ayudaban en los preparativos, unos con la comida, otros adornando la mansión con guirnaldas hechas de flores y vegetación, a parte de otros atavíos. El evento daría comienzo al atardecer. Los músicos amenizarían el evento con música que en muchos lugares se consideraba pagana. También comerían, beberían y bailarían hasta la llegada de la medianoche, momento en el que comenzarían los rituales a la diosa Magnalis y la danza ancestral de faroles.

Tras esquivar a la multitud, Mérula consiguió llegar al salón, donde Caleb se encontraba charlando con Malory.

—Ya estás aquí —comentó la bruja al verla aparecer—. Creo que mi labor como *entretenedora* ha terminado, os dejaré a “solas” —dijo con picardía y una risita maliciosa; después, abandonó el salón en dirección a la cocina.

—No tiene remedio —comentó Caleb, encogiéndose de hombros y dejando escapar un suspiro.

Mérula se fijó en su cabello despeinado y en aquella mirada azulada que tanto le gustaba. Esta había cambiado desde la primera vez que se vieron: ya no la observaba con resentimiento, sino que tenía una expresión más serena.

—¿Me echaste de menos? —cuestionó el brujo.

—Estuve entretenida cuidando a los niños de Paul y, bueno, tuve una conversación nada agradable con tu madre —manifestó con una mueca.

—¿Y qué te dijo? —preguntó, frunciendo el ceño e imaginando la incómoda situación.

—Vayamos a un sitio más tranquilo —sugirió Mérula.

—La biblioteca estará bien.

Una vez dentro cerraron la puerta, ya que fuera había demasiado ruido y gente.

—¿Qué te dijo mi madre? —repitió, preocupado.

—Me ha amenazado, Caleb, y lo peor de todo es que sabe que mi padre está vivo —le contó, recordando las palabras de Adalyn.

—Te aseguro que yo no le he contado nada, si es lo que crees —se apresuró a decir el joven, temiendo que desconfiase de él.

—Sé que no, pero entonces... ¿cómo lo ha descubierto?

—No lo sé, Mérula y tampoco creo que me lo diga si le pregunto —manifestó, desechando de forma inmediata esa idea—. ¿Qué más te dijo?

—Que ya habías escogido dónde quedarte, pero que no sería conmigo. Está tramando algo y sé que pasará esta noche —afirmó, temiéndose lo peor.

—Mérula, si algo sucede seremos muchos. Conozco a mi madre y no creo que sea tan tonta

de atacarte —aseguró Caleb con expresión firme y la sujetó de los hombros para reconfortarla—. Estaré contigo en todo momento —le prometió—. ¡Diablos! Deberías disfrutar de Cáligo y no estar preocupada por tu vida —maldijo mientras golpeaba una de las estanterías repletas de libros.

—Hay algo más —continuó—. Estoy segura de que Diane sabe lo que va a pasar.

—No me sorprendería.

—¿Y dónde está mi madre ahora mismo? —preguntó, sintiendo el irrefrenable deseo de enfrentarse a ella y dejarle claro que no permitiría que le sucediese nada a Mérula.

—No la he vuelto a ver, se marchó después de nuestro encuentro —le informó.

En ese instante, volvió a sentir el cosquilleo en sus manos que anunciaba que iba a recibir otra nota. Aquello la tranquilizó, pues significaba que su padre estaba contestando a su mensaje. Caleb observó la bola de papel materializarse. Mérula se apresuró a leerla.

«Gracias por avisarme. Estoy bien, sigo vigilando. He visto un cuervo sobrevolar el bosque; apostarí a que se trataba de Adalyn, y ahora que sabe que sigo vivo mi teoría cobra más sentido. Diría que me está buscando y por eso la vi merodeando cerca de la casa de Ada. No te preocupes por mí, no me pasará nada. Te veré esta noche».

El papel se desintegró entre sus dedos.

—¿Todo bien?

—Sí. Envié una nota a mi padre advirtiéndole sobre Adalyn y convencí a Katya para que lo invitase a Cáligo —le contó.

—¿Sabes que si mi madre descubre que está en la fiesta intentará matarle? —le advirtió Caleb.

—Lo sé, pero no iba a dejarle solo. Tanta tranquilidad me preocupa —admitió con nerviosismo—. Además, llevará puesta la túnica, nadie lo reconocerá.

—Eso espero —manifestó sin tenerlas todas consigo—. Mérula, disfrutaremos de esta noche y danzarás con las demás portando el farol —aseguró—. Quiero que te diviertas.

—Lo intentaré, lo prometo.

Mérula intentó tranquilizarse, pero no podía dejar de sentir el peligro que se cernía en el ambiente, al igual que una telaraña cubriéndolo todo con su seda pegajosa.

—Creo que necesitas salir de aquí un rato —sugirió Caleb, preocupado—. Ven, te enseñaré una parte de la casa que aún no has visto.

—Si, quizás me vendría bien respirar un poco de aire —aceptó la joven.

Caleb la condujo al exterior y el silencio del bosque la reconfortó de inmediato. Respiró profundo, aspirando el aroma a tierra húmeda y vegetación. El brujo cogió su mano con suavidad y la invitó a acompañarle hasta la parte trasera de la mansión. Allí había varios carruajes y calesas que pertenecían a los invitados. Justo a la derecha de estos se encontraban las cuadras, en las que había numerosos caballos de diferentes razas y colores.

Eran majestuosos. Sintió el deseo de acariciar a alguno de ellos; era la primera vez que veía uno de cerca. Caleb se aproximó al que tenía el pelaje castaño rojizo y masticaba un poco de heno de forma tranquila.

—Son preciosos —comentó fascinada.

—Te presento a Cosmo, nuestro caballo —le dijo acariciándole la cabeza, gesto que el animal aceptó de buen grado y devolvió acercando la nariz al rostro del brujo y emitiendo un suave relincho.

—¿Puedo tocarlo? —preguntó ella contemplando al enorme equino.

—Ven, acerca tu mano poco a poco para que la huela —le indicó, tomando la extremidad y

acercándola al morro.

Mérula sintió la respiración del corcel en la palma produciéndole cosquillas, algo que la hizo sonreír de forma inocente. La posó sobre el suave pelo y la acercó con lentitud hasta la crin que se desparramaba por el lado, acariciándola.

—Vaya, parece que le caes bien —observó Caleb.

La joven contempló los ojos del caballo. Le parecieron salvajes y tenaces, pero con un aura de bondad que la traspasó. Los dos se observaron mutuamente estableciendo una conexión más allá de una simple mirada; conectando con sus espíritus. El equino bajó la cabeza en señal de sumisión, y la bruja apoyó la suya sobre esta. Se sintió en paz, en sintonía con el animal. Un soplo de energía la recorrió y supo de inmediato que había sustraído de su mente parte de su congoja.

—Gracias, amigo —susurró antes de separarse.

—Nunca lo había visto hacer eso. Parece que tienes una conexión especial con los animales —manifestó el brujo, sorprendido.

—Es la primera que me pasa —afirmó, fascinada por lo que había sentido.

—Ha sido muy bonito veros así —admitió, abrazándola desde atrás con ternura.

—Me siento mucho mejor —aseguró, cerrando los ojos y apoyándose en su pecho.

—Estaré contigo toda la noche, no pasará nada —le prometió.

—Eso espero...

—Deberíamos volver, pronto será la hora de comer, y luego tengo que ayudar a Katya con las velas —comentó la joven.

—Pues yo me quedaría así todo el día; sin embargo, quiero que disfrutes de Cáligo, y espero que mi madre no intente algo de lo que se arrepienta, pues tengo claro a quién elegiré —declaró Caleb.

—¿Eso significa lo que creo? —preguntó Mérula, sabiendo que, por su parte, ya no podía negar que estaba enamorada de él.

—Si te refieres a si me he enamorado de la bruja con peor carácter y más desafiante que he conocido, entonces la respuesta es afirmativa —declaró el joven.

—Te recuerdo que aquí el que tiene mal genio eres tú, yo solo te odiaba porque tú lo hacías —manifestó, dándole una pequeña patada en la espinilla.

—¡Ouch! Eso es trampa —se quejó.

—Tú te lo has buscado —le dijo Mérula enseñándole la lengua.

—Volvamos dentro.

CAPÍTULO 56

La comida fue un caos de brujos que iban y venían de las mesas. El murmullo de voces y risas llenaba todos los rincones de la mansión. Caleb y Mérula se juntaron con Seth y Malory; las gemelas, por el contrario, conversaban muy entretenidas con Astrid y las otras brujas de su edad sobre lo que harían por la noche.

Adalyn no aparecía, y eso no era buena señal. Seguía en el bosque, deseosa de hallar a Blake y enfrentarle. Desde que descubrió que estaba vivo, esa había sido su obsesión. Su intención aquella noche era que ninguno de los dos sobreviviese a Cáligo. Quería que todos pagasen por traicionarla aceptando a Mérula en el aquelarre y luego invitándola a quedarse en la mansión, olvidando por completo lo sucedido y sin tener en cuenta su dolor. Y lo más devastador fue descubrir que su propio hijo la había elegido sin importarle lo que Gisela, madre de la chica (y quien fue su mejor amiga), hizo a Owen, su marido. Aún faltaban algunas horas para que diese comienzo la festividad, así que podía seguir buscando un poco más. Tenía que matarlo y liberar la pesada carga de la venganza que la perseguía día y noche.

El tiempo pasó rápido mientras acababan de preparar los manjares especiales para esa noche, condimentados con hierbas particulares para la ocasión: albahaca para simbolizar el fuego; almendra y anís en los postres para la tierra y el aire; calabaza asada y semillas de cardamomo para el agua. También se habían colocado, repartidos por el salón para ambientarlo, inciensos realizados de diferentes esencias.

—Mérula, coge esas velas que he dejado sobre la mesa —le indicó Katya—. Bien. Ahora pronunciaremos las palabras mágicas que harán que se enciendan y se eleven sobre nuestras cabezas.

—Lo estoy deseando —afirmó la joven con ganas de ver el resultado.

—Espíritus del aire y del fuego, escuchad mi llamada y mi deseo. Velas, levantad, iluminad esta estancia y haced de Cáligo una noche especial. Repítelo conmigo.

Las dos brujas repitieron el hechizo y estas se encendieron con suavidad y empezaron a flotar en una danza hipnótica hasta casi alcanzar el techo.

—Es precioso —dijo Mérula viendo la luz ambiental que otorgaban al lugar.

—¡Aquí estás! —gritaron las gemelas al unísono, sobresaltando a la joven que, embelesada, contemplaba las velas flotar.

—¿Eso qué significa? —preguntó Mérula, arqueando una ceja.

—Es hora de prepararse para Cáligo —anunció Cailyn emocionada, dando palmaditas rápidas e insonoras.

—Pero... estoy ayudando a Katya —se excusó.

—No creo que a Katya le importe que te secuestremos —puntualizó Elora.

—Vamos, Mérula, es tu primer Cáligo. Deja que lo hagamos especial —suplicó la otra haciéndole ojitos a la bruja.

—Tienen razón, Mérula, te vendrá bien un rato de distracción —manifestó Katya. Quería que disfrutase esa noche, que viviese la magia de la celebración y que, por una vez, se divirtiera como cualquier bruja de su edad.

—¿Ves? Katya está de acuerdo, así que no tienes excusa —comentó Elora con una sonrisa de victoria.

Mérula suspiró ante la derrota.

—Veo que no podré negarme de ninguna de las maneras, así que estoy en vuestras manos —claudicó. En el fondo, la idea no le desagradaba.

No le dio tiempo a decir nada. La agarraron cada una de un brazo y casi volaron hasta llegar a la habitación de las gemelas.

—Siéntate, te peinaremos. Lo tienes hecho un desastre, Mérula —manifestó Elora, sujetando un manojo de pelo rizado para que lo viese.

—Tampoco he tenido mucho tiempo para preocuparme por eso. Además, mi cabello siempre fue complicado de manejar —expuso algo avergonzada.

Arreglarse el pelo nunca fue una preocupación para ella. En el orfanato no había tiempo para ello ni agua suficiente con la que lavarlo con regularidad.

—No te preocupes, nosotras lo arreglaremos —aseguró Cailyn, que ya tenía en la mano un cepillo, dispuesta a deshacer aquel embrollo.

Tras muchos tirones y paciencia consiguieron deshacer los enredos y recoger la parte superior del cabello con un pequeño pasador metálico.

«Parece otra», comentó Elora a su hermana.

—Buen trabajo, chicas, ha quedado precioso —las felicitó—. Nunca había tenido el pelo tan bonito y bien peinado.

—Y ahora viene lo mejor —dijo Cailyn con una risita.

La bruja de cabello oscuro se acercó a un gran armario que ocupaba casi toda la pared junto a la cama y sacó de su interior un elegante vestido de color púrpura. Era de corte sencillo, con un toque de encaje al final de las mangas y confeccionado con tela de terciopelo.

—¿Te gusta? —le preguntó Elora, la bruja de cabello rubio, mientras su hermana se lo colocaba encima para que lo viese.

—Es muy bonito, chicas, pero no creo que lo necesite. Con la túnica no se verá y no quiero que se estropee —manifestó Mérula.

—Vamos, es una ocasión especial. ¡Es tu primer Cáligo! —exclamó Cailyn—. Además, durante la danza con los faroles nos quitaremos las túnicas y se las ofreceremos a la diosa mientras bailamos.

—Ni siquiera sé qué debo hacer, o cuales son los pasos —comentó algo nerviosa.

—Es sencillo, ya lo verá. Solo tienes que seguirnos. Son pasos sencillos —aseguró Elora.

—Vamos, Mérula, es solo una noche —le pidió Cailyn fingiendo una cara triste.

—Está bien —aceptó al fin. La idea de que Caleb la viese con ese vestido la terminó de animar.

La ayudaron a vestirse y después ella hizo lo mismo con las dos. Eran muy presumidas.

Ya casi era la hora. Caleb también se había marchado para prepararse, al igual que los demás invitados que, por grupos de hombres y mujeres, se reunieron en las diferentes estancias para vestirse. Mérula se dirigió a su habitación en busca de la túnica de su madre. Se miró en el espejo y se asombró al sentirse tan hermosa con ese vestido y el peinado que le habían hecho las gemelas. Intentó ignorar la sensación de desasosiego que percibía. No estaría tranquila hasta que su padre no estuviese en la mansión. Solo esperaba que Adalyn no lo reconociera con la túnica.

Tras colocarse la suya, se sintió reconfortada por el recuerdo de Gisela. La imaginó vestida del mismo modo, disfrutando y bailando. Sin imaginar qué le deparaba el futuro.

Un golpeo en la puerta la sacó de sus ensoñaciones.

—Adelante.

Caleb entró en la habitación. Iba perfectamente peinado, vestido con un sencillo pero

impecable traje azul y la túnica negra salpicada de pequeñas estrellas colocada sobre los hombros. Estaba muy elegante.

—Estás muy guapo. —Le observó ensimismada. Sus ojos tenían un brillo especial.

—Estás preciosa, Mérula, mírate —la agarró de la mano y la hizo dar una vuelta sobre sí misma.

—Solo me he peinado un poco y me he cambiado de ropa —comentó mientras se ruborizaba.

La música empezó a sonar en la planta baja. Mérula nunca había escuchado ese tipo de música, puesto que el único instrumento que había oído en su vida era el viejo órgano que sor Eleonor tocaba en las misas para que cantaran.

—Vayamos abajo, la fiesta ya ha empezado.

—¿Ya ha vuelto tu madre? —No quería estropear el momento, pero estaba preocupada.

—Creo que no, o quizás se esté preparando. No lo sé —respondió el brujo—. Deja de pensar en ella y disfruta de Cáligo. Mañana nos iremos juntos a Umbría y mi madre se irá. Ya no tendrás que preocuparte por ella.

—¿Y tú estás bien con la idea de que se vaya? —cuestionó Mérula. Por su culpa todo había cambiado entre ellos.

—Es mi madre, y pese a todo la quiero. Sin embargo, creo que es mejor que nos alejemos —admitió Caleb con un deje de tristeza en la voz—. Nunca aceptará que te haya elegido.

—Espero que sea la decisión correcta. No quiero que sufras —dijo acariciando su rostro.

—La he tomado, créeme —afirmó—. Y ahora, señorita, bajemos a disfrutar de la noche. Y por cierto, tienes que probar el licor de moras.

—Nunca he tomado alcohol —confesó.

—Pues hay que remediar eso.

Le ofreció el brazo y los dos abandonaron la habitación.

CAPÍTULO 57

En la planta inferior todos llevaban sus túnicas correspondientes. Adultos y niños iban con ropas sencillas y elegantes, nada ostentoso. Aquella era una noche para honrar a la diosa y celebrar. Caleb se colocó la capucha y Mérula le imitó; esta tapaba lo justo para ocultar la cabeza y las orejas, dejando a la vista la mayor parte del rostro para así reconocerse unos a otros. Su padre tendría que ir con cuidado si no quería llamar la atención. Katya, Enzo y Seth se detuvieron frente a ellos.

—Te queda muy bien, Mérula —comentó la bruja con una sonrisa.

—Estáis muy guapos —aseguró la joven.

En ese momento, Paul pasó con los niños y no pudo evitar pararse en seco al ver a la hija de Gisela con la túnica puesta. La contempló de arriba abajo, y fue como si estuviese frente a él. Tan hermosa y llena de vida que todos quedaban prendados de ella. Él la amaba, y ver a Mérula le despertaba sentimientos encontrados. Sus miradas establecieron contacto y Paul se estremeció. La joven apartó la vista, incómoda y abrumada, y el brujo siguió su camino hasta el salón.

Astrid hizo su aparición estelar en el *hall*. Ella sí había elegido un vestido elegantísimo de color rosa y llevaba la capucha echada hacia atrás mostrando un elaborado peinado. Su cabello blanco y su piel casi traslúcida hacían un delicioso contraste con el tono oscuro de su atuendo. Demasiado despampanante para una celebración tan simbólica.

La bruja miró a Mérula con altivez y le dedicó una sonrisa de superioridad. Caleb y ella fueron tras Katya y los demás, pero al pasar junto a Astrid, esta la agarró del brazo, deteniéndolos.

—¿Piensas hacer igual que tu madre y arrastrar a Caleb a su muerte permaneciendo a su lado? —le preguntó con voz desafiante.

—¡Ya basta, Astrid! Estoy cansado de tu actitud, nunca conseguirás apartarme de Mérula —expuso con desdén—. No te humilles y déjanos en paz. Jamás conseguirás que te elija.

Tras las palabras del brujo, Astrid enfureció y una lágrima resbaló por su mejilla. Nadie la había denigrado de esa forma.

—Te arrepentirás de tus palabras, Caleb. Nada impedirá que la pierdas y entonces vendrás arrastrándote hasta mí —le advirtió agarrándole del brazo y enviando una descarga eléctrica que lo dejó paralizado unos segundos—. Recuerda bien mi cara, pues será una de las últimas que veas —sentenció, amenazando a Mérula.

Astrid volvió con su madre y también entraron en el salón. Caleb se llevó la mano al pecho, dolorido por el ataque.

—¿Estás bien? —preguntó Mérula preocupada.

—Sí, solo ha sido una de sus rabietas —respondió quitándole importancia.

—Te lo dije, están tramando algo y sé que pasará esta noche —manifestó ansiosa.

—Tranquila, afrontaremos lo que sea.

En el salón todo seguía su curso: la música sonaba alegre y rápida, y los músicos la tocaban con dedicación y euforia. Las velas flotaban iluminando todo de forma tenue, y sus reflejos iban cambiando según se iban moviendo, creando un ambiente misterioso y mágico. Todos portaban sus atuendos ceremoniales y bebían licor mientras probaban la comida preparada especialmente para la ocasión. La estatua de la diosa Magnalis también estaba rodeada de fruta y otros vegetales

a modo de ofrenda, para que bendijera al aquelarre con abundancia.

Adalyn ya había vuelto. No se había cambiado de ropa, tan solo se había puesto la túnica por encima y, como era habitual, estaba con Diane, algo que tranquilizó a Mérula en cierta forma. Pese a ello, hasta que su padre no apareciese no podría respirar tranquila. La madre de Caleb parecía relajada e incluso sonreía de vez en cuando, algo que le pareció extraño.

Caleb se alejó un segundo y apareció con dos copas llenas de licor de moras.

—Esto te ayudará a calmarte —afirmó, entregándole una a Mérula.

—Quizás sea lo que necesito —bromeó, dándole un trago. Era muy dulce pero con un regusto de alcohol que le calentó la garganta—. Está buenísimo.

—Es la especialidad de Enzo, cada año le sale mejor —aseguró, bebiéndose la suya de un trago.

Un suave roce alertó a la joven, que desvió la mirada hacia su derecha. La figura situada a su lado dejó ver una parte de su rostro desfigurado: era Blake, que quería que Mérula supiese que ya había llegado. Volvió a esconderse tras la capucha y se alejó de la joven, colocándose en la parte menos iluminada del salón. No quería llamar la atención de Adalyn, a la que había visto al otro lado de la estancia.

Vigilaría a su hija durante toda la noche y, si algo sucedía, la protegería.

Caleb volvió a rellenar las copas. La joven empezaba a sentirse algo embriagada, lo justo para permitirse disfrutar un poco de la fiesta. El brujo la invitó a bailar y los dos se divirtieron siguiendo el ritmo rápido de la melodía. El acordeón y el violín sonaban endiabladamente bien, invitando a perderse en sus notas y dejarse llevar.

La madre de Caleb observaba todo desde su posición, esperando el momento perfecto para llevar a cabo su venganza. No había encontrado a Blake, pero Mérula estaba a su alcance y con la guardia baja, aunque dejaría que se divirtiera un poco más.

Mérula, algo embriagada por el licor, empezaba a dejar de lado sus preocupaciones y a disfrutar de Cáligo. La salvia, colocada en diferentes puntos del salón, liberaba humo perfumando y purificando el lugar para la diosa. En un rato sería medianoche y comenzaría el baile con los faroles, una tradición que llevaba celebrándose desde hacía siglos. Se trataba de una ofrenda en la que las brujas agradecían sus dones a Magnalis y la bendición de poder transmitirlos a sus descendientes. Después, se ofrecerían plegarias y la música cesaría para escuchar las historias y leyendas de los aquelarres.

Katya llamó a Mérula para que se acercase. La líder se había subido a la plataforma de madera donde estaban los músicos, a quienes pidió que dejaran de tocar unos minutos mientras presentaba a la joven entre la sociedad mágica convidada.

—Primero quiero agradecer que, como cada año, hayáis aceptado mi invitación para celebrar Cáligo y honrar a nuestra querida diosa Magnalis. —Alzó la copa para brindar y todos la emularon—. En segundo lugar, quiero presentaros a nuestra más reciente incorporación al Aquelarre del Cuervo. Muchos conocisteis a su madre, e imagino que ya habréis visto su enorme parecido. Es un honor para mí presentaros a la nieta de Roselyn, nuestra antigua líder, e hija de Gisela, Mérula.

Katya se echó hacia un lado para dar protagonismo a la joven. Los invitados de los diferentes aquelarres y del propio (a excepción de Adalyn, que se había tomado la presentación como una ofensa más) volvieron a levantar sus copas para brindar por Mérula. Paul no podía dejar de contemplarla mientras su respiración se agitaba y su corazón latía a toda velocidad ante su presencia. No le gustaba lo que despertaba en él, sentimientos que creía superados y que la bruja estaba desenterrando de lo más profundo de su ser. Blake observaba todo escondido junto a la

estatua de la diosa.

Mérula se sentía incómoda con tantas miradas puestas en ella, incluida la de Adalyn, cargada de resentimiento. Buscó a Caleb con la vista y lo vio junto a Astrid, con quien parecía discutir; después, ella se marchó del salón.

—¿Qué quería Astrid? Os vi discutir —le preguntó al bajar, preocupada. Esperaba cualquier cosa.

—Quería que la acompañase —respondió—. No sé cómo dejarle claro que no me interesa. Esta vez insistió más de la cuenta y tuve que decirle de mala forma que parase de molestar.

—Está a punto de empezar la danza con los faroles, ¿por qué querría abandonar la fiesta ahora? Es el momento más importante de la noche —manifestó Mérula.

—No estoy seguro. Es una persona muy volátil y puedes esperar cualquier cosa de ella —le explicó Caleb.

—Me parece raro. Cada vez cobra más sentido la idea de que algo sucederá esta noche —comentó la bruja—. No sé dónde está mi padre, llegó hace un rato.

—No te preocupes, estará oculto para no llamar la atención. Si mi madre lo viese, no sé cuál sería su reacción, y tampoco quiero comprobarlo.

Las gemelas se acercaron a la joven eufóricas; si ya de por sí eran un remolino de nervios, con el licor en el cuerpo empeoraban. Llevaban cada una un farol, y otro para Mérula.

—Toma tu farol, está a punto de empezar —le urgieron, entregándoselo—. ¡Vamos, Mérula!

—Será mejor que vaya, deséame suerte —manifestó—. Espero no hacer el ridículo.

—Lo harás bien, y no te preocupes, estaré vigilando, y tu padre también —la tranquilizó Caleb.

La música volvió a sonar, pero esta vez solo el violín. La melodía comenzó con un susurro suave y misterioso, como el murmullo del viento entre los árboles de un oscuro bosque. Las brujas se colocaron en un círculo perfecto, cada una mirando hacia el centro; excepto Adalyn, Astrid y Diane, que habían desaparecido. Las piedras en el interior de los faroles parecieron cobrar vida propia, vibrando al unísono junto con la energía mágica que fluía en la atmósfera.

Con un gesto coordinado, comenzaron a bailar en el centro del salón; los demás se habían apartado para dejarles sitio. Sus movimientos eran gráciles y fluidos, al igual que hojas danzando con la brisa. Cada paso dejaba tras de sí estelas de luz, como si la magia que fluía a través de ellas se manifestara en el aire mismo. Mérula ni siquiera tuvo que aprenderse los pasos, pues sus pies tenían vida propia; parecía que la misma diosa estuviera danzando a través de ella.

Conforme la música avanzaba, las notas se volvían más frenéticas y enérgicas, como si invocasen antiguos poderes con cada arco del violín.

Los faroles se balanceaban en sus manos, arrojando destellos mágicos que iluminaban sus enigmáticos rostros cubiertos por la capucha. La piedra en el interior de cada farol parecía susurrar secretos ancestrales. Los pulsos de luz creaban dibujos en el suelo y las paredes.

A medida que el baile continuaba, la intensidad de la luminosidad creció, envolviéndolas en un resplandor sobrenatural. Los cantos de los invitados se fueron elevando en armonía con la danza, creando una sinfonía de poder y misterio. Antiguamente, cuando Cáligo se celebraba en el bosque, este parecía responder a la magia desencadenada con susurros de criaturas nocturnas que se sumaban al coro mágico.

Finalmente, la melodía se desvaneció en un murmullo suave, dejando tras de sí una sensación de asombro y fascinación ante la poderosa danza y su música ancestral.

CAPÍTULO 58

De repente, un estruendo ensordecedor resonó en la sala, rompiendo el momento más importante de la celebración. Un grito colectivo de sorpresa y miedo se elevó mientras las vidrieras estallaban en mil pedazos, desencadenando una lluvia de cristales que cayó como una tormenta sobre los asistentes.

El caos se apoderó del salón mientras los invitados corrían en todas direcciones, tratando desesperadamente de poner a salvo a los más jóvenes. El sonido de la lucha y el rugido de la batalla resonaban en el aire mientras el Aquelarre del Lobo lanzaba su ataque sorpresa.

Ada y los suyos irrumpieron en la estancia. A su ataque se habían unido más brujos que ella misma había convocado para la ocasión. Todos los allí presentes pagarían por la muerte de su hija Lavina y su hermana Velma, fallecida en el enfrentamiento donde también pereció el padre de Caleb. Adalyn volvió a aparecer portando en el rostro una funesta sonrisa. Su venganza estaba cobrando forma: había traicionado a su aquelarre, al igual que ellos lo hicieron aceptando a la hija de Gisela.

Caleb corrió en dirección a Mérula, aunque Blake se había adelantado apartándola del foco principal del enfrentamiento. La capucha de la túnica ya no cubría su cabeza, lo que permitió a Adalyn descubrir su identidad a pesar del rostro desfigurado. Ahora los tenía a los dos a su alcance y no desperdiciaría su oportunidad.

Katya, que al principio se paralizó ante la escena, volvió en sí dispuesta a defender a los suyos. Invocó un remolino de aire y lo envió en dirección a los brujos situados a su derecha, que se disponían a atacar las gemelas lanzándolas al exterior a través de una de las vidrieras rotas. Cailyn tenía un cristal clavado en el brazo y sangraba profusamente. Seth y Malory intentaban sacar del salón a los heridos más graves mientras los ataques se sucedían, y unos brujos se enfrentaban con otros en una lucha encarnizada. La sorpresa del asalto los dejó confusos, algo que los lobos aprovecharon para arremeter sin piedad.

—Llévala fuera de aquí. Dirígiós arriba y escondeos. Llevaos a los niños de Paul con vosotras —les ordenó Katya a las gemelas—. ¡Rápido!

—Skender y yo ayudaremos a los heridos —se ofreció Nimue, líder del clan Noctua. Ella era sanadora en Umbría, don que también había heredado su hijo.

—Madre, ¿estás bien? —preguntó preocupado Skender. Poco quedaba del joven divertido de hacía un rato; su rostro compungido por el miedo sobrecogió a su madre.

—Sí. ¿Has visto a tu padre? —preguntó escrutando la estancia, buscando a su marido entre los caídos y los que luchaban. Finalmente, lo vio enfrentándose a una bruja, a la que tenía sujeta por el cuello con una enredadera invocada con el poder de la naturaleza. Esta se retorció intentando liberarse, y cuando dejó de moverse la soltó.

—¡Padre, ayúdanos a sacar a los heridos! —le gritó su hijo, y el brujo acudió con rapidez.

Empezaron a evacuar a los que aún seguían con vida después de enfrentarse a algún brujo, y a quienes los fragmentos de cristal les habían causado cortes o clavado en alguna parte del cuerpo.

Entre la confusión y el pánico, destellos de magia y relámpagos iluminaban la sala, revelando figuras enmascaradas y vestidas de negro que se abalanzaban sobre los presentes. El sonido de hechizos chocando llenaba el aire mientras la confrontación entre los seguidores del lobo y los

demás aquelarres alcanzaba su punto álgido.

Adalyn arrojó sus tentáculos de sombra sobre Blake y Mérula, envolviendo sus piernas y haciéndolos caer. El brujo quedó aturdido cuando su cabeza impactó contra el suelo. La joven estaba dolorida por los múltiples cortes causados por pequeños cristales que habían impactado en su rostro. Caleb, algo más alejado, no sufrió daño alguno, y contrarrestó el ataque de su madre congelando las sombras y liberándolos.

—¿Esto es lo que estabas tramando, madre? —preguntó dolido, contemplando el horror que se extendía a su alrededor.

—Te ofrecí la oportunidad de salvarte y, en cambio, la elegiste a ella —manifestó sin un ápice de arrepentimiento.

—No estás en tus cabales —le reprochó mientras se colocaba junto a Mérula.

—¿Y tú? ¿Vas a defender al culpable de la muerte de tu padre? —preguntó indignada, observando a Blake.

—Voy a proteger a Mérula de toda esta locura —respondió, colocándose delante.

—Si quieres atacarme, adelante. Me defenderé —le advirtió la joven a Adalyn.

—Estaba deseando hacerlo —aseguró con una sonrisa perversa.

Adalyn empezó a invocar a sus criaturas de sombra y las envió contra Caleb para mantenerlo entretenido; estas lo envolverían y lo dejarían confuso mientras atacaba a la joven. A pesar de anteponerla, era su hijo y no quería hacerle daño.

Mérula estaba decidida a enfrentarse a ella; su determinación era palpable en cada gesto. Con un grito desafiante, empezó a invocar la luz intentando protegerse de las oscuras intenciones de esa mujer. Mientras, su padre seguía en el suelo y Caleb se enfrentaba a las enormes sombras que parecían haberle engullido. Sin embargo, antes de que Mérula pudiera completar su hechizo, Adalyn la sorprendió.

Con un gesto rápido y preciso de sus manos, desató un conjuro de drenaje de energía, absorbiendo su fuerza vital y debilitándola rápidamente. La madre de Caleb había aprendido a utilizar el caos, un poder oscuro derivado del de las sombras que desintegraba la materia, y con el que convertiría a Mérula y a su padre en polvo.

Extendió las manos en dirección a sus objetivos y el suelo empezó a temblar a su alrededor. Un humo denso y mortífero la rodeó, y reptó por sus piernas hasta concentrarse en sus manos. Lo lanzó en dirección a Mérula, quien luchaba por mantenerse en pie e intentaba invocar el poder de la luz.

Blake, que ya se estaba recuperando y no dejaría que esta sufriera ningún daño, realizó un gesto con la mano y detuvo el tiempo a su alrededor, congelando la escena en un momento de quietud etérea. Con pasos lentos pero decididos, se acercó a su hija. Con un susurro de antigua magia, desvió el hechizo del caos, redirigiéndolo hacia él mismo en un acto de sacrificio paternal. Corrió en dirección a Adalyn y, tras reanudar tiempo, el conjuro impactó contra ambos.

Mérula contempló a su padre con gratitud y admiración, mientras él y Adalyn luchaban con la oscuridad que empezaba a consumirlos. La joven sintió que su vitalidad regresaba en tanto las sombras se desvanecían alrededor de Caleb, devolviéndole a la realidad. Este, al ver la escena, corrió hacia su madre e intentó agarrarle la mano; sin embargo, antes de entrar en contacto con la suya, se desmoronó. Los dos cuerpos eran ahora solo una montaña de polvo negro.

Se situó junto a Caleb, que había caído de rodillas. Los dos se deshicieron en un río de lágrimas al ver cómo su única familia había desaparecido para siempre.

A la vez que esto sucedía, los restos destrozados de las vidrieras brillaban en el suelo, creando un paisaje surrealista de caos y destrucción. La ancestral celebración se había

transformado en un campo de batalla, donde la oscuridad y la luz pugnaban por la supremacía mientras la noche se consumía en un torbellino de magia y violencia.

Seth y Malory volvieron al salón para ayudar en el ataque contra los lobos. Malkom se encontraba dentro y, con el poder del fuego, prendió las telas que decoraban las paredes. Varios trozos cayeron sobre dos cadáveres que yacían en el suelo, haciéndolos arder también.

Resuelto, Seth se acercó al sobrino de Ada dispuesto a confrontarle.

—Justo a quien esperaba ver —afirmó Malkom frotándose las manos, ansioso—. Nuestro encuentro en el lago no acabó como esperaba, pero ahora seré yo el que salga triunfante —aseguró.

Malkom invocó una bola de fuego que lanzó contra el brujo; sin embargo, Seth la paralizó en el aire, y esta quedó suspendida a mitad de camino. Owen vio lo que sucedía y decidió intervenir para ayudar a su hermano. Formó otra esfera de llamas para atacar a Seth por la espalda, un avance no esperado por el brujo.

Malory se encontraba junto a Katya repeliendo hechizos con la ayuda de los miembros de los otros aquelarres invitados, además de Paul y Enzo, quienes se habían unido al enfrentamiento. Cuando vio lo que estaba a punto de suceder, corrió en dirección a Seth y, en el instante en que la esfera iba a impactar con su espalda, le empujó y recibió el ataque sobre su pecho. El fuego prendió su ropa y se extendió rápidamente por la tela, llegando a su piel.

Horrorizado, Seth se acercó a la bruja, que ya se había convertido en una llama viviente y chillaba de dolor. Caleb reaccionó ante sus gritos e invocó una tormenta de nieve que la envolvió, apagando el fuego. No obstante, ya era tarde: casi todo su cuerpo estaba quemado y ella, inconsciente, exhaló su último aliento en los brazos de Seth.

Ada observaba todo desde su posición, esperando intervenir cuando la mayoría de brujos estuviesen muertos. Deseaba enfrentarse personalmente a Mérula y los que intervinieron esa noche en el combate. Por suerte, a Adalyn ya la habían asesinado, y se ahorraría el trabajo de hacerlo ella misma.

Enfurecida, Katya invocó el poder del viento envolviendo a Malkom en su interior, elevándolo y dejándole atrapado. Después, se dispuso a usar su don de compeler contra Owen, que sintió como la líder de los cuervos intentaba entrar en su mente y luchó para que no consiguiese hacerlo. Pese a ello, al final esta se adentró en su cabeza, obligándole a recoger un gran trozo de cristal del suelo y clavárselo en el ojo con todas sus fuerzas hasta llegar al cerebro.

Katya aumentó la potencia del aire alrededor de Malkom, introduciéndolo por sus fosas nasales y boca, lo que provocó que todos sus órganos se licuasen debido a la presión y muriese.

Seth estaba ido, abrazando el cuerpo sin vida de Malory.

Mérula observó el horror a su alrededor. La ira y el dolor corrieron por todo su ser al contemplar el polvo negro en el que se había convertido su padre. Cumplió su promesa muriendo para protegerla de Adalyn y su ataque mortal cargado de odio, y ahora también Malory había perecido a manos de esos lobos iracundos. No pudo evitar sentir que ella tenía parte de culpa.

Cuando vio que Ada se disponía a enfrentarse a Katya para vengar a sus sobrinos, se estremeció al recordar cómo había matado a su madre y saber que pretendía repetirlo con la líder. Sintió que perdía el control. Vengaría la muerte de Gisela e impediría que hiciese lo mismo con Katya.

Mérula permitió que el dolor la poseyera y desatase su poder. Deseaba matarla, ver cómo la vida se le escapaba y dejaba de respirar. Los salvaría a todos. Comenzó a invocar entre sus manos una enorme esfera de sombras mientras sus ojos se volvían negros por completo. La oscuridad que corría en su interior la hizo sentir más poderosa que nunca y dejó que esta llenase

todo su ser.

La mansión empezó a temblar, y todo se detuvo a su alrededor mientras la bola seguía creciendo, canalizando la energía del mismo bosque. La estatua de la diosa se resquebrajó partiéndose en múltiples pedazos; los candelabros tintineaban; todas las velas se apagaron y las que flotaban impactaron contra el suelo, partiéndose. El ataque solo iría dirigido al aquelarre del lobo: protegería a sus aliados y destruiría a sus enemigos.

El tiempo volvió a correr a la par que Mérula lanzaba su hechizo sin dejarles opción de escapar. La esfera se deshizo para generar una niebla densa y oscura que lo cubrió todo y que, a su paso, drenaba la vida de los lobos aumentando su energía. En un intento de frenarla, Ada lanzó su propia niebla de confusión pretendiendo absorber la de Mérula; sin embargo, de nada sirvió, pues la de la joven pareció convertirse en unas fauces y la devoró.

Viendo que de nada serviría enfrentarse a ella, decidió escapar, pero no sin antes dañar lo máspreciado que tenía la joven. Con un rápido movimiento, lanzó a Caleb por los aires con su telequinesis. Este impactó contra el techo y después cayó, provocándose una herida y quedando inconsciente al golpearse la cabeza con el suelo. Al contemplar la escena, Mérula volvió en sí y la niebla se evaporó, permitiéndole a Ada escapar junto con Maddie y algunos de los brujos que aún estaban fuera.

Paul y Enzo corrieron tras Ada y los suyos mientras Mérula lo hacía en dirección a Caleb. Parte del salón ardía, por lo que la joven bruja del Aquelarre Cervus que había acompañado a Skender durante la celebración usó el poder del agua para apagarlo, aunque parte de la estancia había sido pasto de las llamas.

La sala quedó sumida en un silencio sepulcral. Los destellos de la lucha aún danzaban en el aire, como recuerdos fugaces de un combate encarnizado. El suelo de madera estaba marcado por los rastros de hechizos y los cuerpos sin vida. A su alrededor, los muebles y objetos que antes adornaban la estancia yacían destrozados y despedazados. Los restos de cortinas chamuscadas colgaban de las vidrieras rotas como lamentos mudos, mientras los fragmentos de la estatua de la diosa esparcidos por el suelo eran testigos silenciosos de la intensidad del combate. En un lado, una mesa de madera partida por la mitad yacía en un charco de licor oscuro, emanando un olor dulce que impregnaba el aire. Las velas que antes iluminaban la habitación ahora solo eran montones de cera derretida y mechas apagadas, esparcidas como estrellas caídas.

Mérula, entre lágrimas, intentó que Caleb despertase, aunque de nada sirvió. Contempló sus manos llenas de sangre y llamó a Katya con desesperación.

—¿Que alguien le ayude! —pidió entre sollozos.

—Iré a buscar a Nimue —dijo la líder, abandonando la estancia.

Seth se puso de pie portando a una irreconocible Malory en brazos y también dejó el salón; quería estar a solas con ella, despedirse, y enterrarla en el bosque. Katya apareció con Nimue para examinar a Caleb. Le indicó a Mérula que se apartase y, tras ponerle boca abajo, revisó el estado del cráneo. Después de comprobar cómo reaccionaba ante los estímulos, situó sus manos sobre la herida y una tenue luz salió de ellas cerrando la apertura. Volvió a colocarlo boca arriba sobre la joven y se dispuso a dar un diagnóstico.

—Me temo que está sumido en un coma profundo. Aquí no puedo hacer nada más, tenemos que llevarlo a Umbría y que los sanadores de Flavia le revisen y le administren los cuidados necesarios —las informó evitando contarles que existía la posibilidad de que no volviese a despertar.

—Bien, entonces nos iremos mañana con Paul, como habíamos previsto —comentó Katya.

En ese momento apareció Astrid, que corrió hacia Caleb.

—¿Qué le ha pasado? —dijo nerviosa al observar la sangre.

—¿Y tienes la desfachatez de preguntarlo? —atacó Mérula con voz grave—. Sabías perfectamente que esto iba a pasar. Os vi a tu madre ya ti abandonar el salón antes de que todo empezase.

—¿Me estás acusando de algo? —rebatíó Astrid desafiándola.

—¿Dónde estabais entonces?

—Ayudando a Seth a poner a salvo a los heridos.

—Admite que sabíais lo que iba a ocurrir y os fuisteis antes de que todo estallara —insistió Mérula.

—No tengo nada que admitir. Con lo sucedido, es normal que nos perdieras de vista —manifestó. Adalyn les advirtió, y Diane obligó a Astrid a abandonar la fiesta antes de la danza con faroles, pese a las quejas de la joven.

—¡Ya basta! —ordenó Katya—. Nuestra prioridad ahora es encargarnos de los heridos, llevar a Caleb a su habitación y hacer un recuento de los que lamentablemente han muerto por la locura de Adalyn. Nunca pensé que llegaría tan lejos...

La líder de los cuervos no podía dejar de pensar en Seth, pero su deber era, en primera instancia, ocuparse de la terrible situación. Paul y Enzo irrumpieron en el salón a través del hueco de la pared.

—Han escapado del bosque —anunció Enzo.

Paul vio el estado de Mérula y el corazón le dio un vuelco.

—¿Cómo está Caleb?

—Mal, de momento no creo que despierte. Debemos llevarlo a Umbría y reunirnos con Flavia para informar de lo que ha pasado —comentó Nimue.

—¿Dónde está Seth? —preguntó Enzo preocupado, buscando a su hijo con la mirada.

—Se fue con Malory. Déjale, imagino que ahora mismo querrá estar solo —le pidió Katya a su marido. Estaba afectada por la muerte de la joven, y no podía dejar de pensar en lo mal que iba a pasarle su hijo una vez asumiese que había fallecido.

—¿Cuántos más tendrán que caer antes de que esto termine...? —murmuró Enzo—. Todos ellos sacrificados en nombre de la venganza y la sed de poder del Aquelarre del Lobo. La festividad de Cáligo debería ser un momento de celebración y unión —continuó con la voz cargada de dolor—. Atacar nuestra mansión, profanar nuestros rituales sagrados... Es un acto que no tiene perdón.

—No quedarán impunes. Flavia tendrá que tomar cartas en lo sucedido —aseguró Katya.

En ese instante, Seth volvió a reunirse con ellos. Había enterrado a su enamorada bajo la tierra húmeda, en el lugar donde solían encontrarse y dar rienda suelta a su amor y deseos. Ese sitio solo les pertenecía a ellos y así seguiría siendo por siempre. Nunca se perdonaría que hubiese muerto de una forma tan terrible, y se prometió que su sacrificio no sería en vano.

—Buscaré a Ada y no pararé hasta verla muerta —juró Mérula contemplando a Caleb. Muchos no sabían que su padre estaba vivo, y menos que había muerto para salvarla, aunque de momento prefería que siguiese así.

—Y yo te acompañaré en tu búsqueda. No descansaré hasta que cada uno de ellos pague por sus crímenes —declaró Seth con determinación, su voz resonando con un tono de resolución implacable—. El Aquelarre del Lobo ha sembrado la discordia y la destrucción por demasiado tiempo. Es hora de que enfrenten las consecuencias de sus acciones.

—Ahora mismo no estáis pensando con claridad. Primero iremos a Umbría y hablaremos con Flavia —sentenció Katya. Sabía que Mérula debía estar destrozada al igual que su hijo; ella vio

cómo Blake se sacrificaba.

—La muerte de Malory no será en balde, madre —insistió él.

—¿Y si Caleb no despierta? —preguntó Mérula exponiendo sus miedos.

—Allí le ayudarán, iré con vosotros —anunció Seth.

—Está bien, pero ahora hay que afrontar la parte más dura.

Dejaron a Caleb en su habitación y comprobaron que los niños estaban a salvo. Los supervivientes de los diferentes aquelarres, marcados por el dolor y la desesperación, fueron colocando a los fallecidos en el hall. Incluso Astrid ayudó pese a la negativa de su madre; se sentía culpable por no haberlos apoyado en la batalla. Diane, en cambio, prefirió quedarse al margen y no manchar su ropa ni su orgullo con lo sucedido, algo que Katya no pasó por alto y que hablaría en su momento con Flavia, una vez instalados en Umbría.

Todos se arrodillaron junto a los muertos mientras, con sus manos temblorosas, acariciaban sus rostros pálidos y fríos. Lágrimas silenciosas surcaban sus mejillas, y murmuraban palabras de despedida a sus compañeros caídos en la batalla. Los que tenían algún pariente vivo en la mansión se llevarían a sus difuntos con ellos de vuelta para enterrarlos según las costumbres. Los que no tenían familia serían transportados al día siguiente hasta Umbría en varios carruajes. Allí, Flavia decidiría qué hacer con ellos; seguramente los sepultarían en el bosque sagrado que rodeaba la ciudad y alimentarían la tierra, devolviendo parte de su magia al lugar.

Ya estaba amaneciendo cuando terminaron la triste y dura tarea.

CAPÍTULO 59

Por suerte, ni los carruajes ni los caballos habían sufrido daño alguno. Los cuerpos sin vida fueron cargados por sus familiares y miembros de sus respectivos aquelarres en ellos. Una vez se alejasen de la mansión olvidarían su paradero, pero siempre recordarían lo sucedido esa noche.

Mérula, una vez todo estuvo preparado para salir hacia Umbría, volvió junto a Caleb. Allí, sentada a su lado, se dio cuenta de que sus pesadillas se habían vuelto reales: el fuego, los gritos, el dolor. Sus malos presagios se habían cumplido, sin embargo, nunca imaginó que Adalyn llegase tan lejos revelando al Aquelarre del lobo las palabras que dejaban ver la mansión, traicionando a los suyos y su promesa de silencio. El recuerdo de su padre convertido en polvo no se alejaba de su mente y un inmenso vacío había llenado su corazón. Ahora estaban solos, y lo peor de todo era que por su culpa Caleb se encontraba en ese terrible estado. Neo, el gato fantasma, no se movió en toda la noche del lado del brujo, velando por él y transmitiéndole su energía tranquilizadora. Las gemelas entraron en la habitación para saber cómo seguía. Cailyn tenía el brazo vendado, ya no sangraba y, aunque estaba muy pálida y cansada, se recuperaría.

—Siento mucho lo que ha sucedido —se lamentó Elora.

—Ninguna de las dos tenéis la culpa, venían a por mí, debería ser yo la que estuviese en su lugar —se dolió, agachando la mirada.

—Ahora no sirve quejarse, ya nada se puede hacer.

—Iremos a Umbría y tendrán que tomar medidas. Ada escapó, y si ellos deciden no hacer nada, yo misma la buscaré y le haré pagar por lo que ha hecho —aseguró Mérula llena de rencor hacia la líder de los lobos.

—Si lo necesitas podemos acompañarte —se ofreció Cailyn en nombre de las dos.

—Seth vendrá con nosotras. Será mejor que os quedéis con Enzo, precisará ayuda —sugirió la bruja.

—Está bien, te echaremos de menos —afirmó Elora con una sonrisa melancólica.

—Y yo a vosotras, os prometo que regresaré.

Tras la breve conversación, Mérula volvió abajo para avisar a Seth de que ya podían trasladar a Caleb al carruaje.

Con el permiso de Katya, algunos de los brujos decidieron quedarse unos días más en la mansión para ayudar a Enzo. La líder había vuelto a reactivar el hechizo que ocultaba el edificio y cambiado las palabras que lo hacían visible. Solo se las había revelado a Enzo, que se encargaría de transmitírselas a las gemelas cuando todos se hubiesen marchado y olvidado su paradero.

Seth entró en el salón, cubierto de escombros y cristales rotos que crujían bajo sus pies con cada paso que daba. Aquí y allá, manchas oscuras de sangre impregnaban la madera, como testimonios silenciosos del feroz enfrentamiento que había tenido lugar. El aire estaba cargado de una mezcla de humo y el olor metálico de la sangre. El silencio era abrumador, solo interrumpido por el suave gemido del viento que se colaba por las vidrieras rotas. El enfrentamiento entre los aquelarres había dejado una huella imborrable de destrucción y desolación. Katya se agarró al brazo de su hijo sin mediar palabra, pues nada de lo que pudiese decir aliviaría su sufrimiento.

—Vengaremos su muerte, Seth —aseguró Mérula, que se había colocado junto a ellos.

—Estos actos no pueden quedar impunes, la muerte de Malory y los demás no debe ser

olvidada —manifestó el brujo.

—Y no se olvidará, pero debemos hacer las cosas bien —les advirtió Katya viendo la oscuridad y el dolor en sus corazones.

—Y se harán bien, pero solo si se adoptan las medidas adecuadas —respondió la joven—. No descansaré hasta dar con Ada y hacerle pagar por lo que ha hecho.

—Mérula, es tu dolor el que habla en estos momentos, estoy segura de que Flavia tomará las decisiones correctas —afirmó la bruja.

—Si decides dar caza a Ada iré contigo, Mérula, y estoy seguro de que cuando Caleb despierte nos ayudará —aseguró Seth hambriento de venganza. El aquelarre del lobo pagaría por lo sucedido aunque tuviese que matar uno a uno a todos sus brujos, hasta dar con el paradero de Ada y Maddie.

—¿Y si no despierta? —preguntó la joven entre lágrimas, dejando fluir su pena y culpabilidad.

—Lo hará, Caleb es fuerte y en Umbría le ayudarán a sanar más rápido —aseguró Katya.

—Iré a buscarle y podremos irnos —dijo el brujo abandonando lo que quedaba del salón.

Una vez todo estuvo organizado Paul fue a por los niños, que aún seguían asustados. Los durmió con un hechizo para que viajasen tranquilos y no vieses cómo estaba todo, ni tampoco los carruajes cargados con los cadáveres. Skender viajaría con Caleb y Mérula para asegurarse de que el brujo estaba bien. Astrid y Diane hacía un rato que habían partido hacia Umbría, y aunque Astrid le insistió a su madre para ver a Caleb antes de marcharse, esta se negó diciéndole que dejase de arrastrarse y que ya tendría tiempo de verle cuando llegasen a su destino. La joven se sentía culpable de su estado, se había comportado como una cobarde. Adalyn, segura de que acabaría con Mérula, les había advertido que abandonasen la fiesta antes de las doce la noche. A cambio, ellas se encargarían de llevar a su hijo a Umbría una vez todo acabase.

Tras la promesa de que volverían pronto, uno a uno los carruajes emprendieron su viaje, unos en dirección a Umbría y otros de vuelta con sus respectivos aquelarres para poder enterrar a sus muertos. Enzo se había fundido en un abrazo con Katya y su hijo, preocupado por el estado de este, que había perdido su sonrisa permanente para dar paso a un rictus de tristeza y dolor que le partía el corazón.

—Prométeme que no harás ninguna locura, hijo —le pidió colocando su frente junto a la suya.

—Todo dependerá de cómo se desarrollen los acontecimientos. Lo único que puedo prometerte es que me mantendré a salvo —no podía pensar con claridad en esos momentos.

—Cuidaremos de él —prometió Katya a su marido.

—Mérula, sé prudente y controla tu oscuridad —le aconsejó Enzo.

Lo único que pasaba por la mente de la joven en ese momento era que Caleb se recuperase, no podía permitirse pensar en su padre, si no, perdería el poco dominio que tenía sobre sí misma. Podía sentir la oscuridad en su interior, afanándose por tomar el control, algo que no había pasado inadvertido para Katya.

—Lo intentaré —aseguró.

La mansión se fue alejando hasta desaparecer entre los árboles. El bosque parecía más silencioso que nunca, como si presentase sus respetos ante los difuntos que lo estaban atravesando. El lugar había sido testigo de lo sucedido y los brujos habían sustraído su poder, dejándolo yermo de energía. Pasaría un tiempo hasta que esta volviese a restaurarse.

La ciudad de Umbría no imaginaba los horribles sucesos de esa noche y Mérula no estaba dispuesta a olvidar, encontraría a Ada y la haría pagar; a ella y a sus seguidores.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mis compañeras escritoras @kresswatson, @amayaysushistorias, @esth.199, @macaentrelibros, @gara_nix, @merce.rosello, por su apoyo en esta larga travesía por mi mundo de fantasía.

También a Ediciones Alas negras (ya sabéis quiénes sois) por su magnífico trabajo, tanto con la corrección como con la maquetación. Gracias, sin vosotras esto no hubiese sido posible.

A los lectores 0 por ayudarme con sus sugerencias y compartir conmigo su opinión para hacer mejor esta historia: Nani, Idoia, Amaya, Kress, Esth, Ro, Olga, Maca.

A mi familia por creer en mí, a mi marido por su apoyo y por aguantarme con mis locuras de escritora.

Y a ti, lector, por elegirme, por querer viajar a otros mundos de mi mano y darme la oportunidad de entrar en tu vida.

Espero que disfrutes tanto leyendo como yo lo he hecho escribiendo. Gracias.

